

HQN™

JILL SHALVIS

AUTORA *BEST SELLER* DE *THE NEW YORK TIMES*

noches de
invierno



JILL
SHALVIS
noches de
invierno

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Jill Shalvis
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Noches de invierno, n.º 200 - octubre 2019
Título original: Hot Winter Nights
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1328-717-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

#TraviesoOBueno

Lucas Knight tardó más de lo debido en darse cuenta de que había una mujer en su cama, porque tenía una resaca espantosa. Y, para empeorar aún más la situación, no recordaba absolutamente nada de lo que había ocurrido la noche anterior. Rápidamente, se puso a recapitular. En primer lugar, había un hatillo de curvas dulces y suaves pegado a él. En segundo lugar, tenía la sensación de que se le iba a separar la cabeza del cuerpo. Y, en tercer lugar, el costado le dolía como si le hubieran pegado un tiro.

Hacía dos semanas, en el trabajo, se había visto atrapado en un fuego cruzado, y aún no tenía autorización médica para dedicarse a algo que no fueran tareas ligeras. Obviamente, la noche anterior había pasado por alto esa orden, puesto que estaba palpando un trasero agradable, cálido, femenino.

«Piensa, hombre».

Con esfuerzo, recordó que se había tomado un analgésico antes de ir al pub O'Riley para reunirse con algunos amigos. En el pub se había encontrado con un cliente a quien hacía poco tiempo había ayudado a evitar pérdidas millonarias debido a un caso de espionaje industrial. El cliente había pedido unos chupitos para brindar por Lucas y... Mierda.

Sabía perfectamente que no había que mezclar analgésicos y alcohol, así que había vacilado, pero todos lo estaban esperando con los vasos levantados. Pensando que con un solo chupito no iba a ocurrir nada, había apurado el trago.

Estaba claro que se había equivocado, y esa equivocación le había metido en un buen lío, algo que llevaba años sin ocurrirle. No había vuelto a ocurrirle desde que habían matado a su hermano Josh. Dejó eso para otro momento, o para nunca, y abrió un ojo. La luz del sol que entraba por la ventana le atravesó la retina, así que volvió a cerrarlo inmediatamente.

Respiró hondo, reunió fuerzas y, en aquella ocasión, abrió los dos ojos. Estaba desnudo y completamente destapado. Y la mujer que había a su lado estaba enrollada en su edredón.

Qué demonios...

Poco a poco, comenzaron a filtrarse algunas imágenes en su cerebro. Le había ganado doscientos dólares al billar a su jefe, Archer, el director de Investigaciones Hunt, donde él trabajaba de especialista en seguridad.

Bailando con una morena muy atractiva...

Y, luego, subiendo las escaleras hacia su piso, pero no a solas.

Le dolía demasiado la cabeza como para recordar algo más, pero, claramente, la morena no solo había subido con él, sino que se había quedado. Como estaba demasiado cerca y envuelta en el edredón, no conseguía verle la cara. Lo único visible era una melena castaña, ondulada y

brillante asomándose por la parte superior del edredón.

Aguantando la respiración, Lucas se alejó lentamente hasta que pudo levantarse de la cama.

El pelo de la morena ni siquiera tembló.

Con un suspiro de alivio, se puso la ropa que había dejado en el suelo la noche anterior, jurándose que no iba a volver a tomar analgésicos ni a beber alcohol en toda su vida, y se dirigió a la puerta.

Sin embargo, no fue capaz de hacerlo. No fue capaz de ser ese tipo que se marchaba sin despedirse, así que se detuvo y entró en la cocina para hacerle, por lo menos, un café. Dejarle café era un buen gesto, ¿verdad? Pues sí, pero... Mierda. Se había quedado sin café. No era de extrañar; generalmente, lo tomaba en el trabajo, porque Molly, la encargada de la administración de Investigaciones Hunt, hacía el mejor café del mundo.

Y, ya que una de las ventajas de vivir en el cuarto piso del Edificio Pacific Pier y trabajar en el segundo piso era la comodidad, le envió un mensaje a la maestra del café: *¿Hay alguna posibilidad de que enviaras una taza de café a través del montaplatos?*

Unos segundos más tarde, oyó un teléfono móvil que sonaba con un tono desconocido en su habitación, y se quedó helado. Si quería salir de allí antes de tener que enfrentarse a la incomodidad de la mañana del día siguiente, se le estaba acabando el tiempo.

Como no tenía respuesta de Molly, optó por el plan B y garabateó rápidamente una nota: *Lo siento, tenía que irme a trabajar, tómese su tiempo.*

Luego vaciló. ¿Sabría ella su nombre, por lo menos? Como no tenía ni idea, añadió: *Dejo dinero para un Uber o Lyft. Lucas.*

Puso algo de dinero junto a la nota e hizo un mohín, porque sabía que seguía siendo un completo idiota. Se quedó mirando su teléfono.

Molly no había respondido todavía, lo que significaba que no le iba a salvar el pellejo. Era inteligente, aguda e increíble en su trabajo, pero, por motivos desconocidos, no estaba precisamente interesada en complacer a nadie, y menos a él.

Salió de casa y cerró la puerta.

El Edificio Pacific Pier tenía más de cien años y estaba en el centro del barrio Cow Hollow de San Francisco. Era una construcción de cinco pisos, de adoquines, vigas de hierro y grandes ventanales, erigida alrededor de una fuente legendaria. En el piso bajo y el segundo había tiendas y empresas. Las plantas tercera y cuarta tenían un uso residencial y el quinto y último piso estaba ocupado por su amigo Spence Baldwin, dueño del edificio.

En aquella época del año, todo estaba decorado para Navidad, como si fuera a rodarse allí una película de Hallmark.

Lucas bajó a paso ligero los dos tramos de escaleras que había hasta el segundo piso, pasó por delante de la oficina de la administración del edificio y de las oficinas de una ONG, y llegó a la puerta de Investigaciones Hunt. Iba preparado para que Molly, que estaría ya detrás del mostrador de recepción, le echara una buena bronca, no solo por haberle enviado aquel mensaje de texto, sino por el hecho de que hubiera aparecido por allí. Estaba de baja desde el día del tiroteo y no debía volver a trabajar hasta la semana siguiente, y eso, si el médico le daba el alta. Sin embargo, no era capaz de quedarse un día más en casa, algo que no tenía nada que ver con la desconocida que había en su cama.

O, por lo menos, no todo.

Se pasó una mano por la barba incipiente. Estaba muy tenso, algo que, para ser un tipo que se había dado un revolcón la noche anterior, no tenía mucho sentido.

Tampoco tenía sentido que, junto a la puerta de Investigaciones Hunt, en un banco, hubiera dos ancianas disfrazadas de elfos. De elfos que hacían punto.

El elfo izquierdo estaba tejiendo una media de Navidad, y el de la derecha, algo que todavía era demasiado pequeño como para que él pudiera verlo. Ambos elfos sonrieron a modo de saludo, con los labios cubiertos de pintura roja muy brillante. El de la izquierda tenía una mancha de pintura en los dientes, y la gorra le temblaba sobre el pelo blanco.

El elfo derecho sacó su teléfono móvil.

–Acabo de recibir un mensaje de Louise –le dijo al elfo izquierdo–. «No lleguéis tarde a trabajar esta noche, Santa Claus se ha convertido en el Grinch. Dios Santo» –leyó. Después, alzó la vista y vio a Lucas–. Vaya, hola, joven. Estamos esperando a Molly. Tenemos un problema con un Santa Claus malvado y ella nos dijo que nos veríamos aquí.

–Un Santa Claus malvado –repitió Lucas, preguntándose si, tal vez, todavía seguía metido en la cama y lo estaba soñando todo.

–Sí. Trabajamos para él. Obviamente –añadió el elfo derecho, señalándose a sí mismo.

–Son ustedes... elfos de Santa Claus –dijo él, lentamente–. Y trabajan para él en... ¿el Polo Norte?

–Sí, claro –respondió el elfo izquierdo con un resoplido–. No, trabajamos aquí, en la ciudad, como tú, en el Pueblo de la Navidad, en Soma. Con trajes demasiado ajustados y por muy poco sueldo. Cariño, ¿no te dijo tu madre que Santa Claus no existe?

Bueno, al menos, no creían que fuesen elfos de verdad. Eso era todo un alivio. Él tenía un tío abuelo que algunas veces pensaba que era Batman, pero solo las noches que se bebía los cheques de la seguridad social con sus amigos.

–Santa nos dijo que nos daría la mitad de los beneficios para donarlas a las ONGs que nosotras quisiéramos. El año pasado, ganamos mucho, tuvimos tantos beneficios que pudimos hacer unas buenas donaciones e ir a pasar un fin de semana largo en Las Vegas.

El elfo izquierdo asintió con una sonrisa.

–Yo todavía tengo la ropa interior de Elvis que llevaba el imitador de la fiesta a la que nos invitaron. ¿Te acuerdas, Liz?

Liz asintió.

–Sí. Pero este año no vamos a tener nada de eso. Santa Claus dice que no hay beneficios, que casi no llega a cubrir costes. Pero eso no puede ser cierto, porque acaba de comprarse un Cadillac nuevo. Molly es mi vecina, ¿sabes? No, él no sabía nada. Se le daban bien ciertas cosas, como investigar y encontrar a los tipos malos del mundo, y hacer justicia. Se le daba bien cuidar de su pequeña familia. Se le daba bien, cuando estaba de humor, cocinar. Y, en su opinión, también era bueno en la cama.

Sin embargo, lo que no se le daba bien era desenvolverse en las situaciones sociales en las que había que mantener una charla cordial con otra gente, y menos con dos señoras mayores vestidas de elfo.

–En realidad, Investigaciones Hunt no acepta este tipo de casos –dijo.

–Pero Molly nos dijo que es una agencia de seguridad e investigación de elite y que trabaja para quien los necesite.

Eso no era estrictamente cierto. Muchos de los trabajos que hacían eran rutinarios, como investigaciones para compañías de seguros, investigaciones de asuntos criminales, vigilancias y comprobaciones de la situación real de las empresas. Sin embargo, había otros casos que no tenían nada de rutinarios, como investigaciones forenses, detenciones de presos que cometían un

quebrantamiento de las condiciones de la libertad condicional, contratos de trabajo para el gobierno...

Cazar a un Santa Claus malvado no estaba en aquella lista.

–¿Sabes cuándo va a llegar Molly? –preguntó el elfo izquierdo. Lo estaba mirando a él, pero seguía tricotando a la velocidad de la luz–. Vamos a esperarla.

–No sé cuál es su horario –respondió Lucas.

Y era cierto. Investigaciones Hunt tenía un director que era el tipo con más mal genio que él hubiera conocido. Se llamaba Archer Hunt, y en su equipo solo cabían los mejores. Lucas se sentía honrado de formar parte de aquel equipo. Todos ellos, incluido él, estaban dispuestos a interponerse entre una bala y su compañero, y algunos, incluso, lo habían hecho.

En su caso, era algo literal.

La única mujer que había en la oficina era Molly Malone, que tenía el mismo valor que ellos, aunque en otro sentido. Ella era la que los mantenía a todos alerta. Nadie se atrevería a entrar en sus dominios y meter la mano en sus cosas para ver cuál era su horario. Sin embargo, por lo menos, él podía preguntarlo.

–Voy a ver a qué hora suele llegar –dijo, y entró en la oficina.

Encontró a Archer y a Joe comiendo donuts en la sala de descanso. Tomó uno, asintió para saludar a Archer y miró a Joe, uno de sus mejores amigos y, también, su compañero de trabajo.

–¿Dónde está tu hermana?

Joe se encogió de hombros y tomó otro donut.

–No soy su canguro. ¿Por qué?

–Ahí fuera hay dos elfos que están esperando para hablar con ella.

–¿Todavía? –preguntó Archer, y cabeceó–. Ya les he dicho que no aceptaba su caso –dijo, y salió al corredor.

Lucas lo siguió, porque, si él tenía poca habilidad para las relaciones sociales, Archer no tenía ninguna.

–Señoras –les dijo Archer–. Como ya les he explicado, nosotros no trabajamos en casos como el suyo.

–Oh, ya lo hemos oído –dijo el elfo izquierdo–. Solo estamos esperando a Molly. Ella nos prometió que nos ayudaría personalmente si usted no lo hacía.

Archer puso cara de frustración.

–Molly no lleva ningún caso en la agencia. Es la encargada de la administración.

Los elfos se miraron y recogieron su labor.

–Muy bien –dijo el elfo izquierdo–. Entonces, vamos a verla a su casa directamente.

Archer esperó a que se hubieran metido al ascensor, y se volvió hacia Lucas.

–¿Por qué has venido?

–Vaya, yo también me alegro de verte, jefe.

–Permíteme que te lo pregunte de otro modo. ¿Qué tal tienes el costado? Ya sabes, ahí donde recibiste un balazo.

–Ya no tengo herida de bala. Se ha quedado en un arañazo. Me he recuperado lo suficiente como para volver a trabajar.

–Um... –murmuró Archer, que no se había quedado muy impresionado. Más bien, se había puesto de peor humor todavía–. No he recibido el alta de tu médico.

Lucas tuvo que contener un gesto de contrariedad. Su médico le había dicho repetidas veces que tenía que seguir de baja una semana más.

–Tenemos una pequeña diferencia de pareceres.

–Mierda –dijo Archer, y se pasó una mano por la cara–. Sabes que no puedo ponerte a trabajar mientras él no te dé el alta.

–Si me quedo en casa otro día más, me vuelvo loco.

–Solo hace dos semanas que te pegaron un tiro. Estuviste a punto de desangrarte antes de llegar al hospital. Hace muy poco tiempo de eso.

–Eso es prácticamente un episodio de la antigüedad.

Archer cabeceó.

–De eso, nada. Y te dije que abortaras la misión. En vez de eso, enviaste al equipo a un lugar seguro y te metiste solo en ese barco, sabiendo que se estaba quemando porque los culpables querían que se hundiera para cobrar el seguro.

–Entré porque sabía que todavía quedaba alguien a bordo –respondió Lucas–. Querían incriminar a un adolescente que se había refugiado allí y se había quedado dormido viendo la tele. Si no lo hubiera sacado, habría muerto.

–Y, en vez de eso, el que estuviste a punto de morir fuiste tú.

Lucas exhaló un suspiro. Habían tenido aquella discusión en el hospital. Y, desde entonces, otras dos veces más. No quería volver a hablar de ello, porque, además, no se arrepentía de haber desobedecido aquella orden directa.

–Salvamos a un chaval que era inocente. Tú habrías hecho lo mismo. Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo.

Archer miró a Joe, que había guardado silencio durante toda la conversación.

Joe se encogió de hombros, admitiendo que sí, que él habría hecho mismo. Y Archer, también. Lucas lo sabía perfectamente.

–Mierda –dijo Archer, por fin–. De acuerdo. Voy a dejar que trabajes, pero solo algo ligero, hasta que el médico me diga personalmente que ya estás al cien por cien.

Lucas no se atrevió a sonreír, ni a dar un puñetazo al aire en señal de triunfo.

–Muy bien.

A Archer se le pasó el mal humor. Sonrió ligeramente.

–Todavía no sabes cuál es el trabajo ligero que te voy a encomendar.

–Cualquier cosa será mejor que seguir en casa –dijo él, fervientemente.

–Me alegro de que digas eso –respondió Archer, y señaló con el dedo hacia la puerta–. Molly va a querer que nos tomemos en serio a esos elfos. Lleva meses pidiéndome que le asigne un caso, pero todos han sido demasiado arriesgados hasta el momento.

Lucas se frotó el costado. Lo que había dicho Archer era la pura verdad.

–¿Y?

–Y tú vas a tener que asegurarte de que no acepta el caso de los elfos. Todavía no está preparada.

Joe asintió, y a Lucas se le escapó una carcajada seca. Entendía por qué el jefe de Molly no quería permitir que se hiciera cargo de un caso, pero su hermano, Joe, debería tener más sentido común.

–Pero vosotros la conocéis, ¿no? –les preguntó Lucas–. Nadie puede decirle a Molly lo que tiene que hacer.

–Improvisa –respondió Archer, sin dejarse conmovir–. Y ten en cuenta que todavía estás de baja, así que ten cuidado –añadió. Después, miró a Joe–. Danos un minuto.

Joe miró a Lucas y salió de la habitación.

–¿Tienes algo más que decirme? –le preguntó Lucas a su jefe

–Sí. No estropees esto. Y no te acuestes con ella.

Por supuesto, él nunca había sido demasiado exigente con respecto a las mujeres, pero en aquella ocasión estaban hablando de Molly. Era la hermana pequeña de un amigo y compañero de trabajo, lo cual significaba que no estaba dentro de sus límites. Por lo menos, de día.

De noche era otra cosa, porque Molly había aparecido en varios de sus sueños y fantasías. Era su secreto, porque le gustaba estar vivo.

–No, por supuesto que no. Nunca me acostaría con ella.

Archer miró hacia atrás para asegurarse de que Joe se había marchado.

–Elle y yo te vimos tonteando con ella ayer, en el pub.

–¿Qué?

–Sí. ¿En qué demonios estabas pensando? Tuviste suerte de que Joe llegara tarde.

¿Que él había tonteado con Molly? ¿Se había vuelto loco? Hacía mucho tiempo que había aprendido a ignorar la corriente de electricidad que había entre ellos, porque no tenía intención de mezclar trabajo y placer, y menos en hacerle daño a Molly.

Porque sabía que, al final, iba a hacerle daño.

Eso, sin tener en cuenta lo que le haría después Joe a él. Y, si Joe no lo mataba, Archer estaría encantado de rematarlo. Los dos tendrían derecho. Pero él no iba a pensarlo. Su trabajo ya había sido un obstáculo insalvable, en varias ocasiones, entre la mujer de sus sueños y él, así que había cambiado de prioridades. Adoraba a todas las mujeres, no solo a una.

Salvo que... En algunas ocasiones, como hacía dos semanas, cuando había estado a punto de morir en el trabajo, sabía que estaba engañándose a sí mismo. Durante aquella baja, por ejemplo, se había sentido más solo de lo que quería admitir. Veía a tipos como Archer y Joe, que habían conseguido que sus relaciones sentimentales funcionaran, y se preguntaba qué era lo que estaba haciendo mal.

Pensó en la mujer a la que había dejado en su cama. Tal vez, para empezar, debiera recordar el nombre de las mujeres con las que se acostaba.

–De verdad –le dijo a su jefe–, no ocurrió nada con Molly anoche.

–Um...

–No, de verdad. Parece que estuve con otra persona.

Archer enarcó las cejas.

–¿La morenita nueva de la barra? –preguntó. Después, le dio una palmadita en el hombro a Lucas–. Bueno, pues me alegro de saber que no vas a tener que morir hoy.

–Bueno, la verdad es que, cuando Molly se entere de que me has puesto a vigilarla, nos va a matar a los dos.

–Por eso no se va a enterar.

Lucas se quedó mirando fijamente a Archer.

–¿Se supone que no puedo contárselo?

–Exacto. Ya lo vas entendiendo.

Él no sabía mucho del pasado de Molly, salvo que le había ocurrido algo malo hacía mucho tiempo y que todavía tenía cierta cojera a causa de lo sucedido. Joe nunca hablaba de la difícil infancia que habían tenido su hermana y él, pero a los dos les costaba mucho confiar en los demás. Cabeceó y miró a Archer con un gesto de contrariedad.

–Esto es mucho peor que una vigilancia.

–¿Es peor que la muerte? –preguntó Archer.

Mierda.

Lucas bajó de nuevo las escaleras para darse una ducha y cambiarse de ropa. Necesitaba tener la cabeza clara cuando se encontrara con Molly, además de llevar preparada una buena historia, porque no podía decirle la verdad. Y eso iba a ser difícil, porque Molly era muy lista, demasiado lista.

Entró en su habitación, encendió la luz y se quedó helado.

La morena todavía estaba en su cama.

La luz la despertó. Dio un jadeo y se incorporó de golpe, sujetando la sábana con las dos manos por debajo de su barbilla. Tenía el pelo revuelto alrededor de la cara.

Y no era una cara desconocida.

Era la cara de Molly.

Molly era quien estaba en su cama. Lo primero que pensó Lucas fue: «Oh, mierda». Lo segundo, que, después de todo, sí iba a morir aquel día. Lenta y dolorosamente.

Capítulo 2

#NoSabenQueSabemosQueLoSaben

Molly Malone no tenía mucha experiencia a la hora de afrontar la mañana siguiente. No le gustaba demasiado salir. En realidad, lo que más le apetecía después de trabajar era ponerse ropa cómoda y relajarse, no tener que arreglarse y salir con cualquier tipo que pensara que a la tercera cita ya tenía que pasar por la cama.

La noche anterior había sido diferente por varios motivos. Uno de aquellos motivos estaba a los pies de la cama. Tenía el pelo revuelto y un gesto hosco, y las manos, en las caderas. Llevaba unos pantalones de estilo militar muy arrugados, y la misma camiseta negra de la noche anterior, una camiseta que marcaba sus músculos y que podía hacerle la boca agua a cualquier mujer.

Pero no a ella. Ella alzó la barbilla al notar su tenso silencio. Lucas era hombre de pocas palabras. Era capaz de decir mucho más exhalando un suspiro de fastidio.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Estoy... confundido.

Seguramente, eso no era fácil de admitir para un tipo que siempre sabía lo que tenía que decir y lo que tenía que hacer. Sin embargo, tenía que admitir que verlo así, un poco desconcertado, la atraía. Sí, algunas veces, a ella le gustaba vivir en el lado salvaje de la vida.

—¿Y por qué estás confundido?

Él clavó sus cálidos ojos de color castaño en los de ella, pero no respondió.

—Anoche no parecía que estuvieras muy confundido —dijo Molly con más arrogancia de la que en realidad sentía.

Él frunció el ceño. Pero, además, palideció. Y eso, teniendo en cuenta que había heredado su precioso color oscuro de piel de su madre brasileña, era toda una hazaña.

—A lo mejor deberías contarme lo que ocurrió anoche —le dijo Lucas.

—Tú, primero. ¿Qué recuerdas?

—Estábamos en el pub —dijo él, y volvió a arrugar el ceño—. Y, después, me desperté en la cama contigo.

Vaya. Uno de los clientes más antiguos de Investigaciones Hunt había aparecido en el pub y había hecho un brindis por Lucas, «que me ha salvado el pellejo y la vida». Entonces, había apurado un chupito de licor y había esperado que Lucas lo siguiera.

Y Lucas lo había hecho.

Después, se había relajado, había dejado de tener su acostumbrada actitud tensa, pero ella era la única que se había dado cuenta. Para asegurarse de que llegara sano y salvo a su habitación, lo había acompañado. Él se había comportado como un listillo y le había estado dando la lata mientras ella le ordenaba que se acostara, y le había preguntado si en otra vida había sido la

malvada enfermera Ratchet.

Aquello había dado en el blanco, porque ella había tenido que ser una enfermera malvada durante casi toda la vida para cuidar de su padre.

–Molly –le dijo él, en un tono tirante. Estaba claro que se le había terminado la paciencia.

Muy bien. Quería saber lo que había ocurrido. Y aquella recapitulación podía ser muy divertida.

–Pues, para empezar, me dijiste que siempre habías estado enamorado de mí.

–Es mentira.

Bueno, sí, era mentira. Eso no se lo había dicho. Vaya.

–¿Tan seguro estás de que es mentira? –le preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta. No podía estar muy seguro de no habérselo dicho, porque, cuando ella había conseguido llevarlo hasta casa, ya estaba completamente ido. Y, como siempre lo había visto manteniendo el control de sí mismo al cien por cien, eso la había dejado preocupada.

En realidad, llevaba muy preocupada por él dos semanas, desde que le habían pegado un tiro durante una misión. Al pensarlo, todavía se le encogía el estómago. Según Archer y Joe, Lucas siempre decía que estaba bien, pero tenía unas ojeras muy marcadas, y un aire de tristeza que ella reconocía muy bien.

Era la tristeza de un dolor antiguo y enterrado.

Al recibir aquel balazo, se le habían despertado muy malos recuerdos, y ella lo entendía a la perfección.

Lucas seguía a los pies de la cama, con las manos en las caderas y una expresión de descontento.

–Sigue contándome.

Ella se había criado en una casa llena de testosterona, con su padre y su hermano, y había aprendido desde muy joven a manejar la psicología masculina. Su mejor estrategia siempre había sido utilizar el sentido del humor.

–No sé si debería decirlo. Parece que te va a dar una rabieta –respondió, sonriendo.

Él apretó la mandíbula.

–Yo no tengo rabieta. Quiero saber qué dije exactamente. Y qué hice.

Así que no se acordaba, lo cual representaba a la vez una decepción y una oportunidad.

–Dijiste, y cito textualmente: «Voy a volverte loca, nena».

Él cerró los ojos y murmuró algo sobre ser hombre muerto...

Sin embargo, ella se dio cuenta de que no había dudado que la había seducido. Interesante. Incluso... emocionante. Aunque no cambiara nada las cosas. No estaba interesada en él, y punto. Sentir interés por él significaba ponerse en una situación de riesgo y vulnerabilidad.

Y eso no iba a volver a suceder. Nunca.

No. Ya tenía veintiocho años y había aprendido la lección, gracias.

Pero empezó a sentirse un poco insultada por la actitud de Lucas...

–No estoy segura de cuál es el problema –dijo.

–¿Me estás tomando el pelo?

Su voz sonaba ronca y sexy, demonios. Y estaba claro que todavía no había probado la cafeína.

Y ella, tampoco. Peor aún, la noche anterior no se había desmaquillado a causa del estrés y la preocupación por el hombre que tenía delante, así que, seguramente, parecía un mapache.

Un mapache muy despeinado.

Ignoró a Lucas y apartó el edredón. La ropa de cama de Lucas era de muy buena calidad; iba a

tener que pedirle a Archer que le subiera el sueldo para poder permitirse algo parecido.

De repente, fue como si él se hubiera tragado la lengua, y ella se miró. Como no quería acostarse con la ropa de salir, había tomado prestada una de las camisetas de Lucas. Le llegaba hasta la mitad de los muslos y era más suave que ninguna de sus propias camisetas, y la verdad era que no se la iba a devolver.

–¿Esa camiseta es mía? –preguntó él.

–Sí.

Lo curioso era que, en el trabajo, Lucas era un tipo estoico, imperturbable, calmado. No había nada que pudiera alterarlo. Por el contrario, en aquel momento, no estaba tan tranquilo; pensaba que se habían acostado y, aunque lo estaba disimulando muy bien, tenía un ataque de pánico.

Él miró a la silla y vio su vestido y, debajo, los zapatos de tacón. Sobre los zapatos estaba su sujetador de encaje color champán. Lucas cerró los ojos y se pasó una mano por la mandíbula.

–Estoy perdido.

Ella se cruzó de brazos.

–¿Es que no te acuerdas de nada?

Él abrió los ojos.

–¿Hay mucho de lo que acordarse?

–Vaya –respondió ella, en tono de enfado. No sabía por qué estaba provocando a un oso pardo, pero el hecho de que él se sintiera tan infeliz al pensar que se había acostado con ella le resultaba insultante.

–Por favor, solo dime que todo fue de mutuo acuerdo –dijo él, con una absoluta seriedad.

Bueno, pues si se iba a poner en plan héroe con ella... Molly suspiró.

–Por supuesto que nuestra noche ha sido de mutuo acuerdo.

Él asintió y se sentó en la silla en la que estaba su vestido.

–Eh –prosiguió Molly–. Yo no he dicho que haya estado mal.

–¿Y qué te parece si los dos decimos que no ha ocurrido nada en absoluto?

Ah, no. No iba a dejar que se librara tan fácilmente. Enarcó una ceja.

–¿O que sí?

Quería levantarse ya y vestirse, pero, por las mañanas, la pierna derecha no le funcionaba a la perfección. La tenía entumecida desde la rodilla hasta el muslo, y siempre tardaba unos minutos en llevar a cabo todo el proceso. Y necesitaba un bastón. Tenía un bastón junto a la cama, algo que odiaba. Gimoteaba y jadeaba de dolor mientras se ponía en pie y conseguía, poco a poco, que la pierna le funcionara.

Así pues, no pensaba hacer todo aquello con público. Tenía su orgullo.

–Creo que tu teléfono móvil está sonando en la otra habitación –dijo.

–Mierda –dijo él. La señaló antes de girarse hacia la puerta–. No te muevas de ahí.

Sí, claro. En cuanto salió, ella se levantó de la cama. Como era de esperar, su pierna derecha no aguantó, y ella se cayó de rodillas.

–Ay... Demonios... –susurró, al notar la descarga de dolor por el nervio. Cerró los ojos con fuerza y respiró lentamente para soportar el dolor mientras se levantaba, tal y como había aprendido a hacer.

–No me estaba llamando nadie... –dijo Lucas, mientras entraba de nuevo en la habitación. Rápidamente, se acercó a ella y la ayudó a levantarse agarrándola por las caderas–. ¿Estás bien?

–¡Sí! –exclamó ella.

Le apartó las manos de golpe y trató de apartarlo, pero él era enorme e inamovible, y siguió

allí, sujetándola, hasta que, por fin, Molly consiguió que la pierna la sustentara.

–Ya está –murmuró, y dio un par de pasos para alejarse. Era muy consciente de que llevaba muy poca ropa, y de que él era una presencia muy poderosa.

Y, también, de que la estaba mirando con lástima.

–He dicho que estoy bien.

Él alzó las manos.

–Te he oído perfectamente.

–Pero no te lo crees.

–No puedo creerlo, porque estás pálida de dolor –dijo Lucas–. Siéntate.

–No.

–Molly –dijo él, en un tono de frustración–. Por favor.

Entonces, ella cedió y se sentó a los pies de la cama. En aquel preciso instante, la pierna volvió a fallarle, pero ella lo disimuló a la perfección.

–Tenemos que hablar de una cosa –le dijo Lucas, con mucha seriedad.

–No voy a ponerle nota a tu actuación de anoche –replicó ella.

–No es eso... –empezó a decir él, pero, al instante, entrecerró los ojos–. Espera, ¿qué significa eso?

–Nada.

–Entonces, ¿estás diciendo que estuve fatal?

Ella se echó a reír.

–Bueno, si no lo recuerdas, es que no pudo estar muy bien, ¿no?

Por supuesto, ella solo estaba bromeando, pero él frunció el ceño como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza el hecho de ser algo menos que asombrosamente bueno.

–¿De qué querías hablar? –le preguntó.

Aunque todavía estaba distraído, cabeceó.

–Había dos elfos esperándote en la entrada de la oficina esta mañana.

Ella enarcó una ceja.

–¿Sigues borracho?

–No, claro que no. Eran tu vecina y una amiga suya. Hablaban de un Santa Claus malvado.

–La señora Berkowitz –respondió ella–. Ha estado trabajando en un pueblecito navideño en Soma y cree que hay algo podrido.

–No puedes llevar ese caso, Molly. Tienes que rechazarlo.

Ella enarcó las cejas.

–Sé que no acabas de decirme lo que tengo que hacer. Aunque hayamos dormido juntos.

Lo dijo para provocar una reacción en él, y lo consiguió.

–Está bien. En primer lugar, esto –dijo Lucas, moviendo un dedo entre ella y él– no ha sucedido.

–Estás muy seguro, ¿eh?

Por el modo en que él abrió y cerró la boca, quedó claro que no estaba seguro de nada en aquel momento. Ahora que ya estaban los dos enfadados, ella se levantó de nuevo, y sintió el mismo dolor en la pierna. No vio la manera de impedir que él notara su cojera, pero se acercó a su ropa de todos modos y empezó a vestirse sin mirarlo.

–¿Te levantas así todas las mañanas? –le preguntó Lucas, en un tono calmado.

–No. Normalmente, me levanto de buen humor, pero, entonces, me encuentro con algún idiota.

–Me refiero a tu pierna –dijo él–. Tienes mucho dolor.

Ella suspiró. En realidad, siempre sentía dolor.

–Estoy bien.

Se puso el vestido por debajo de la camiseta. Después, sin quitársela, porque tenía la intención de quedarse con ella, fue hacia la puerta.

–Tengo que irme.

–Espera –le dijo él, alcanzándola en la puerta–. Con respecto a lo de anoche...

–Sí, ya lo sé. No quieres que se entere nadie y bla, bla, bla.

–Ocurriera lo que ocurriera anoche –replicó Lucas, mirándola con intensidad–, no puede volver a pasar.

Ella se quedó decepcionada, aunque sabía perfectamente que la noche anterior no había pasado nada. Sin embargo, estaba enfadada con él por decirle que no podía volver a suceder, así que dio un resoplido.

–No te preocupes. Con una frasecita como «Te voy a volver loca, nena», no va a volver a pasar.

Él empezó a asentir, pero se detuvo. Hizo un gesto de dolor.

–¿Hice que...? Mierda –musitó. Se miró las botas. Después, miró a Molly a los ojos, con cara de preocupación–. Hice que te sintieras bien, ¿no?

Al pensarlo, ella notó un pequeño cosquilleo en las zonas erógenas, y eso la molestó aún más. Se encogió de hombros.

Él se quedó horrorizado.

–¿No?

Lo cierto era que ella estaba segura de que, si Lucas se lo proponía, conseguiría sin esfuerzo que ella se sintiera bien. Era un tipo listo, con capacidad de resolución, seguro de sí mismo y muy agudo. En el trabajo era muy dinámico y tenía un gran instinto que casi nunca le fallaba, dos cualidades que, sin duda, también le favorecerían en la cama, y a las mujeres que tuvieran la suerte de estar allí con él. Todos aquellos rasgos eran muy atractivos en un hombre... para una mujer normal.

Pero ella no era una mujer normal. Así pues, sonrió una última vez, vagamente, y fue hacia la puerta.

Él posó la palma de la mano sobre la superficie para mantenerla cerrada.

–Aparta –le dijo ella.

–Todavía llevas puesta mi camiseta.

Y, si se la llevaba al trabajo, todo el mundo se daría cuenta de que habían pasado la noche juntos. Se la quitó, se la arrojó y abrió la puerta de par en par.

–Molly –dijo él, con exasperación–. Los elfos. El caso del Santa Claus malvado. Dime que no lo vas a aceptar.

–No puedo decirte eso, porque ya no te hablo –respondió ella.

Bajó las escaleras, pasó por delante de la tienda de artículos para mascotas, la tienda de artículos de oficina y el nuevo centro de spa, y fue directamente a la Tienda del lienzo. Una de las personas que trabajaba allí, Sadie, le había hecho a Molly el único tatuaje que tenía, y de la experiencia había surgido una amistad.

Sadie la saludó con la mano. Estaba con Ivy, la dueña de la camioneta de tacos de la calle que había detrás del edificio. Ivy, como ella, iba a veces a la tienda de tatuajes en busca de calma y cordura, algo que Sadie siempre era capaz de proporcionar junto a una dosis de sarcasmo.

Las dos se habían hecho amigas suyas, y era como si se conocieran de toda la vida.

–¿Cómo va todo? –preguntó Molly.

–Bueno, teniendo en cuenta que es un día laborable... –dijo Ivy, y se encogió de hombros. Bajó de un salto del mostrador y se dirigió hacia la puerta–. ¡Intentad que sea bueno! –exclamo, antes de desaparecer.

–¿Y tú? –le preguntó Molly a Sadie.

Sadie miró el pequeño árbol de Navidad que había puesto en la tienda. Debajo del abeto había varios regalos, y ella suspiró.

–Ninguno de los paquetes que tiene mi nombre ha ladrado todavía, y eso es un poco decepcionante, pero... –dijo. Entonces, se fijó en la ropa de Molly y abrió unos ojos como platos–. Vaya, vaya. Un momento. Ayer llevabas esa ropa cuando te vi. Ayer. ¿Acaso Molly Malone está haciendo el camino matinal de la vergüenza, lo nunca visto?

Molly hizo un mohín.

Y Sadie sonrió.

–Vaya, pues la Navidad ha llegado con antelación para mí. ¿Recordaban su funcionamiento todas tus partes?

–Bueno, en realidad, no es lo que parece.

–Ah... –murmuró Sadie.

–¿Me dejas que me duche aquí?

–Claro –dijo Sadie–. Y, a cambio de los detalles, te dejo ropa limpia.

Aquel era un buen trato, porque Sadie tenía una ropa increíble. Aquel día llevaba un top muy bonito y vaporoso, unos pantalones vaqueros ajustados y unos botines que habrían hecho babear a Molly si no estuviera alterada por la noche y la mañana que había tenido.

–Nada de detalles –le dijo a su amiga–, pero te invito a un café y una magdalena de la cafetería en el primer descanso que tenga si tienes Advil.

Sadie sacó un frasquito de su bolso.

–Bienvenida a la madurez, donde el Advil lo es todo. ¿Quién es él?

–¿Quién?

Sadie puso los ojos en blanco, y Molly suspiró.

–No te lo voy a decir.

Sadie ladeó la cabeza y la observó.

–Lucas.

–Cómo demonios...

A Sadie se le salieron los ojos de las órbitas.

–¿En serio? ¿He acertado? –preguntó, y se echó a reír–. Buena elección –dijo, con cara de aprobación.

–No, no. No es ninguna elección –dijo Molly–. Es...

–¿Guapísimo?

Bueno, sí, eso sí.

–¿Perfecto?

–No –respondió Molly rápidamente–. No es perfecto.

–Pues mejor –dijo Sadie–. El elegido nunca debería ser perfecto.

–Y tampoco es el elegido –dijo Molly–. Eso es absurdo.

Por muchos motivos, uno de los cuales era que, aunque Lucas era increíblemente serio y profesional en el trabajo, fuera del trabajo no lo era. Le gustaba mucho jugar, y tenía un encanto y una manera de flirtear que atraía a las mujeres con facilidad. Pero a ella, no.

Ella tenía problemas para confiar en un tipo como él.

–Bueno –dijo Sadie, asintiendo–. No estás lista para el elegido. Bueno, pues que sea el elegido de una noche. Antes de que venga otra y se lo lleve.

Molly abrió la boca y volvió a cerrarla para no decir nada de lo que pudiera arrepentirse. Como, por ejemplo, que acababa de darse cuenta de que no le gustaba nada la idea de que Lucas se acostara con otra mujer. Y eso era algo muy incómodo, así que tenía que superarlo rápidamente.

Veinte minutos después, cuando entró en la oficina de Investigaciones Hunt, ya no le parecía divertido el jueguito de dejar que Lucas pensara que se habían acostado. La señora Berkowitz ya no la estaba esperando, pero había otro millón de cosas que sí, como, por ejemplo, una batalla con el seguro de salud de Investigaciones Hunt por una parte de la cobertura del tratamiento médico de Lucas.

A ella le encantaba su trabajo. En su familia no había dinero para ir a la universidad, y, aunque ella tenía pensado sacarse una beca para estudiar, había tenido que abandonar aquellos planes al destrozarse la pierna. Por pura desesperación, había empezado a trabajar de administrativa mientras Joe estaba en el ejército. Había cambiado de trabajo en varias ocasiones y había ido mejorando su capacidad laboral hasta que Joe había vuelto a casa y había conseguido trabajo para él y para ella en Investigaciones Hunt.

Sin embargo, después de pasarse dos años detrás del mostrador de la recepción, quería más. Le había rogado a Archer que le permitiera hacer las comprobaciones de la situación de las empresas y recabar la información necesaria para apoyar las investigaciones, y él se lo había concedido encantado, porque esas dos tareas representaban una sobrecarga de trabajo para los demás. Y ella lo había hecho muy bien, les había proporcionado información muy valiosa durante todo el año. Aunque tenían a un encargado de Tecnologías de la Información, el propio Lucas, ella sabía que podía llegar a ser tan buena como él con un poco de formación.

Seguramente.

De todos modos, aunque le encantaba haber metido un pie en el campo de la investigación, no se sentía satisfecha. Quería algo más.

Quería participar en las misiones.

Archer le había dicho que, aunque era muy inteligente y le agradecía todo lo que estaba haciendo, no podía permitir que resultara herida. Y Joe había sido mucho menos diplomático todavía; directamente, se había negado a hablar de aquel tema con ella. Y lo entendía; la apariencia física era muy poderosa a la hora de crear impresiones, y ella tenía aspecto de debilidad, no de fuerza.

No le quedaba más remedio que demostrarles que estaban equivocados.

–Necesito que nos envíe la documentación por fax –le dijo el agente de seguros, después de tenerla esperando treinta minutos–. Esto ya se lo dije la semana pasada.

–Claro –dijo Molly–. Voy a buscar mi DeLorean para volver a 1987 y recoger mi fax. ¿Es que no puedo enviarles las páginas escaneadas?

–No aceptamos documentación escaneada. Tiene que ser enviada por fax o por correo ordinario.

Necesitaba más cafeína para soportar aquello. Después de la llamada, fue a la sala de personal y se encontró con Archer. Lo señaló con el dedo índice.

–Has echado a esas encantadoras ancianitas que necesitaban que las ayudaras.

–No aceptamos ese tipo de casos.

Ella lo fulminó con la mirada.

–¿Te refieres a los casos de ancianos?

–Estamos ocupados hasta dentro de cinco meses. No tengo a nadie disponible.

–¿O es que no tienes interés?

Archer estuvo a punto de exhalar un suspiro.

–Mira, sé que estás aburrída. Sé que quieres hacer más cosas. Lo entiendo. Estoy trabajando en ello. Pero no voy a asignarte un caso sin que tengas la formación y la experiencia necesarias. Cuando estés preparada, tendrás casos propios, te lo prometo. ¿De acuerdo?

Ella suspiró.

–De acuerdo.

–Eres una empleada muy valiosa de esta agencia, Molly. No estoy tratando de aplacarte. Lo único que te pido es un poco de paciencia hasta que estés lista.

–¿Y estás seguro de que no es al revés? ¿De que tú no estás preparado para mí?

Al oír aquello, Archer se rio.

–El mundo no está preparado para ti –dijo, y se puso serio de repente–. Pero lo estará, y, cuando sucedan las cosas, tú estarás preparada y podrás trabajar con seguridad.

–¿Y mientras?

–Mientras, voy a pedirte que te hagas cargo de la investigación y la información de un par de casos. Ya te lo he enviado por correo electrónico.

Sabía que le estaba arrojando un hueso, pero estaba dispuesta a aceptarlo. Aunque ya se le estaba acabando la paciencia. Y, más aún, cuando se encontró a Joe un poco más tarde.

–No vas a hacerte cargo de ningún caso –le dijo su hermano, mientras le daba un mordisco a un sándwich. Acababa de volver de una operación en la que había tenido que intervenir todo el equipo y tenía tres minutos antes de marcharse a una vigilancia de otro caso.

Su trabajo sí que era interesante, demonios.

–Creo que tengo derecho a hacer el trabajo que yo quiera –respondió con frialdad.

Joe suspiró y bajó el sándwich. Eso de que su hermano apartara la comida era muy raro, y quería decir que se había puesto muy serio.

–Molly, escúchame. No puedo imaginarte a ti haciendo el trabajo que hago yo, corriendo peligro constantemente.

–Pero tú sí lo haces. ¿Crees que yo no me preocupo? ¿O que Kylie no se preocupa? –preguntó ella, refiriéndose a su novia.

–No quiero que te pase nada –respondió él con terquedad.

Las palabras que no pronunció fueron «otra vez». Porque los dos sabían a qué se estaba refiriendo en realidad: a aquel momento de su vida en que ella se había adentrado en su mundo y había estado a punto de morir. Todavía tenía las cicatrices, por dentro y por fuera.

Y él se culpaba por ello.

Pero ella, no.

–Mira, Joe –le dijo, suavemente, con la esperanza de conseguir que la entendiera y terminar de una vez por todas con aquella conversación–. Soy inteligente, tengo recursos y soy fuerte.

Él asintió.

–Todo eso lo he aprendido de ti –le dijo ella, y le apretó una mano. Sonrió al ver que él se quedaba sorprendido–. Tú siempre me has cuidado, Joe. Siempre. Y te lo agradezco muchísimo. Pero estoy bien, ¿de acuerdo? Estoy muy bien. Y ya es hora de que me sueltes, de que me permitas tomar mis propias decisiones.

–No sé si puedo –reconoció él–. Pero lo voy a intentar.

–Inténtalo con todas tus fuerzas –le sugirió ella.

Capítulo 3

#SantaMalvado

Cuando Molly llegó a casa, aquella noche, estaba agotada. Vivía en Outer Sunset, a veinte minutos del trabajo si no había tráfico. Pero siempre había tráfico.

Cuando subió los pocos escalones que había hasta su apartamento, se encontró a tres elfos esperándola. Se habían multiplicado.

El elfo de menor estatura era la señora Berkowitz, su vecina. El otro elfo era la señora White, la compañera de tricot de la señora Berkowitz. Ella no conocía al tercer elfo, que debía de tener unos diez años menos que los otros dos.

–Buenas noches, señoras –dijo Molly, sonriendo con ganas por primera vez en todo el día–. Qué buen aspecto tienen.

–Gracias, querida –dijo la señora Berkowitz–. Pero tu jefe ha dicho que no aceptaba nuestro caso.

–Sí, ya me he enterado. Lo siento mucho...

–Necesitamos que nos ayudes. Nuestro jefe nos está robando.

Molly se apoyó en la barandilla de su porche.

–¿Saben con certeza que es así?

–Sí. Dice que no hay beneficios y no puede pagarnos, pero tiene dinero. Solo con el bingo ya gana bastante. Yo he visto los fajos de billetes. Necesitemos que nos ayudes –insistió la anciana, con tanta vehemencia, que le temblaron las orejitas de elfo.

Molly miró a la señora White, que asintió. Y, después, miró al tercer elfo.

–Te presento a Janet –dijo la señora Berkowitz, señalando a su amiga, que era una mujer de aspecto amable, un poco rellenita–. Nos oyó hablando del dinero y quiere unirse a la causa.

–¿A la causa? –repitió Molly.

–Sí, a la causa de Santa Claus –respondió la señora Berkowitz, con una expresión muy seria–. Hemos trabajado mucho durante todo el año. No vamos a quedarnos de brazos cruzados mientras nos roban, eso no está bien.

Si era cierto, no estaba bien en absoluto. Los hombres que formaban parte de su vida no entendían su necesidad de involucrarse, pero deberían. Había aprendido de ellos que había que actuar con ética, aunque nadie más lo creyera.

–Vamos a llegar al fondo de esto –les prometió a las ancianas.

La señora Berkowitz se quedó aliviada.

–Oh, gracias. Te lo agradecemos muchísimo. Y, por supuesto, vamos a pagarte, pero hasta que no tengamos nuestro dinero...

–No se preocupe –dijo Molly–. De todos modos, yo no tengo licencia de detective. Pero, si

llegamos al fondo de este caso, tal vez pueda convencer a mi jefe para que me permita conseguirla, así que, ya ven, nos estamos ayudando las unas a las otras.

–Gracias –dijo la señora Berkowitz con fervor–. Eres una bendición.

Varias horas después, Molly estaba sentada en su cama, mirando el ordenador portátil. Había investigado sobre el pueblo de la Navidad, sus propietarios y el salón de bingo. El local del bingo estaba alquilado por la misma empresa que alquilaba el terreno contiguo y el aparcamiento del pueblo de la Navidad. St. Michael's Bingo. A pesar del nombre de la empresa, no tenía relación con ninguna iglesia ni con ninguna organización caritativa en concreto. Y la señora Berkowitz tenía razón: según las puntuaciones en Yelp y otras críticas, parecía que el bingo tenía mucho público y era muy célebre.

Así pues... ¿por qué no había podido Santa Claus pagar a sus elfos?

¿Y por qué no encontraba los nombres de la gente que dirigía St. Michael's Bingo? En la página web solo aparecía una fotografía del pueblo y el horario de apertura, además de la dirección. No había otras formas de contacto, ni un número de teléfono.

Molly llamó a la señora Berkowitz.

–¿Quién dirige el pueblo y el salón de bingo?

–Santa.

Molly se frotó el entrecejo.

–¿Y se llama de alguna manera ese Santa Claus?

–Santa.

Molly se echó a reír.

–El tipo que se pone el traje de Santa Claus. ¿Cómo se llama?

–Ah. Nosotras le llamamos Nick el Loco.

–¿Por San Nicolás? –preguntó Molly.

–No, porque está loco.

–¿Y por qué está loco?

–Bueno, para empezar, ha tenido ya cuatro mujeres. Y todas trabajan para él, aunque lo odian. Por eso está loco. Siempre está de mal humor. Si yo tuviera cuatro exmujeres, no querría que trabajaran para mí.

–¿Y este señor tiene algún apellido?

–Seguramente, pero yo no sé cuál es. Podría preguntárselo a alguna de sus exmujeres en el próximo turno. Pero ahora tengo que colgar, cariño. Estoy viendo *Jeopardy!*

Molly colgó. Tenía que investigar más, pero, para poder hacerlo, necesitaba su ordenador del trabajo y programas informáticos más específicos. Con idea de levantarse muy temprano, se acostó.

Y soñó con unos ojos de color marrón, cálidos y profundos, del mismo tono que su cosa favorita del mundo: el chocolate. Soñó con la deliciosa sonrisa que los acompañaba, y con unas manos que la acercaban a un cuerpo, pero no para dormir...

A la mañana siguiente, Lucas estaba mirando por los prismáticos y, al mismo tiempo, observando la pantalla de su tableta, en la que podía ver a tiempo real las imágenes del edificio que estaban vigilando, en el que habían instalado cámaras ocultas. Hacía todo lo posible por concentrarse en el trabajo, en vez de en lo cruel que era la vida, que le había dado la oportunidad de acostarse con Molly pero le había negado la posibilidad de recordar ni un solo minuto.

¿Era su cuerpo tan curvilíneo y suave como parecía con aquellos trajes de oficina tan sexis que llevaba siempre?

Y ¿qué llevaba debajo? ¿Encaje? ¿Seda? Él no tenía ninguna preferencia. Le encantaba todo. ¿La habría desnudado lentamente y le habría pasado las manos por todo el cuerpo? ¿La habría besado? ¿Tendría ella aquel sabor tan delicioso que él se imaginaba?

–Aquí hace un calor insoportable –murmuró Joe.

Como su amigo llevaba horas quejándose, Lucas no respondió. Además, Joe tenía razón: allí hacía mucho calor.

–Tengo hambre –dijo Joe.

Lucas bajó los prismáticos y se quitó el auricular de uno de los oídos.

–¿Algo más?

–Se me ha dormido el trasero.

–¿Y qué quieres que haga yo, exactamente? –le preguntó Lucas.

–Era por decir algo –respondió Joe, y exhaló un suspiro–. Llevamos aquí toda la vida.

Se refería a la furgoneta de vigilancia. Estaban a una hora al norte de San Francisco, en Sonoma, en el circuito de carreras Sonoma Raceway. Y, sí, para estar en diciembre, hacía demasiado calor. Además, se les había acabado la comida hacía unas horas.

Él tenía la misión de vigilar y recabar cualquier prueba, pero había recibido órdenes tajantes de mantenerse al margen de cualquier acción. Joe estaba allí para cubrirle las espaldas si las cosas se complicaban.

Y él sentía un gran agradecimiento por tener aquel trabajo, por muy insignificante que fuera.

–Solo era por decir algo –repitió Joe.

–¿Qué es lo que has dicho?

Joe le echó una mirada torva.

–¿Por qué no me has escuchado?

«Porque estoy teniendo fantasías sexuales con tu hermana, que está desnuda debajo de mí, diciendo mi nombre entre gemidos...».

–Esto no va a ocurrir hoy –dijo Joe, mientras se quitaba los auriculares–. La información estaba equivocada.

La información sobre la que se basaba la vigilancia de aquel día la había recopilado Molly, y él la había revisado con minuciosidad.

–El instinto me dice otra cosa.

Y su instinto casi siempre acertaba. Lo había refinado mucho en la Agencia Antidroga, donde había trabajado cinco años de agente encubierto. En varios de sus casos había tenido que investigar grandes fraudes a compañías de seguros, y uno de esos casos había sido el que le había costado el amor de su vida, aunque fuera de manera indirecta.

No iba a pensar en eso.

De cualquier modo, aquella misión iba a ir según lo previsto. Su cliente, un fabricante de automóviles muy importante, tenía un problema. Algunos de sus empleados estaban haciendo horas extra cuando se había resbalado el eje de un camión, que había caído al suelo. Siete de los empleados habían declarado heridas de diferente gravedad, aunque ninguno de ellos hubiera recibido un golpe. Tres de los empleados habían vuelto a sus puestos de trabajo, pero los otros cuatro seguían de baja y habían presentado una demanda contra el fabricante.

Lucas había investigado con ayuda de Molly, ya había descubierto que los cuatro empleados eran amigos de toda la vida, tanto, que hasta iban juntos de vacaciones. Todos tenían la baja

médica, pero Molly había encontrado registros de sus tarjetas de crédito que los situaban tres fines de semana seguidos en el circuito de carreras de coches de Sonoma, el Sonoma Raceway.

Estaban tomando clases de conducción de coches de carreras.

–Puede que tengas razón –le dijo Joe, al ver que entraban dos coches al aparcamiento.

De cada uno de los vehículos salieron dos hombres. Por las fotografías y las descripciones que tenían de ellos, Lucas y Joe supieron al instante que se trataba de los trabajadores supuestamente heridos en el accidente laboral.

–Demonios –murmuró Joe, mientras hacía fotografías de los hombres–. ¿Lo tienes?

–Sí –dijo Lucas, sin dejar de grabar en vídeo la entrada de los empleados al circuito–. ¿Todavía quieres marcharte?

–Cállate.

Cuando los hombres hubieron entrado en el circuito, Lucas y Joe salieron de la furgoneta para conseguir más pruebas, y para asegurarse de que los empleados subían de verdad a los coches de carreras.

–Siempre se me olvida lo buena que es –murmuró Joe, mientras ocupaban su sitio de espectadores en las gradas– Molly.

Lucas no respondió. Porque él nunca olvidaba lo buena que era Molly.

Salvo por lo de la otra noche...

Capítulo 4

#BahPatrañas

Lucas y Joe no pudieron enseñarle la grabación de los empleados conduciendo coches de carreras a todo el mundo hasta el día siguiente, después del mediodía. El equipo se había reunido en la sala de juntas para poner en común información sobre una operación que acababan de terminar. Archer, Joe, Lucas, Max, Reyes y Porter, además de Carl, el dóberman de cuarenta y cinco kilos de Max. Todos iban vestidos todavía con la ropa de su última misión, y eso significaba que todavía estaban llenos de adrenalina después de haber terminado una peligrosa operación con éxito.

Lucas no había tomado parte de la acción, pero había estado otra vez ocupándose de la vigilancia, en la furgoneta, lo cual era un asco. Sin embargo, Archer se había negado a permitirle que hiciera algo más hasta que su médico le hubiera dado el alta, algo que no iba a suceder hasta después de una semana más.

Lucas pensó en pedirle a Molly que llamara a su médico y le dijera que él había estado a la altura de la acción unas noches antes, pero, con su suerte, seguro que ella le diría que esa acción no había merecido tanto la pena.

En aquel momento, estaban dando un informe oral de la misión.

—Buen trabajo —les dijo Archer, después de haber oído todo lo que habían hecho—. No podríamos haber resuelto este caso tan rápidamente sin tu ayuda.

Lucas abrió la boca para darle las gracias, pero se dio cuenta de que Archer estaba hablando con Molly.

Ella sonrió al oír aquel cumplido, poco frecuente en su jefe, y Lucas cabeceó ligeramente, pensando que Archer y Joe se equivocaban al intentar cortarle las alas.

Cuando terminó la reunión, todo el mundo se marchó de la sala. Lucas permaneció allí sentado y abrió el ordenador portátil, porque uno de sus cometidos era escribir el informe. Otro motivo para odiar a su jefe.

Su madre lo llamó por teléfono y él puso la llamada en altavoz para poder seguir tecleando.

—Lucas Allen Knight —dijo.

Llevaba cuarenta años en los Estados Unidos, pero todavía tenía un ligero acento de su país natal, Brasil, y el sonido de su voz siempre le hacía sonreír.

Bueno, normalmente.

—Me has estado ignorando —le reprochó a su hijo.

Él exhaló un suspiro.

—Hola, mamá. No, no te he ignorado, lo que pasa es que he tenido mucho trabajo...

—Cariño, no te esfuerces. Sé que este trabajo, al contrario que el anterior, no te exige que estés

desaparecido durante semanas.

Era cierto y, en parte, el motivo por el que volvía a tener una vida, aunque no estaba seguro de merecérselo.

–Bueno, y ¿qué tal estás, cariño?

Él no le había contado que le habían disparado, ni que estuviera de baja médica. Si se lo hubiera contado, tanto ella como Laura, su hermana mayor, se habrían lanzado sobre él como perros hacia un hueso. Unos perros dulces y cariñosos, pero, de todos modos...

–Estoy muy bien, te lo prometo. Te llamo este fin de semana para contarte mi vida.

–Querrás decir que vas a venir a verme este fin de semana.

Oyó un resoplido y se dio la vuelta. Vio que Molly estaba allí, escuchando la conversación sin ningún reparo.

–Mamá –dijo él–. Tengo mucho trabajo. ¿Por qué no eres más comprensiva?

–Soy muy comprensiva. Con todas las madres cuyos hijos no van a visitarlas. ¿Sabías que el hijo de Margaret Ann Wessler sí viene a visitarla. Y el hijo de Sally Bennett, también.

–Voy a ir a verte –dijo él, por fin.

–Y vas a venir a la fiesta familiar de Navidad el fin de semana que viene.

–Mamá...

–Va a venir todo el mundo, Lucas. Incluso mi exmarido.

–¿Te refieres a mi padre? –le preguntó él, con ironía. Sus padres llevaban divorciados veinte años, y eran amigos. Más o menos. De cualquier modo, habían cumplido con su deber de la mejor manera posible, incluyendo las celebraciones festivas.

–Sí –dijo su madre con un suspiro–. Y, si no apareces, la gente me va a preguntar por qué no viene a verme mi hijo.

–Está bien, sí. La fiesta de Navidad. Iré.

–Y a la Nochebuena, que es dos semanas después. Y el día de Navidad, también, porque...

–Mamá...

–No me digas que vas a trabajar ese día. Si me lo dices, llamo personalmente a tu jefe. No creas que no lo voy a hacer.

Él se imaginó a su madre llamando a Archer para echarle una bronca y sonrió.

–Allí estaré.

–Muy bien, hijo –respondió su madre, en un tono más cálido, lo cual era lógico, porque había conseguido lo que quería desde el principio–. Y trae a una novia a la fiesta...

–Lo siento –dijo él–. No te oigo bien, hay interferencias...

–¡Lucas!

–Voy a entrar a un túnel –añadió él, e imitó el sonido de las interferencias antes de colgar.

–Necesitas un poco más de flema en esos ruidos –dijo Molly con cara de diversión–. ¿Siempre le dices mentiras a tu madre?

–Cuando puedo librarme de una buena –dijo él. Apartó el ordenador portátil y la miró–. ¿Acaso tú nunca les dices alguna mentira a tus padres para conservar la cordura?

–No.

–Vamos –dijo él con incredulidad–. ¿Nunca?

–Bueno, es que a mi padre no se le puede mentir. Tiene un detector de mentiras interno –dijo ella, tocándose la sien con un dedo–. Y mi madre... murió hace mucho tiempo.

Él cabeceó.

–Lo siento. Soy idiota.

–No lo sabías.

–No, no lo sabía. Pero, de todos modos, lo siento.

Ella se encogió de hombros y se dio la vuelta.

–Molly...

–Apaga la luz cuando termines aquí –dijo ella–. Hoy voy a cerrar pronto.

–Molly.

Entonces, ella se giró hacia él.

–¿Fueron a verte los elfos? –le preguntó Lucas.

Ella vaciló.

–Sí.

–¿Y qué les dijiste?

–Que iba a ayudarles –respondió Molly, como si él fuera corto de entendederas.

Se marchó de la sala, y él respiró profundamente. Su madre era entrometida, mandona y manipuladora, y no podía dejar de meterse en su vida, pero también era cariñosa y protectora, y estaba dispuesta a luchar con su vida por la gente a la que consideraba suya. Él no podía imaginarse un mundo sin su madre.

Pero Molly no tenía nada de eso, porque su madre había muerto.

No era la primera vez que maldecía a Joe porque, a pesar de que fuera tan buen amigo suyo, casi nunca hablaba de su vida privada, y menos, de su familia. Ojalá pudiera dar marcha atrás y borrar los últimos minutos. En realidad, ojalá pudiera rebobinar los últimos días y llegar al momento en que había mezclado un chupito de bourbon con los analgésicos y, después, se había acostado con Molly.

Aunque, si recordara la parte en la que se había acostado con Molly, no querría borrar los recuerdos...

Apagó las luces y recorrió el pasillo.

Archer estaba apoyado en el mostrador de Molly, leyendo un expediente. Joe y Reyes estaban cerca de la puerta principal, charlando.

–¿Te vas? –le preguntó Archer a Lucas.

–No, todavía no. Voy a terminar el informe.

Reyes lo miró.

–No has contado con qué chavala terminaste la otra noche.

Lucas se quedó petrificado.

–A que lo adivino –prosiguió Reyes–. Con la morena del final de la barra, ¿no? Es nueva, no la había visto nunca.

Lucas tuvo que hacer un esfuerzo por acordarse de la chica morena. No era Molly; ella miró, y se dio cuenta de que ella lo estaba observando fijamente.

–A lo mejor fue la pelirroja de la mesa de billar. Está buenísima –comentó Joe.

–Sí –dijo Lucas–, claro.

–Sí, claro, ¿cuál? –inquirió Reyes–. ¿La morena de la barra o la pelirroja de la mesa de billar?

Molly los miró como si estuviera viendo el programa de televisión más fascinante de la historia.

–¿Con las dos? –preguntó Joe, esperanzadamente.

–Cerdo –le dijo Molly a su hermano, que se encogió de hombros.

–Él está soltero –respondió Joe–. Así que, ahora, yo tengo que vivir a través de su experiencia.

–Ya se lo diré yo a Kylie –respondió Molly–. Además, la pelirroja de la mesa de billar que está

buenísima tiene un nombre. Se llama Ivy, y es genial.

–Sí –dijo Reyes, señalando a Molly–. Es la chica de la furgoneta de tacos que está aparcada en la esquina. La comida que hace está increíblemente buena.

Nadie respondió, porque todo el mundo estaba mirando a Lucas y esperando su respuesta.

–No es asunto vuestro –les dijo él.

Archer se echó a reír y se apartó del mostrador de recepción. Se dirigió hacia su despacho.

–Elle dice que terminaste solo.

Lucas abrió la boca, pero se topó con la mirada de Molly y volvió a cerrarla. Elle iba a tener que pensar que él era un perdedor que se inventaba sus aventuras, y no sería porque Joe y Archer fueran a matarlo si supieran la verdad, sino porque él jamás delataría a Molly.

Joe y Reyes se despidieron y se marcharon. Entonces, Molly se puso de pie y tomó su bolso, como si, de repente, tuviera mucha prisa.

Seguramente, tenía prisa por evitarlo a él.

–Buenas noches –dijo.

–Puedes correr, pero no puedes esconderte –respondió Lucas en voz baja.

Ella se echó a reír, pero se marchó de todos modos. Cuando salió por la puerta, Lucas dio un paso para seguirla, y se dio cuenta de que alguien lo estaba observando.

Archer había vuelto y estaba apoyado en el quicio de la puerta.

–Bueno, y... ¿cómo han ido las cosas?

Lucas suspiró.

–No estoy seguro de poder convencer a Molly de que no acepte el caso del Santa Claus malvado. Las ancianitas la han convencido primero.

–¿Me estás diciendo que un par de ancianas son mejores que tú?

–No, claro que no.

–Bueno –dijo Archer–, porque tengo un nuevo trabajo para ti.

–¿Y por qué será que no me emociona mucho oírtelo decir? –murmuró Lucas.

–Si ella se mete en el caso de los elfos sin pedirnos ayuda a Joe ni a mí...

–¿Lo dices en broma? –preguntó Lucas–. Ella no os va a pedir ayuda. Nunca le pide ayuda a nadie, y lo sabes.

–Sí, lo sé –dijo Archer–. Así que tú te vas a ofrecer para ayudarla y, de paso, protegerla. Y, como valoro mucho mi vida, no vas a decirle que fui yo el que te hizo este encargo.

–Entonces, si se entera... ¿soy yo el único que va a morir?

–Exacto.

Vaya, qué agradable saber que el único pellejo que peligraba era el suyo. Volvió a su despacho. No estaba muy satisfecho con lo que estaba ocurriendo en su vida en aquel momento. Se sentó en su escritorio y miró al techo. Antes de que le hirieran de bala, las cosas eran mucho menos complicadas. Antes de haberse acostado con la mujer a la que se suponía que tenía que proteger sin que ella lo supiera.

La mayoría de los días, después del trabajo, se iba al gimnasio o salía a correr. Sin embargo, el médico tampoco le había dado permiso para eso. No le había dado permiso para nada, ni siquiera para lo que hubiera hecho con Molly...

Un momento.

Si hubiera mantenido relaciones sexuales salvajes, ¿no debería dolerle mucho el costado? Se tocó las abdominales. Notó una punzada, pero no demasiado dolorosa. Algo que no resolvía ninguna duda, demonios. Porque lo más seguro era que, con tal de disfrutar del sexo, él se hubiera

aguantado el dolor.

Ummm... Abrió el ordenador portátil. Se suponía que él no podía acceder a los datos de sus compañeros de trabajo; nadie podía hacerlo. Sin embargo, a él le habían contratado por sus conocimientos sobre Tecnologías de la Información, así que no le costó demasiado dar con la dirección de Molly.

Salió de la oficina y atravesó el patio del edificio. Todas las ventanas y las puertas estaban decoradas con guirnaldas de abeto intercaladas con lucecitas blancas, y entre la entrada y el callejón había un enorme árbol de Navidad. Entró al callejón y se encontró al viejo Eddie sentado en una caja de madera. Era un viejo hippie de los sesenta, con el pelo largo, blanco y rizado alrededor de la cabeza, parecido al de Einstein. Todo el mundo, incluido Spence Baldwin, el propietario del edificio y nieto de Eddie, había intentado sacar al hombre de la calle, pero todos aquellos esfuerzos habían sido rechazados con dulzura y una resistencia férrea. Aquel día, Eddie estaba jugando a algún juego en su teléfono, seguramente contra el hombre que estaba sentado frente a él, en otra caja de madera dada la vuelta.

Caleb llevaba traje, un traje que parecía muy caro, pero parecía que estaba a gusto en el callejón.

–Cabrón –dijo Eddie, cariñosamente.

Caleb soltó un resoplido.

–Tu problema es que juegas con corazón, viejo.

–Claro –dijo Eddie–. Se me olvidaba que tú de eso no tienes.

Caleb asintió para saludar a Lucas, sin dejar de mirar la pantalla del teléfono. Se dedicaba a las inversiones empresariales y era un genio de la tecnología, además de un antiguo cliente de Investigaciones Hunt. Lucas había sido destinado a su protección en varias ocasiones. En una de esas ocasiones, Caleb había sido víctima de un atraco y se había defendido con algunas llaves de artes marciales muy impresionantes, así que él sentía mucho respeto por el tipo en cuestión.

–¿Te encuentras mejor que la otra noche? –le preguntó Caleb a Lucas.

–Sí, tío, porque el otro día estabas un poco ido –le dijo Eddie–. Seguramente, por eso esa chica tan guapa de tu oficina te acompañó a tu piso para acostarte –añadió, con una sonrisa de picardía–. Pero no se marchó hasta por la mañana, así que supongo que tuviste una buena noche.

Caleb enarcó ambas cejas y miró fijamente a Lucas.

–Espera... ¿Estamos hablando de Molly? ¿Has pasado la noche con Molly? ¿Es que quieres morir, o algo así?

«O algo así».

–¿Cuánto quieres a cambio de no repetir jamás ninguna parte de esta historia? –le preguntó Lucas a Eddie, ignorando a Caleb por el momento. Caleb no le preocupaba, porque sabía que los secretos eran importantes, y él mismo tenía muchos. Sin embargo, a Eddie le encantaban los cotilleos.

Para demostrarlo, el viejo sonrió maliciosamente y extendió la mano.

Mierda. Lucas sacó un billete de veinte dólares.

Eddie siguió sonriendo.

Lucas añadió un segundo billete.

Eddie no retiró la mano.

Así que él añadió un tercer billete y, después, el cuarto.

–Con eso vale –dijo Eddie.

–Vaya, vaya –dijo Caleb, agitando la cabeza.

Capítulo 5

#DefineAgradable

Lucas fue en coche hasta casa de Molly, intentando concentrarse en el partido de fútbol americano que estaban retransmitiendo por la radio. Jugaba California, y él había ido a Berkley, en el estado de California, porque allí era donde le habían dado la beca. Además, su padre también había estudiado en aquella universidad, y allí había conocido a su madre, que trabajaba en una de las cafeterías del campus. A Lucas nunca le había apasionado estudiar, pero sí le apasionaba el fútbol. Había jugado durante un año, aunque casi todo el tiempo se lo había pasado en el banquillo, antes de sufrir una lesión que le había destrozado el ligamento anterior cruzado y tener que someterse a una operación. Sin embargo, todavía adoraba aquel deporte.

Sin embargo, no era capaz de mantener la atención en el partido. Solo podía pensar en cómo iba a manejar a Molly. Era una idiotez ocultarle algo, pero, si le decía la verdad, ella haría lo que quisiera a escondidas. Y él no podía arriesgarse a que sucediera aquello. No podía permitir que ella corriera peligro.

Molly vivía en Outer Sunset, el barrio más populoso de todo San Francisco. Las calles eran estrechas y los edificios eran antiguos y un poco destartados, pero estaban bien cuidados.

Su edificio no era una excepción. Había ocho apartamentos, cuatro en el piso bajo y otros cuatro en el segundo, que, debido a la densa niebla, casi no se veía. Molly vivía en el bajo, en uno de los apartamentos que daban a la calle. La luz de su casa estaba encendida, pero nadie abrió la puerta. Se dio cuenta de que su vecina, no una del grupo de los elfos, lo estaba observando desde detrás de la cortina con mala cara, así que le sonrió con la esperanza de parecer inofensivo y llamó de nuevo a casa de Molly.

La puerta siguió sin abrirse, pero la voz de Molly sonó por un portero automático oculto.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo —dijo él. Miró a su alrededor y vio una pequeña cámara encima de la lámpara de su porche. Molly siempre le sorprendía—. Qué lista —dijo—. Vamos, abre.

—No.

Él miró a la cámara.

—Tenemos que hablar.

—Pues habla.

—No puedo hablar aquí, en tu porche, con tu vecina mirándome con el teléfono en la mano.

—Es la señora Golecky. Seguramente, está llamando a la policía, porque pareces un tipo muy malo con la ropa negra de equipo de seguridad de elite.

Él apoyó la frente contra la puerta de madera.

—Yo me daría prisa y empezaría a hablar antes de que lleguen los polis.

–¿De verdad me vas a obligar a decirlo aquí fuera?

Silencio.

–De acuerdo –dijo él–. Como quieras. Pero la señora Golecky acaba de abrir la ventana para oír todo lo que digamos.

Más silencio. Desde luego, Molly era muy terca.

Él exhaló un suspiro.

–Necesito saber lo que ocurrió la otra noche.

La puerta se abrió y apareció Molly, con las cejas enarcadas.

–¿Seguro que quieres oírlo? Es decir... no fue algo precisamente memorable.

–No me lo creo –dijo él. Demonios–. ¿De verdad?

–Bueno, es un poco difícil de recordar, porque no fue más que un minuto.

A su espalda, desde el otro lado del seto que separaba las puertas principales de los dos apartamentos, se oyó un resoplido de la señora Golecky.

Lucas ya había tenido suficiente, así que apartó a Molly y entró.

Ella le estaba sonriendo mientras él cerraba la puerta y se giraba para mirarla.

–Estás muy satisfecha de ti misma, ¿eh?

Molly se encogió de hombros.

–Lo único que pasa es que me sorprende que preguntes con tanta insistencia por tu nivel de... rendimiento.

–¿Vas a seguir insultándome o me vas a decir la verdad?

Ella se echó a reír y, demonios, su risa era un sonido muy bonito.

–¿No puedo hacer las dos cosas? –preguntó.

Él cabeceó y miró a su alrededor. La casa de Molly era muy pequeña, pero estaba muy ordenada y era muy agradable. Había muebles que parecían muy cómodos y muchos toques personales, como fotografías, libros y plantas espléndidas.

Él nunca había conseguido mantener viva a una planta. Cuando salía con Carrie, habían compartido un apartamento durante las temporadas que él no estaba participando en alguna misión secreta. A ella también le encantaban las plantas, y le había prohibido que las tocara, porque decía que las mataba con su mala actitud.

Nunca había vuelto a convivir con una mujer.

Ni había tenido una planta.

–Respecto a lo de la otra noche... –dijo él.

–¿Qué pasa con eso? –preguntó ella, con los ojos brillantes de diversión. Claramente, estaba pasándoselo muy bien.

–Yo...

Lucas se quedó callado al mirar hacia la mesa de la cocina. Allí estaban los tres elfos, tomando un té.

–Dime que esto es solo una merienda –le murmuró a Molly–, y que no vas a intentar resolver su caso de Santa Claus.

–Claro que voy a intentar resolver su caso de Santa Claus. Les dije que iba a ayudarlas.

En aquel momento, él se dio cuenta de que eran mucho más parecidos de lo que habría podido imaginarse.

Molly le señaló a la primera mujer.

–Ya conoces a la señora Berkowitz, mi vecina. Y a la señora White, su compañera de tricot. Y ella es Janet, una de sus compañeras de trabajo.

–Tenga –le dijo la señora Berkowitz, tendiéndole una taza de té humeante–. Es ginkgo. Le ayudará con su problema de falta de memoria.

–Y puede tomar kava y ashwagandha para su... eh... problema de no ser memorable –dijo Janet.

Entonces, todas se echaron a reír, mientras Lucas se contenía para no dar golpes con la cabeza en la pared.

–¿Ha habido algún cambio o novedad?

–No es asunto suyo –dijo Janet.

Magnífico. Sin olvidar la orden que le había dado Archer, que debía cuidar de Molly y no permitir que le ocurriera absolutamente nada, se la llevó aparte para hablar con ella sin que los oyeran.

–Si vas en serio con este tema...

–Claro que sí –replicó ella. Había dejado de sonreír y estaba muy seria–. Y hay algo más.

–¿Qué?

–Que tú vas a ayudarme.

Eso era exactamente lo que había ido a hacer allí, pero tenía curiosidad por saber qué era lo que le iba a pedir ella. En realidad, se lo había ordenado; era muy parecida a su hermano Joe.

–¿Y por qué crees eso?

–Porque, si no me ayudas, les cuento a Joe y a Archer lo de la otra noche.

Lucas respiró profundamente.

–Así que me odias y quieres que muera.

Ella se echó a reír.

–No –dijo. Después, se le borró la sonrisa–. Pero no soy tonta, Lucas. Ni temeraria. Puedo hacer el trabajo de campo en este caso, pero también quiero ir al pueblo y husmear por allí. Necesito conocer el lugar y encontrar a alguien con quien hablar, alguien que conozca el apellido de Nick, para empezar. Y necesito apoyo. Un socio. Alguien listo y con recursos, y que no tenga miedo de transgredir unas cuantas normas.

–Te escucho –dijo él.

Ella sonrió.

–¿Por casualidad conoces a alguien que tenga esos atributos, aparte de ti mismo?

Mierda. Lucas la miró a los ojos. Eran de color castaño claro y tenían una mirada llena de inteligencia. Supo que estaba perdido.

Entonces, ella se dio la vuelta y volvió a la cocina desde el salón, para sentarse a la mesa con las señoras. Claramente, trataba de no forzar la pierna derecha. Algunas veces, él había intentado preguntarle por aquel tema, pero ella siempre le había dejado claro que no era asunto suyo.

No había nadie más orgullosa ni más terca que Molly.

Bueno, tal vez, él mismo.

Sin embargo, cada vez sentía más deseos de saber lo que le había ocurrido. Se estaba convirtiendo en una necesidad. Tenía la impresión de que había sido algo malo, pero, como él tampoco tenía un pasado lleno de recuerdos felices, no iba a presionarla, porque sabía que haría que se sintiera mal.

Tenía maneras de conocer su pasado. En Investigaciones Hunt tenían los mejores programas informáticos de búsqueda. Algunos eran tan eficaces que podría averiguar el día en que habían concebido a Molly, y cuántas caries tenía su padre en esa época. Él había utilizado aquellos programas sin escrúpulos para conseguir información sobre la escoria de la sociedad.

Sin embargo, nunca había sido capaz de investigar a Molly. No podría justificar de ningún modo aquella invasión de su privacidad.

Pero, aun así, seguía sintiendo una enorme curiosidad.

Como sabía cuándo debía ceder, se sentó con las señoras a la mesa. La señora Berkowitz le puso delante una taza de té. Era de color verde y tenía algunos posos. Estupendo. Dio un sorbo y se quemó la lengua. Además, la infusión tenía un sabor repugnante.

–Bueno, señoras. Cuéntenme.

Todas empezaron a hablar a la vez.

Él alzó una mano.

–Por favor, una a una. Usted –dijo y señaló a la señora Berkowitz.

–Trabajamos todo el año –dijo ella, y sacó su teléfono–. Lo tengo todo apuntado... Un momento, ¿dónde están mis gafas?

–Las tienes en la cabeza –respondió la señora White.

–Ah, es verdad –dijo la señora Berkowitz, y se las puso–. Mucho mejor. Bien, como bien sabéis, no nos han pagado lo que debían, y creemos que Santa es culpable de estafa y de blanqueo de dinero.

–¿Tienen alguna prueba? –preguntó Lucas.

–¿Por qué ustedes y la policía siempre necesitan tantas pruebas? –preguntó la señora Berkowitz–. ¿No es eso trabajo suyo?

–Entonces, ya han acudido a la policía –dijo Lucas.

–Sí, pero no quisieron ayudarnos si no les dábamos pruebas. Pero la verdad es que sé que tenemos razón. Además, el hermano de Santa siempre está por allí, comportándose como si fuera el jefe.

–¿Y qué tiene de malo eso? A lo mejor es un negocio familiar.

–Es un negocio familiar –confirmó la señora Berkowitz–. Hace cuarenta años, el hermano de Santa era un mafioso.

–Está bien. ¿Saben cuál es el verdadero nombre de este hombre? –preguntó él.

–¿El hermano? Tommy Pulgares –dijo la señora Berkowitz–. Dicen que, antiguamente, si lo enfadabas, te cortaba el pulgar y se lo daba de premio a su serpiente. Entonces era un mafioso de bajo nivel, pero tenía ambiciones. Por eso hacía lo de los pulgares. Quería destacar.

Lucas cabeceó.

–Tommy Pulgares era un mafioso de poca monta en los ochenta, pero murió en una explosión en un almacén a principios de los noventa. Lo que pasa es que hay muchos usureros que han mantenido viva su leyenda para mantener a la gente a raya con la amenaza de que pueden perder los pulgares.

–No –dijo la señora Berkowitz–. No está muerto.

–Nadie ha visto a Tommy Pulgares desde hace años, y hay mucha gente que lo ha estado buscando. ¿Por qué cree que es él? ¿Lo ha reconocido? ¿Cómo es posible?

–Bueno, me acosté con él unas cuantas veces a últimos de los noventa –dijo la señora Berkowitz con una sonrisilla–. Y puede que una o dos veces en el siglo xxi, también. ¿Qué? –preguntó la señora Berkowitz, al ver que Janet la miraba con horror–. Antiguamente era un poco más lenta a la hora de reconocer a un patán.

Lucas hizo todo lo posible por apartarse de la cabeza las imágenes de la señora Berkowitz con Tommy el Pulgares, pero no lo consiguió por completo. Se presionó los ojos con las palmas de las

manos y respiró profundamente.

–¿Usted todavía...?

Dios Santo. Ni siquiera podía decirlo.

–¿Que si todavía lo hago? –preguntó la señora Berkowitz, con una sonrisa, y se encogió de hombros–. No tanto, últimamente. En primer lugar, los hombres de mi edad ya no tienen tan buen aspecto cuando están desnudos, no sé si me entiendes.

Lucas hubiera preferido no entenderlo.

–Pero, no, ya no me acuesto con Tommy –dijo ella–. Se ha hecho viejo y gruñón, y es más malo que la quina. No lo soporto. Soy feminista.

Lucas se frotó las sienes.

–¿Te duele la cabeza? –le preguntó Molly.

Peor todavía. Porque, si Tommy Pulgares seguía con vida, y con las manos metidas en el dinero del bingo del Pueblo de la Navidad, aquello se complicaba mucho. Los elfos tenían un caso bien fundamentado, y eso significaba que no iba a conseguir que Molly cambiara de opinión. Sabía que Archer y Joe le iban a rebanar el pescuezo por no avisarles de todo aquello inmediatamente, y era lo que debería hacer si valoraba su puesto de trabajo. Pero también sabía que podía resolver aquel caso y proteger a Molly sin apoyos, por lo menos, en aquel momento. Si pedía refuerzos, Archer y Joe aparecerían inmediatamente y la apartarían del caso.

Y ella nunca se lo perdonaría.

Así pues, iba a tener que dejar que el caso del Santa Claus malvado fuera el secreto de Molly, lo cual significaba que él estaba metido hasta el cuello, y no porque se lo hubiera pedido Archer. Iba a ayudarla de todas las formas posibles y a protegerla a cualquier precio.

Y, con suerte, no lo echarían del trabajo.

Ni perdería los pulgares.

Ni tampoco, pensó, mirando a Molly a los ojos, el corazón.

Capítulo 6

#FelizNavidadÉlfica

Molly observó la expresión de Lucas mientras los elfos hablaban con él. Tenían un caso evidente, y él lo sabía. Y, si había algo que ella sabía de él, era que siempre estaba dispuesto a luchar por lo que era justo.

Las señoras se quedaron hasta tarde; parecía que estaban contentas tejiendo en la mesa de su cocina. Lucas también se quedó allí y, por su forma intensa de mirarla, ella se dio cuenta de que estaba esperando a que se fueran los elfos para que ellos dos pudieran mantener una conversación.

Sin embargo, a Molly no le apetecía hablar de nada.

Por suerte, el teléfono de trabajo de Lucas sonó a las diez de la noche para indicarle que había recibido un mensaje. Él le lanzó una mirada indescifrable e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta. Se dirigió hacia allí, como si estuviera seguro de que ella iba a seguirlo.

Lo cual hizo, por supuesto.

Él la sacó al porche, cerró la puerta para evitar los curiosos oídos y ojos de los elfos y la empujó hasta la pared, suavemente. Le tomó la barbilla con los dedos y la miró a los ojos.

–De acuerdo –dijo–. Me rindo. No puedo hacerle frente a alguien como tú.

Ella intentó contener la sonrisa triunfal, pero no pudo.

Él cabeceó.

–Antes de que digas «ya te lo dije», vamos a hacer un trato.

–Eso piensas, ¿eh?

–Sí.

–¿Qué trato es ese? –le preguntó ella, con cautela.

–Que no vas a salir sin mí. Somos socios, Molly, o no hay más que hablar.

Aquella noche que ella había dormido junto a él, Lucas estaba caliente como un horno. Ella se había despertado en dos ocasiones abrazada a él como si su cuerpo ya supiera lo que su mente no quería aceptar: que lo deseaba. Y se había apartado de él las dos veces.

En aquel momento, estaba igual de cálido. Y era todo músculos delgados y duros. Tuvo que contenerse para no volver a abrazarse a su cuerpo.

–¿Y si no acepto? –le preguntó.

–Entonces, avisaré a Archer para que se haga cargo del caso.

Molly sabía que Lucas era un hombre de palabra, y que haría exactamente lo que había dicho.

–Está bien –dijo–. Trato hecho.

Él asintió y dio un paso atrás, y ella se sintió desprotegida. Él le miró la cara y se detuvo en sus labios y, como por arte de magia, a ella se le separaron.

Entonces, Lucas la miró ardientemente, y desapareció con una sonrisa en los labios.

Cuando, por fin, ella se pudo acostar aquella noche, soñó con el futuro compartido con un hombre, un futuro que no podía ni iba a tener.

A la mañana siguiente, Molly se despertó pronto y fue al gimnasio. Hacía una tabla de ejercicios específica que le había diseñado su fisioterapeuta para que mantuviera la fuerza en la pierna debilitada.

–¿Preparada? –le preguntó una voz masculina a su espalda.

Ella se levantó y se enjugó el sudor de la frente. Se trataba de Caleb, un gran cliente de Investigaciones Hunt que, además, era su compañero secreto de lucha.

Caleb tenía sus motivos para guardar el secreto. Era un libro cerrado, un misterio para todo el mundo.

Molly nunca le había contado a nadie que la estaba entrenando. Había empezado a hacer ejercicio para recuperar la fuerza después de la última operación, y se había convertido en algo como una religión para ella. Una religión muy privada. El hecho de mantener la fortaleza física la ayudaba a mantener la fortaleza mental. Nadie podía llegar a ella.

O, al menos, eso era lo que le gustaba pensar.

Entró al ring con Caleb y sonrió.

Él enarcó las cejas.

–Parece que hoy estás deseando patearme el trasero.

–Pues sí.

Él se echó a reír y afianzó el peso en el suelo cuando ella se abalanzó. Molly le barrió las piernas de un golpe, pero, en el último segundo, él la agarró por una pantorrilla y consiguió que cayera también.

–Mierda –murmuró ella, tendida boca arriba, con la respiración entrecortada.

–Has hecho un gran movimiento –dijo él, quitándole el peso de encima rápidamente, y le tendió una mano para ayudarla a levantarse–. Pero lo delataste con la mirada, por eso te vi venir.

Ella asintió y... fue por él otra vez.

En aquella ocasión, Caleb cayó al suelo como un saco y se quedó allí, con un gesto de dolor.

–Oh, mierda –dijo ella, con un jadeo, y se sentó a su lado. Le puso la mano en el pecho–. ¿Estás bi...?

El resto de la frase fue un «¡Ay!» que ella emitió cuando él rodó y se tendió encima de ella para inmovilizarla.

–Eres un malvado –dijo Molly, riéndose.

–Así es la vida –respondió él con seriedad–. No permitas que se aprovechen de ti por ser una blanda.

–¡Eh!

–Lo digo en el mejor sentido posible –dijo Caleb, y se puso en pie de un salto, sin tener que apoyarse en las manos.

Alguien silbó en voz baja, y los dos se dieron la vuelta. Sadie estaba dentro del ring.

–Gracias por recomendarme este gimnasio. Acabo de comprar un pase para un día –dijo, mirando a Caleb con una expresión indescifrable.

Él también la miró, pero no dijo nada. Que Molly supiera, ellos dos no tenían demasiada relación, lo cual hacía que toda aquella interacción fuera fascinante.

–Hola, Sadie –dijo Caleb.

–Hola, Trajes –le dijo Sadie.

En aquel momento, Caleb llevaba unos pantalones cortos y una camiseta deportiva de manga larga, pero era cierto que, fuera del gimnasio, casi siempre llevaba traje.

–Ese insulto se está quedando viejo –respondió él.

Sadie encogió un hombro.

–Solo quiero asegurarme de que sabes que con lo que vale uno de tus trajes se podría dar de comer a todos los sin hogar de San Francisco durante un año.

La expresión de Caleb se volvió severa.

–¿Estás sacando conclusiones sobre mí? –preguntó en voz baja.

Sadie se encogió de hombros.

Caleb la observó un largo instante.

–Creo que deberíamos terminar con este jueguito. ¿Hay alguna posibilidad?

–Yo diría que no –respondió ella, y se marchó hacia las pesas.

–Vaya –dijo Molly, observando a Sadie mientras se alejaba–. Normalmente es muy tranquila. ¿Qué has hecho para que se enfade tanto?

–Respirar.

Ella no se lo creyó. Claramente, había algo en el pasado de aquellos dos, y ella entendía perfectamente aquellos asuntos, porque su propio pasado también la había afectado profundamente. Fue pensando en ello mientras se duchaba e iba a trabajar.

Se había criado con dos hombres autoritarios, así que siempre estaba dispuesta a resistir y a luchar. En realidad, aprender a retirarse a tiempo había sido una lección que había aprendido a los catorce años.

Joe se había unido a un grupo de chicos malos, y uno de esos chicos había sido el primero de quien ella se había enamorado. Darius era encantador y demasiado mayor, dieciocho años, pero flirteaba con ella, y ella estaba completamente deslumbrada. Lo que no sabía era que los amigos de Darius querían que Joe robara un coche para ellos, y que, como él se había negado, habían decidido chantajearlo.

Secuestrándola a ella.

Al principio, no había entendido la gravedad de la situación. La habían atrapado de camino a casa desde el colegio, y Darius estaba entre ellos. Todavía sentía el terror, el sabor de la sangre, porque se había mordido el labio para no llorar ni demostrar miedo. La habían metido en una furgoneta y se la habían llevado a una casa abandonada, le habían ordenado que se sentara y que mantuviera la boca cerrada.

Pero ella no había sido capaz de hacerlo.

Sencillamente, la pasividad no formaba parte de ella. Era una adolescente que no había podido mantener la boca cerrada ni siquiera para salvar la vida. Tenía que luchar.

Pero no le había salido tan bien. Se apartó de la cabeza aquellos recuerdos. Pero allí seguía, quince años después, intentando resistir.

Media hora más tarde estaba en el Edificio Pacific Pier, abriendo la oficina de Investigaciones Hunt para comenzar la jornada.

A los tres minutos entró Archer con un traje negro de equipo y tácticas especiales, y con armas suficientes como para defender un país entero.

Habían estado investigando una estafa a una compañía de seguros. En aquel caso, se trataba de un fraude en la manufactura y distribución de medicamentos. El fraude consistía en entregar documentación falsa a los proveedores de seguros de salud y en hacer pagos ilegales a cómplices

y profesionales de la medicina, generando más de cinco millones de dólares de beneficios de procedencia criminal.

Molly vio entrar a un impresionante grupo de tipos guapos y en forma, a los que el traje y el equipamiento de operaciones les sentaba como un guante, cada uno de ellos sexy y peligroso a su manera.

Aunque para ella solo destacara uno.

–Buena información –le dijo Archer, cuando ella lo miró–. Buen trabajo.

Vaya. Dos cumplidos en una semana. Molly se sintió orgullosa.

–¿Habéis tenido algún problema para orientaros en Hunters Point?

Hunters Point era el basurero radiactivo de San Francisco. El Astillero de Hunter’s Point y las zonas colindantes no eran exactamente el tipo de lugar donde uno quisiera entrar sin conocer todos los rincones escondidos y partes más oscuras.

Joe y Molly lo sabían muy bien, porque se habían criado allí. La nave industrial en la que habían estado operando estaba, literalmente, en un laberinto de naves, y la zona era muy peligrosa.

–No hemos tenido verdaderos problemas –respondió Archer.

No era una respuesta muy clara, pero parecía que habían podido resolver lo que hubiera sucedido allí. De todos modos, ella sabía que habría sido muy valiosa en la operación.

–Si me hubieras dejado ir, habrías tenido a otra persona, además de Joe, que conoce ese sitio como la palma de su mano.

–Tal vez la próxima vez –dijo él.

–Mentiroso.

Al oír aquello, Archer le lanzó otra de sus escasas sonrisas.

–Te encontraré el caso adecuado.

Ella le devolvió la sonrisa. Ya tenía un caso adecuado. Cuando él pasaba por delante del mostrador, le puso un montón de correspondencia en el pecho para que se la llevara.

Tras él iba Lucas, que aminoró el paso para mirarla.

Ella le devolvió la mirada. Llevaba una gorra negra, una camiseta negra de manga larga y unos pantalones de estilo militar, además de unas botas reforzadas. Estaba tenso y tenía una mirada muy aguda. Era alto y tenía un aire peligroso, y transmitía nerviosismo. Ella nunca hubiera querido eso en un hombre, si hubiera querido estar con alguno, pero el corazón se le aceleró de todos modos.

Al ver que él sonreía ligeramente, Molly notó un calor líquido en las venas.

Joe iba detrás de Lucas, hablando por teléfono. No alzó la vista y empujó hacia delante a su amigo, que se apartó para dejarle paso.

Molly respiró profundamente y se dijo a sí misma que estaba en el trabajo, y que tenía que dejar de devorar a Lucas con la mirada.

–Eh –dijo Joe con el ceño fruncido–. Estás muy roja.

Ella se puso las manos en las mejillas.

–He estado... haciendo ejercicio.

Lucas enarcó una ceja, y ella apartó la mirada.

Archer asomó la cabeza por la puerta de su despacho y la miró.

–¿Estás enferma?

Joe trató de tocarle la frente, pero ella le apartó la mano.

–No, claro que no estoy enferma –dijo.

–Tiene fiebre. Está caliente –dijo su hermano.

Lucas tosió, y ella se dio cuenta de que lo había hecho para disimular una carcajada. Claro que

estaba caliente. Era por él, y él lo sabía, demonios. Se puso en jarras y les lanzó una mirada fulminante a su hermano y a su jefe.

–Neandertales, escuchad con atención: no estoy enferma. He estado haciendo ejercicio antes de venir a la oficina y todavía estoy... acalorada.

–¿Tú haces ejercicio? –le preguntó Joe.

–¿Sabéis una cosa? Si me muriera y fuera directamente al infierno, tardaría una semana en darme cuenta de que ya no estaba en el trabajo. ¡Marchaos y dejadme en paz!

Archer y Joe se pusieron a murmurar y se alejaron. Pero Lucas, no.

Ella lo miró fijamente.

Él le devolvió la mirada.

–¿Estás haciendo ejercicio?

Ella suspiró.

–Pues claro. No soy el frágil copo de nieve que pensáis.

Él se rio en voz baja, y ella notó un cosquilleo en el estómago.

–Eres muchas cosas –le dijo Lucas–, cosas increíbles, pero yo no creo que ser delicada y frágil sea una de ellas.

Molly sonrió de mala gana.

–Puede que eso sea lo más agradable que me han dicho en la vida.

–¿Y qué tipo de ejercicio haces? –le preguntó él.

Por su expresión, ella se dio cuenta de que no le formulaba la pregunta por preocupación, ni por duda, sino por una genuina curiosidad.

–Voy al gimnasio de Van Ness Avenue –respondió–. Hago pesas y voy a diferentes clases, cuando puedo.

–¿Van Ness? Caleb tiene un gimnasio en esa calle.

–Ya lo sé –respondió ella–. Algunas veces, me entreno con él.

Lucas se quedó un poco sorprendido.

–Caleb es experto en artes marciales, y un tipo duro.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

–Es un buen compañero de entrenamiento.

Lucas miró su cuerpo y descendió hasta su pierna derecha, como si tratara de averiguar si le estaba tomando el pelo o no.

–Él no me trata como si fuera de cristal –dijo Molly con una mirada elocuente.

Al oírlo, Lucas la miró con una expresión de... celos.

–¿Qué hace? –preguntó él.

–Me obliga a trabajar duro –respondió ella.

Aquella expresión se agudizó... Sí, eran celos. Y ella se sintió muy agradada. Para disimular una sonrisa de petulancia, se giró hacia el ordenador.

–Quería decirte que esta noche estoy libre –le dijo Lucas, a su espalda.

A escondidas, ella sonrió triunfalmente.

–Muy amable por tu parte, pero no voy a salir contigo –respondió con ligereza.

–Sabes que no me refiero a eso.

Entonces, Molly giró la silla y lo miró como si estuviera dolida.

–Entonces, ahora que ya nos hemos acostado, ¿no te intereso más? ¿No quieres seguir viéndome?

Él se encogió y miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos.

–¿Es que quieres que me maten?

Ella se echó a reír y volvió a mirar su ordenador. Sabía que era malvada por engañarlo y que iba a tener que decirle la verdad muy pronto, pero... aquel día, no.

Él se acercó a su espalda y le susurró al oído:

–La venganza es una lata, Molly.

Ella se estremeció, pero siguió trabajando o, por lo menos, fingió que lo hacía. Consiguió resistir tres minutos hasta que se rindió y echó una miradita hacia atrás.

Lucas ya no estaba.

Pero había una taza de café humeante esperándola en el mostrador.

Bien jugado.

Capítulo 7

#Pívor

A la hora de comer, las amigas de Molly fueron a la oficina. Elle, Sadie, Pru, cuyo marido, Finn, era el dueño del pub que había en el local del bajo, y Haley, la dueña de la óptica que había dos puertas más allá de Investigaciones Hunt. Elle llevaba una bolsa que desprendía un delicioso olor, y a Molly se le hizo la boca agua.

–Nos has escrito diciendo que estabas demasiado ocupada como para salir a comer –dijo Elle–, pero, siendo como soy la administradora de todo el edificio y la persona que se acuesta con tu jefe, voy a ponerle límites.

Sadie hizo un gesto de contrariedad.

–Podías tener un poco de consideración con las que no nos acostamos con nadie.

–Todas sabemos que tú podrías acostarte con quien quisieras –dijo Pru–. Pero es que eres demasiado tiquismiquis.

Sadie se encogió de hombros.

–Yo no necesito los dramas masculinos.

–Lo siento, pero las mujeres somos igual de dramáticas –dijo Haley, que lo sabía bien, porque ella salía con mujeres.

–Sí, seguramente eso es verdad –respondió Sadie–. Pero bueno, a pesar del drama, echo de menos los arrumacos. Algunas veces necesito que me besen y me abracen, ¿sabéis? Me lo merezco. Soy una persona decente. Reciclo.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una buena persona y se merecía un abrazo.

–Seguro que puedes descargar alguna aplicación para eso –dijo Haley.

–Sí, claro –dijo Sadie–, pero me las arreglo con Amazon Prime.

A Molly se le estaba haciendo la boca agua por el olor que salía de la bolsa de comida que había llevado Elle.

–¿Qué hay de comer?

Elle sonrió.

–Te va a encantar. Leche orgánica cuajada y extendida sobre una salsa de tomate especiada y, todo ello, extendido sobre trigo integral horneado.

Molly pestañeó.

–¿Quieres decir pizza?

–Bueno, si quieres ponerte técnica...

Elle sacó la pizza.

–Oh, Dios mío –gimió Molly–. Hoy no he desayunado.

–Yo no entiendo cómo es posible que a la gente se le olvide comer –dijo Pru.

Pru tenía un embarazo muy avanzado, y estaba hambrienta todo el rato.

–El estrés –dijo Molly.

Pru cabeceó y se sirvió una tercera y una cuarta porción en el plato.

Willa, que era la dueña de la tienda de artículos para mascotas que había en el patio del edificio, entró con una bolsa llena de muffins de la cafetería. Todas se lanzaron sobre ellos como si fueran el misterio de la vida.

–¿Qué se celebra? –le preguntó Elle a Willa.

Ella sonrió.

–Keane y yo hemos fijado la fecha de la boda.

Todas se pusieron a gritar de alegría, porque Willa y Keane llevaban mucho tiempo comprometidos.

–¿Y cuál ha sido el catalizador? –preguntó Elle.

Willa sonrió.

–Vamos a reformar la cocina, y quiero cosas nuevas.

Elle sonrió.

–Vaya, qué previsor. Me siento orgullosa.

Sadie cabeceó.

–Cuando uno se casa, debería hacerles regalos a todos sus invitados. Tú eres la que has encontrado al amor de tu vida, ¿no? Pues eso significa que yo me merezco mucho más que tú un robot de cocina.

Willa se rio.

–Lo tendré en cuenta –dijo. Tomó otro muffin y suspiró–. Ojalá todo fuera tan fácil como engordar.

Todas asintieron al oír aquel sabio comentario y volvieron a sus respectivos trabajos. A Molly se le pasó la tarde volando. Resolvió problemas, respondió a llamadas telefónicas, hizo informes y realizó comprobaciones de seguridad. A las cinco, los chicos todavía estaban fuera, haciendo varios trabajos, así que ella sacó su ordenador personal.

Era hora de dedicarle tiempo a su Proyecto de Santa Claus Malvado.

Volvió a visitar la página web del Pueblo de la Navidad, pero no encontró información nueva. Sin embargo, sí encontró anuncios en Facebook y Craigslist, y en algunos otros lugares, del bingo del pueblo, en los que se aseguraba que los beneficios irían destinados a ONGs. Uno de los anuncios decía que podía solicitarse información adicional para fiestas privadas. Um... Llamó al número de teléfono que aparecía en el anuncio.

–Estaría interesada en celebrar una fiesta privada –dijo cuando respondió un hombre.

Hubo un silencio.

–¿Una noche en el bingo?

No tenía ni idea.

–Sí. ¿Con quién hablo?

–Conmigo.

–De acuerdo –dijo Molly–. ¿Y quién es usted?

–Eso no importa. ¿Qué está buscando?

Como no tenía ni la más mínima idea, colgó. Y, entonces, buscó información sobre aquel número de teléfono. Era de un móvil registrado a nombre de Nicolas King. Ella se preguntó si acababa de hablar con Nick el Loco. Sin embargo, al buscar el nombre, no encontró nada.

Aquel tipo no existía.

Entonces, intentó dar con Tommy Pulgares. Su nombre era Thomas Russolini. Tal y como había dicho Lucas, se le daba por muerto, pero antes de eso lo habían buscado en cinco países diferentes por estafa, blanqueo de dinero y fraude.

Tuvo una corazonada. Si Tommy y Nick eran hermanos... Buscó Nicolas Russolini.

No había ningún Nicolas Russolini en San Francisco. Aparecía una dirección en Soma, a tiro de piedra del Pueblo de Navidad.

–Tu hermano y tú habéis sido muy malos –murmuró, sonriendo con una sensación de triunfo–. Estáis oficialmente incluidos en la lista de traviesos.

–Yo entraría encantado en esa lista si eso te hiciera sonreír así.

Se dio la vuelta y vio a Lucas apoyado en la puerta, cruzado de brazos, observándola.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Tenemos una cita, ¿o es que no te acuerdas? –le preguntó él, en un tono sexy y... bromista.

Molly se dio la vuelta y guardó toda la información que había encontrado, sin dejar de percibir la presencia del hombre que estaba observándola.

–¿Qué has encontrado? –le preguntó.

–Puede que la dirección de Nick el Loco.

Él se acercó al mostrador para leer la pantalla de su portátil.

Molly se quedó inmóvil. Lucas había apoyado las manos en el escritorio, junto a las suyas. Si giraba la cabeza, su boca rozaría la parte interior de sus bíceps, y eso le produjo un temblor en el vientre. Y ¿cómo era posible que oliera tan bien después de haber estado trabajando desde el amanecer?

Antes de que ella pudiera reaccionar y apartarse, él se puso recto y la miró.

–¿Qué plan tienes?

–Ir a husmear por el pueblo.

Él asintió.

–Conmigo.

Ella no tenía ninguna intención de ir sin él, pero le molestó que él pensara que tenía que recordárselo, como si pensara que era tan tonta como para ir a escondidas y sola.

–Molly –dijo él–. O lo hacemos a mi manera, o te entrego a Archer y a Joe y te las arreglas con ellos.

–Tenemos un trato, y yo voy a cumplir mi parte, así que tú cumple también la tuya. Tú no les digas que estoy con este caso, y yo no les diré que dormimos juntos.

A él le vibró un músculo de la mandíbula, lo cual era fascinante. Ella nunca lo había visto hasta la otra noche. Claramente, ella le alteraba los nervios.

–No dormimos juntos –dijo, por fin.

Ella sonrió.

–Tú sigue diciéndote eso a ti mismo.

Lucas bajó la cabeza y se frotó la nuca.

–Mira, preferiría confesar eso que verte en peligro.

–Está bien –respondió ella–. Entonces, ¿les vas a contar lo que pasó la otra noche?

–No pasó nada.

–Ah, ya. ¿Te apostarías las pelotas?

Él exhaló un suspiro.

–Ojalá supiera lo que tienes en contra de mis pelotas.

Ella se echó a reír.

–Que conste que estaba trabajando aquí, esperándote. Así que puedes calmarte.

Él entrecerró los ojos y la miró fijamente, como si estuviera buscando señales de engaño.

–Vamos a hacer esto entre los dos –dijo ella, y sintió una descarga de adrenalina al pensar en su primer caso.

Se puso en pie y tuvo que contener la respiración y cambiar el peso del cuerpo a la pierna sana, porque, en la otra, sintió un dolor agudo por la parte externa del muslo, desde la rodilla a la cadera.

Lucas la ayudó a mantener el equilibrio y, rápidamente, la soltó y retrocedió.

Ella pensaba que la iba a consolar, pero Lucas no era de los que hacían carantoñas. De hecho, nunca la miraba con lástima ni sentía compasión por ella, ni le hacía preguntas que ella no quisiera contestar.

Y eso le gustaba.

Lucas le gustaba mucho. Habían dormido juntos y para ella, la parte sobria, había sido algo muy íntimo. Hacía mucho tiempo que no compartía cama con un hombre. Se sentía atraída por él, y sabía que él sentía atracción por ella, y... demonios. Quería lo que no había tenido la otra noche.

–Me estás mirando de una manera rara.

–No, claro que no –replicó ella.

–Sí, claro que sí. Me estás mirando como si...

–¿Como si estuviera molesta por tu presencia? –preguntó ella.

–No, como si fuera un caramelo.

Ella cerró los ojos.

–Vamos, por favor. Ya me he acostado contigo y, de verdad, no necesito repetirlo.

–Ya. Otra vez con lo mismo.

En aquella ocasión, la voz de Lucas sonó muy cerca de su oído. Él se había acercado tanto, que su pecho casi le rozaba la espalda. Al notar su calor, Molly estuvo a punto de dar un gemido y echarse hacia atrás para apoyarse en él, pero se contuvo. Olía muy bien, y eso también era excitante. Como el tono burlón y sexy que percibía en su voz.

Aquello no tenía sentido. Desde el momento en que había sido consciente de su sexualidad, de adolescente, con el bagaje de su secuestro, solo se había sentido cómoda cuando era ella la que flirteaba y controlaba la situación. Había salido con algunos hombres, pero completamente distintos a su hermano y a Lucas. Eran hombres tranquilos, que no suponían ninguna amenaza. Agradables y amables. Disponibles en lo emocional.

Al contrario que Lucas.

Pero lo cierto era que nadie había tenido un interés real en llegar a un compromiso, y no estaba segura de que Lucas lo tuviera. De hecho, estaba segura de que no era de los que querían mantener una relación estable. Por otro lado, se sentía como si él la estuviera persiguiendo, y no estaba segura de qué hacer al respecto.

–Cuéntame lo de la otra noche –insistió él–. Sabes que quieres hacerlo.

–En realidad, todo terminó tan rápidamente, que casi no me acuerdo.

A él se le escapó una risotada, y ella se giró a mirarlo.

–Ni una sola vez has podido mirarme a los ojos y decirme que estuve tan mal. Aquí tienes tu oportunidad, Molly. Hazlo.

Y ahí estaba el quid de la cuestión: ella quería hacerlo. Desnudo... Vaya. No se esperaba nada de aquello, pero se merecía un poco de diversión, como cualquiera, ¿no? Le miró la boca y, sin darse cuenta, se puso de puntillas y lo besó. Solo fue un ligero roce de los labios, dulce y un poco

vacilante, pero fue un beso.

Él se quedó helado, y ella no supo si era de horror o de asombro. Tal vez, de las dos cosas. Para averiguarlo, retrocedió y lo miró.

Lucas tenía los ojos cerrados, pero los abrió en aquel momento, y su mirada la atrapó y la dejó sin respiración.

–Molly –susurró él, y apoyó su frente en la de ella. Deslizó las manos entre su pelo y le acarició el cuero cabelludo–. Hazlo otra vez –le ordenó.

Ella exhaló un suspiro de alivio y se inclinó hacia él, pero Lucas la adelantó y le dio un beso que le paró el corazón. De repente, solo quería sentir el contacto de su piel.

Pero él se retiró y la miró de un modo indescifrable.

–¿Qué? –susurró ella.

Él hizo un gesto negativo con la cabeza, suavemente.

–No hemos hecho el amor.

Ella pestañeó.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque nunca habría olvidado esto.

Capítulo 8

#CompartirEsQuerer

Lucas nunca había estado tan seguro de nada en toda su vida mientras miraba a Molly, que estaba ligeramente aturdida, esperando su respuesta con el corazón golpeándole el pecho.

Porque... Dios Santo. Aquel beso.

Si hubiera sido cualquier otra persona, él ya los tendría a los dos desnudos y a medio camino hacia la satisfacción. Pero se trataba de Molly.

En realidad, lo que le impedía acostarse con ella no era que fuera la hermana de su mejor amigo, ni que fuera compañera de trabajo, ni el hecho de saber que no quedaría zanjado con una sola vez y tendría que volver por más.

Lo que sí le impedía acostarse con ella era el hecho de que Molly pensara que estaba de su lado. Que la estaba ayudando porque ella se lo había pedido, cuando lo cierto era que la estaba ayudando porque era su trabajo, y porque le daba miedo que ella se enfrentara a una situación peligrosa sin respaldo. Ni siquiera los chicos salían solos a una misión. Siempre trabajaban en equipo, porque era el único modo de hacer aquel trabajo.

Sin embargo, a Molly no iba a importarle nada de eso. Solo le importaría que él estuviera haciendo de niñera, que era lo que iba a pensar, y que no le hubiera dicho nada desde el principio. Ella se enfadaría mucho, y él lo entendía, pero no podía decírselo, porque se retiraría del caso, y él pensaba que se merecía llegar hasta el final, al menos.

Teniendo en cuenta lo complicado que era todo aquello, solo iba a conseguir complicarlo aún más con las emociones.

Así que no iba a enturbiar las aguas. Tenía que contener su deseo por ella, y mantener la boca y las manos y otras partes del cuerpo alejadas de Molly.

Aunque aquel iba a ser el trabajo más difícil que hubiera hecho nunca.

–Me has mentido –le dijo.

Ella empezó a apartarse, pero él la sujetó y la miró a los ojos.

–¿Por qué? ¿Por qué dejaste que creyera que nos habíamos acostado?

Ella cerró los ojos.

–Explícamelo, Molly.

–Hablar no es mi punto fuerte.

–De todos modos, inténtalo.

Ella lo miró pensativamente.

–¿Qué recuerdas de la otra noche?

Lucas se encogió de hombros.

–Había intentado salir a correr ese día por primera vez desde el disparo, y llegué a casa con un

dolor terrible en el costado. Me tomé dos pastillas de analgésico. Después, recibí un mensaje para que fuera al pub, porque había aparecido un cliente con el que habíamos quedado y a mí se me había olvidado. Él nos invitó a una ronda y brindó conmigo, y yo bebí —dijo, cabeceando—. Fue una estupidez por mi parte, pero así fue, y no recuerdo nada más hasta que me desperté contigo encima de mí.

—Yo no estaba encima de ti... —dijo ella, pero se interrumpió al ver que él enarcaba una ceja—. Está bien. Sí, estaba pegada a ti porque eres como una estufa y tenía frío, nada más.

—O...

—¿O qué?

—No lo sé, Molly, dímelo tú. Pero quiero que me digas la verdad. Sé que no tuvimos relaciones sexuales, porque ese beso... Sé que ha sido el primero entre nosotros. Me habría acordado de cualquier otro, y me habría acordado de lo que hubiera ocurrido después. Y tú, también.

Ella se ruborizó y puso los ojos en blanco.

—Sí, está bien. No lo hicimos. Yo nunca me habría aprovechado así de ti.

Al oír aquella respuesta, él se quedó sorprendido.

—Yo ya estaba en el pub cuando tú llegaste —continuó Molly—. Parecía que estabas perfectamente hasta que tomaste alcohol. Entonces, te pusiste pálido y empezaste a temblar y, cuando te pregunté si te encontrabas bien, me dijiste que necesitabas irte a la cama. El pub estaba abarrotado y todo el mundo estaba jugando al billar, o a los dardos, o bailando. Parecía que a nadie le importaba que llegaras sano y salvo a tu casa, así que te acompañé yo.

—Y, entonces...

—Te ayudé a subir las escaleras. Te caíste en la cama y me arrastraste contigo.

Él se quedó helado.

—¿Te obligué a tumbarte en la cama conmigo?

—¡No! No, nada de eso. Estabas jugando, haciendo bromas y diciendo que yo quería taparte como si fueras un bebé. De repente, se te cerraron los ojos y te caíste redondo. Ocurrió tan rápidamente, que me asusté. Y me quedé donde estaba.

—En mi cama.

—Sí.

—Porque estabas preocupada por mí.

—Sí.

—Entonces, yo... no intenté nada.

Ella se mordió el labio.

Oh, Dios. Lo había intentado. Tuvo una visión de Archer asesinándolo lentamente, pero, entonces, ella dijo:

—No fuiste tú, fui yo.

Él enarcó tanto las cejas, que se le escondieron en el pelo, y se le escapó una carcajada de alivio.

—¿Tú intentaste algo?

—No, yo no intenté nada. Pero quería hacerlo.

Él sonrió, y ella le dio un empujoncito.

—¿Quieres tomártelo en serio?

Lucas se sintió conmovido con su sinceridad. Claramente, se importaban el uno al otro, así que tenía que ser sincero con ella, porque aquello no podía suceder.

Nunca.

Apoyó la frente en la de ella, y dijo:

–No podemos.

Ella cerró los ojos y se apartó. Se dio la vuelta.

–Claro que no. Sería una estupidez. No sé en qué estaba pensando. No estaba pensando, en realidad.

Tomó el bolso y se dirigió directamente hacia la puerta.

Lucas la agarró de la mano y tiró de ella.

–No te atrevas a decir que lo sientes por mí –rugió Molly.

Él le acarició la sien con un dedo y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–No, no lo siento por ti. Siento lo que me estoy perdiendo.

–Bueno, yo, también –respondió ella, zafándose–. Porque te habría vuelto loco. Ahora tengo que irme a resolver mi caso.

Cerró la puerta antes de que él pudiera decir algo más, y lo dejó impresionado. No había mucha gente que pudiera hacerle sentir como un estúpido, y ella lo había conseguido sin esfuerzo.

La alcanzó en el ascensor, y no se le escapó que tenía una expresión dolida. Cuando ella alzó la mirada y lo sorprendió observándola, él sacó suavemente su teléfono móvil y se puso a mirar la pantalla.

–No tienes por qué fingir que no te das cuenta –dijo ella, cuando las puertas del ascensor se abrían al patio del edificio.

Hacía una noche muy fría, pero Molly salió sin detenerse y aminoró el paso cuando llegó a la altura del callejón del viejo Eddie, que estaba sentado en su caja. En aquella ocasión no estaba con Caleb, sino con una mujer, algo que era una novedad. Ella tenía el pelo plateado y la piel somrosada, y Eddie y ella se estaban riendo de algo.

–Os presento a Virginia –dijo Eddie–. Es mi novia. Nos hemos conocido porque ella ha venido a buscar un poco de mi muérdago especial.

Lo más probable era que aquel muérdago especial fuera marihuana, y si Archer le pillaba vendiéndolo de nuevo, Spence y él tendrían que intervenir, como ocurría todos los años.

–Creía que te habías comprometido a no volver a vender más... muérdago –comentó Lucas.

Virginia sonrió a Eddie.

–No me va a cobrar. Hoy celebramos una semana juntos.

Eddie le guiñó un ojo.

–Pues espera, porque estoy reservando lo mejor para la segunda semana –dijo. Miró a Molly y señaló a Lucas–. ¿Te trata bien?

Molly miró a Lucas.

–Oh. No, no es nada de eso.

–Ah –dijo Eddie, y miró con decepción a Lucas–. Creía que eras más habilidoso.

Virginia se echó a reír.

–¿Habilidoso? Cariño, anoche me besaste y te tiraste un pedo a la vez.

–Fue por los tacos de la furgoneta. Los tacos dan gases a todo el mundo. Pero, eh, todavía sé besar, ¿no?

Molly se echó a reír y siguió caminando. Lucas la siguió. Un instante después, se detuvieron delante de la fuente del patio. Llevaba allí desde mediados del siglo XIX, cuando realmente había vacas en Cow Hollow. El edificio se había construido alrededor de la fuente, y la leyenda decía que, si uno se detenía ante el agua y deseaba el amor verdadero con sinceridad, lo conseguiría.

Aquel mito se había perpetuado porque había varias parejas que vivían o trabajaban en aquel edificio y que aseguraban que a ellos les había funcionado. Por ese motivo, él prefería rodear a buena distancia la fuente.

Pero, claro, Molly se había detenido delante.

Ella miró el agua durante un minuto, con las manos metidas en los bolsillos, y él oyó el tintineo de unas monedas. ¿Iba a pedir el amor verdadero? Él esperaba que no. Y algo de todo eso debió de reflejarse en la cara, porque ella enarcó una ceja.

–¿Nervioso?

–No, claro que no.

–¿Has estado enamorado alguna vez?

Él se quedó callado, porque no quería hablar de ese tema. Sin embargo, ella se merecía que respondiera con franqueza.

–Sí –dijo.

Por su reacción, Lucas se dio cuenta de que Molly no esperaba aquella respuesta.

–Te has quedado sorprendida –dijo.

–Sí.

–¿No crees que yo tengo emociones?

–Lo que creo es que no admites a menudo que las tienes.

–Es verdad –dijo él, encogiéndose de hombros–. Pero eso no significa que no las tenga.

Ella lo miró y ladeó la cabeza.

–Entonces, has estado enamorado. ¿Qué fue lo que salió mal?

–Ella murió en un accidente de tráfico.

–Oh, Dios mío... Lo siento muchísimo. ¿Cuándo ocurrió?

–Hace ocho años.

Molly asintió, y dio un paso hacia él.

–¿Por eso ahora ya no tienes relaciones serias?

Lucas se encogió de hombros.

–He sufrido algunas pérdidas, pero también he decepcionado a gente que me importa. No me gusta ese sentimiento, así que supongo que me he condicionado a mí mismo para no implicarme emocionalmente a partir de ciertos límites. Como tú.

–¿Cómo sabes lo que hago o no hago yo? –preguntó ella.

–Llevamos dos años trabajando juntos –dijo él–. Nunca te he visto implicarte seriamente en una relación. ¿Me equivoco?

–No. No te equivocas.

–¡Molly!

Los dos se dieron la vuelta y vieron a las amigas de Molly saliendo de la cafetería.

–Vaya –dijo Sadie, mientras se acercaban, al verle la cara a Molly–. Te brilla la cara.

Entonces, miró a Lucas con curiosidad. A Sadie no se le escapaba una. De repente, en sus ojos apareció algo así como una advertencia que él entendió perfectamente.

«Si le haces daño, morirás lentamente y con dolor».

Él lo entendió, pero Sadie no sabía que había gente que ya estaba dispuesta a matarlo si le hacía daño a Molly, que tendría que ponerse a la cola de Archer y Joe.

Molly se había puesto las manos en las mejillas.

–No me brilla la cara. Eso sería raro.

–No, no es raro –dijo Haley–. Estás muy guapa. Pero también estás... diferente. Hacía mucho

tiempo que no te veía tan resplandeciente.

–Es por el viento frío.

–Pues a mí no me importaría que me hiciera el mismo efecto –dijo Haley con melancolía.

–Vamos a cenar –dijo Pru, acariciándose la tripa de embarazada–. ¿Queréis venir?

–Yo todavía tengo que trabajar –dijo Molly.

Sadie sonrió y le apretó la mano.

–Tómatelo con calma, ¿eh?

–No os preocupéis, estoy bien –dijo Molly.

Entonces, las dos mujeres se miraron.

Lucas intentó descifrar aquella mirada, pero no lo consiguió. Sabía que, algunas veces, la gente veía a Molly como una delicada florecilla, pero él, no. Para él era delicada como una... bomba.

–Esta mañana he hecho demasiado esfuerzo en el gimnasio, nada más –dijo Molly.

–Tienes que venir a yoga alguna vez conmigo –le dijo Elle.

–Sí, puede que sí –dijo Molly–. Si es yoga tranquilo, y puedo llevar pantalones de algodón y tirarme al suelo.

Elle se echó a reír.

–Los pantalones de chándal de algodón son una llamada de socorro.

–Eh, no hay ningún motivo por el que una llamada de socorro no pueda ser cómoda. Buenas noches, chicas –dijo Molly.

Comenzó a andar, y Lucas la siguió. Notaba que las mujeres los seguían con la mirada, pero no parecía que Molly le diera importancia.

Pocos minutos después, estaban en el coche de Lucas. Alguien lo llamó por teléfono. Al ver que era Joe, apagó el bluetooth del coche y respondió al móvil.

–Dime.

–Estoy en el pub con Kylie –dijo Joe–. Te he visto atravesar el patio con Molly. ¿Qué pasa?

¿Que qué estaba pasando? En primer lugar, que había besado a Molly y había estado a punto de olvidarse de su propio nombre. En segundo lugar, que ella lo había besado a él. En tercer lugar, que aquellos besos era lo mejor que le había ocurrido desde hacía mucho tiempo, y solo podía pensar en que quería sentar a Molly en su regazo y tomar un poco más de lo que ella le había ofrecido con tanta dulzura.

–Ya te llamaré después.

–No, ni hablar –respondió Joe–. Cuéntamelo ahora.

De acuerdo. Miró a Molly para indicarle que necesitaba hablar en privado un momento y salió del coche. Cerró la puerta y se alejó unos pasos.

–Ya se lo he dicho a Archer. Va a aceptar el caso fuera del trabajo, y no hay forma de detenerla –dijo en voz baja.

Joe se quedó en silencio un momento. Después dijo algo que él no oyó. Sin embargo, se dio cuenta de que estaba hablando con Archer.

Perfecto.

–Y no vas a decirle lo que estás haciendo –le dijo Joe.

–Parece que estamos en el instituto –contestó Lucas–. ¿Por qué no podéis decirle que estoy aquí para protegerla?

–Porque pensará que no confiamos en ella.

–Está claro que no confiáis.

–Es complicado –dijo Joe.

De eso, él ya se había dado cuenta.

–Mira, tú cuida de ella, ¿de acuerdo? Es sencillo.

No, aquello no era sencillo. Ni Molly, tampoco. Simplemente, ella era como un problema de física cuántica.

–Cuéntame lo que le ocurrió.

–¿Por qué?

Lucas respiró profundamente. Aquellos dos hermanos se parecían mucho, más de lo que ellos pensaban.

–Mira, tú quieres que la proteja, y yo lo voy a hacer. Pero me falta información importante.

Joe se quedó callado un instante.

–Es una larga historia –dijo por fin–. Y yo no te la puedo contar. Pero puedo decirte que yo tuve la culpa de que resultara herida. Ella hacía atletismo. Quería ir a las Olimpiadas. Era su sueño, su forma de salir de la miseria. Y no pudo ocurrir. Así que... sí, me pongo furioso cuando pienso que puede volver a sufrir. Ya lo sé.

No era exactamente una disculpa, pero tampoco la necesitaba. Lucas comprendía lo que era el sentimiento de culpabilidad, el nudo en el estómago, el miedo a que sufriera algún ser querido.

–Yo la voy a proteger –dijo con la voz enronquecida–. Lo sabes. La voy a cuidar.

Y lo haría, o moriría intentándolo. Pero, si Joe supiera que él la había besado, había muchas posibilidades de que su amigo y compañero de trabajo lo matara sin pensarlo dos veces.

Capítulo 9

#JingleAllTheWay

Molly vio que Lucas colgaba el teléfono y volvía al coche. Él entró y se sentó al volante.

–¿Qué plan tienes? –le preguntó.

Era obvio que no tenía ni la más mínima intención de hablar de su conversación telefónica. Sin embargo, esa conversación lo había alterado, aunque él continuara con su fachada de calma e inflexibilidad.

–Mi plan –dijo ella– es ir a husmear al Pueblo de la Navidad, pero, antes, quiero ir a ver dónde vive el Santa Claus malvado. Por supuesto, a escondidas. Quiero conocerlo. Aquí hay algo que me resulta raro –dijo.

Entonces, le dio la dirección y él arrancó el coche.

Durante el camino, ella fue mirando por la ventanilla, y no a él, porque aquella era la única forma de poder pasar por aquello. No sabía cómo volver a la situación anterior al beso. No sabía cómo dejar de desearlo.

A los pocos minutos, él habló, y ella se sobresaltó al oírlo.

–Tengo una pregunta –dijo Lucas.

Ella vaciló. Se sintió muy recelosa.

–De acuerdo.

–Parece que te duelen más las piernas en los días fríos.

–Sí –dijo Molly, sorprendida. Había gente a la que conocía desde hacía años y no se habían dado cuenta.

–¿Qué ocurrió? ¿No se puede hacer nada para que no tengas que sufrir esos dolores?

–Eso es más de una pregunta –dijo ella y volvió a mirar por la ventanilla.

–Me gustaría saberlo –respondió él–, porque me gustaría saber más cosas de ti.

–Intenté que supieras más cosas de mí y lo rechazaste.

–Eso no es justo –dijo Lucas, suavemente.

–Mira, si quieres que hagamos el juego de las preguntas, estoy dispuesta. Pero yo primero.

–De acuerdo.

–Has dicho que has decepcionado a algunos seres queridos. ¿Por qué?

Él la miró un segundo, y volvió a concentrarse en la carretera.

–Empecé a trabajar de médico, pero lo odiaba, así que me fui a la Agencia Antidroga. Hice mucho trabajo de incógnito y estaba fuera todo el tiempo, y, cuando no estaba viajando, no hice nada por estar ahí cuando la gente me necesitaba.

–Entonces, ¿por eso los decepcionaste? ¿Porque eras adicto al trabajo?

Él dio un resoplido.

–Ser adicto al trabajo no es lo peor de lo peor –dijo ella.

–Si quieres a alguien, sí –respondió Lucas–. Ahora me toca a mí. Cuéntame lo que te pasó.

En realidad, ella había sufrido la lesión en la espalda, no en la pierna. Se había caído por una ventana y se había fracturado la espalda en tres sitios al intentar escapar de sus secuestradores. Habían tenido que operarla varias veces, pero nunca había recuperado totalmente la sensibilidad de la pierna derecha. Aunque el dolor intenso y constante de los nervios había ido desapareciendo con el tiempo, la pierna se le había quedado entumecida desde la rodilla a la cadera.

Lo odiaba, pero era mejor que el dolor constante. Solo lo sentía cuando, por vanidad, se empeñaba en ponerse tacones, o cuando permanecía sentada demasiado tiempo, o cuando olvidaba hacer sus estiramientos diarios. O cuando se movía mal.

En otras palabras, al vivir.

Así pues, ya no hablaba mucho de ello. Nadie podía hacer nada, y detestaba que se compadecieran de ella.

Su primer novio se había asustado al ver que ella se torcía la pierna al subir las escaleras y no podía andar durante una semana. Después, la primera vez que se habían acostado, había vuelto a quedarse horrorizado al ver las cicatrices de sus operaciones. Y ni siquiera sabía que tendrían que operarla más veces, y que no había garantía de que eso detuviera el proceso degenerativo que, seguramente, iba a empeorar.

Su segundo novio la había dejado aún más rápido.

Después de eso, ella se había vuelto más reticente a contar cosas de sí misma.

–Es por un daño residual en los nervios, de una lesión que tuve a los catorce años.

–¿Qué ocurrió? –le preguntó Lucas.

–Fui una idiota –dijo ella, y señaló hacia fuera por el parabrisas–. Si giras aquí en vez de esperar al próximo semáforo, es más rápido.

Lucas se quedó frustrado ante el cambio de tema, pero no comentó nada más.

Hizo el giro y aparcó enfrente de un viejo edificio de apartamentos.

–¿Qué piso es?

–El número 105, en el piso bajo.

Molly salió del coche. No le sorprendió que Lucas bajara inmediatamente y se moviera tan rápido como para llegar a darle la mano. No dijo nada al verla estirar la pierna y darle un minuto para que pudiera soportar su peso. En cuanto ella asintió, él dio un paso atrás.

Empezaron a subir las escaleras del camino que llevaba a la entrada del edificio, y ella se dio cuenta de que Lucas aminoraba el paso para seguir su ritmo lento. Eso fue un golpe en su orgullo, pero la realidad era la realidad. Aquel día le dolía la pierna y tenía que aceptarlo.

Se había hecho de noche y, aunque las farolas estaban encendidas, el edificio estaba oscuro. Miró a su alrededor, y se sintió agradecida de que Lucas estuviera con ella.

–Parece un poco... cutre.

–Toda la calle es cutre –respondió él, y le dio la mano.

Se puso a caminar delante de ella de un modo protector. A Molly le pareció bien. Ya no pensaba ser nunca más la chica tonta de una película de terror.

–Vamos a dar la vuelta para ver la parte trasera –murmuró él.

Rodearon el edificio. Detrás había un callejón, unas cuantas ventanas oscuras y una de ellas, encendida.

De repente, la ventana se abrió, y una mujer se asomó. Tenía unos cien años y una voz de fumadora de seis décadas.

–¿Qué estáis tramando?

–Hemos venido a ver a un amigo, pero no está en casa –dijo Lucas con calma–. Es del número 105.

–¿St. Nick? –preguntó la mujer.

–Sí –dijo Molly–. ¿Lo conoce?

–Juego al bingo en el pueblo, aunque todavía no he ganado. Ahora no es buen momento para ver a ese cabrón. Seguramente está durmiendo. Es un pájaro nocturno, ¿sabéis? Y la noche de ayer fue muy larga con su nueva novia.

–¿Una noche larga? –preguntó Lucas.

–Sí, y una de dos: o es fantástico en la cama, o le gusta que ella esté de acuerdo con él. Mucho.

Lucas hizo un mohín, le dio las gracias a la mujer y volvió con Molly hacia el coche, en silencio.

–No sé lo que dice de mí que un Santa Claus de sesenta años tenga más acción que yo –dijo ella.

–¿Te refieres al dinero o al sexo?

–Probablemente a las dos cosas.

Lucas no hizo ningún comentario, pero ella se dio cuenta de que le había hecho gracia. Sonó su teléfono, y él exhaló un suspiro.

–Lo siento –dijo–. Tengo que responder. Prepárate.

Antes de que ella pudiera preguntar para qué, él respondió a la llamada.

–Eh, mamá. Estás en manos libres.

–No me digas «Eh, mamá». Y tú también estás en manos libres.

–Hola, Lucas –dijo una chica.

–Hermanita –dijo Lucas.

–¿Dónde estás? –le preguntó su madre–. ¡Y no me digas que estás trabajando!

–Bueno, pues no te lo digo.

–Eres un horror –dijo su hermana–. Diría algo peor, pero tu sobrino se me ha quedado dormido encima, y todavía tiene los oídos muy tiernos.

–Laura –dijo la madre de Lucas, a modo de regañina, y Molly captó un precioso acento portugués–. Y sé que no se te ha olvidado que es la noche de la partida –le dijo a Lucas–. Dime la verdad. ¿Has aceptado otro caso solo para poder librarte?

Lucas asintió mirando a Molly, pero respondió:

–Por supuesto que no.

–Muy bien. Entiendo que odies las noches de partida, pero Laura dice que tenías un juego de Cartas contra la humanidad en el maletero cuando te pidió el coche prestado hace unas semanas. ¿Nos lo puedes traer?

–Tenéis otros juegos. Hay un armario lleno.

–Queremos ese.

–O es un truco para verme.

–¿Estás llamando «mentirosa» a tu madre? –le preguntó ella con dulzura.

Lucas soltó un resoplido.

–De acuerdo, os lo llevo. Pero no me puedo quedar.

–Hijo, tienes que cenar.

–Esta noche no, lo siento.

–He hecho *cozido a portuguesa*.

Lucas gruñó.

–Vaya. El órdago.

–No, el órdago es el *bolo de bolacha* que he hecho de postre. Y, si no vienes, se lo voy a dar a Laura y al niño para que se lo lleven a casa.

–Eres muy mala.

–Que no se te olvide. De todos modos, me quieres.

–Sí –dijo Lucas. Miró a Molly, que estaba haciendo todo lo posible por aparentar que no escuchaba–. Estoy allí en cinco minutos, pero no puedo quedarme, de verdad. Estoy trabajando.

Colgó la llamada y suspiró.

–No dejes de quedarte por mi culpa –dijo Molly–. No sé lo que era esa comida, pero sonaba deliciosa.

–Estofado portugués y tarta de galletas.

A ella se le hizo la boca agua.

–Bueno, pues no quiero ser yo el motivo por el que te pierdas todo eso.

Ella sabía cocinar, si era necesario, pero no le gustaba. Intentaba no hacerlo si no era imprescindible, como, por ejemplo, a fin de mes, cuando estaba más corta de dinero, o si había un apocalipsis zombi. Joe cocinaba, pero solo porque había descubierto que a las mujeres les parecía sexy un hombre en la cocina. Molly había heredado la aversión a la cocina de su padre, cuya idea de guisar era abrir una lata de Chef Boyardee.

–Parece que tienes una familia normal y muy agradable.

Él sonrió ligeramente sin apartar la atención de la carretera.

–¿Ha sido eso una pregunta personal?

¿Sí?

–No. Bueno, puede ser.

–Para empezar, yo no diría que mi familia es exactamente normal. Nos queremos mucho, pero también discutimos con pasión. En cualquier momento, mi madre te tira un zapato o te da un abrazo. Es un riesgo acercarse a ella sin saber si cuentas con su estima.

Molly sonrió.

–Me parece muy bien.

Él la miró.

–Joe y tú estáis muy unidos.

Ella se encogió de hombros.

–Yo te he visto darle una colleja tan fuerte que casi se traga la lengua –dijo Lucas–. Y también he visto la cara que se te pone cuando sufre algún percance o resulta herido. Como el año pasado, cuando le dieron con un bate en la cabeza. Te desmoronaste. Lógicamente, claro.

Aquel había sido uno de los peores momentos de su vida. Joe se había recuperado por completo, pero ella había tenido un miedo atroz a que su hermano muriera, a quedarse sola en el mundo con su padre.

–Sí, estamos unidos –dijo ella–. Pero de un modo diferente. Hemos tenido que estar unidos para sobrevivir.

–Eso lo entiendo. Lo entiendo mejor de lo que tú piensas.

Entonces, fue ella quien lo miró, pero Lucas estaba concentrado en la conducción. Dio unos cuantos giros y terminó en una calle bien iluminada, de casas victorianas, bien cuidada y decorada con guirnaldas y luces de Navidad.

Lucas se detuvo delante de una casa iluminada de arriba abajo. En la entrada había aparcados

seis coches, y dos más en el césped, donde habían recortado la silueta de un reno. La calle también estaba llena de coches.

–Dios Santo –dijo Molly.

Lucas metió el coche entre el reno y los demás vehículos.

–Las noches de partida familiar son muy concurridas.

–¿Cuántos sois en tu familia? ¿Todo San Francisco?

–No, pero sí somos muchos –dijo él, y la miró–. Tardo dos segundos, como mucho.

El mensaje estaba claro: «Quédate aquí». Pero ella salió con él.

Él hizo un mohín.

–Mira, ya has oído a mi madre y a mi hermana por teléfono. Toda mi familia es así. Están locos de atar. Para mí ya no hay remedio, pero tú sálvate, espera aquí.

–Ni hablar –dijo ella mientras él sacaba el juego del maletero.

Se abrió la puerta principal y salió un montón de gente. Al frente del grupo había una mujer de unos cincuenta y tantos años, con el pelo y los ojos negros, muy parecida a Lucas. La acompañaban dos mujeres más jóvenes, con el mismo pelo y los mismos ojos.

–Mi madre, mi hermana Laura y mi prima Sami –le dijo Lucas–. Prepárate.

–¿Para qué...?

Antes de que pudiera terminar lo que iba a decir, la madre de Lucas se había acercado y lo había abrazado. Las otras dos mujeres abrazaron a Molly una a una, sonriendo y diciendo lo mucho que se alegraban de conocerla.

Entonces, las mujeres Knight cambiaron de puesto, y fue la madre de Lucas quien la abrazó mientras su prima y su hermana lo abrazaban a él.

–Mamá, deja de invadir el espacio personal de mi compañera de trabajo.

–Oh –dijo su madre y, con cara de decepción, se apartó de Molly–. Esperaba que fuera tu novia. Lucas soltó un resoplido, tomó de la mano a Molly y la rescató de su madre.

–Trabajamos juntos.

–¿Y hay alguna política en Investigaciones Hunt que prohíba salir con los compañeros de trabajo?

–No respondas a eso –le dijo Lucas a Molly, cuando ella abrió la boca–. Hazme caso.

–¡No la hay! –exclamó su madre con alegría.

Laura y Sami se echaron a reír.

–Es porque las dos estamos casadas, ¿sabes? –le dijo Laura a Molly–. Y yo le he dado un nieto, incluso. Ahora mi madre está concentrada en que Lucas le dé más nietos.

–¿Te gustan los niños? –le preguntó la madre de Lucas a Molly–. ¿Estás soltera?

–Ya hemos hablado de esto, mamá –dijo Lucas–. Ibas a dejar de acosar a las desconocidas y de intentar casarlas conmigo.

–Bueno, Molly no es una desconocida, ¿no? Es tu compañera de trabajo –dijo su madre, y sonrió a Molly–. Estoy encantada de conocerte. Además, sé que eres la hermana de Joe, ¿verdad?

–Sí –dijo Molly–. ¿Lo conoce?

–Trátame de tú, querida. Lo conocí un momento, hace unos meses, porque obligué a Lucas a pasar por aquí y estaba con Joe. Cenaron aquí, y agradeció mi comida –dijo, y miró con desdén a Lucas–. Al contrario que otra gente.

–Mamá, a mí me encanta tu comida y te lo agradezco mucho, tanto, que tengo que correr ocho kilómetros todas las mañanas.

La señora Knight rodeó con un brazo a Molly y la dirigió hacia la puerta principal.

–Estás helada. Ven conmigo, tengo...

–Mamá –dijo Lucas–. Apártate de ella. Estamos trabajando.

–Pero tenéis que cenar.

–No tenemos hambre –respondió él. Le dio el juego a su madre y, después, la abrazó afectuosamente y le dio un beso en la sien–. Te quiero, alocada.

Ella lo estrechó con fuerza.

–Algún día me moriré y vas a lamentar haber sido tan malo conmigo.

Lucas se echó a reír y volvió a darle un beso. Abrazó a Laura y a Sami y tomó a Molly de la mano.

–Buenas noches –dijo con firmeza.

Volvieron al coche. Molly iba pensativa. Su familia no se parecía en nada a la de Lucas, tan cariñosa y cálida. A Joe y a ella los había criado un padre viudo con síndrome de estrés postraumático. No podía conservar un trabajo durante mucho tiempo, y estaban siempre faltos de comida y de un hogar estable. No tenían mucha seguridad, así que ella había aprendido a depender solo de sí misma desde muy joven. Con aquella vida llena de golpes, se había formado un grueso muro alrededor de su corazón, y no había muchas cosas que pudieran atravesarlo.

Pero Lucas, que también había sufrido, no tenía esa muralla de defensa y, al pensarlo, ella se sintió incómoda.

Él puso en marcha el motor y la miró.

–Has superado muy bien la prueba. Gracias por ser tan agradable.

–Tu familia –dijo ella, que aún estaba un poco abrumada–. Son...

–Están locas, ya lo sé.

–No, no, son...

–¿Entrometidas, manipuladoras, autoritarias?

–Ya basta –dijo ella, riéndose. Sin embargo, pronto se le borró la sonrisa de los labios–. Tienes mucha suerte, Lucas.

–Sí, ya lo sé –dijo él, igualmente serio–. Me parece que tú no, ¿verdad?

–Sí, yo también tengo suerte –respondió Molly, pensando en lo mucho que significaban para ella Joe y su padre–. Solo que de un modo diferente.

Capítulo 10

#BajoElMuérdago

Molly observó el Pueblo de la Navidad mientras Lucas metía el coche en el aparcamiento. Estaba construido en una enorme parcela en el puerto deportivo, muy iluminado, con un ambiente anticuado. No estaba segura de si aquello era deliberado, pero daba la sensación de que los adornos y las luces tenían más de medio siglo.

Lucas aparcó y se giró hacia ella.

–Vamos a entrar como si fuéramos clientes. Somos una pareja que hemos salido a pasar un rato divertido –le dijo.

Ella lo miró fijamente.

–Deberías saber que yo solo acepto las órdenes de los machos alfa en la cama.

Era un farol, pero, bueno, tal vez estuviera provocándolo para que volviera a besarla.

–Molly –dijo él, respirando profundamente–. No puedes decir esas cosas. Me aprovecharé de ellas.

–Promesas, promesas.

Él cerró los ojos y gruñó.

–Me vas a matar.

–¿De verdad? Porque parece que resistes con mucha facilidad.

–No, no –respondió él con la voz enronquecida–. No hay nada fácil en esto.

–Um...

–Molly, mírame.

Oh, Dios. Molly respiró profundamente y se volvió hacia él. Ya no estaban jugando. Con una expresión seria, él le pasó un dedo por la sien y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja.

–Eres increíble. Hace mucho tiempo que no sentía una tentación tan fuerte de estar con nadie.

–Vamos... No esperarás que me crea eso, cuando saliste con esa pelirroja del pub hace dos semanas.

–Pero no es la clase de tentación a la que me refiero.

Ella se quedó mirándolo mientras intentaba no darle demasiada importancia a aquella afirmación.

–¿Qué significa eso?

–Que te deseo, y que estoy harto de resistir la tentación. Pero, cuando te tenga desnuda, no será en una oficina donde pueda entrar cualquiera, ni en mi coche, ni en ninguna situación que después uno de nosotros no pueda recordar.

A ella se le alborotaron todas las partes femeninas del cuerpo y tuvo que ordenarles que se comportaran debidamente.

–Has dicho «cuando», no «si» –murmuró.

Entonces, él metió los dedos entre su pelo, la atrajo hacia sí y la besó lentamente, largamente. Cuando retiró la cara, ella había olvidado de qué estaban hablando. En realidad, se había olvidado de su propio nombre.

–Sí, cuando –repitió Lucas con una voz que hizo que a ella se le crisparan los dedos de los pies–. Por supuesto.

Bien. Molly salió del coche con las manos y las rodillas temblorosas, y se dirigió hacia la entrada del Pueblo de la Navidad. Tuvieron que pagar diez dólares para entrar.

–Vaya –le dijo Molly a la anciana que atendía la taquilla. Iba vestida de elfo de pies a cabeza, con unas orejas en punta, un vestido verde hecho de una tela barata, y un gorro y unos zapatos a juego–. Diez dólares es un poco caro para entrar en un Pueblo de la Navidad que está completamente vacío.

–De ahí los diez dólares –dijo la mujer, en tono de aburrimento, y tendió la mano para que le entregaran el dinero–. Cada uno.

Lucas le dio los veinte dólares y ella le guiñó el ojo.

–Gracias, guapo.

Entraron en el pueblo y, rápidamente, percibieron un olor a palomitas de maíz. Había puestos iluminados, pero todo estaba muy tranquilo. Había bajado la temperatura y hacía niebla, así que no se veía muy bien.

–Es como si estuviéramos en una película de miedo –susurró Molly–. Si nos asalta un payaso, le pegas un tiro, ¿de acuerdo?

–Por supuesto –dijo Lucas.

La tomó de la mano y la llevó por un camino cubierto de heno hacia el puesto de palomitas y perritos calientes. Allí había otro elfo. Lucas compró dos perritos y dos limonadas y sonrió a la mujer.

–Una noche tranquila, ¿eh?

Ella le devolvió la sonrisa.

–Cariño, todas las noches son tranquilas cuando el bingo está funcionando –dijo–. La gente prefiere estar calentita jugando en el edificio grande que hay al final de esta calle.

Se comieron los perritos y las palomitas y recorrieron la mayoría de las calles. Lucas lo miraba todo con suma atención. En el puesto de artesanía había cosas preciosas, y Molly aprovechó para trabar conversación con los dos elfos que estaban a cargo.

–Estoy comprando regalos –dijo Molly con una sonrisa agradable y tomó un gorrito de punto con un dibujo de un reno–. Qué monada.

–Es para perros –le dijo uno de los elfos–. Los hago yo. Mi Fluffy fue el modelo para ese.

–Es una monada –repitió Molly, y lo compró para el perro de apoyo emocional que tenía su padre. Y, también, para seguir conversando–. Este debe de ser un trabajo muy divertido.

–Antes, sí –dijo un elfo con melancolía–. Yo llevo haciendo esto con mis hijas durante años. El año pasado ganamos lo suficiente como para ir a Las Vegas. Eleanor, mi hermana, se casó con un imitador de Elvis –añadió–. Pero este año es diferente.

–¿Y eso?

–Bueno, para empezar, el jefe no nos está pagando lo que debería. Dice que este año no hay beneficios.

Lucas miró a su alrededor.

–Bueno, puede que sea verdad.

El elfo descartó aquello con un movimiento de la mano.

–Ahora todo el mundo está en el bingo de las siete, dejándose los cheques de la seguridad social y el dinero en el cofre de Santa Claus. Está ganando muchísimo dinero. Lo que pasa es que el muy desgraciado no nos paga.

–Alice –le dijo el elfo que estaba en el puesto de al lado–. En boca cerrada no entran moscas.

Alice puso los ojos en blanco y siguió haciendo punto.

Molly y Lucas siguieron caminando. Los demás elfos de los puestos eran muy amables, pero no dijeron nada interesante, a pesar de que Molly compró otro gorro, una bufanda y una manta.

Al principio de la siguiente calle, había un letrero: *Se necesitan elfos*.

Y otro letrero igual al final de aquella fila de puestos. Aquel letrero estaba enfrente de un gran tráiler como los que se usaban para instalar las oficinas en las obras de construcción. Molly miró el tráiler y se giró hacia Lucas.

–No –dijo él.

Ella se cruzó de brazos.

–No sé si te has dado cuenta, pero, cuando alguien me dice que no, tengo tendencia a rebelarme por el mero hecho de rebelarme.

–Me alegro de saberlo –dijo él, y señaló hacia el tráiler–. Entonces, pídele trabajo a un tipo que es un desgraciado y, posiblemente, un criminal.

–El criminal es su hermano –dijo ella.

Lucas hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Muy bien. Entonces, ve a trabajar para dos criminales.

–Me parece un buen plan –dijo ella. Le entregó su limonada y fue hacia la puerta.

–Mierda –murmuró él–. Te lo has ganado a pulso, listo –se dijo.

Tiró el vaso de limonada a una papelera y la siguió.

Ella alzó una mano.

–No, tú vas a esperar aquí.

Él siguió andando, y chocó con su mano.

–¿Cómo tú esperaste en casa de mi madre?

Ella dejó la palma de la mano en su pecho. No sabía cómo lo conseguía, pero siempre estaba caliente y, teniendo en cuenta que los latidos de su corazón eran lentos y constantes, siempre estaba calmado.

–Tienes que esperarme aquí –dijo ella–. No me van a contratar si voy con un guardaespaldas grande y malhumorado.

Él cubrió su mano con la de ella.

–Me encantaría ser tu guardián en cualquier momento, pero no te olvides de que tenemos un trato. Somos socios.

–Sí, ya lo sé. Así que yo voy a investigar aquí mientras tú investigas desde otro ángulo, y nos reunimos después para comparar lo que hemos averiguado.

–Molly...

–No digas que no puedo hacer esto.

–En realidad, tú eres inteligente y muy astuta para salirte con la tuya. Yo creo que puedes hacer lo que te propongas. Pero esta noche, estás limitada.

Ella se puso tensa.

–No...

–Estás tratando de no forzar la pierna. Y mucho. Si tenemos que salir corriendo...

–Puedo correr. Paso las pruebas físicas de Archer todos los años, como el resto de vosotros – dijo ella, acaloradamente, porque él estaba tocando su fibra más sensible en aquel momento.

–Pero te duele –dijo él.

–¿Y qué? –preguntó ella, y lo apartó de un empujón–. Yo casi siempre tengo dolor. Me aguanto y resisto, así que tú también puedes hacerlo. Y esto lo tengo controlado. A menos que pienses que no estoy a la altura.

Él era un hombre listo y sabía reconocer un desafío cuando lo tenía delante, así que la soltó. Entonces, Molly entró en la oficina y se encontró a otro elfo detrás de la recepción, tecleando a toda velocidad en una vieja máquina de escribir.

–Hola –dijo Molly–. He venido por el trabajo de elfo.

La mujer alzó la vista. Como las demás, debía de tener unos setenta años, y Molly rezó porque aquello no fuera una condición para ser contratada.

–¿Tú quieres ser elfo? –le preguntó a Molly con incredulidad.

–Sí.

–Pero si tienes... doce años.

–Tengo veintiocho –respondió Molly.

El elfo pestañeó.

–Pero si ni siquiera te van a dar la paga de la seguridad social hasta dentro de un millón de años.

–O nunca –dijo Molly–, teniendo en cuenta el clima político actual, y todo eso.

La mujer no sonrió.

–Me llamo Molly, ¿y tú?

–Louise.

–Bueno, tienes razón, Louise, yo no cobro los cheques de la seguridad social. ¿Eso es un requisito?

–No, no.

–Bueno, y ¿qué hacen los elfos?

–Cumplir las órdenes de Santa Claus. Los elfos con los gorros blancos son las abejas obreras. Han creado los géneros que se venden, llevan los puestos y venden comida. Los elfos con los gorros verdes llevan el bingo. Supongo que tú no sabes hacer punto, ni crochet, ni coser, ni bordar, ¿no?

–¿Y por qué piensas eso?

–Porque no lo hace nadie que tenga menos de cincuenta años.

–Eso es cierto. Bueno, entonces, tendré que ser un elfo de gorro verde –dijo Molly–. ¿Estoy contratada?

–¿Tienes alguna experiencia como elfo?

–Bueno, tengo experiencia con hombres autoritarios, tipo alfa. Sé cómo conseguir que hagan lo que yo necesito que hagan –respondió Molly–. Y el verde me queda muy bien.

–Esas dos cosas son un plus –dijo Louise, y se levantó de su taburete para hacer unos estiramientos de cuello–. Dios, ojalá tuviera sesenta años otra vez –dijo. Tomó una tablilla de madera y se la entregó a Molly–. Rellena este formulario.

–¿Y con eso estoy contratada?

–Si te cabe el último traje que queda, sí –respondió Louise–. Es muy pequeño, porque la mujer que lo utilizaba medía solo un metro cuarenta y siete centímetros con tacones, así que no sé si te va a tapar todo el asunto.

Oh, vaya.

El elfo le enseñó el camino hacia el baño. Ella se encerró y se miró al espejo.

–Por los elfos de todo el mundo –murmuró y comenzó a desnudarse.

Lucas había recorrido todo el recinto mientras esperaba que Molly saliera de la oficina. Le habían sonreído, le habían guiñado un ojo e incluso había recibido una proposición por parte de un elfo muy desenvuelto que había en el puesto de algodón de azúcar.

Había escrito dos mensajes a Molly con un signo de interrogación, y había recibido dos respuestas con dos signos de interrogación cada una.

No sabía qué significaba eso.

Cuando, por fin, se abrió de nuevo la puerta de la oficina, él se había comido tres perritos calientes.

Molly apareció vestida de... Dios. Llevaba un traje de elfo diminuto, con orejas en pico, el gorro de elfo y un pequeño vestido que se le ajustaba al cuerpo como un guante. A un cuerpo que hizo que a él se le secase la garganta.

Ella le lanzó una sonrisa un poco azorada, y Lucas se quedó embobado.

–No lo digas –murmuró ella, cuando estuvo frente a él.

–¿El qué?

–Lo que piensas.

Lucas cabeceó. Era mejor no decirlo, porque lo que pensaba era que quería echársela al hombro y llevársela a su casa, donde le quitaría aquel vestido de licra barata y le besaría hasta el último centímetro de piel hasta que ella le rogara más y más.

–Bueno, he cambiado de opinión –dijo Molly, mirándolo fijamente–. Dímelo.

No iba a decírselo ni aunque le estuvieran amenazando con una pistola.

–Estás... verde.

Ella puso los ojos en blanco.

–Qué gracioso.

Entonces, comenzó a caminar por la primera calle. Como avanzó varios metros por delante de él, Lucas pudo admirar su parte trasera tanto como había admirado la delantera.

Al darse cuenta de que no la seguía, Molly se giró con exasperación.

–¿Vienes o no?

–¿Adónde vas?

–Voy a trabajar en el bingo de las ocho en punto. Pensaba que querrías entrar a la sala, sentarte al fondo y vigilar.

–Bingo –repitió él.

–Sí. ¿Estás listo?

Él la miró a los ojos y se echó a reír. Pensaba que lo había visto y oído todo, pero aquello se le escapaba. No, no estaba listo para ir al bingo. Ni para trabajar tan estrechamente con ella. No estaba listo para ella, en general.

–Tú primero –le dijo.

Ella le lanzó una sonrisa y lo dejó aún más embobado que con el pequeño traje de elfo.

–Sígueme.

Como si pudiera hacer otra cosa.

Capítulo 11

#LocosPorElBingo

Molly aprendió dos cosas aquella noche. En primer lugar, que el bingo no era una cosa para dulces ancianitas. Más bien, era como un feroz combate de lucha libre cuyo ganador se lo llevaba todo.

Y, en segundo lugar, que Lucas era un imán para las señoras mayores. Se sentó solo, pero, a medida que la sala iba llenándose de clientela, se vio rodeado de oohs y aaahs.

–¿Eres nuevo, cariño? –le preguntó una.

–No te preocupes –le dijo otra, sentándose al otro lado–. Nosotras te enseñamos cómo va.

Él miró a Molly. Ella habría pensado que el enorme y peligroso Lucas Knight no le tenía miedo a nada, pero en aquel momento tenía una mirada de aprensión. Ella le sonrió y le hizo un gesto con los pulgares en alto para darle ánimos.

Dos segundos después le llegó un mensaje de texto que decía: *Me vengaré.*

Vaya. Se arriesgó a mirarlo de nuevo y lo vio rodeado por moños grises temblorosos. Pero, aun así, Lucas le lanzó una sonrisa que consiguió derretirla por dentro.

¿Por qué cada vez le resultaba más difícil resistirse a él?

–¿Qué tengo que hacer? –les preguntó a dos elfos de gorro verde, que se habían presentado como Shirley y Lorraine.

–Ya que eres el elfo más guapo que se haya visto por aquí –dijo Shirley–, puedes dar los números. Cuando salgan en la pantalla, tú los cantas en voz alta. La mayoría de los jugadores son sordos, así que también los proyectamos en la pantalla grande. Eso lo hace Lorraine. Que no se te olvide flirtear con el público, hacer guiños y cosas de esas.

–Y hazlo con gracia –le dijo Lorraine–. Puede que así nos den propinas más grandes y, por fin, el jefe se ponga contento y nos pague una parte mayor de ellas esta noche.

–Yo no he llegado a conocerlo –comentó Molly–. ¿Acaso está... descontento?

–No debería –dijo Janet, acercándose a la mesa del bingo–. Siento llegar tarde.

Molly se quedó mirándola sorprendida, porque la otra noche, en su casa, había dicho que no iba a trabajar más hasta que no le pagaran lo que se merecía.

Janet se encogió de hombros.

–Los elfos de gorro verde ganan más propinas –dijo–. Y necesito el dinero.

–Pues parece que Santa Claus, también –comentó Shirley–. Acaba de hacerse una casa en Napa, y se ha comprado un coche nuevo. Y ha empezado a reformar el salón de bingo –dijo y señaló la mitad posterior del edificio, que estaba completamente tapado con grandes lonas.

–Y mandó a su última mujer a un crucero de tres meses por el mundo –dijo Lorraine–. Que no se te olvide eso.

–Pero... ¿No te has enterado? Carol lo dejó el mes pasado. Se dice que él está con otra.

–Un momento... ¿Es que tampoco os paga vuestra parte de las propinas? –preguntó Molly, intentando que no se desviarán del tema principal.

Ellas se miraron y, de repente, se quedaron calladas.

–Bueno, no quiero cotillear –dijo Molly–, pero tenéis derecho a cobrar vuestras propinas. Si todas dijerais algo, puede que...

–Escucha –dijo Shirley y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las estaba mirando–. Eres nueva y no lo sabes, pero no es muy seguro hacer demasiadas preguntas por aquí.

–¿Qué significa que no es seguro? –preguntó Molly–. ¿Es que estamos en una película de gánsteres?

Las mujeres no sonrieron.

Vaya...

–La mujer que me contrató en la oficina, Louise, me dijo que todas ganamos el sueldo mínimo, una parte de las propinas y un porcentaje de los beneficios.

Los elfos dieron un resoplido.

Shirley miró a su alrededor y se inclinó hacia delante.

–Nos imaginamos que están cometiendo desfalco, robando todos los beneficios, y eso nos deja a nosotras con el sueldo mínimo nada más.

–¿Y estáis seguras de que hay beneficios? –preguntó Molly.

–Sí –dijo Shirley–. Lo verás por ti misma al final de la noche.

Entonces, empezaron a dirigir el bingo, que duró tres horas, para una legión de ancianos que se tomaban el juego muy en serio.

–Pensaba que la gente mayor se cansaba enseguida –le comentó Molly a Shirley en cierto momento.

Shirley se echó a reír.

–No cuando está el bingo de por medio.

Al final de la noche, Molly no había visto a Santa Claus ni a su hermano y le dolían mucho los pies.

Shirley la miró comprensivamente mientras la gente empezaba a marcharse.

–Tienes que usar zapatos ortopédicos para esto –dijo, y alzó un pie para mostrarle un zapato de gruesa suela negra, posiblemente el calzado más feo que hubiera visto nunca.

–Ponte estos y no tendrás problemas –le aseguró Shirley.

Molly asintió. No tenía demasiados vicios, pero uno de ellos eran los zapatos. Se gastaba mucho dinero en zapatos que no le hicieran daño en la espalda ni en la pierna, ni en los pies, pero que, al mismo tiempo, fueran preciosos. Y no estaba dispuesta a dejar de hacerlo. Ni siquiera por resolver aquel caso.

Lorraine se acercó, comiéndose una galleta, y a Molly se le hizo la boca agua.

–Creía que estabas a régimen –le dijo Shirley a Lorraine.

El elfo se metió el último pedazo en la boca.

–Si te la comes rápidamente, tu metabolismo piensa que estás corriendo.

Shirley puso los ojos en blanco, pero a Molly le pareció que Lorraine sabía algo.

–Esta noche hemos estado tan ocupadas que no hemos tenido tiempo de hablar –le dijo a Molly–. Lo has hecho muy bien. Cuando ese viejales te preguntó si repartías finales felices y te dio una palmadita en el trasero, yo me fui hacia allí para darle en la cabeza con mi bandeja, pero tú te las has arreglado como toda una jefa.

Molly sonrió. Se había inclinado sobre el hombre y le había preguntado si le gustaba su mano. Él le había dicho que sí, que su mano le gustaba mucho. Entonces, ella le había dicho que, si quería conservarla, tenía que quitarla de su nalga, o de lo contrario, el tipo de dos metros que se acercaba a ellos con los ojos entrecerrados se la iba a cortar, si no lo hacía ella primero.

–Oh, vaya –dijo el hombre. Había tragado saliva, se había disculpado y le había dado una propina de veinte dólares–. Dile a tu novio que soy miope y que estaba intentando agarrar una copa, y no tu parte posterior –susurró frenéticamente–. ¿Por favor?

–Si me prometes que no va a tocar a ningún otro elfo sin su permiso. Ni a nadie más, por supuesto.

Él asintió con vehemencia y ella continuó, después de mirar a Lucas y transmitirle el mensaje de que el problema estaba resuelto. Después de eso, él se desvaneció, pero ella sabía que estaba cerca, vigilando y cerciorándose de que a ella no le ocurría nada.

Un hombre vestido de Santa Claus, sin el gorro, la peluca y la barba, caminó hasta el centro de la sala. Tenía unos cincuenta años. Con una expresión adusta, tomó la caja de seguridad y la volcó en una bolsa de lona.

–¿Cómo ha ido hoy? –le preguntó a Shirley.

–Estupendamente bien. La chica nueva ha conseguido un montón de propinas.

Santa miró a Molly y entrecerró los ojos.

–¿Quién eres tú?

–Soy la chica nueva –dijo Molly–. ¿Es usted Santa Claus?

–¿Ya ha comprobado Louise que podía contratarte?

–Sí –dijo ella con una sonrisa.

El hombre no sonrió ni le dio las gracias. Simplemente, agarró la bolsa, se la puso al hombro y se marchó del salón sin hablar con nadie más.

–Vaya Santa Claus más poco alegre –dijo Molly.

Janet se encogió de hombros.

–Tiene sus momentos.

–¿Y es el jefe? –preguntó Molly, intentando sonsacar información.

–Él, y su hermano –dijo Shirley–. Aunque, por suerte, al hermano no lo vemos mucho. Viene a recoger a Santa por la noche, tarde, cuando la mayoría ya nos hemos ido. Y mejor, porque es un hijo de puta.

–¿Y Santa, no?

Janet se encogió otra vez de hombros.

–No es tan malo como su hermano. Su hermano hace que el Grinch parezca un santo.

–Para ser justos –dijo Shirley–, el Grinch no odiaba de verdad la Navidad. Odiaba a la gente, que es lógico.

–Pero lo que se ha llevado es mucho dinero –dijo Molly–. La caja de seguridad estaba rebosante.

Shirley asintió.

–Sí. Ha sido una noche muy buena porque los viejos cobraron ayer el cheque de la seguridad social. Esos días somos su primera parada.

Los elfos se dispersaron y Molly salió a la calle. Lucas estaba apoyado contra el edificio, esperándola.

Le recorrió el cuerpo con la mirada, y eso sirvió para dar calor a Molly, a pesar del frío nocturno. Y ella sintió aún más calor cuando él se quitó el impermeable y la envolvió en él.

–Gracias –dijo Molly.

Mientras iban de camino al coche, ella fue contándole todo lo que había averiguado hablando con las señoras. Lucas asintió.

–Es cierto que el hermano de Santa Claus viene todas las noches a recoger el dinero. Quiero quedarme y echarle un vistazo. ¿Qué tal estás tú, por cierto? Llevas toda la noche de pie...

–Estoy bien. ¿Cómo sabes que va a venir esta noche?

Él sonrió.

–Le llevé al elfo que te contrató, Louise, un chocolate caliente y se puso muy habladora.

–Bien hecho –dijo Molly–. Y ni siquiera has tenido que ponerte marchoso toda la noche.

Lucas sonrió.

–A mí me ha gustado mucho.

–¿Cómo lo sabes? Estabas engatusando a Louise.

–Pero no te he quitado ojo.

–¿Porque pensabas que necesitaba apoyo o porque te gustaba lo marchosa que soy?

–Todo el mundo necesita respaldo, Molly, incluido yo –respondió Lucas y sonrió–. Pero me encanta tu forma de gestionar el asunto. Voy a ir a la oficina a espiar a Santa y a su hermano. ¿Te gustaría esperar en el coche?

–No.

Él no se sorprendió. Caminaron entre los árboles para permanecer ocultos. Estaba oscuro, y no era fácil para ella. Lucas abrió paso sin soltarla de la mano. El terreno era accidentado y corría un viento frío. Molly no veía nada; solo oía su respiración acelerada y el zumbido de algún insecto. Era difícil creer que estuvieran en mitad de la ciudad de San Francisco.

Lucas se detuvo de golpe, y ella estuvo a punto de chocarse con su espalda.

–Hay una luz en la oficina –murmuró él.

–Espera aquí –dijo ella–. Tengo una idea.

Empezó a salir de entre los árboles, pero él la detuvo.

–Ni hablar.

–No, no pasa nada, de verdad. Ahora mismo vuelvo –dijo Molly.

Rodeó el tráiler hasta que llegó a la puerta, para que no se notara que acababa de salir del bosque, subió las escaleras y entró.

Louise y Santa estaban consultando un libro de contabilidad. Los dos alzaron la cabeza cuando ella entró.

–Hola –dijo, amablemente, saludando con la mano.

Louise sonrió.

Santa Claus, no.

–Solo quería darles las gracias por contratarme –dijo Molly–. Esta noche lo he pasado muy bien, y quería saber qué otras noches van a necesitarme esta semana.

Santa puso los ojos en blanco y pasó por delante de ella sin decir una palabra. Louise abrió el horario en su ordenador portátil.

–Hasta el viernes por la noche, no. Así que, dentro de tres noches.

–Allí estaré –dijo Molly–. Bien, gracias de nuevo. Buenas noches.

Salió por la puerta rápidamente y rodeó el tráiler de nuevo, donde se topó con un muro de ladrillo que le resultó muy familiar.

Lucas absorbió con facilidad el impacto y la rodeó con un brazo. Se la llevó de nuevo hacia los árboles.

–Si querías que estuviéramos a solas, solo tenías que decirlo –le dijo ella con la respiración entrecortada, y no solo por lo rápidamente que caminaban.

–Pues claro que quiero que estemos a solas –dijo él, y le susurró al oído–. Pero, como ya te he dicho, no en medio del bosque, ni...

Se quedó callado al ver que ella sacaba algo de su traje de elfo. Era una cartera de hombre.

–Es de Santa –le dijo.

Él enarcó las cejas.

–¿Te has encontrado la cartera de Santa Claus?

–Se la he levantado del bolsillo trasero.

Lucas se quedó asombrado.

–¿Sin que él se diera cuenta?

–Sí, esa es la definición de «robar».

Él cabeceó.

–No sé si me siento impresionado o...

–¿Espantado? Sí, me lo imagino –dijo ella, encogiéndose de hombros–. Los hombres reaccionan así conmigo muy a menudo.

Empezó a darse la vuelta, pero él la agarró.

–O asombrado –terminó él–. No sé si me siento impresionado o asombrado.

–Es más o menos lo mismo –dijo ella con la esperanza de que él no notara que se estaba ruborizando de placer.

Lucas sonrió.

–Eres tan buena como Joe –dijo–. Pero creo que me gusta más trabajar contigo.

Ella se deleitó con el cumplido. Aunque ya no usaba mucho todo lo que habían aprendido Joe y ella de pequeños, se alegraba de no haber perdido la práctica.

–No he podido echar un buen vistazo ahí dentro –dijo–, vamos a tener que esperar a que se vayan y volver a entrar.

Esperaron unos minutos, hasta que se apagó la luz del tráiler y Louise se marchó.

–¿Estaba Santa con ella? –susurró Molly.

–No creo.

–Tenía que estar. La oficina se ha quedado a oscuras. Debe de haber salido sin que lo veamos. Vamos ya.

–No –dijo Lucas, mientras ella empezaba a subir las escaleras del tráiler–. Molly, espera...

Antes de que él pudiera terminar de hablar, apareció un coche que paró detrás de ellos.

En aquel preciso instante, se abrió la puerta del tráiler. Molly se quedó helada, pero Lucas la abrazó y empezó a besarla apasionadamente. Ella se quedó tan anonadada, que siguió inmóvil.

Pero Lucas, no. Le rodeó la cintura con un brazo y le sujetó la nuca con la otra mano, mientras la besaba de tal modo que a ella empezaron a temblarle las rodillas. Debió de darse cuenta, porque la levantó con facilidad e hizo que apoyara el trasero en la barandilla mientras hacía que el beso se volviera más y más profundo.

Vagamente, ella sabía que lo estaba haciendo para encubrirlos a los dos, pero era difícil concentrarse en eso. Porque, si aquella era su forma de resolver los problemas... le gustaba mucho su forma de trabajar.

–Dios Santo –murmuró Santa Claus, al pasar cerca–. Vayan a un hotel.

Molly apenas oyó que el tipo bajaba las escaleras e iba al coche, donde entró con la bolsa de lona llena de dinero. Se sentó en el asiento del pasajero.

Lucas la soltó y se giró para observar el coche.

Santa y el conductor también se giraron para mirarlo y, por un segundo, todos se miraron fijamente los unos a los otros.

Después, el coche se marchó.

Lucas se volvió hacia Molly, que todavía estaba apoyada en la barandilla, atontada. Al mirarla, él cabeceó con incredulidad.

Ella tampoco daba crédito a lo que había ocurrido. Él había conseguido que pasara del frío al calor en un abrir y cerrar de ojos con aquel beso sensual y erótico. De hecho, se le habían olvidado el caso y la temperatura. Sabía que debía intentar resistirse, porque, a pesar de la atracción física que sentían, para ella aquel asunto iba mucho más lejos.

–El coche no tenía matrícula –dijo él–. ¿Has visto al conductor?

Ella bajó de un salto de la barandilla.

–Llevaba un sombrero bien calado. Tenía un aspecto muy sospechoso. Y eso de llevarse todo el dinero en una bolsa de lona a reventar también es muy sospechoso.

–Sí. En realidad, todo este lugar es muy sospechoso y horripilante –dijo él.

–Ya te dije que sacan pasta. La cuestión es... ¿adónde va ese dinero?

Se giró hacia el tráiler, pero Lucas la agarró.

–Todavía no –le dijo–. Vamos al coche a esperar media hora para que este sitio se quede vacío del todo.

–Ya se ha ido todo el mundo.

–Eso es lo que has pensado la última vez. Ya te has arriesgado lo suficiente por una noche.

Tenía razón.

–Lucas...

–Aquí no.

Fueron caminando hasta el coche en silencio. Cuando estaban dentro, Lucas puso los seguros.

–Te pedí que esperaras antes de ir hacia el tráiler –le dijo él–. Pero no lo has hecho, y han estado a punto de pillarte.

–Sí, pero...

–Cuando yo te diga que esperes, tienes que esperar.

Ella entrecerró los ojos. Sabía que no tenía la razón, pero no podía evitarlo.

–A lo mejor necesitas expresarte de otro modo.

–No.

Ella se cruzó de brazos, pero él no cedió.

–¿Si te lo hubiera pedido por favor, lo habrías hecho? –le preguntó.

Sí, tenía razón. Demonios. Molly siguió mirándolo.

Él no apartó los ojos. Y ella se dio cuenta de que, durante el año que llevaba trabajando en Investigaciones Hunt, nunca lo había visto enfadado. En aquel momento, sin embargo, parecía que sí lo estaba.

–Está bien –dijo, lentamente–. Vamos a empezar de nuevo. Siento no haber esperado cuando me lo has dicho. Y... tú sientes haberme ladrado como si fueras un sargento, ¿verdad?

–Mira –dijo él–. En el trabajo, me concentro mucho.

–Vaya –dijo ella, agitando la cabeza–. Qué mal se te da pedir disculpas.

–No te estaba pidiendo disculpas. Cuando lo haga, te vas a dar cuenta.

–¿Ah, sí? ¿De...?

Antes de que ella terminara la frase, él la abrazó y la besó lenta y profundamente. Después de

dejarla sin respiración, se retiró y le dijo en voz baja:

–Siento haberte dado una orden en vez de habértelo pedido con amabilidad, pero, durante una operación, las cosas ocurren rápidamente y, en una situación de vida o muerte, yo siempre voy a poner tu vida por delante de la mía. Así que ten eso en cuenta antes de volver a actuar sin pensar.

Al entender la magnitud de aquello, Molly se suavizó.

–Lucas...

Él la besó de nuevo y volvió a pedirle perdón. Molly supo que le había dicho la verdad: cuando pidiera disculpas, ella se iba a dar cuenta. Y Lucas siguió disculpándose hasta que, al final, ella ni siquiera se acordaba de por qué tenía que disculparse.

Ni de su propio nombre.

Capítulo 12

#DejaAlElfoParaMásTarde

Lucas pensó que se estaba volviendo loco. Molly no era para él y, sin embargo, parecía que ni sus manos ni su lengua se habían dado cuenta.

Ni otras partes importantes del cuerpo...

Intentó salir de aquella neblina erótica y sensual que siempre lo envolvía cuando estaba cerca de ella, pero se dio cuenta de que la neblina era real. Habían empañado las ventanillas del coche.

–No es inteligente empañar las ventanillas cuando se está de vigilancia.

Ella se estiró el vestido por los muslos con los dedos temblorosos.

–Es rarísimo –susurró ella mientras se colocaba el gorro verde.

–¿El qué?

–No quiero desearte, de verdad, pero te deseo –le dijo, observándolo–. ¿Cómo puede ser?

Él sonrió.

–Es solo porque soy irresistible.

–Sí, tú sigue diciéndote eso a ti mismo. Y yo seguiré recordándome que a mí no me atraen los tipos como tú.

–¿Los tipos como yo? ¿Qué quiere decir eso?

–Los tipos grandes, peligrosos, agresivos... Que desprenden una química sexual muy molesta –dijo ella, mirando hacia la ventanilla empañada.

Lucas se alegró de que Molly no lo estuviera mirando a él, porque se habría enfadado al ver su sonrisa de triunfo. Estaba intentando no enamorarse de ella, pero era difícil, teniéndola allí delante con un traje de elfo, sexy y adorable, y enfadada porque lo deseaba sin poder remediarlo. Nadie podría resistirse a eso.

–Eres muy molesto –dijo ella, cruzándose de brazos.

–Pues hace un momento no te molestaba tanto –dijo él.

–Pfff. Todo esto es culpa tuya. No tenías que haberme besado otra vez.

Él se quedó mirándola con incredulidad.

–Pero si te he besado porque casi te pillan. Y, ya que estamos, de nada por haberte salvado el pellejo.

–Entonces, ¿me estás diciendo que el beso solo ha sido una táctica de distracción? –preguntó ella–. Y la lengua, y la mano que me has puesto en la nalga... ¿solo era trabajo?

–Eso no es lo que has preguntado –dijo él.

–Te lo pregunto ahora.

El beso había empezado así, como una táctica de distracción, pero, rápidamente, se había convertido en la demostración de que las cosas no eran nada fáciles entre ellos. Ella estaba

despertándole emociones que había enterrado hacía mucho tiempo.

Y él no podía permitirse el lujo de sentir aquellas emociones.

–El beso empezó como una distracción, pero terminó siendo otra cosa muy distinta –dijo con sinceridad.

–Yo estaba bien –dijo Molly.

–Sí, claro. Estaban a punto de pillarte. ¿Sabes? Creía que tu hermano era la persona más obstinada que conozco, pero no es nada comparado contigo.

Ella se encogió de hombros, como si eso fuera un cumplido.

–Me las habría arreglado.

–Seguramente –dijo él–. Pero no estás sola en esto. Estamos los dos. Si algo sale mal esta noche, Archer nos habría culpado a los dos.

Abrió la puerta del coche y salió al aparcamiento.

–Vamos a acabar con esto.

La feria estaba completamente a oscuras, y la puerta del recinto, cerrada.

–¿Cuánto tardas en forzar la cerradura? –le preguntó Molly.

–Como mucho, dos minutos.

Entonces, ella lo apartó de un empujón.

–Yo tardo uno.

Era cierto y, aunque eso debía haber herido su orgullo, tuvo el efecto contrario. El hecho de verla forzar una cerradura en menos de sesenta minutos lo excitó aún más que el vestido verde y ajustado de elfo.

Llegaron al tráiler, que también estaba cerrado con llave. Molly volvió a forzar la cerradura y entraron en menos de un minuto. Sin poder contenerse, él la agarró por la nuca y la besó. Al apartarse, ella tenía los ojos ligeramente empañados.

–¿Por qué has hecho eso?

–No lo sé. Me vuelves loco.

Ella asintió.

–Eso me pasa mucho.

–Me refería a que me vuelves loco de un modo estupendo.

Ella se mordió el labio. Parecía que se había quedado muda al oír su confesión. No sabía qué pensar.

Y a él le ocurría lo mismo.

Molly se giró y miró la oficina. Tenía la típica forma de rectángulo. Estaba amueblada con un sofá destartado de tres asientos y un archivador.

–¿Qué piensas?

¿Que qué pensaba? Que quería tender al elfo en uno de los escritorios y probar hasta el último centímetro de su cuerpo. Eso era lo que pensaba.

Al ver su expresión, ella le preguntó:

–¿Debería saberlo?

–Si lo supieras, saldrías corriendo.

Molly se detuvo, como si estuviera pensando en insistir para que se lo dijera.

«Hazlo», pensó él.

Pero ella se encogió de hombros y abrió un cajón.

–Oh, vaya.

Él se acercó y comprobó que todos los cajones que estaba abriendo Molly estaban vacíos.

–¿Crees que lo limpia todo todas las noches? –preguntó Molly–. ¿O lo ha hecho por nosotros?

–No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

Ella asintió. Miró a su alrededor, pero allí no quedaba nada. Ningún papel, ningún ordenador. Nada.

–Y ahora, ¿qué?

–Volveremos en tu siguiente turno. En algún momento, esta oficina estará desatendida. Tal vez, durante el bingo. Entraré entonces.

–Eso parece muy peligroso.

Lucas se encogió de hombros. Había estado en situaciones peores.

Ella lo miró.

–¿Qué pasa?

–No me gusta pensar que te estoy poniendo en una situación peligrosa.

Él se rio en voz baja.

–Algunos trabajos de los que hacemos son así, ya lo sabes. Esto no es nada.

–Será mejor que no resultes herido por mi culpa.

Él tuvo una sensación cálida. Hacía mucho tiempo que nadie se preocupaba por él. Su familia, sí, lógicamente, pero él les ocultaba el verdadero alcance del peligro de su trabajo.

Molly sí lo sabía, y lo entendía.

Y se preocupaba por él.

Aquello era una sensación extraña para él. Desde que le habían herido de bala, se había sentido extraño, solo. Aunque, si era sincero consigo mismo, tendría que reconocer que se sentía solo desde hacía mucho más tiempo. Después de perder a Carrie y, unos pocos años después, a su hermano Josh, en un incendio provocado, había decidido no volver a sentir demasiado por nadie.

Pero estaba sintiendo de nuevo, y sabía que era por Molly.

Lo que no sabía era qué iba a hacer al respecto.

Cuando volvieron al coche, Molly cerró los ojos y suspiró de cansancio.

–¿Por qué me miras así?

Al subir al asiento, el vestido se le había subido de nuevo por los muslos. Era una visión muy agradable; sin embargo, él se daba cuenta de que tenía dolores, porque tenía una tensión alrededor de los labios y los ojos. Lucas sabía que no podía mostrar ni un ápice de compasión, porque lo más probable era que ella lo matase.

–¿Parezco un idiota si te digo que me gusta cómo te queda ese traje? –le preguntó.

Ella se echó a reír.

–Bueno, por lo menos, eres sincero.

Él iba a preguntarle qué quería decir con «por lo menos», pero a ella la llamaron por teléfono. Respondió y escuchó un momento.

–Joe, no, no puedo tomarme la noche libre mañana para sustituirte. Ya te he dicho que estoy trabajando en una cosa...

Molly hizo una pausa y suspiró.

–Ya, claro. Tu novia es maravillosa y te va a llevar a una cita sorpresa y fantástica, y claro, tú has pensado que, como Molly no tiene vida propia, voy a pedirle que me sustituya. ¿Es eso?

Lucas se estremeció por Joe.

–No, claro que no –siguió Molly, después de un instante–. Por favor, deja que contribuya a que tu vida, que ya es maravillosa y genial, sea todavía mejor. Yo ya me las arreglaré.

Colgó, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

–No me digas que no soy agradable. Ya lo sé.

–No iba a decir eso –respondió Lucas.

–¿Acaso soy agradable? –preguntó ella con ironía.

–Porque tú ya sabes que no eres agradable.

Ella dio un resoplido.

–Además, Molly... Tú sí tienes una vida.

Ella abrió los ojos y lo miró.

–¿Eso crees?

–Sí. Tienes muchos buenos amigos. Siempre estás saliendo con tus amigas, a los bares, de tiendas, al spa. Y tienes un buen trabajo que te mantiene ocupada y una familia a la que quieres.

–Sí, tengo amigos –dijo ella–, pero no permito que nadie se me acerque demasiado, porque eso no se me da bien. Y no me siento realizada con mi trabajo; por eso estoy persiguiendo a un Santa Claus que nadie piensa que sea malvado, salvo yo.

–Yo sí creo que es malo.

Ella suspiró.

–Pues gracias.

Cerró los ojos de nuevo.

–Y tu familia...

–¿Qué pasa con mi familia?

Él no sabía demasiado, y quería saber más. Sin embargo, no servía de nada preguntarle a Molly. A ella no le gustaban las preguntas.

–Dices que no dejas que nadie se te acerque mucho, pero Joe y tú estáis muy unidos, aunque le grites.

–Hemos tenido que estar unidos, ¿sabes?

–Pues... no. Joe es tan reservado con respecto a vuestro pasado como tú.

–Es una costumbre muy arraigada –admitió Molly–. Además, tampoco hay mucho que contar. Somos muy parecidos a todo el mundo.

Él la miró con ironía.

–Bueno... un poco más reservados, y no siempre... accesibles. Pero, hasta que Joe se enamoró de Kylie hace unos meses, éramos él y yo, solos contra el mundo. Compartimos el cuidado de nuestro padre. Siempre hemos tenido que cuidarlo.

–¿Cuánto tiempo hace que murió tu madre?

–Murió cuando yo era pequeña. Mi padre estaba en el ejército, y volvió de la guerra del golfo para cuidarnos. Pero ya no era el mismo. Tenía síndrome de estrés posttraumático, aunque, en aquellos tiempos, esas cosas no se sabían. No era capaz de estar bien durante muchos días.

–¿Y no teníais más familia que pudiera ayudaros?

–No, pero nos las arreglamos. Cuando yo tenía diez años, él ya no era capaz de trabajar, y empezó a necesitar que se ocuparan de él. Así que eso es lo que hicimos Joe y yo.

Lucas intentó imaginarse cómo había sido aquello. Él tenía un padre y una madre, y los dos se habían ocupado activamente de sus hijos. Tenía sus hermanos, sus primos. Josh había muerto hacía solo cuatro años. Así pues, él no tenía ninguna experiencia que pudiera comparar con la vida de Molly.

–Debió de ser muy duro crecer así.

Ella se encogió de hombros.

–Yo no conocía nada diferente.

El hecho de que Molly no supiera nada sobre la muerte de su hermano significaba que no había utilizado los programas informáticos de búsqueda que tenían en Investigaciones Hunt. Si hubiera querido, Molly habría podido descubrir cuántos empastes tenía él a los ocho años. O que en el undécimo curso lo habían pillado con la hija del subdirector del colegio en el armario del conserje. O que a los veinticuatro años, su novia, Carrie, había muerto en un accidente de tráfico y él no había ido a su entierro porque estaba llevando a cabo una misión secreta en aquel momento, y nadie había podido ponerse en contacto con él.

O que, unos años después, cuando su hermano, que trabajaba de bombero, había muerto en un incendio provocado, se había retirado de la vida durante más de un año y había perdido su trabajo en la Agencia Antidroga, aunque eso no le había importado mucho en aquel momento. Los recuerdos de aquellos desgarradores días siempre amenazaban con enviarle otra vez al profundo y oscuro infierno en el que había caído. Iba resultando ligeramente más fácil recordar, pero solo un poco. En realidad, él no quería olvidar el dolor, porque no quería olvidar jamás a Josh.

Molly le puso una mano en el brazo y, con aquel pequeño gesto, consiguió conmoverlo.

Después, volvieron a casa en silencio. En él eso era normal. Sin embargo, en Molly, no, porque no era capaz de permanecer callada ni aunque su propia vida dependiera de ello. Él la miró varias veces, pero parecía que ella estaba contenta con aquel silencio.

—¿Estás bien? —le preguntó Lucas.

Ella asintió.

Sabía que estaba mintiendo, pero también sabía que no merecía la pena insistir.

—Espera —dijo él cuando paró el coche delante de su casa y ella se dispuso a salir.

—No es necesario que me ayudes. Buenas noches —dijo Molly.

Parecía que, de repente, estaba ansiosa por escapar de él. O que no confiaba en sí misma. Ojalá.

—Voy a acompañarte —le dijo.

—No es necesario —insistió ella.

—Molly, acabas de mosquear a un tipo del que no me fío nada, por no mencionar a su hermano Tommy el Pulgares. No sé tú, pero a mí me gustan tus pulgares.

—Creía que no estabas seguro de que fuera verdad lo de que Tommy el Pulgares sigue vivo.

—Digamos que estoy abierto a todas las posibilidades —respondió él, y salió del coche. Lo rodeó y la ayudó a bajar. El vestido se le había subido de nuevo por las piernas, y él se mantuvo delante de ella para que nadie la viera. Después, ella le dio las gracias con la voz entrecortada, mientras tiraba del traje hacia abajo.

La noche era silenciosa. Su barrio era antiguo y tranquilo. Eran casi las doce y, seguramente, los vecinos mayores ya se habían metido en la cama.

—Demonios —murmuró Molly.

Él se puso alerta y miró a su alrededor.

—¿Qué ocurre?

—He dejado la luz del porche encendida para poder ver cuando llegara, pero está apagada. Así que se ha ido la electricidad otra vez.

Él la tomó de la mano y caminó ligeramente por delante de ella, de un modo protector, pero Molly hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es que haya venido Tommy buscando mis pulgares —dijo—. Es por culpa de mi vecina. Espérame aquí.

Se soltó de su mano y atravesó el césped de la zona común. Llamó a la puerta contigua a la de

su apartamento.

–¡Señora Berkowitz! ¡Deje de usar su... um... masajeador mientras tiene puesta la secadora!
¡Han vuelto a saltar los plomos!

Una mujer respondió desde el interior:

–¡Lo siento, cariño, pero tengo mis necesidades!

Molly suspiró y subió al porche, donde esperaba Lucas, que no podía contener la sonrisa.

–No tiene gracia –le dijo ella–. A lo mejor no vienen a dar la electricidad hasta mañana.

De repente, él oyó un sonido extraño a sus pies. Sacó el teléfono móvil y encendió la linterna para iluminar el suelo. Entonces, se encontró con el gato más grande y más negro que hubiera visto en la vida, girando alrededor de las piernas de Molly.

–TC –dijo ella en un tono de cariño que él nunca había oído en su voz.

–Miau –respondió el gato.

–Ay, mi bebé tiene hambre –murmuró Molly, a un gato que, seguramente, podría comérselos a los dos enteros si quisiera. Ella sacó un cazo de pienso de un bote que había debajo del banco del porche y llenó un comedero vacío–. Aquí tienes, precioso. ¿A que eres un gatito muy bueno?

El gato no respondió. Había metido el hocico en el comedero, y su ronroneo subió de volumen al comer.

–¿TC? –preguntó Lucas mientras se metía el móvil al bolsillo.

–Es un diminutivo de Tom Cat –dijo ella–. Es callejero. He intentado adoptarlo, pero no quiere entrar. Así que le doy comida y cariño cada vez que aparece. Es lo único que me permite.

–No parece que tenga problemas para conseguir comida –dijo él.

Molly se echó a reír.

–Creo que le da de comer todo el mundo del edificio. Tiene un buen truco. Cuando no me doy prisa en rellenarle el comedero, se pone delante de la pantalla de la puerta y me mira fijamente hasta que salgo –dijo ella.

Rebuscó sus llaves en el bolso y, después, Lucas se lo sujetó.

Molly abrió la puerta y entró a oscuras, sin vacilar, porque conocía la distribución. Él la siguió y, al oír que a ella se le caían las llaves al suelo, se agachó para recogerlas al mismo tiempo que ella.

Se golpearon las cabezas. Él vio las estrellas, pero intentó agarrarla, porque sabía que ella se había llevado la peor parte.

–Mierda, lo siento. ¿Te he hecho daño?

–¡Sí! ¡Tienes la cabeza más dura del planeta!

–¿Seguro? –preguntó él, pasándole la mano con cuidado por el pelo–. Yo creo que en esa categoría estamos empatados.

Estaban cara a cara, muy cerca, y saltaron chispas por el aire. Siguieron mirándose y, al final, Molly dijo:

–¿Sabes? Sadie está empeñada en que permita que tú seas el hombre de mi vida por una noche.

Él sonrió.

–¿De verdad?

–Sí.

–¿Y qué piensas tú?

–No quería ceder, pero ahora estoy empezando a replantearme las cosas.

Lucas estaba seguro de que la mente le estaba jugando una mala pasada. Pero lo cierto era que la deseaba más de lo que había deseado a nadie en mucho tiempo, tal vez nunca, y eso era decir

mucho. Le acarició los brazos, y se dio cuenta de que tenía la piel de gallina.

Y no era por el frío.

Molly todavía estaba apoyada en él. Él medía un metro ochenta, y Molly, descalza, medía un metro sesenta, pero tenía una historia de amor con los zapatos de tacón, algo que, seguramente, agravaba sus problemas de piernas y espalda. En aquel momento, llevaba unas botas con un tacón de ocho centímetros, aunque cubiertas con las fundas que imitaban los zapatos verdes de elfo. De todos modos, la elevaban a una altura muy conveniente que podría hacerlos a los dos muy, muy felices.

—Sí, replantéatelo —murmuró él—. Y dime qué es lo que decides.

Capítulo 13

#Scrooge

A Molly le latía el corazón con fuerza. No sabía por qué estaba replanteándose lo que quería hacer con Lucas Knight. Necesitaba aquello. Lo necesitaba a él. Le asustaba pensar lo mucho que lo deseaba, pero los dos eran personas adultas y podían hacer aquello y continuar con su vida. Para empezar, Lucas no quería tener ataduras, y ella, tampoco. Y, para continuar, estaba muy oscuro y él no iba a poder ver nada.

En aquel preciso instante, volvió la electricidad y se encendió la luz del porche, que entró por la ventana.

Ella pestañeó mientras Lucas murmuraba su nombre. Él la besó y la abrazó. Después, la miró con intensidad.

–¿Has terminado de replantearte las cosas? –le preguntó–. Porque...

Él dejó de hablar cuando ella deslizó las manos por debajo de su camisa y le acarició la piel suave y cálida.

–Molly –dijo él con la voz enronquecida–. Necesito oírte decir las palabras.

–Sí, ya he terminado de replantearme las cosas –dijo ella.

–¿Y?

–Y te deseo. Por esta noche.

Al instante, él le quitó el impermeable que le había dejado, y se quitó inmediatamente la camisa. Después, la empujó suavemente, hasta que ella notó el sofá en las pantorrillas. Sin dejar de besarla, él los tendió a los dos sobre los almohadones, con cuidado de no aplastarla.

–¿Dónde está la luz? –preguntó él.

–Nada de luz.

Él se detuvo un instante, pero después continuó. Le besó la mandíbula y el cuello mientras susurraba palabras suaves y sexis. Ella no podía concentrarse en aquellas palabras, pero sí percibía su intención erótica.

Entonces, él le bajó el vestido por los hombros, junto a los tirantes del sujetador. Cuando atrapó uno de sus pezones con la lengua, ella sintió un calor que le arqueó la espalda e hizo que gritara. Trató de contener aquellos sonidos de desesperación, pero no lo consiguió. Él siguió quitándole la ropa, lentamente.

Y, después, se quitó la suya.

Y, después, se arrodilló en el suelo y le separó las piernas con unas manos fuertes, cálidas y encallecidas, y comenzó a besarla de nuevo, descendiendo hasta que llegó a su vientre. Un minuto después, encontró su sexo y la mantuvo al borde del orgasmo durante mucho tiempo, mientras ella se agarraba a su pelo con los puños.

Y olvidaba mantenerse en silencio. Había perdido el dominio sobre sí misma en cuanto él le había puesto la boca encima. Lucas utilizó los dientes y los labios y, cuando añadió la lengua, ella explotó entre estremecimientos y jadeos, y de ningún modo habría podido reprimirse.

Él emitió un sonido de satisfacción masculina mientras ella trataba de captar aire. Entonces, Molly oyó el sonido del paquete de un preservativo rasgándose, y él volvió, entró en su cuerpo con una embestida suave y lenta.

Había olvidado lo increíble que era sentir aquellos movimientos largos, lentos, controlados y profundos. Era más de lo que podía soportar, pero quería más, y se lo demostró a Lucas clavándole las yemas de los dedos en la espalda.

Lucas le agarró las muñecas y entrelazó sus dedos con los de ella por encima de su cabeza, y elevó su peso sobre ella para controlar mejor sus acometidas.

Y, por primera vez, ella hubiera querido encender la luz. No veía mucho, pero, por la penumbra que proporcionaba la luz del porche, vislumbraba el suave brillo de su piel y las flexiones de sus tendones y músculos. Observó fascinada su cuerpo, que se movía de un modo constante, incesante. No podía apartar la vista de él, de su cabeza estirada hacia atrás a causa del placer.

Entonces, él bajó la cabeza y la sorprendió mirándolo.

–Molly –susurró.

Tenía la voz entrecortada y una expresión de éxtasis y afecto. Gruñó, apoyó el peso en los codos y deslizó una mano por debajo de ella para arquearla y poder hundirse aún más profundamente. La acarició con todo el cuerpo hasta que empezó a formarse otra oleada de placer contenido en ella, y Molly, jadeante, metió las manos entre su pelo y susurró su nombre sin dejar de temblar. Notaba su boca en el cuello, y notó que él se estremecía al dejarse llevar por las sensaciones eróticas.

Cuando recuperó la conciencia, estaban los dos en el suelo, y él la tenía envuelta en el calor de su cuerpo. Ella estaba acurrucada contra él y oía los latidos de su corazón.

Molly exhaló un suspiro tembloroso, pero ninguno de los dos dijo nada, porque no podían. Ella apenas podía pensar. ¿De verdad acababan de hacerlo?

–Eso parece –dijo él, y Molly se dio cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta.

Oh, Dios...

Él deslizó la palma de la mano por su nalga y por la parte trasera de su muslo.

–¿Estás bien?

¿Estaba bien? Hizo un rápido recuento. Estaban en el suelo, y ella nunca se había sentido tan cómoda ni tan satisfecha. No podía moverse, solo podía seguir allí tumbada con su cara en el hueco del hombro de Lucas. Asintió; estaba demasiado relajada como para ponerse a la defensiva por aquella pregunta. Él olía deliciosamente bien, y no pudo resistir la tentación de lamerle la piel.

–¿Acabas de chuparme como si fuera una piruleta? –le preguntó Lucas, en un tono perezoso y lleno de humor.

En vez de responder, ella le clavó los dientes.

Él soltó un siseo y rodó hasta que la tuvo bajo el cuerpo. Le tiró suavemente del pelo para exponer su cuello y devolverle el favor, mordisqueándole la garganta, la curva del hombro...

Y, cuando siguió hacia abajo, ella se arqueó hacia él.

–¿Otra vez? –murmuró, agarrándose a su pelo.

–Oh, sí, otra vez –respondió él.

Sin embargo, en aquella ocasión, la levantó del suelo en sus brazos con un movimiento ágil y

atlético.

–Pero, ahora, vamos a tu cama. ¿Dónde está la luz?

Aquella pregunta fue como un jarro de agua fría para Molly.

–¿Por qué? –preguntó.

–Quiero verte.

No. Eso no iba a suceder. Ella se zafó de sus brazos y buscó su ropa a tientas y, cuando tocó algodón, lo tomó y se lo puso por la cabeza.

La tela cayó hasta sus muslos. Era la camiseta de Lucas.

–¿Molly?

–No te muevas –le dijo ella–. Te vas a tropezar.

Caminó hasta la pared y encendió la luz. Pestañeó mientras sus ojos trataban de adaptarse al repentino brillo.

Lucas estaba en el centro de la habitación, desnudo, glorioso, perfectamente adaptado a la luz. Tenía un físico increíble.

Sin embargo, fue su expresión lo que estuvo a punto de pararle el corazón. Era de afecto, de una ligera preocupación.

Ella le gustaba.

Y él le gustaba a ella. Demasiado. Estaba sintiendo demasiadas cosas, y eso la aterrizzaba. Además, no tenía sentido para ella, porque siempre había necesitado sentirse cómoda y segura para enamorarse.

Y no se sentía ni cómoda, ni segura. No creía que aquello pudiera funcionar, así que no tenía ninguna seguridad.

–Me gustas así –dijo él, al verla con su camiseta, y caminó hacia ella–. Pero me gustarías más...

Ella retrocedió, y él se detuvo. Ladeó la cabeza.

–¿Tenemos algún problema? –preguntó.

–Tú no tienes ningún problema. El problema lo tengo yo.

–¿Y cuál es?

Ella miró a todas partes, salvo a él. Al techo, al suelo. Al sofá donde acababan de estar. Dios, ya nunca iba a poder mirar igual aquel sofá...

–Molly.

Ella cerró los ojos con fuerza. Se sobresaltó al oír su teléfono móvil, y fue a responder la llamada.

Era su padre.

–Sharon no ha venido –le dijo él.

Sharon era la enfermera que iba a cuidarlo a casa, por horas. Iba dos tardes a la semana y se quedaba hasta la cena. Ella misma cocinaba, o le llevaba comida preparada. Aquella noche era la noche de Sharon; Molly miró la hora. Era casi medianoche. Su padre llevaba solo demasiado tiempo.

–Yo te llevo la cena –le dijo.

–¿Te he despertado?

–No.

–¿Seguro? Parece que te falta el aire. ¿Va todo bien?

–Claro que sí, papá. ¿Qué quieres cenar?

–Un Big Mac.

–Ya no puedes tomar de esas cosas. Tu médico ha dicho que tienes el colesterol por las nubes.

–Sois unos aguafiestas.

–Estoy allí dentro de media hora.

Colgó el teléfono y se giró hacia Lucas.

–Tengo que irme.

Rebuscó en su mochila los pantalones que se había quitado en el Pueblo de la Navidad para ponerse el traje de elfo.

–No llevas ropa interior –comentó Lucas, en un tono de aprobación, al ver que ella se ponía el pantalón sin buscar las bragas.

Ella lo miró, y él sonrió.

–Solo con eso, voy a tener sueños muy agradables durante mucho tiempo.

Lo mismo iba a ocurrirle a ella solo con haber oído aquella voz enronquecida y sensual. Se puso una de las botas y el tacón se torció, y él se estremeció por ella. Se acercó para sujetarla, pero ella lo apartó.

–¡No pasa nada!

Se sentó en el suelo, se calzó la otra bota y se apartó el pelo de la cara. Después, giró a su alrededor, encontró el impermeable que él le había prestado antes y se lo puso sobre su camiseta. Tomó el bolso y se dirigió hacia la puerta.

–Molly.

–Cierra al salir –le dijo ella, y, sin mirar atrás, salió corriendo como la cobarde que era.

Capítulo 14

#HaciendoDeElfoPorAhí

Veinte minutos más tarde, Lucas estaba atravesando el patio del Edificio Pacific Pier, helado. El viejo Eddie alzó la vista desde la pequeña fogata con la que se estaba calentando las manos y se quedó asombrado.

—¿Te han atracado?

Él no llevaba camisa, ni chaqueta, gracias a Molly. Negó con la cabeza. No dijo nada, porque tenía la lengua helada. Estaban a punto de caérsele los pezones.

Eddie sonrió lentamente.

—Qué bonito, tío.

Lucas evitó pasar por delante del pub para no hacer el ridículo delante de sus amigos. Dejó atrás la fuente, sin mirarla, por si acaso se había vuelto un romántico y pedía un deseo.

La tienda de tatuajes estaba abierta y, al verlo pasar, Sadie sonrió ligeramente.

Con un suspiro, él subió las escaleras y entró en su apartamento. Se dio una ducha caliente y se tendió en la cama. Con las manos en la nuca, empezó a analizar sus problemas.

En primer lugar, había permitido que se desmoronaran sus defensas.

En segundo lugar, Molly había entrado sin problemas por encima de los escombros de aquellos muros.

Y, en tercer lugar, ella había salido corriendo aquella noche, como si le quemara el trasero.

Él todavía la deseaba. Debería haberse quitado aquel deseo al acostarse con ella, pero solo había servido para que aumentara aún más. No sabía si era por su modo de abrazarse a él, o por los sonidos dulces y sexis que había emitido, o por su forma de besarlo, con el alma y con el cuerpo.

Lo cierto era que no iba a poder dormir. Se levantó de la cama y se inclinó para sacar algo del bolsillo de su pantalón.

La cartera de Santa Claus.

Molly era muy buena. Pero él, también.

«¿Seguro?», le preguntó una voz interna. «Porque ella ha conseguido robarte el corazón sin que te dieras cuenta...».

A la mañana siguiente, Lucas tenía cita en la consulta del médico que, por fin, le dio el alta. Fue a trabajar directamente, aliviado, pero no pudo concentrarse. No era capaz de dejar de pensar en Molly ni en lo que había sucedido. Se había prometido a sí mismo que no iba a llegar a aquel punto, pero eso era, exactamente, lo que había hecho. En el suelo de su salón, precisamente, como

si fueran adolescentes excitados e incapaces de controlarse.

Él siempre había podido controlarse. Siempre.

Bueno, no siempre. Después de la muerte de Carrie, había perdido el control. Y, después, otra vez, cuando había muerto su hermano. Sin embargo, había conseguido sentirse humano otra vez. ¿Cómo?

Obligándose a no sentir tanto amor.

Nada de amor.

–Sí, claramente, está en otro planeta.

Lucas pestañeó y se concentró en la reunión. Estaba con Archer y Caleb, porque una de las empresas de su cliente tenía algunos problemas de seguridad.

–No, no estoy en otro planeta –dijo–. Estoy aquí mismo.

Caleb lo ignoró.

–¿Tú crees que es por una mujer?

–No –dijo Archer–. Él nunca permite que le afecten los asuntos de mujeres. Es como tú.

Caleb sonrió.

–Le dijo la sartén al cazo.

–Estoy con Elle, ¿no? –preguntó Archer.

–Sí, claro, ahora –replicó Caleb–. Pero has estado mucho tiempo considerando que las relaciones sentimentales eran una plaga.

Lucas puso los ojos en blanco.

–¿Estamos en una reunión de trabajo, o vamos a hablar de sentimientos?

Caleb lo miró.

–Eso dímelo tú.

–Bueno, me he distraído un minuto. Pero ya he vuelto.

–¿Es por la morena del bar de la otra noche? –le preguntó Caleb–. Era muy guapa.

–No, no es ella –dijo Lucas–. ¿Por qué a todo el mundo le interesa tanto mi vida amorosa?

–Ha dicho «vida amorosa» –le dijo Caleb a Archer.

–Sí, ya lo he oído. Es fascinante.

Lucas cabeceó.

–Los dos estáis locos. Yo no estoy saliendo con la morena del bar.

Por lo menos, no con aquella...

Después de la reunión, las cosas se complicaron en Investigaciones Hunt. Estaban trabajando en varios casos y, casualmente, tres de ellos llegaron a su punto de inflexión a la vez. Todo el equipo tuvo que trabajar cuarenta y ocho horas seguidas, sin descansos.

Cuando todo terminó, habían cerrado un caso sin resolver y habían conseguido que la policía detuviera a un hombre que había asesinado a su mujer hacía cuatro años. Habían demostrado que un candidato al senado de la ciudad tenía varias aventuras y no vivía en el distrito que dirigía, lo cual le apartó de la carrera política. Y habían recabado pruebas de la estafa que estaban haciéndole a un fabricante de cerveza de la zona, con las que pudieron realizarse diecisiete detenciones y ahorrarle a la cervecera varios millones de dólares.

Llegaron a la oficina al tercer día, al amanecer. Hunter les dijo que se fueran a casa y que durmieran, cosa que Lucas había hecho con gusto.

Se despertó porque alguien llamó a la puerta. Miró el reloj. Eran las seis y media de la tarde. Medio dormido, fue a abrir la puerta. Era Molly, vestida con uno de los trajes de la oficina. Era uno de sus preferidos, un vestido de color azul marino que se abrochaba en la cintura y le marcaba

suavemente las curvas. Llevaba unos zapatos de tacón a juego. Él se preguntó si, al desabrochárselo, el vestido se le caería al suelo y, de ese modo, ella se quedaría solo con los tacones...

Molly llevaba varias bolsas de una tienda cercana y tenía un *pretzel* a medio comer en la mano.

–Quiero la cartera –dijo.

–¿Te vas a comer el *pretzel*?

–¿Vas a responder a mi pregunta?

–Tengo demasiada hambre –dijo él, frotándose el estómago–. En realidad, estoy muerto de hambre.

Ella puso los ojos en blanco y le entregó el *pretzel*.

Al darle el primer mordisco, Lucas gimió.

–Habría estado mejor con un poco de mostaza. ¿Has ido de compras?

–Con Elle –dijo Molly–. Estaba intentando comprar regalos de Navidad, pero he terminado con unos zapatos nuevos y un *pretzel*.

–Merece la pena –dijo él, y se comió el último pedazo.

–La cartera de Santa –repitió ella. Le puso las manos sobre el pecho y lo empujó hacia el interior del piso–. Sé que me la quitaste la noche que estuviste en mi casa. Y sé que has estado trabajando desde entonces, pero la quiero, Lucas. Quiero ver con qué nombre está viviendo, y si hay algo que nos pueda servir, antes de devolvérsela.

–¿Vas a devolvérsela?

–No soy una ladrona –respondió ella–. No quería tenerla tantos días. ¿Dónde está? –preguntó y miró a su alrededor.

Él sabía lo que estaba viendo ella: el piso de un hombre, con un sofá enorme, una mesa de centro que hacía las veces de mesa de comedor y acumulador de porquerías, una televisión gigante, varios pares de zapatillas de correr al lado de la puerta y una caja vacía de pizza que todavía no había tenido tiempo de tirar a la basura.

Lucas pagaba a una señora que venía a hacer la limpieza, pero la mujer solo iba cada dos semanas y, en ese tiempo, él no era especialmente minucioso manteniendo las cosas limpias y ordenadas.

–¿Dónde está? –repitió Molly, desde el centro del salón, con las manos en las caderas.

–Tengo que reconocer que me asombra que hayas esperado tanto –dijo él–. Hace tres días. Yo creía que habrías entrado y habrías buscado por ti misma.

Ella se mordió el labio y exhaló un suspiro.

–Sí, ya he entrado.

–¿Cómo?

–Que entré en tu casa para buscarla –dijo Molly, aunque no parecía muy contenta consigo misma.

–¿Y...?

Ella hizo un gesto de exasperación con ambas manos.

–En cuanto entré, me di la vuelta y me marché. No podía hacerlo, ¿de acuerdo? No fui capaz de fisionear en tus cosas. Me sentí... mal. Además, también me di cuenta de que tienes cámaras de seguridad, así que no te hagas el sorprendido conmigo. Sabes lo que hice y lo que no hice.

–Sí –respondió él con una sonrisa–. Verte luchar con tu conciencia durante diez segundos es lo más divertido que me ha pasado en toda la semana.

–Eres idiota. ¿Dónde está la cartera?

–La tengo yo. Pero no he tenido tiempo de inspeccionarla.

–Yo sí tengo tiempo. Dámela.

–No, no tienes tiempo –dijo él–. Sé que Archer te tiene muy ocupada con el nuevo proyecto en común con el FBI de la zona.

Ella suspiró y asintió.

–Concédeme un día más –dijo él–. Te prometo que yo lo investigo.

–Y me vas a decir todo lo que encuentres.

–Todo –le prometió él, haciendo con los tres dedos el gesto del juramento de los Boy Scout.

Ella puso los ojos en blanco.

–Tú no has sido jamás un Boy Scout.

Cierto. Muy cierto.

Ella negó con la cabeza y se fue hacia la puerta.

–¿Adónde vas?

–Cosas personales.

–¿Vas a hacer otro turno al bingo?

–No, hoy tengo que cuidar a mi padre. Además, en el Pueblo de la Navidad no me necesitan hasta dentro de dos noches. Pero la señora Berkowitz ha venido a verme hoy para preguntarme si había progresos, y yo no tenía mucho que decirle. Necesito avances, Lucas.

–Estás avanzando.

–A mí no me da esa sensación.

–Todo a su debido tiempo –dijo él–. Estás haciendo las preguntas adecuadas y siguiendo las pistas. Algunas veces, estas cosas llevan tiempo.

–Pues a vosotros no os lleva tanto tiempo –dijo ella.

Sobre todo porque estaban dispuestos a salir de la ruta convencional si era necesario. En Investigaciones Hunt siempre trabajaban con ética, pero, algunas veces, no seguían la ley al pie de la letra. Había zonas grises. Él estaba cómodo trabajando en esas zonas grises, pero no estaba cómodo con el hecho de que lo hiciera Molly, por mucho que supiera que era un machismo.

Ella puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para marcharse, pero él la tomó de la mano.

–Me gustaría ir contigo –le dijo–. Pero necesito cinco minutos.

–¿Por qué?

–Porque me gustaría. ¿Es posible?

Ella se quedó mirándolo unos segundos.

–De acuerdo –dijo por fin.

Él le apretó la mano suavemente para darle las gracias, y la atrajo hacia sí para que sus cuerpos se rozaran. No supo si ella notaba la misma descarga de deseo que él.

–¿Vas a esperar? –le preguntó en voz baja.

Ella tenía la respiración entrecortada. Sí, la había sentido.

Y, sí, lo iba a esperar.

Se dio una ducha de dos minutos, se puso ropa limpia y salió al salón. Se encontró a Molly mirando unas fotos que le había enviado su madre.

Le mostró una de las imágenes, en la que él aparecía a los cinco años con su padre, los dos con los esquíes puestos, sonriendo a la cámara. El fondo era una estupenda pista de esquí.

–Squaw Valley –dijo él–. Yo acababa de bajar con mi padre mi primera pista diamante negro. Mi tía vive en las Sierras, y en vacaciones pasábamos mucho tiempo en la montaña. Este año será lo mismo, aunque mi padre está dando clases en Inglaterra hasta enero. Es profesor de universidad

y está destinado a Oxford. Pero todos los demás estaremos allí.

–Parece muy divertido –dijo ella con algo de melancolía–. Yo nunca he esquiado.

–Yo te llevo –dijo él, sin pensarlo mucho. Y lo dijo en serio. Le encantaría enseñar a Molly a esquiar.

Pero ella negó con la cabeza y señaló vagamente su pierna. Entonces, él se sintió como todo un imbécil por haberlo olvidado.

–Lo siento –dijo–. No me he dado cuenta.

Ella sonrió, pero la sonrisa no se le reflejó en la mirada.

–No te preocupes por eso. Es fácil de olvidar.

Él le tomó la cara entre las manos.

–Nada de lo tuyo es fácil de olvidar. Quiero que lo tengas en cuenta.

Ella se quedó mirándolo un instante, fijamente, y se alejó.

–Tenemos que irnos.

Tenía una bolsa de comida que olía muy bien en el asiento trasero, y a Lucas le rugió el estómago.

Molly sonrió.

–Tal vez quiera dejarte un poco. Si se lo pides amablemente.

Él no tenía ni idea de si le estaba tomando el pelo o no. Quince minutos después llegaron a unas casas adosadas de Inner Sunset.

–¿Es la casa de Joe? –preguntó él.

–Joe es el dueño del edificio –dijo Molly–. Lo compró para mi padre y para mí. Pero yo necesitaba más independencia, así que me fui a mi apartamento, y ellos viven aquí, cada uno en una de las casas. ¿No lo sabías?

–No. Joe es muy reservado.

–Sí, ¿de quién te crees que lo aprendí yo? –preguntó ella con una carcajada ronca.

Aquel barrio era un barrio obrero. No todas las casas estaban bien mantenidas, pero las de Joe y su padre, sí. Estaban bien pintadas y el jardín estaba cuidado. Había flores y arbustos en ambos patios.

Lucas iba a salir del coche, pero Molly le puso una mano en el brazo.

–Espera aquí.

Él enarcó una ceja.

–¿Como hiciste tú en casa de mi madre?

Ella hizo un mohín.

–De acuerdo, yo fui curiosa, y tú también lo eres. Pero esto no es fácil para mí. Es mi vida.

Y, aun así, le estaba permitiendo vislumbrar algunas facetas de esa vida, algo que hizo que él se sintiera honrado. Se puso serio.

–Es verdad, tienes razón, y lo siento. Si quieres que espere aquí, lo haré. Pero me encantaría conocer a tu padre.

Ella se quedó mirándolo.

Él sonrió encantadoramente.

Ella no le devolvió la sonrisa, pero él notó que tenía ganas de hacerlo.

–De acuerdo –dijo Molly por fin–. Pero solo porque me hace falta ayuda para llevar el saco de veinticinco kilos de pienso para perro que llevo en el maletero.

Lucas no hizo ninguna pregunta. Salió del coche y lo rodeó, y se echó el saco al hombro.

Molly volvió a mirarlo.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Nada. Que es molesta la facilidad con la que lo has levantado.

–Molesta y...

–Exasperante.

–Y sexy, ¿no?

De nuevo, ella puso los ojos en blanco, y él se echó a reír. Por lo menos, ya no estaba tensa y agobiada.

Llegaron a la puerta de la casa, y él vio un letrero que decía:

Advertencia: No entrar sin autorización.

No me caes bien.

No voy a votarte.

No voy a comprarte nada.

No necesito aspiradora.

Estoy armado y no me he cansado

de esconder los cadáveres.

Lucas sonrió.

Molly suspiró y se giró hacia él. Le hizo un gesto para que dejara el saco de pienso en el suelo.

–Mira, hay ciertas cosas que tienes que saber.

De repente, se oyó el ruido de alguien que cargaba una escopeta.

Con un solo movimiento, Lucas la puso a su espalda y sacó su arma.

–No –jadeó Molly, que volvió a ponerse entre la puerta y él–. Para. Con eso solo conseguirías empeorar las cosas. Solo es mi padre. Esa es su forma de... saludar. ¡Papá! –gritó, volviéndose hacia la puerta–. Soy yo.

–Llegas tarde –respondió su padre, malhumoradamente.

–Ya lo sé.

–Ha oscurecido.

–Sí, ya lo sé –dijo ella–. Pero hoy he salido tarde del trabajo. Deberías encender las luces de Navidad que te ha puesto Joe aquí fuera. Verías mejor.

–¿Cuál es la contraseña?

Molly llamó cuatro veces a la puerta, hizo una pausa y llamó una quinta vez.

De repente, se encendieron unas luces exteriores de color blanco, rojo y verde.

–¿Lo ves? –preguntó Molly a través de la puerta–. ¿A que así es más festivo?

–Es un gasto de electricidad absurdo.

Molly suspiró.

–Déjanos pasar, papá.

–¿Quién es ese tío que lleva pistola?

Molly le indicó a Lucas que guardara la pistola, y él volvió a meterla en la funda que llevaba en el pecho.

–He venido con un compañero de trabajo –respondió ella.

–¿Por qué?

Molly suspiró.

–Porque me está ayudando con una cosa. Es el compañero de Joe, Lucas Knight. Papá, hace mucho frío. Déjanos pasar.

Entonces, oyeron que quitaba cuatro pestillos. Hubo una pausa, y quitó el quinto.

Molly esperó a que el ruido cesara y abrió la puerta. Asomó la cabeza y miró hacia atrás, a Lucas, con una expresión que él no pudo identificar. No era miedo, pero sí... inquietud.

Él sonrió para darle ánimos y entraron. La casa era pequeña, pero estaba muy limpia y ordenada. La única decoración navideña que había allí era una guirnalda sobre la chimenea y un abeto natural en un tiesto, de unos sesenta centímetros, colocado sobre la mesa de centro. El suelo era de madera, no había alfombras, y el espacio del salón era despejado y abierto.

Entonces, Lucas vio a un hombre en silla de ruedas. Estaba en la puerta de la cocina, con una camiseta del ejército, unos calzoncillos negros y un rifle posado en las rodillas.

–Papá –dijo Molly, acercándose a él. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla–. Hemos hablado ya de esto. Se supone que de día tienes que llevar pantalones.

–No es de día, es de noche –respondió él, sin apartar la vista de Lucas.

Había un labrador de color dorado, muy grande, tendido en su cama, en un rincón. El animal se estiró y bostezó.

–Muy buen perro guardián, Buddy –dijo el hombre.

–Papá, Buddy es tu perro de apoyo emocional, no un perro guardián –dijo Molly. Se puso de rodillas y extendió los brazos, y el perro fue directamente hacia ella para recibir un abrazo y unos besos–. ¿Qué tal está mi pequeñín? –le preguntó ella, suavemente, revolviéndole el pelo–. ¿Cómo está mi pequeñín?

Buddy se acurrucó contra ella, sonriendo.

A Lucas le encantaban los perros, y los perros lo adoraban, pero él nunca había tenido celos de ninguno antes de aquel momento.

–Papá, te presento a Lucas –dijo Molly–. Lucas, te presento a mi padre, Alan. Y este grandullón es Buddy.

Lucas asintió para saludar al padre de Molly, y le tendió la mano.

El hombre miró la mano de Lucas e hizo girar la silla de ruedas, dándole la espalda. Miró a Molly.

–¿Qué hay de cenar?

Bueno. Lucas se agachó delante de Buddy, que lo saludó de forma mucho más entusiasta. El perro le dio un beso lleno de babas y, cuando Lucas empezó a acariciarlo, se tiró al suelo con la panza hacia arriba para que se la rascara.

–No hay nada de cenar si no eres más agradable –le dijo Molly a su padre.

Él dio un resoplido, pero se volvió a mirar a Lucas y le tendió la mano. No fue demasiado afable, aunque, al menos, no había levantado el rifle.

Lucas le estrechó la mano.

–Encantado de conocerte –dijo, y se ganó otro resoplido.

–Papá –dijo Molly.

–Está bien. Supongo que ha ganado algunos puntos por no salir corriendo como el último.

–Eso es injusto –dijo Molly–. Cuando traje a Tim aquí, estabas en el porche limpiando el rifle. No dejabas de levantarlo para comprobar el cargador, ni de hacer posturitas y apuntar. Yo también habría salido corriendo.

–Tim era un gallina.

Lucas quería saber quién era aquel Tim, pero Molly fue a la cocina y empezó a sacar la comida.

–¿Te has tomado las medicinas? –le preguntó a su padre.

Él se encogió de hombros, y ella dejó lo que estaba haciendo y abrió uno de los cajones.

–¿Dónde está tu pastillero?

–En el baño.

–Ve a buscarlo.

Su padre salió de la habitación.

Molly miró a Lucas.

–Gracias por no quedarte espantado.

–¿Quién es Tim?

Ella puso los ojos en blanco.

–Nadie.

–Era el gallina de su novio –respondió su padre, que volvía a la sala. Lucas se alegró de ver que había dejado el rifle–. Al final, ella fue lista y lo dejó.

–No es cierto –dijo Molly mientras ponía la mesa, de espaldas a ellos–. Fue él el listo que me dejó.

Lucas miró a Alan, que tuvo la decencia de mostrarse avergonzado. Sin embargo, se recuperó rápidamente.

–Un hombre que no se atreve a mirar a los ojos al padre de su novia no merece la pena.

–Bueno, aunque me gustaría echarte la culpa por tu comportamiento infantil –dijo Molly sin dejar de poner la mesa–, Tim me dejó por mí, no por ti.

En su lenguaje corporal, y en su tono de voz, había algo como dolor y vergüenza. Lucas fue hacia ella, pero su padre alargó una mano para detenerlo.

–Pues, entonces, además de un gallina era un gilipollas –le dijo Alan a su hija–. ¿Quieres que lo mate?

Ella se echó a reír.

–Papá, ya han pasado varios años y lo sabes.

Su padre se relajó al oír su risa.

–Bueno, pero la oferta sigue en pie –dijo él–. Tú solo tienes que avisarme. Y lo mismo digo de este –añadió, moviendo la barbilla en dirección a Lucas.

–Ya te he dicho que solo es un compañero de trabajo.

Su padre miró a Lucas a los ojos.

–Eso no te lo crees ni tú, cariño.

Molly los ignoró a los dos y se sentó a la mesa para empezar a comer.

–Tengo tanta hambre que podría comerme todo esto, así que yo, si fuera vosotros, vendría para acá.

Eso llamó la atención de su padre. Se acercó a la mesa y dejó caer el teléfono móvil en el regazo de Molly. Después, empezó a servirse un plato.

–Se ha roto –dijo–. Dice que no tengo memoria.

–¿Cómo es posible? –preguntó Molly. Tomó el teléfono y empezó a pasar el pulgar por la pantalla–. Ah. Ya he encontrado el problema.

–Sabía que lo ibas a encontrar –dijo, y miró a Lucas–. Es la persona más lista de la familia.

Lucas sonrió. Claramente, aquel hombre tenía muy malas pulgas, pero su hija era su ojo derecho.

Molly abrió la galería de fotos.

–Tienes tres mil fotografías de Buddy.

–A él le gusta que le hagan fotos.

–Papá, no necesitas tres mil fotos de tu perro. Bórralas todas, salvo unas cien, o así.

Su padre refunfuñó y le dio a Buddy un poco de comida por debajo de la mesa.

Molly suspiró.

–Y se supone que no debes darle de comer así.

–A él también le gusta la comida preparada. Eh, ¿Buddy puede viajar? ¿En avión, por ejemplo?

–¿Por qué? –preguntó Molly con recelo–. Tú odias los aviones.

Su padre se encogió de hombros.

–Ahora hace mucho frío aquí, y estaba pensando en irme a algún sitio cálido.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, a una isla desierta.

–Entonces, ¿a quién ibas a gritarle?

Su padre soltó una risotada.

–Buena observación. Entonces, a una isla normal, con capacidad ilimitada para perros y pizzas.

Vamos, dime algo mejor que eso.

Molly cabeceó, pero tenía una mirada dulce y una sonrisa. Estaba claro que lo quería mucho y, claramente, era algo mutuo. Y no parecía que a ella le importara cuidarlo, cosa que había estado haciendo durante mucho tiempo, incluso cuando alguien debería haber cuidado de ella.

Cuando terminaron de cenar, Lucas ayudó a Molly a recoger, y ella tomó su bolso.

–Se está haciendo tarde, y mañana tengo que trabajar.

–Ya. Creía que no era tu novio –dijo su padre, mirando a Lucas de nuevo, como si quisiera tener el rifle en las rodillas.

–No es mi novio, papá. Estamos trabajando juntos en un proyecto, pero no puedes decírselo a Joe.

–¿Por qué no?

–Porque yo te lo pido por favor.

Su padre entrecerró los ojos.

–Si se lo dices –le advirtió Molly–, ya no te traigo más de esos puros habanos que se supone que no puedes fumar.

–Ni siquiera habéis estado aquí –dijo Alan.

Ella le dio un abrazo y un beso.

–Eres mi favorito –le susurró.

–Y tú, la mía –respondió su padre, con tanta facilidad que Lucas se dio cuenta de que aquello era un hábito.

Molly se echó a reír.

–A Joe le dices lo mismo, ¿a que sí?

Su padre sonrió.

Cuando estaban de nuevo en el coche, Molly le dijo a Lucas:

–Estás muy callado. ¿Estás bien?

Él iba pensativo. Y se sentía culpable. Odiaba tener que fingir que estaba en aquel proyecto con ella por el trabajo y no porque Archer y Joe se lo hubieran pedido. Sin embargo, las cosas eran así, y ahora había un nuevo elemento. Él quería que resolviera el caso y que les demostrara a su jefe y a su hermano de lo que era capaz, para que le permitieran ser quien ella quería ser. Era lista, divertida y sexy, y él disfrutaba estando a su lado.

Media hora más tarde, estaban de nuevo en el Edificio Pacific Pier.

–Sube conmigo –le dijo él.

Para convencerla, le dio un beso.

Cuando ella se apartó, tenía la respiración entrecortada y él no estaba mucho mejor.

–Sube conmigo –le pidió Lucas de nuevo.

–Bueno –dijo ella–. Pero no hay que pensar demasiado en esto.

–Molly –dijo él con una carcajada ronca–. Cuando te tengo en mis brazos, no puedo pensar en nada.

Ella lo miró fijamente.

–Y nada de luces.

Él vaciló y ella se retiró.

–Lo digo en serio.

Entonces, él la tomó de la mano.

–¿Qué te parece si me das diez minutos para que te demuestre lo increíblemente bella que me pareces y, después, si quieres, apagamos las luces?

–No. Quiero las luces apagadas.

–De acuerdo. En Braille.

–Y una cosa más. No quiero hablar.

–¿Ni siquiera decir cosas excitantes? Eso no cuenta, ¿no?

Ella se echó a reír, y él se quedó sorprendido y aliviado.

–Sí, eso sí está permitido –decidió ella.

Y, en aquel preciso instante, él terminó de enamorarse.

Capítulo 15

#EstoyBien

A la mañana siguiente, Lucas se despertó a solas. No le sorprendió. No parecía que a Molly le gustaran las mañanas de una noche de pasión.

Algo que tenían en común.

Cuando llegó a la oficina, ella estaba en una reunión con Archer. Él fue a su despacho y miró la cartera que tenía junto al ordenador. Había investigado minuciosamente el carné de identidad que había dentro; Santa Claus se llamaba Nick Russolini, pero se hacía llamar Nicolas King, algo que ya sabían. Aparte de eso, en la cartera había sesenta dólares, un carné de conducir y una tarjeta de Domino's pizza.

Ninguna confesión firmada acerca de estar robándoles a unas ancianas.

Sin embargo, al investigar un poco más, Lucas descubrió que aquel tipo tenía tantas identidades que podía confundir incluso al FBI. Pensó en buscar todos aquellos nombres falsos para ver si encontraba algún cruce interesante. Sin embargo, sin darse cuenta, tecleó el nombre de Molly Malone.

Quería saber más de ella, por ejemplo, lo que le había sucedido.

Recordó la noche anterior. Ella estaba acurrucada contra él, y él sentía su calor suave contra el pecho, el delicado peso de su mano en la mejilla... No había muchas cosas que apreciara más que estar así con ella, ni que su forma de acariciarlo con el cuerpo y el alma.

Él todavía estaba mirando su nombre en la pantalla, con el dedo suspendido sobre la tecla *Enter*, cuando ella entró en su despacho y lo miró a los ojos. Su expresión era a la vez cálida y extremadamente cautelosa, y a él se le encogió el corazón. Ella no se sentía bien con eso, todavía, no.

Al verle la cara, Lucas lo supo. Nunca iba a apretar la tecla. Ella le contaría lo que le había sucedido cuando estuviera lista.

Y él estaba dispuesto a esperar.

Molly abrió la boca, pero Joe entró en el despacho y tomó el expediente que había dejado en la mesa. Ella se quedó callada.

Joe los miró. Entonces, se concentró en Molly.

—Estás distinta. ¿Te has cambiado de peinado?

Ella se llevó una mano a la cabeza y frunció el ceño.

—No.

Joe ladeó la cabeza.

—¿Llevas un vestido nuevo?

—¡No! Es solo que... me siento bien. ¿Es que es tan diferente de lo normal?

–Sí –dijeron Joe y Lucas a la vez.

Ella puso los ojos en blanco e intentó salir, pero Joe la detuvo y la miró de cerca. La sonrisa se le borró de los labios.

–¿Quién es?

–¿Cómo?

–Claramente, has... –dijo él, e hizo un mohín–. Has tenido una buena noche. ¿Quién demonios es?

Molly le dio un empujón.

–¿Me estás tomando el pelo?

–¿Lo has investigado? –le preguntó Joe.

–No vamos a tener esta conversación.

–Entonces, no –dijo Joe con horror–. ¿Quién demonios es?

Lucas se levantó para intentar salvar a Molly.

–Tenemos que irnos –le dijo a Joe–. La reunión con los nuevos clientes es esta misma mañana, ¿no? Archer dice que nos están esperando en sus oficinas. Yo conduzco y tú vas leyendo el expediente.

Joe no se movió ni apartó la mirada de su hermana.

–No habrás vuelto a entrar en una de esas aplicaciones para ligar, ¿no? Todos los tíos con los que saliste así eran imbéciles.

–El único imbécil de mi vida eres tú, Joe.

–Ah, muy maduro por tu parte –dijo su hermano.

Molly cerró la puerta.

Joe miró a Lucas.

–¿Qué problema tiene?

–¿Está en una web de citas?

Joe negó con la cabeza.

–No, ya no. Entré y le cambié los datos del perfil. Puse que tenía setenta y cinco años y utilicé una foto de las Chicas de Oro. Después, edité la información, diciendo que le gustaba dar paseos lentos en su scooter y beber Metamucil viendo el amanecer, porque dormir le producía indigestión. Seguro que así arreglé las cosas.

A Lucas no le gustaba pensar que Molly se hubiera registrado en una web de citas. En realidad, no le gustaba que saliera con nadie, y estaba empezando a ver claramente que la quería para él, y solo para él.

Sin embargo, lo que menos le gustaba era que Joe le hubiera arrebatado aquella posibilidad. Nadie debería hacer eso.

–Yo creo que ella sabe valerse por sí misma –le dijo a su compañero.

–Sí, ya lo sé, pero... es mi hermana pequeña. Yo siempre la he cuidado, y es una costumbre muy difícil de abandonar.

–Es lista y es fuerte, y tiene mucho sentido común. Dale espacio, tío. Confía en ella, en vez de hacer juegucitos tontos con sus perfiles en internet.

Joe se quedó pensativo.

–Sí, tienes razón. Olvídate de los perfiles. Puedo averiguar con quién está saliendo y hacer una comprobación con nuestros programas informáticos.

–Mala idea.

–¿Por qué?

–Porque, si se entera, te va a matar.

Joe exhaló un suspiro.

–Sí, tienes razón. ¿Por qué tienes razón?

–Porque soy más listo que tú.

Joe lo empujó amistosamente. Cuando Lucas se golpeó contra la pared, Molly les gritó desde su escritorio, al fondo del pasillo.

–¡Dejad de comportaos como si estuvierais en la Federación de Artes Marciales! La última vez que hicisteis un agujero en la pared, Archer os obligó a pagar el arreglo. ¿Es que no podéis daros tortazos el uno al otro?

Lucas se irguió y le rodeó el cuello a su amigo con un brazo para darle un golpe en la nariz.

–Dile que lo sientes.

–No.

Lucas le apretó el cuello.

–¡Lo siento! –gritó Joe. Se zafó de Lucas y lo miró con cara de pocos amigos–. ¿Qué te pasa?

–Nada.

–Y un cuerno –dijo Joe–. Has estado muy callado. Y, ahora, casi me dejas que te aplaste contra la pared. Estás... distraído.

–Estoy perfectamente.

Joe lo miró con preocupación, y Lucas suspiró.

–Estoy bien, de verdad.

Joe no se lo creyó, pero, por lo menos, dejó de insistir.

Lucas estaba inquieto por no poder decirle a Joe lo que sentía por Molly, pero ni él mismo lo entendía. Después de que muriera Carrie, nunca se había relacionado con nadie tan vulnerable como Molly. Estaba tan endurecido emocionalmente, que se habría apartado de ella para no hacerle daño. Tal vez, hacía unos años, se habría acostado una o dos veces con ella y se habría olvidado inmediatamente.

Así pues... ¿qué estaba haciendo ahora?

Se estaba arriesgando.

A propósito.

Y eso le causaba terror. Había aceptado que las metas personales podían cambiar a medida que avanzaba la vida, pero aún tenía aquella dureza, y no estaba seguro de que las personas pudieran cambiar. Él había sido muchas cosas: un niño revoltoso, un estudiante aburrido, un hermano, un hijo, un novio, un prometido, agente de la Agencia Antidroga, investigador... Y se le habían dado bien todas aquellas cosas, salvo dos: había sido un mal novio, y un prometido todavía peor.

¿Habría cambiado? Quería pensar que sí. Sin embargo, no lo sabía con seguridad, y estaba empezando una relación con Molly. Tampoco sabía cómo hacerlo, ni estaba completamente seguro de lo que sentía Molly al respecto.

¿Qué vería en él? ¿Qué esperaba de él? Debería preguntárselo, y no estaba deseando hacerlo, precisamente...

Y, en cuanto a lo que él esperaba de ella... Quería decir que era la aceptación incondicional del sexo, pero sospechaba que estaba buscando mucho más. El corazón le pedía algo, pero su cerebro no dejaba de decirle que no debería tenerlo.

Un alma gemela.

Y ya había superado el periodo de negación con Molly. Había aceptado la derrota. Ella le importaba más que nadie.

Joe lo estaba observando con preocupación.

–Si no estuvieras bien, me lo dirías, ¿no?

–Claro que sí –le dijo Lucas.

Pero mentía, porque no podía explicarle sus sentimientos a nadie, salvo a Molly. Y sabía que, al final, tendría que contárselo también a Joe. Lo sabía.

Detestaba aquella situación.

Durante las siguientes horas, estuvo en la reunión con sus clientes y haciendo informes. Al final, cuando estaba muerto de hambre, fue a la sala de empleados.

Uno de los ayudantes de Caleb acababa de llevarles comida tailandesa como regalo de agradecimiento, porque, la semana anterior, habían descubierto que una de las subcontratas que trabajaba en la construcción de un nuevo edificio para Caleb estaba aceptando sobornos. Le habían proporcionado a Caleb las pruebas necesarias para que los llevara ante los tribunales.

Y, claramente, Caleb estaba agradecido.

Lucas también le agradecía a él aquella comida. Había llegado a tiempo, porque todo el mundo estaba sirviéndose grandes raciones en los platos. Cuando él terminó de servirse, solo quedaba un asiento libre junto a Molly. Ella alzó la vista y lo miró mientras él se sentaba. Él le sonrió.

Ella, no. Era bueno saber que, aunque habían compartido orgasmos, no eran tan amigos.

Archer entró y empezó la reunión sin preámbulos. Fue señalando a los diferentes miembros del equipo para hablar de sus casos. Cuando le llegó el turno a Lucas, abrió su ordenador portátil y se quedó helado. La ventana de uno de los programas de búsqueda seguía abierta con el nombre de Molly. Él cambió rápidamente la pantalla y presentó su caso ante la sala, sin mirarla.

Poco después, la reunión terminó, y todo el mundo salió. Molly se volvió hacia él con los brazos en jarras. No dijo nada. Le salía humo por las orejas.

–Está bien, está bien –dijo él–. Tiene mala pinta, lo sé, pero no le di a Enter.

–¿Y se supone que te tengo que creer?

–Sí –dijo él mirándola a los ojos.

Esperó su reacción, pero ella se limitó a mirarlo con intensidad, como si estuviera midiendo su sinceridad.

–He encontrado algo sobre St. Nick –le dijo él, en voz baja–. Te he enviado la información por correo electrónico.

–¿De verdad? –le preguntó ella en un tono de sorpresa que le molestó.

–Sí, claro que sí. Somos socios, ¿o no te acuerdas? Tiene muchos nombres falsos y alias que investigar.

Estaban cara a cara, y parecía que el aire de la sala se había llenado de electricidad, y parecía que restallaba entre ellos. Él solo podía pensar en la noche anterior, cuando la había tenido tan cerca. ¿Estaba pensando ella en lo mismo? Él miró su boca, y se dio cuenta de que sí. Molly se humedeció los labios y suspiró ligeramente, y aquel suspiro le transmitió un calor que no podía sentir en una sala de la oficina.

–Molly.

Ella cerró los ojos e inclinó un poco la cabeza hacia atrás, como si quisiera que él la besara. Él le puso una mano en la cadera, y...

Joe entró en la sala.

Molly dio un salto hacia atrás y se giró hacia su hermano.

–¿Por qué siempre me estás acechando? Demonios, Joe, ponte un cascabel, ¿quieres?

Joe la miró con extrañeza y señaló su teléfono móvil. Se lo había dejado en la mesa.

–Se me había olvidado –dijo, y sonrió a su hermana–. Sí, ya sé que un día me voy a dejar la cabeza en algún sitio... –de repente, se le borró la sonrisa y miró a Lucas y, después, a su hermana de nuevo–. ¿Qué pasa?

–Nada –dijo Molly, rápidamente.

Lucas negó con la cabeza. No, no pasaba nada, no había nada que decir...

Archer volvió para tomar un donut de una caja que estaba abierta.

–Casi me dejo el postre –dijo. Miró a Lucas y, después, a Molly–. ¿Qué pasa?

–Nada –repitió Molly.

Lucas no dijo nada.

Archer no se quedó mucho más convencido que Joe, y eso significaba que era hora de marcharse. Tomó su ordenador y asintió mirando a Joe.

–Pásame un beso –dijo. Mierda. Mierda–. Quiero decir, un donut –Dios, qué tonto era–. Pásame un donut, por favor.

Joe se quedó mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

Archer, no. Él lo miró con una intensidad que habría empujado a cualquiera a salir corriendo.

Lucas no se dejaba intimidar fácilmente, pero, en aquel momento, se le encogió el estómago. Ignoró a todo el mundo, salvo a Molly. La miró de reojo y vio que ella estaba ruborizada. Tomó un donut y, pensándolo mejor, tomó otro más. Después, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cuando Molly alzó la vista de la pantalla del ordenador, al final de la jornada, ya se había marchado casi todo el mundo. Ella había pasado del trabajo de Hunt a analizar la información que le había enviado Lucas. Le dolía la espalda. Se puso en pie y se estiró. Tardó un momento en apoyar la pierna. Cuando pudo estirla por completo, empezó a cerrar la oficina, y se encontró a Lucas en su despacho con el ordenador.

–Ah –dijo con sorpresa desde el umbral de la puerta–. Iba a apagar todas las luces. ¿Qué haces aquí todavía? Has venido a las cinco de la mañana.

–Yo podría preguntarte lo mismo –dijo él.

Se levantó y se estiró como había hecho ella, haciendo girar los hombros. La camiseta se le estiró por el pecho, y ella tuvo que apartar los ojos de sus abdominales, porque se conocía a sí misma, y conocía las señales de peligro. Cuando estaba cerca de él, sentía un cosquilleo por todo el cuerpo.

No dejaba de recordar las noches que habían pasado juntos y, para ser sincera, también pensaba en algo más que en la intimidad física que habían compartido. Sabía que él se preocupaba por ella, se preocupaba por su seguridad y, sin embargo, permitía que hiciera lo que quería hacer.

Sí, no había duda. Estaba entrando en un terreno muy peligroso con él.

–Tenía trabajo atrasado –le dijo.

–Y no todo para Investigaciones Hunt –respondió él.

Ella asintió.

–¿Has averiguado algo? –le preguntó.

–Estoy tratando de acceder a la información financiera de Nick y de su hermano. Y, también, a la información sobre las ONGs a las que supuestamente contribuye el Pueblo de la Navidad. ¿Sabías que hay unas cuantas personas que ganan muchas veces al bingo?

–¿Cuánto es «muchas veces»?

–Pues casi semanalmente. Es como si tuvieran un trato con el encargado del bingo.

Lucas asintió.

–Entonces, suponiendo que sea verdad y que Nick tenga a gente manejando el sorteo, seguramente los ganadores se quedan con parte del premio, pero tienen que entregarle el resto a él.

–El malvado Santa Claus.

–Muy malvado –dijo él con aquella voz que a ella siempre la excitaba.

Antes de cometer alguna estupidez, Molly miró la hora.

–Vaya. Tengo que irme.

–Espera.

–No tengo tiempo –respondió, y salió al pasillo.

En la recepción, tomó su bolso y su ordenador portátil. En la puerta principal de la oficina, un brazo muy largo la detuvo y mantuvo la puerta cerrada.

Él estaba justo detrás de ella, tan cerca, que sentía su calor a través de la ropa. Cerró los ojos para empaparse de él; Lucas bajó la cabeza y le acarició la mejilla con la mandíbula.

–Molly –le susurró al oído.

–¿Ummm? –murmuró ella, estremeciéndose.

–¿Dónde estás huyendo? –le preguntó él. Su respiración era cálida, y ella notaba la deliciosa aspereza de su barba incipiente.

–A casa –respondió Molly–. Tengo que descansar, porque mañana tengo que hacer mi turno de elfo. La señora Berkowitz y la señora White han oído rumores de que va a ocurrir algo mañana por la noche.

¡Demonios! Abrió los ojos y volvió la cara hacia él.

–¡Deja de hacer eso!

Él alzó ambas manos para demostrarle que no la estaba tocando.

–¿El qué?

–¡Ya sabes el qué!

–¿Respirar?

–¡Sí! Sobre todo en mi cuello.

–Te ha gustado.

Demasiado...

Claramente, él podía leerle el pensamiento, porque sonrió.

–¿Vas a invitar a tu compañero mañana por la noche?

–No.

–¿Por qué no?

–Porque solo voy a trabajar un turno, y tú destacas mucho con tu masculinidad alfa, tu silencio torvo. Además, no puedes ponerte un traje de elfo, así que...

–No, no puedo. No tendría sitio para esconder el arma.

Ella soltó un resoplido y movió el trasero contra su arma.

Él hizo que se girara y la aplastó contra la pared y a ella empezaron a cerrársele los ojos.

–Tienes un arma bastante grande –dijo con la voz entrecortada.

Él se echó a reír y apoyó su frente en la de ella.

–Llevas ignorándome desde la reunión. ¿Estás bien?

–Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

Él la miró a los ojos.

–¿Por lo de ayer? –preguntó ella–. Lucas, creo que los dos sabemos que, después de eso, estoy

muy bien. No hay ningún cambio –dijo con una pequeña sonrisa.

–Me alegro. Pero voy a ir contigo mañana por la noche. Mañana por la noche y siempre.

–¿Te vas a poner un traje de elfo?

Él sonrió.

–En la cama me pongo lo que tú quieras. Pero, fuera de la cama, voy a ir vestido así, incluyendo las armas.

Ella pasó la mirada por su cuerpo delgado y musculoso.

–¿Cuántas armas llevas, exactamente?

A él se le dibujó una sonrisa de picardía en los labios.

–Si no estás dispuesta a registrarme y averiguarlo por ti misma, no es asunto tuyo.

Aunque aquello le causó una oleada de calor, él alzó la barbilla y le dio un ligero empujón.

Él le permitió que recuperara su espacio, pero no se alejó demasiado.

–De todos modos, voy a ir.

–¿Es que te parece que necesito apoyo?

–Somos compañeros. Y, si estás libre ahora, me vendría bien tu ayuda.

–¿Para qué? –le preguntó ella con los ojos entrecerrados.

–Vaya, sí que eres desconfiada.

–Contigo, sí.

–¿Acaso te he dejado colgada alguna vez o te he hecho una jugarreta?

–No –reconoció ella.

Él siempre había sido sincero y la estaba ayudando en aquel caso, y respetaba sus capacidades.

En cuanto a lo de dejarla colgada... No, nunca lo había hecho. En realidad, se negaba a dejarla atrás.

Así pues, supuso que no sería justo dejarlo colgado a él.

Capítulo 16

#MeEstásTomandoElPeloElfo

Lucas sonrió sin poder evitarlo al ver la cara de Molly. En aquel momento era completamente transparente, y a él le gustaba adonde habían ido sus pensamientos.

–Mi tía da una fiesta de Navidad –le dijo–, y le prometí que iba a venir.

–Oh, no –dijo ella y sacudió la cabeza–. No, no, no.

–Y hay otro problema –dijo él–. Tengo que llevarme a una novia para salvarme de todas las novias que me encasquetarán en esta fiesta si aparezco solo. El miedo es real, Molly.

Ella seguía diciendo que no con la cabeza.

Él exhaló un suspiro.

–¿Por favor?

–Tú no tienes miedo de nada –replicó ella–. Te he visto saltar de un puente de quince metros de altura para perseguir a un sospechoso. Y hace tres semanas, te pusiste delante de una bala para salvar a un cliente. Tú no tienes miedo.

–No es cierto. Resulta que me aterra el entrometimiento de las mujeres de mi familia.

–Vaya.

–Vaya, en el buen sentido, ¿no?

–No.

Lucas se echó a reír. Molly era la única mujer que había conocido que pudiera provocarlo con tanta facilidad y, al mismo tiempo, conseguir que la deseara. Eso lo dejaba todo bien claro: se había vuelto loco.

–¿Vas a ayudarme, o no?

–¿Fingiéndome que estoy saliendo contigo?

–Sí.

–Bueno, está bien. Sí, te salvo el pescuezo –dijo Molly con un suspiro de mártir–. Pero te va a salir bien caro.

–¿Cuál es tu precio? –le preguntó él mientras bajaban al patio.

–El precio es un favor del que te informaré más adelante. Y no puedes negarte.

–No, eso no me parece justo.

–Bueno, pues, entonces, que tengas una buena noche...

Él la tomó del brazo.

–De acuerdo, trato hecho. Favor a cambio de favor. Pero tienes que hacerte pasar por mi novia de verdad.

–¿Hasta qué punto, exactamente?

–Bueno... Podrías presumir un poco de mí –dijo él, sonriendo–. O mucho. Frotarte contra mí y

mirarme como si fuera un dios del sexo.

Ella cabeceó.

–Estoy conociendo una faceta nueva de ti, Lucas.

–Pero te gusta, ¿eh?

–Bueno, si con eso eres feliz...

Él condujo. Salieron de la ciudad y tomaron la autopista. Cuando ella se dio cuenta, preguntó:

–¿Adónde vamos?

–Ya te lo he dicho. A la fiesta de Navidad de mi tía –dijo él–. Te expliqué que vive en las Sierras. En la falda, no el pico.

Molly se quedó mirándolo boquiabierta.

–¿En Donner Summit? ¿Cerca de Tahoe?

–Bueno, no tan lejos, pero sí.

–¡No me dijiste que estaba fuera de la ciudad!

Él se encogió de hombros.

–No me lo has preguntado.

–Oh, Dios mío.

Sin embargo, no dijo nada más, ni le pidió que diera la vuelta para llevarla a casa. Ambas eran buenas señales. Nevaba un poco, y la noche tenía un brillo blanco y suave mientras empezaban a subir por la montaña.

–Me encantan las montañas, sobre todo con nieve –admitió ella, mirando por la ventanilla–. Me da calma y tranquilidad, y...

–¿Y?

Ella no respondió.

Él estaba seguro de que iba a decir que le parecía romántico, y estaba de acuerdo. La nieve era romántica.

Y eso no hacía más que aumentar el problema.

–¿Vienes a menudo por aquí? –le preguntó Molly.

–Mi familia adora Tahoe, y pasan mucho tiempo aquí. Nos reunimos en la cabaña siempre que podemos. Ahora, un poco menos.

–¿La gente está muy ocupada?

Él negó con la cabeza.

–No. Mi hermano Josh era el que planeaba la mayoría de estos viajes. Era el hijo mediano, el que siempre ponía paz, el que nos reunía a todos. Los demás lo intentábamos, pero no estábamos a su altura.

Él notó que había captado su atención por completo, y que ella lo estaba mirando fijamente. Estaban rodeados por el silencio de la noche, porque la nieve que caía suavemente lo insonorizaba todo y convertía el coche en un lugar muy íntimo.

–¿Y va a estar esta noche en la fiesta?

–No –dijo él con una pequeña sonrisa–. Cuando éramos niños, éramos un par de buenas piezas. Siempre causábamos problemas. A mi madre le salieron canas muy pronto.

Ella también sonrió.

–Yo no me acuerdo mucho de mi madre, pero Joe y yo también éramos traviosos, aunque Joe siempre intentaba protegerme. El único problema era que a mí se me daba muy bien seguirle sigilosamente. Eso le enfadaba muchísimo.

Él se rio.

–Si la mitad de las cosas que he oído de la juventud de Joe son ciertas, entiendo por qué no quería que lo siguieras.

A ella se le apagó la sonrisa, y él la miró con preocupación.

–¿Qué?

–Nada.

–Ahora te conozco más, Molly –dijo él–. Sé que te ha pasado algo por la cabeza. Además, se te da muy mal mentir.

Ella se encogió de hombros.

–Tienes razón en lo de que Joe no quería que lo siguiera. Lo detestaba, y se preocupaba mucho por motivos que yo no entendía en aquel momento. De haberlo comprendido, habría sido más lista.

–Ocurrió algo –dijo él.

Ella vaciló.

–¿No te acuerdas de que te dije que el accidente lo había tenido por culpa de mi propia estupidez?

–Sí.

–Pues es cierto. Cuando Joe tenía diecisiete años y yo catorce, me enamoré de un tipo de su pandilla, alguien que pensaba que era un amigo, pero que no lo era. Yo no lo sabía, pero ese chico y algunos otros estaban intentando convencer a Joe para que se uniera a su banda, porque él tenía algunas habilidades muy impresionantes... Habilidades que utilizaba para que pudiéramos comer y tener un techo. Vaya, ahora parece que Joe era un delincuente juvenil...

–No seré yo quien lo juzgue –dijo Lucas y la tomó de la mano–. He visto las habilidades de Joe en persona, y me ha salvado el pellejo en el trabajo en muchas ocasiones. Le estoy muy agradecido por eso, y porque fuera capaz de mantenerte cuando lo necesitabas. Lo único que siento es que las cosas fueran así para vosotros.

–Mi padre hacía todo lo que podía –dijo ella–. Pero no siempre podía conservar el trabajo. La gente no lo entendía.

Lucas asintió, y no dijo nada más. Tal vez, si no abría la boca, ella le contase el resto de la historia. Él quería conocerla.

–Joe no quería unirse a esa pandilla –dijo ella. Hizo una pausa y carraspeó–. Lo siento. Lo siento mucho. Estoy sudando, ¿podrías bajar la calefacción?

Él lo hizo rápidamente y le pasó una de las botellas de agua que llevaba en la puerta del conductor.

Ella abrió el tapón y bebió.

–¿Te sientes mejor?

–Sí, gracias.

–Entonces... Joe no quería ser de esa pandilla –dijo él con la esperanza de que ella continuara.

–No. No quería hacer ninguna de las cosas que ellos le pedían. Se negaba siempre. Pero yo no sabía nada de eso. Solo sabía que él salía siempre que quería, y que no tenía que dar explicaciones, y eso me parecía muy emocionante. Así que, cuando uno de aquellos chicos empezó a prestarme atención, me sentí halagada.

Molly cerró los ojos.

Lucas pensó que iba a odiar aquella historia. Frenó en la calle de entrada a la casa de su tía y apagó el motor. Se volvió hacia ella.

–¿Puedes contarme lo que pasó?

Ella se posó una mano en el vientre, como si le doliera. Los recuerdos le tensaron todos y cada

uno de los músculos, y parecía que había empezado a sudar. Él abrió la ventana un par de centímetros para que entrara algo de aire, y ella lo miró con agradecimiento. Después, cerró los ojos.

–Me utilizaron a mí para obligar a Joe a que robara un coche –dijo. Lucas le apretó una mano suavemente para que continuara hablando–. Me secuestraron –añadió ella con amargura–. No, demonios, la verdad es que me fui con ellos voluntariamente, pensando que Darius quería estar conmigo. Pero no era nada de eso. Me encerraron en un edificio abandonado a la espera de que Joe hiciera lo que ellos querían.

Al oír todo aquello, él también empezó a sudar. Había trabajado en los suficientes casos de secuestro como para saber que nadie salía de esa situación como era antes. Y Molly solo tenía catorce años cuando le había sucedido. Solo era una niña que, además, ya tenía una vida bastante difícil.

–Él recorrió toda la ciudad buscándome. Y me encontró, pero después de tres días.

–Dios Santo... ¿Te hicieron daño?

–No, no del modo que tú piensas.

Molly tragó saliva y bajó la ventanilla por completo. Sacó la cabeza y respiró profundamente.

–Perdóname –dijo, cuando hubo subido la ventanilla–. Pensar en esos días me produce náuseas.

Lucas lo entendía. Él mismo tenía ganas de vomitar al imaginársela de niña, indefensa, en manos de unos matones. Durante tres malditos días.

–De verdad –le dijo ella, apretándole la mano–. No es tan malo como te imaginas.

Estaba intentando consolarlo. Al darse cuenta, a Lucas se le hizo un nudo en la garganta de la emoción, y se le empañaron los ojos.

–No tienes por qué contarme...

–Creo que debería –murmuró ella, mirándolo a la cara–. Ellos no me hicieron nada. No me tocaron. Darius me tuvo encerrada en una habitación separada de los demás. Me dijo que, si estaba callada y no daba problemas, no me pasaría nada. Pero el problema fue que no sé quedarme callada. Lo intenté, pero no pude.

Por mucho tiempo que hubiera pasado ya, si Molly le decía que le habían puesto un dedo encima, iba a ir a buscar a aquellos tipos, a todos y cada uno de ellos, y les iba a romper todos los huesos del cuerpo sin ningún reparo.

–Yo sabía que Joe me estaba buscando, y que iba a encontrarme. Pero, al tercer día, no podía esperar más. Cuando Darius entró a llevarme una botella de agua, la agarré y le di un golpe en la cabeza. Se cayó, se golpeó la cabeza contra el suelo y se quedó inconsciente. Le robé las llaves del bolsillo, me quité las esposas y, aunque estábamos en un tercer piso, salté desde la ventana con la intención de llegar a un árbol y poder bajar por el tronco. Pero no llegué a la rama, porque estaba un poco débil. Me caí desde una altura de unos diez metros y me rompí la espalda por dos sitios, entre otras cosas.

A él se le escapó el aire de los pulmones.

–Dios, Molly...

–Sí. Además, caí justo a los pies de Joe. Él ya había encontrado el sitio donde me tenían secuestrada. Si me hubiera quedado callada y quieta, como me había ordenado Darius, Joe me habría rescatado.

Él le tomó la barbilla y la obligó a mirarlo.

–No te culpes por eso. A Joe le espantaría que lo hicieras.

–Sí, porque él ya se culpa lo suficiente por ello –respondió Molly–. Somos tal para cual. Y tú,

déjalo ya.

–¿Qué es lo que tengo que dejar?

–Tienes que dejar de mirarme así, como si todavía estuviera rota. Ya no lo estoy. Me han operado tres veces y, aunque todavía tengo dañados los nervios de la pierna derecha, todo lo demás está arreglado.

A él se le escapó una carcajada.

–Molly, no te estoy mirando como si estuvieras rota. Te estoy mirando porque eres la mujer más increíble que he conocido en la vida.

Ella se quedó mirándolo con incredulidad.

–Increíble, fuerte, con una gran resistencia y... No sé, increíble.

–Eso ya lo has dicho –susurró Molly.

–Merece la pena repetirlo –respondió él, y se inclinó para darle un beso.

Justo entonces, se abrió la puerta de la cabaña.

Y, en el momento menos oportuno, su familia empezó a salir al porche a esperarlos, porque los Knight tenían un gen especial que les servía de radar para saber cuándo llegaba el hijo pródigo.

–Oh, Dios... –susurró Molly–. Son muchísimos.

–Sí.

–Me vas a deber una muy grande por esto –le dijo ella.

En aquel momento, Lucas supo que haría cualquier cosa que le pidiera. Porque, a pesar de su determinación por no enamorarse de la mujer más lista, fuerte y habilidosa que había conocido, eso era lo que le estaba sucediendo. Y rápido.

Capítulo 17

#PásameElPoncheDeHuevo

Al darse cuenta de que los familiares de Lucas los estaban observando desde el porche de la cabaña, Molly sintió los primeros temblores de pánico. Sabía que solo era un favor, que no era real, pero, de todos modos... Si contarle su pasado había sido difícil, conocer a su familia era mucho más complicado. Molly tomó aire y se concentró en la nieve que caía delicadamente y en la increíble belleza de los copos que bajaban del cielo.

Lucas la miró.

–¿Va todo bien?

–Vosotros pasáis mucho tiempo juntos, ¿no?

–Ellos pasan mucho tiempo juntos. Yo no vengo tanto por aquí. ¿Va todo bien, Molly?

Ella se mordió el labio.

–Entonces, ¿qué es lo que tengo que fingir exactamente? ¿Te acompaño como amiga o como novia? Quiero estar preparada para responder bien a las preguntas.

–Si te dijera que vienes como novia mía, saldrías corriendo, así que, si quieres, no vamos a mencionar esa palabra y diremos que estamos saliendo juntos.

¿Era cierto? ¿Saldría ella corriendo? Repitió mentalmente la palabra «novia». Sintió un nudo de pánico en el estómago. Demonios... Odiaba que él tuviera razón.

–Molly –dijo él y la tomó de la barbilla–. ¿Qué te pasa?

–No me gusta mentirle a tu familia. Son muy agradables.

–Pero si son unos locos –dijo él–. Escúchame: esto es para que mi familia esté feliz y no me atosiguen. Tú solo di lo más sencillo, que hemos salido dos o tres veces, porque trabajamos en el mismo sitio y nos caemos bien. Ya está.

Sí. Por supuesto eso era lo más verosímil. Sin embargo, a una pequeña parte de sí misma le habría gustado hacerse pasar por su novia, solo por ver cómo encajaba en el papel.

–¿Molly? –insistió él y le acarició la mandíbula con un dedo.

–Sí, lo entiendo. Hemos salido juntos unas cuantas veces.

–Sí –dijo él.

Ella asintió.

–Pero tienes que saber una cosa.

–¿Qué? –preguntó él.

–Que yo nunca salgo una segunda vez con el mismo hombre. Ni una tercera.

Él le lanzó una sonrisa impresionante.

–Seguro que yo te hago cambiar de opinión.

–No –dijo ella, cabeceando–. Cuando decido una cosa, es imposible hacerme cambiar de

parecer. Soy como el peñón de Gibraltar, yo...

Lucas la besó. Fue un beso rápido, ligero, pero muy efectivo. Cuando se retiró, ella abrió los ojos, embobada, y preguntó:

—¿De qué estábamos hablando?

Él salió del coche, sonriendo, y lo rodeó para ayudarla a bajar. Cuando llegaron al porche, la madre de Lucas abrazó a su hijo con fuerza y le susurró algo al oído.

Él le devolvió el abrazo y cerró los ojos mientras asentía, con tanto amor reflejado en el rostro, que Molly se quedó mirándolo absorta. Nunca había visto aquella expresión suya. Lo suavizaba, hacía que pareciera más joven y despreocupado.

Después de saludar a su hijo, la madre de Lucas la abrazó a ella, y Laura y Sami hicieron lo mismo. Más tarde, llegaron las presentaciones de los tíos y primos. Will, el marido de Laura, estaba allí con su hijo de dos años. Faltaba el padre de Lucas, que había tenido que quedarse en Londres.

Y, aunque hubiera tanta gente, resultaba encantador. Y extraño. Ella siempre había estado con Joe y con su padre, los tres solos. Tenían parientes lejanos en el Este, los primos de su madre. Y, también, a la familia de su padre. Sin embargo, a su padre no le caía bien ninguno de ellos, y los había ahuyentado hacía mucho tiempo. Joe había traído a Kylie a su pequeña familia, y eso era estupendo. Sin embargo, aquello no tenía nada que ver con la enorme familia de Lucas.

Molly, que ya notaba que la ropa le apretaba ligeramente gracias a que Joe había llevado donuts a la oficina demasiadas veces aquella semana, trató de contenerse durante la cena. La comida era deliciosa, pero consiguió abstenerse de tomar un pedazo de pan de queso perfectamente dorado. Después, se arrepintió, porque aquel pan desapareció de la bandeja en segundos.

Alguien le preguntó acerca de su trabajo en Investigaciones Hunt, y ella respondió que era la encargada de la administración, aunque le hubiera gustado decir que era investigadora. Comenzó a comer, y se dio cuenta de que Lucas se había servido tres pedazos de pan de queso. Esperó hasta que él se giró a decirle algo a su hermana y le robó una de las rebanadas. Se estaba comiendo el último trozo cuando él miró su plato y, después, a ella.

Molly, con la boca llena, le dedicó su sonrisa más inocente, volvió la cabeza y... se encontró con la mirada de su madre.

Que estaba sonriendo.

Al notar que alguien le tocaba el hombro, se giró de nuevo hacia Lucas.

—Me parece que me has robado algo —le dijo él.

—No sé de qué estás hablando.

Entonces, él le tocó la comisura del labio y le quitó una miga del pan que ella le había robado del plato.

Molly intentó pestañear inocentemente, pero el roce de su dedo hizo que le temblaran las rodillas. Se alegraba de estar sentada.

—Una pregunta, Molly —dijo Laura—. ¿Sigue roncando Lucas como si fuera una sierra mecánica? Cuando éramos pequeños compartíamos la habitación aquí, y roncaba tanto que me daban ganas de taparle la cara con la almohada.

—Eh —dijo Lucas—, pero eso fue después de que Sami me rompiera la nariz con el bate de béisbol y tuvieran que operarme del tabique. Desde entonces no he vuelto a roncar.

—¿Seguro? —preguntó Laura.

Todo el mundo miró a Molly, incluido Lucas. Ella pensó en vengarse, y encogió un hombro.

—Ya casi no lo oigo. Supongo que uno se acostumbra.

Todos se echaron a reír, pero Lucas le lanzó una sonrisa llena de picardía.

–Entonces, ¿quieres que juguemos así? –le preguntó en un murmullo.

Ella sintió entusiasmo y nerviosismo por lo que él pudiera hacer para vengarse y, al mismo tiempo, preocupación. No porque tuviera miedo de él, sino por lo mucho que podía gustarle aquella venganza.

Los temas de conversación fueron cambiando en la mesa, y ella notaba con agudeza la presencia de Lucas a su lado. Él levantó el vaso para que le sirvieran y la sorprendió mirándolo.

–¿Estás bien?

–¿Lo estaba? No podía decirlo con certeza...

–Cariño –dijo la madre de Lucas–, la conexión a internet nos está dando problemas hoy. Pensaba que después de cenar...

–Claro –dijo él–. Yo ya he terminado –dijo, y tomó a Molly de la mano–. Me voy a llevar a una ayudante...

Molly se atragantó con el agua porque, en la oficina, ella era la experta en internet. Nadie era capaz de hacer funcionar los ordenadores con tanta facilidad, ni siquiera, Lucas.

–Quiero decir, compañera –se corrigió él, rápidamente.

Sin embargo, sabía que era demasiado tarde.

Molly sonrió a su madre.

–Yo puedo echarle un vistazo. Seguro que no necesito ayudante, pero Lucas puede acompañarme y aprender algo, si quiere.

Su madre se echó a reír con deleite y miró a Lucas.

–Me encanta esta chica –dijo, y se levantó para llevar a Molly a la sala de estar–. Quédate aquí, hijo, y cómete tu pan. Nosotras arreglamos esto.

–Idiota –le dijo Sami a Lucas, cariñosamente.

Él dio un suspiro.

Un minuto después, Molly estaba apagando el rúter y reiniciando el sistema.

–Esto casi siempre funciona.

–Sí, ya lo sé –dijo la madre de Lucas–. Y a la conexión de internet no le pasa nada. Es que quería hablar contigo a solas.

Sami entró a la salita y cerró la puerta.

–Lucas está recogiendo los platos –le dijo a su madre.

Molly vio las caras de expectación de ambas mujeres y pensó: «Oh, oh...».

–No, no te asustes –le dijo la madre de Lucas–. No vamos a pedirte que traiciones la confianza de Lucas, ni nada por el estilo. Lo único que pasa es que estamos muy emocionadas al verlo por fin con alguien. ¿Nos puedes contar algo?

–Bueno, en primer lugar, solo hemos salido algunas veces, así que...

Sami y la madre de Lucas se miraron y se echaron a reír.

–¿Qué pasa? –preguntó Molly.

–Nada –dijo Sami, sin dejar de sonreír–. Es muy agradable ver que se siente tan cómodo y feliz contigo. Ha estado muy cerrado a todo eso durante mucho tiempo, ¿sabes? Y, aunque siempre viene a estas reuniones familiares, siempre ha aparecido solo, así que no sabemos cómo está, cómo se ha recuperado –le explicó a Molly. La sonrisa se le borró de los labios, y en su rostro apareció la preocupación–. ¿Podrías decirnos tú qué tal se está recuperando?

–¿Os referís a la herida de bala del mes pasado, o...?

A las dos se les escapó un jadeo de espanto.

–¿Le hirieron? –preguntó su madre con un hilo de voz.

–Sí, una bala le atravesó el costado. Pero ya está completamente recuperado.

Su madre exhaló un suspiro tembloroso.

–Dios Santo.

Sami tomó a su tía de la mano, pero miró a Molly.

–¿De verdad está bien?

–Sí –dijo Molly–. Lo siento, yo...

–No se te ocurra disculparte por nada –dijo su madre–. Ni por estar aquí con él, ni por ser tan sincera. Lucas lleva mucho tiempo encerrado en sí mismo. No deja que nadie llegue a él. Está siempre trabajando. Pero, desde que tú estás con él, lo hemos estado viendo dos veces a la semana, y llama mucho más por teléfono. Sonríe, y parece que está feliz. Todos nos imaginamos que es por ti.

Molly negó con la cabeza.

–De verdad, yo no tengo tanto mérito en eso.

Su madre la miró con suavidad.

–¿Seguro? Porque el amor es muy poderoso.

–Nosotros no estamos... –murmuró Molly, cabeceando, sin poder describir con palabras lo que sentía–. No estamos –dijo, terminando con torpeza la frase. No podía seguir mintiendo a aquellas mujeres, a aquella familia que quería tanto a Lucas, y suspiró–. Bueno, os voy a contar la verdad. Ni siquiera estamos saliendo. Es un favor. Trabajamos juntos y, algunas veces, nos ayudamos con otras cosas...

–Como esta noche –dijo Sami.

–Sí.

Sin embargo, en vez de quedarse desilusionadas, las dos mujeres se miraron.

–Es un favor muy grande –dijo Sami por fin–. Venir a una reunión familiar como esta es un poco intimidante y, para mí, sugiere un gran paso en una pareja.

–Él ha hecho lo mismo por mí. Y era peor. Mucho peor –dijo ella, pensando en el rifle de su padre–. Eh... No quiero decir que esto sea malo, ni nada parecido.

La madre de Lucas se echó a reír.

–Gracias por decirlo. Y gracias por intentar proteger a mi hijo, y a mí, diciéndome que no estáis juntos. Pero yo noto algo entre vosotros dos, Molly, algo que supongo que tú no ves todavía. Antes, yo creía que el amor eran las rosas rojas y las cenas caras. Ahora, sé que el amor es permitir que tu pareja te robe el pan del plato. Es aguantar sus ronquidos. Es hablar en ciertos códigos e intentar avergonzar al otro en público. Es salir a correr aventuras, enfadarse y reconciliarse –dijo, y le apretó la mano a Molly–. El amor no es siempre bonito y romántico. Lo sabes, ¿no? El amor es avanzar en la vida junto a tu mejor amigo.

A Molly le latía el corazón con fuerza. Porque, si estaba enamorada, no iba a ocurrir nada bueno. Estaba tan convencida de ello, que movió la cabeza con vehemencia.

–A mí me importa mucho Lucas. Tal vez, demasiado. Pero no es lo que pensáis, no es lo que queréis que sea.

–Aquí estáis –dijo Lucas desde la puerta.

Molly se quedó angustiada. ¿Cuánto había oído de aquella conversación? Era imposible saberlo por su expresión, que no dejaba traslucir nada. Demonios, ¿cuándo iba a aprender a tener cerrada la boca?

Pero él la tomó de la mano y tiró de ella para que se acercara. Sonrió.

–He venido a salvarte de este interrogatorio. ¿Te apetecen unos cuantos *s'mores* antes de que volvamos a casa?

–Sí –dijo Molly con agradecimiento.

Sin embargo, se dio cuenta de que la sonrisa de Lucas no le iluminaba los ojos como antes, y estaba segura de que a ella le ocurría lo mismo.

Capítulo 18

#LosSmoesSonLaVida

–La hoguera está bajando un poco por este terraplén –dijo Lucas.

Iba delante de Molly, dándole una de las manos. En la otra llevaba una bolsa llena de galletas, chocolate y malvaviscos.

Ella no veía nada. Habían dejado atrás la cabaña iluminada, y la noche era oscura. Había dejado de nevar, pero el suelo estaba helado y crujía bajo sus pies. Y, a decir verdad, tenía algunos problemas para bajar por aquel camino accidentado. Le dolía la pierna, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

Lucas se giró por décima vez hacia ella.

–No –le advirtió Molly.

Él no suspiró, pero la miró con elocuencia. Quería ayudarla.

–Te he dicho que puedo bajar yo sola –dijo ella.

Hacía pocos minutos había rechazado la ayuda de Laura y de Sami. Ellas habían seguido hacia delante de mala gana.

Sin embargo, parecía que no podía rechazar la ayuda de Lucas tan fácilmente.

–Vamos –le dijo él. Le dio la espalda y se agachó delante de ella–. Salta.

–Ni hablar.

Él no necesitó que saltara. La agarró por los muslos y la subió a su espalda.

–¡Carrera a caballito hasta la hoguera! –gritó, mientras adelantaba a su familia. Después, ganó a todo el mundo bajando por la ladera con los sesenta kilos de Molly a cuestas.

Ella se mareó con la velocidad. No, no era cierto. Se sintió mareada por estar pegada a su espalda, por notar sus brazos sujetándole los muslos. Sin poder evitarlo, le besó la nuca y sonrió al notar que él rugía.

–No es justo –le dijo Lucas.

Tal vez no, pero ella le dio un mordisquito simplemente porque podía, y él no tenía capacidad de respuesta.

En la zona de fogatas, él la dejó bajar al suelo, pero se cercioró de que ella se deslizara suavemente por su cuerpo. Después, se dio la vuelta para mirarla, y a Molly no le había dado tiempo de disimular la lujuria que sentía.

Pensaba que él iba a sonreír. Sin embargo, Lucas permitió que viera la misma lujuria y el mismo deseo reflejados en su cara.

Eso la alcanzó en un lugar que no esperaba: en el corazón.

Sí, realmente se estaba enamorando de él, a pesar de lo que ella quisiera creer y de lo que le hubiese contado a su familia.

–¡Eh! –gritó Laura–. Nos vendría bien que Lucas viniera a encender la hoguera con sus increíbles capacidades, antes de que Sami intente otra vez que saltemos todos por los aires.

–Demonios, porque una vez utilicé líquido de encendedor para la hoguera, ya nunca van a permitir que se olvide –gruñó Sami.

–Las cejas tardaron un año en volver a salirte –dijo Laura.

Lucas las ignoró. No se movió. Permaneció allí, mirando a Molly a los ojos, mientras su hermana y su prima seguían discutiendo ligeramente.

Demonios. Molly no se habría percatado ni siquiera de que el bosque estuviera ardiendo. No veía ni oía, y no podía pensar en otra cosa que no fuera la mirada de Lucas, mientras volvía a oír lo que les había dicho a su hermana y a su prima: «Me importa mucho Lucas. Tal vez, demasiado».

Entonces, de repente, él le lanzó una sonrisa llena de picardía que prometía todo tipo de cosas, y la tomó de la mano para llevarla hasta el lugar donde iban a hacer la fogata. Empezó a encender el fuego. Los músculos de los hombros y la espalda se le movían mientras trabajaba y, cuando las llamas estaban crepitando, Molly también tenía llamas por todo el cuerpo.

Lucas abrió la bolsa de galletas, chocolate y malvaviscos para hacer los emparedados dulces, y todos se lanzaron a ella como si no acabaran de cenar copiosamente.

–Bueno, y ¿cuánto lleváis chocando las botas Lucas y tú? –le preguntó una de las tías de Lucas, al estilo del Viejo Oeste.

Molly se sobresaltó, y su malvavisco cayó del palito a la fogata.

Lucas enarcó una ceja y le ensartó dos nuevos en el palito.

–Tía Jeanie –dijo–. Que hayas cumplido setenta y cinco años el mes pasado no quiere decir que tengas que desactivar tu filtro mental.

–En realidad, sí. Ya no me quedan casi años de vida, y la única ventaja de ser tan vieja es que puedo decir lo que quiera –replicó la mujer, mirando a Molly con expectación.

–No respondas –le advirtió Lucas–. Mandará una carta a toda la familia contándoselo. Y digo carta, porque no es capaz de utilizar el iPhone que lleva en el bolso más que para hacer fotos de sus ocho gatos.

–Diez –dijo la tía Jeanie.

La madre de Lucas puso una mano sobre la de la anciana.

–Te quiero –le dijo–, pero la única que puede interrogar a mi hijo sobre su vida amorosa soy yo. Estuve empujando durante doce horas para que su cabezota gorda saliera a este mundo. Me gané ese derecho.

Lucas suspiró y, bajando aquella cabezota gorda, se preguntó en voz baja por qué había pensado que aquello era buena idea.

–¿Os acordáis de cuando veníamos aquí de niños? –preguntó Laura, intentando ayudar a su hermano–. Lucas nos contaba historias de miedo alrededor de la hoguera y Sami se hacía pis.

–Eh –dijo Sami–. ¡Era demasiado pequeña para esos cuentos!

–Y después, por la noche, él quería meterse en nuestros sacos porque tenía terror –le dijo Laura a su madre–. ¿Te acuerdas?

–Oh, Dios –murmuró Lucas–. Historias de la infancia.

–¿Y os acordáis de cuando voló el cobertizo? –preguntó Sami–. Había acumulado fuegos artificiales en secreto. Vinieron los bomberos y la policía. Y quién se hizo pis entonces, ¿eh? –le preguntó a su primo.

Lucas la ignoró. Sacó dos malvaviscos perfectamente tostados de su palito y los metió entre las galletas con el chocolate.

–¿Cómo conseguiste los fuegos artificiales? –le preguntó Molly–. ¿Te los compraste con tu paga?

–Yo no les daba paga a mis hijos –dijo la madre de Lucas con orgullo.

Lucas miró a Molly con una expresión de ironía.

–Nuestra paga era que nos permitieran vivir en casa.

–Y ¿te acuerdas de cuando volaste el buzón de mamá con aquel petardazo? –preguntó Laura para contribuir–. La policía también vino entonces, ¿no?

–Resultó que lo que había hecho mi Lucas era un delito –dijo su madre–. ¿Quién iba a saberlo?

–Tenía doce años –dijo Lucas con una expresión dolido–. Y no era todo tan malo. También hacía cosas buenas. ¿No os acordáis de cuando me disfracé de Santa Claus para Sami? –añadió, señalando a su prima–. Me subí al tejado e hice los ruidos de los renos, y todo. Tú te lo tragaste.

–Sí, hasta que te caíste por delante de mi ventana y te rompiste el brazo. Me pasé años creyendo que Santa Claus había muerto por mi culpa. Me quedé traumatizada.

A Molly se le escapó un jadeo de espanto al acordarse de su propia caída y del daño que había sufrido.

Lucas la miró a la cara.

–Solo fue un piso, y no me hice casi nada –dijo, rápidamente–. Y creo que podréis recordar algo de mi pasado que no sean explosiones, traumas, policías y cosas por el estilo –añadió.

Todos se pusieron a pensar, pero a nadie se le ocurrió nada.

–Gracias –dijo con sequedad–. Gracias por ayudarme a impresionar a Molly.

Molly se echó a reír.

–No te preocupes, ya sabía que eres muy revoltoso.

Lo cierto era que estaba disfrutando mucho de aquellas historias de su niñez. Además, estaba claro que su familia lo adoraba. Al mirar a todo el grupo, notó una calidez en el corazón. Lucas no sabía lo afortunado que era por tener aquella familia grande y cariñosa, que no había tenido que enfrentarse a ninguna desgracia como las que había tenido que afrontar su propia familia en varias ocasiones.

La madre de Lucas sacó un termo y empezó a servirle a todo el mundo ponche de huevo en unas tacitas. Entonces, hicieron un brindis.

–Por Josh –dijo, suavemente.

–Por Josh –repitieron todos. Alzaron sus tazas y bebieron.

Molly miró a Lucas con el corazón encogido.

–Mi hermano murió hace cuatro años –le dijo Lucas, en voz baja, para responder a su silenciosa pregunta–. Hoy habría sido su treinta y cinco cumpleaños.

Molly se conmovió. Así pues, aquella familia también había experimentado la pérdida, como ella. Entendían lo devastador que era perder a un ser querido. Le tomó la mano a Lucas y se la apretó.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos. Estaban llenos de una emoción que no le había permitido ver hasta aquel momento. Entonces, la sorprendió, porque se apretó sus manos unidas contra el pecho y le dio un beso en la sien.

–Es hora de tomar otra ronda de *s'mores*.

Así pues, abrieron otra bolsa de malvaviscos y sirvieron más ponche de huevo. Como la tía abuela Jeanie tenía ciertos problemas con su técnica para asar los malvaviscos, Lucas se levantó y fue a ayudarla.

Laura se acercó más a Molly.

–Gracias por traerlo esta noche –le dijo en voz baja.

–Me ha traído él.

–¿De verdad no le has obligado tú?

–No. Creo que tú conoces bien a tu hermano. ¿Alguna vez has visto que alguien haya podido obligarle a hacer algo?

–Tienes razón –dijo Laura con una sonrisa y abrazó con fuerza a Molly–. Entonces, gracias por contribuir a que haya vuelto con nosotros –añadió. Miró a Molly a los ojos y se lo explicó–: Lo perdimos durante un tiempo después de que muriera Carrie. Después, con Josh, ocurrió lo mismo. A él no le gustaba venir. Creo que, al principio, le daba miedo enfrentarse a nuestras emociones, y empezó a resultarle más fácil mantenerse apartado de nosotros.

–¿Carrie es la mujer que murió en el accidente de coche?

–Sí, pero no es tan sencillo. Eran novios desde el instituto, e iban a casarse. No sé si debería contártelo, pero, cuando ella murió, Lucas estaba en una operación secreta de la Agencia Antidroga, de incógnito, y costó encontrarlo para poder darle la noticia. Cuando se enteró, ella ya llevaba tres semanas enterrada.

–Oh, Dios mío.

Molly se quedó horrorizada al saber que él también había pasado por tanto dolor. ¿Cómo había podido ser tan egoísta como para no haber visto que Lucas había sufrido casi más que ella?

–Por eso está tan... golpeado por la vida –dijo Laura.

–Yo no soy una frágil florecilla, Laura –dijo él, a su espalda, en un tono molesto.

Laura se sobresaltó, y ambas se dieron la vuelta para mirarlo.

–No estaba cotilleando –dijo Laura.

–¿Seguro?

Laura se quedó azorada.

–Bueno, sí, me has pillado. Pero no te voy a pedir disculpas por quererte mucho y querer que seas feliz.

–Soy feliz –dijo Lucas–. Estoy aquí con todos vosotros.

–Oh –susurró su hermana con los ojos muy brillantes–. Oh, eso es muy dulce.

–No, no, para. No quería hacerte llorar –dijo Lucas.

–No es por ti –dijo Laura, y se puso las manos en el vientre. Sonrió a Will, que estaba al otro lado de la hoguera. Le había pasado al niño a su abuela y estaba echando más troncos en la fogata–. Vamos a tener otro hijo, y los embarazos me ponen muy sensible.

–¿He oído bien? –preguntó la madre de Lucas, levantándose para aplaudir–. ¿Voy a tener otro nieto?

–¡Sí! –exclamó Laura con una enorme sonrisa.

Todos empezaron a gritar de alegría, y hubo otra ronda de ponche de huevo. Empezó a nevar suavemente, y Molly observó hipnotizada cómo caían los copos. Todos se pusieron en camino hacia la casa, pero Molly se quedó mirando hacia arriba, dejando que la frialdad de la nieve cayera sobre su cara caliente.

–Vamos –dijo Lucas–. Te vas a quedar helada.

–Está nevando –respondió ella, maravillada.

–¿Nunca habías visto nevar?

–No, hasta esta noche.

Entonces, él la besó suavemente y la abrazó con fuerza, mientras el fuego seguía crepitando a su espalda y la nieve caía con delicadeza. Estuvieron así, abrazados, meciéndose, hasta que ella se

estremeció.

–Vamos –murmuró Lucas–. Vamos a la cabaña para entrar en calor.

Todos entraron a la cocina para tomar algo ligero. Will metió rollitos de pizza en el horno, y a Molly se le hizo la boca agua. Todos bebieron ponche y comieron. Sin embargo, muy pronto, la cocina estuvo demasiado caliente y abarrotada, y Molly salió al pasillo en busca del baño.

Lucas y su madre estaban en un rincón, hablando. Para darles privacidad, buscó otro camino, pero, al darse cuenta de que estaban hablando de ella, se quedó inmóvil.

–La adoro, Lucas –dijo su madre.

–Yo también –respondió él, y Molly se quedó anonadada–. Y baja la voz. Aquí se oye todo.

–No me importa –replicó su madre–. Por favor, quédate a pasar la noche. Está nevando mucho y las carreteras están heladas. Además, ya que te hirieron de bala y no se lo habías contado a tu familia, necesitamos estar contigo más tiempo.

Él hizo un mohín.

–Ya estoy perfectamente, y no quería preocuparos. Y nosotros tenemos que ir a trabajar mañana temprano. Tengo unos neumáticos estupendos y vamos a llegar estupendamente bien.

–Pero el ponche...

–No he tomado ponche.

–¿Y si llamo a tu jefe y le digo que ha habido una emergencia? Así podrías quedarte, ¿no?

Lucas se echó a reír.

–Mamá, Archer tiene un detector de mentiras incorporado. Y Molly no quiere quedarse. Sé que no te va a gustar esto, pero las cosas no son lo que parecen.

–Eso es lo mismo que ha intentado decirme ella.

–Pues te estaba diciendo la verdad. Yo quería convencerte de que estaba saliendo con alguien para que te sintieras bien, pero ha sido un error.

–Lucas, ¿has intentado mentirme?

–Sí –dijo él–. Y también he intentado mentir a Molly haciéndole creer que la mentira era para ti, cuando, en realidad, era para ella. A ella no le gusto de esa forma, y si yo tengo que aceptarlo, tú, también.

Molly se quedó boquiabierta.

Sin embargo, su madre negó con la cabeza.

–Ni hablar, cariño. Hay más. Sí, hay química, lo cual es evidente para cualquiera que tenga ojos, pero Lucas, hay más.

–Podría haberlo –dijo Lucas–, pero ella no lo va a permitir.

Molly se quedó sin aliento.

–Lucas...

–Mamá, por favor, hazme caso. Yo sé cuándo estoy ante un callejón sin salida.

–Pero a ti te importa esa chica.

–Pero, algunas veces, eso no es suficiente. Y la vida es demasiado corta como para darme contra un muro.

–Oh, cariño –susurró su madre–. No quiero que sufras.

–No voy a sufrir.

–¿Cómo lo vas a evitar?

–No voy a dejar que siga adelante. Ha sido un error.

Molly se angustió. Se retiró hacia el otro extremo del pasillo y terminó en una sala que tenía una puerta corredera de cristal. La abrió y, sintiéndose como una imbécil, salió a la terraza y miró

cómo caía la nieve. Era un espectáculo muy bello, pero solo podía pensar en cuánto le dolía el corazón.

Todo aquello era culpa suya, por no permitir que se formara ningún tipo de relación verdadera con Lucas. Y, ahora, él mismo había dicho que era un error. Lo cual, probablemente, era lo mejor.

Se dio cuenta de que hacía demasiado frío y se dio la vuelta para entrar, pero la puerta corredera se había cerrado a su espalda.

Magnífico. Llamó, pero nadie acudió a abrir. Y, teniendo en cuenta la cantidad de familiares que había en la casa, y que bastantes estaban un poco achispados, nadie iba a ponerse a contar ni se iba a dar cuenta de que ella faltaba, incluido el hombre que la había llevado allí, porque, después de todo, era un error. Ella era un error.

Vaya. Sí que se le daba bien compadecerse a sí misma.

Empezó a nevar con más fuerza, y ya no le pareció tan bonito. Notó un picor en la cara. Eran lágrimas. Se las enjugó, sacó el teléfono e hizo lo primero que se le pasó por la cabeza: enviarles un mensaje a Sadie y a Ivy, porque ellas también eran solteras, e iban a entenderla. Después, añadió a Elle, porque, aunque ahora estaba con Archer y ya no era soltera, ella también la entendería.

Los hombres son un asco. Son peores que tener que hacerse una endodoncia. Son peores que esas bolas de pelo que se forman en el desagüe de la ducha. Son peores que...

Tuvo que parar en aquel momento, porque no se le ocurría nada más. Aquel endemoniado ponche de huevo le había afectado al cerebro. «Vamos, Molly, que estás lanzada...».

Son peores que cuando te viene la regla en mitad de una reunión con un montón de machos alfa que lo han visto y lo han hecho todo, pero que se quedan pálidos cuando oyen hablar del dolor menstrual. Y ¿sabéis que otra cosa es un asco? El amor. El amor es una mierda, y yo no voy a permitir que entre a formar parte de mi vida.

Apretó con tanta fuerza el botón de Enviar que se rompió una uña. Cinco segundos después, alguien abrió la puerta corredera y ella se quedó inmóvil. Notó que le ponían una chaqueta sobre los hombros y percibió aquel inconfundible olor masculino, que la envolvió como un abrazo.

–Se me ha cerrado la puerta –dijo.

–Sí, ya me lo he imaginado al recibir tu mensaje.

Ella se giró a mirarlo, horrorizada.

–¿Qué mensaje?

–Ese en el que dices que nunca vas a querer a nadie.

–Oh, Dios mío...

Sacó su teléfono y vio que le había enviado el mensaje a Sadie, a Elle, a Ivy...

Y a Lucas.

Era un grupo de mensajes, seguramente, uno en el que habían estado enviando bromas una semana antes.

–Oh, Dios mío –dijo ella, de nuevo, y se dio una palmada en la frente justo cuando empezaban a llegarle las contestaciones.

Ivy: Querido descarrilamiento, esta no es tu estación, por favor, bájate en la siguiente...

Sadie: En una escala del uno al diez, ¿hasta qué punto se está desmoronando tu vida en este momento?

Elle: Error de principiante, nena...

Molly soltó un gruñido.

–Oh, Dios mío.

Lucas sonrió al leer los mensajes, pero la sonrisa no le llegó a la mirada.

–Supongo que has tenido un mal día –le dijo.

–Llevo años teniendo malos días –dijo ella.

–Entonces, supongo que lo del mensaje ha sido un accidente.

Ella lo miró.

–¿De verdad crees que te iba a decir todas esas cosas a propósito?

Él se encogió de hombros.

–Deberías haber podido decirme cualquier cosa.

Debería haber podido. En pasado. Un recordatorio de que aquello, fuera lo que fuera, había terminado. Aunque ella tendría que sentir alivio, lo único que sentía era dolor. Y, al ver su cara, se dio cuenta de que él estaba aún más dolido. Mucho más. Había perdido a la mujer a la que quería. A un hermano al que quería. Para él, el amor era correr el riesgo de una pérdida.

Y, sin embargo, allí estaba, dispuesto a sufrir otra vez. Ella lo envidiaba, lo admiraba. Tal vez, incluso, soñara con poder hacer lo mismo. Por supuesto que, cuando había soñado tal cosa, se había imaginado a un hombre más suave que Lucas. Uno que no exudara una masculinidad tan abrumadora como Lucas.

Sin embargo, el corazón decidía lo que quería, y el suyo había decidido que quería a aquel hombre que estaba frente a ella, con su fuerza vital, estoico y silencioso. Lucas tenía el pelo y los hombros llenos de copos de nieve. Y, al mirarlo a los ojos, se dio cuenta de que en sus pestañas negras también había delicados copos blancos.

–Bueno, tenemos que marcharnos ya –dijo él.

«No. Dile que te has equivocado».

Sin embargo, prefirió ser una cobarde. Asintió y se marcharon.

Capítulo 19

#PorQuéHaDesaparecidoElRon

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Lucas seguía sin entender qué había pasado entre Molly y él. Por primera vez en la vida, no sabía cómo gestionar aquel problema. Solo porque quisiera que las cosas hubieran terminado entre Molly y él, no habían terminado. No se trataba solo de atracción física, sino que era algo más. Mucho más. Y, sí, él había tomado parte con reticencia, porque era amigo y compañero de trabajo del hermano de Molly y porque, si Archer se enteraba de que la había tocado, lo mataría mientras dormía.

Pero su reticencia no se debía solo a eso. Molly, más que ninguna otra persona que él conociera, se merecía el amor.

A él nunca le había funcionado el amor. Ni una sola vez. Y no quería hacerle daño por nada del mundo.

Y, de todos modos, aun sabiendo todo aquello, estaba enamorado.

Pero ella, no.

Así pues, sus sentimientos eran cosa suya y tenía que dar con la forma de controlarlos.

Cuando llegó a la oficina, el mostrador de recepción estaba vacío. Fue hacia la sala de empleados y encontró a Molly repartiendo café y donuts.

Lo ignoró por completo. Sirvió a todo el mundo y, después, se giró hacia él.

Él le sonrió un poco.

Molly no sonrió en absoluto.

Lucas miró la caja de donuts. Vacía. Demonios... Alzó la vista.

–Tenemos que hablar –dijo.

–Cuando las ranas críen pelo.

Él pestañeó. Ella puso los ojos en blanco y alzó un dedo ante su cara.

–Te lo repito: cuando las ranas críen pelo.

Entonces fue cuando Lucas se dio cuenta de que ella llevaba unos auriculares y estaba hablando por teléfono. Lo estaba mirando, sin embargo, y él sabía por experiencia que ella se enfadaba cuando estaba incómoda.

Bueno, pues él también estaba incómodo, demonios. Y, peor todavía, la echaba de menos, aunque la tuviera delante.

Sin dejar de hablar por teléfono, ella se dio la vuelta y salió de la habitación.

–Pero bueno, tío –dijo Joe, masticando donut y tomando café–. ¿Qué has hecho para cabrearla tanto?

–Buena pregunta –dijo Archer–. ¿Es algo que tengamos que saber?

–Aparte de ese plan secreto vuestro de que yo la protegiera y la espíara, que me está

destrozando la vida, no, no hay nada que tengáis que saber, pero los dos sois idiotas.

Y, con eso, le quitó a Joe lo que le quedaba de donut y también le quitó el café a Archer, y se fue a su despacho.

Joe apareció un poco después.

–¿Cómo van las cosas? –le preguntó a Lucas.

–Van.

–Me refiero al proyecto –dijo Joe.

–¿Qué proyecto?

–El de Molly y los elfos. ¿Qué está pasando ahí?

–¿Has intentado preguntárselo a ella?

Joe hizo un gesto de dolor.

–Mira, ella no está hecha para salir ahí fuera a hacer lo mismo que nosotros, ¿de acuerdo? Mi hermana es increíble, pero es demasiado blanda como para eso. Siempre ha sido así, demasiado buena. Acogiendo gatos callejeros, creyéndose todas las historias tristes que le cuentan... Ama con demasiada intensidad. Si hace lo que nosotros, se aprovecharán de ella...

–No sigas –le dijo Lucas–. No hagas eso.

–¿El qué?

–Subestimarla. Ya no es una niña, Joe. Ni es una incompetente, sino todo lo contrario. De hecho, es más lista que el demonio. Mira, a todos nosotros nos han ocurrido cosas malas, pero esas experiencias nos han endurecido. Nos han vuelto fríos. Sin embargo, a ella, no. Ella es especial. Es más fuerte que nosotros dos juntos.

Aquello dejó sin habla a Joe. Y, como Lucas no quería pelearse con él, se levantó y agarró el portátil para ir a la reunión.

–¿Qué hay entre vosotros dos? –le preguntó Joe.

Lucas se volvió.

–Me pediste que participara en esto. Y lo hice. Y ¿sabes qué? De todas las personas a las que quiere, tú eres a quien más quiere. Así que, en vez de atarla, deberías estar haciendo tú el trabajo que me pediste que hiciera yo. Tú deberías ser quien la entrenara, quien le enseñara lo necesario para que pueda echar a volar. Y, mientras aprende, deberías apoyarla.

Joe se quedó anonadado.

–Para ella, esto solo es una fase. ¿Por qué iba a hacer eso?

–No, no es una fase. Y deberías hacerlo porque ella lo haría por ti.

Lucas salió del despacho, intentando no sentir tanto enfado hacia Joe.

Si Molly se sentía así todo el tiempo, no sabía cómo podía soportarlo.

El resto del día fue parecido. El equipo y él estaban trabajando en un caso de investigación corporativa. El director de Recursos Humanos de un gran bufete de abogados había oído rumores de que el presidente tenía una aventura con una subordinada. Además de que estaba casado, en el bufete estaban prohibidas las relaciones de ese tipo entre empleados. Aquella aventura significaba un gran riesgo para el bufete, puesto que la subordinada podía denunciar a la empresa y al ejecutivo si la relación salía a la luz o si, peor aún, acababa mal. Por desgracia, el director de Recursos Humanos necesitaba pruebas sólidas para fundamentar el despido de empleados por desobedecer la política interna del bufete.

Y ahí era donde entraba Investigaciones Hunt. Aquel era el quinto día de vigilancia, y era el turno de Lucas y Joe.

Mientras conducía, Lucas notaba que su amigo lo estaba mirando fijamente.

–¿Estás pensando en algo?

–No sé lo que pasa.

–¿En qué sentido? Yo tampoco sé lo que pasa con Molly y contigo.

–No pasa nada –dijo Lucas. Ojalá fuera cierto.

Joe respiró profundamente.

–Tenías razón en lo que me has dicho antes –dijo, en voz baja–. La protejo en exceso. Es un hábito de toda la vida, y no sé cómo librarme de él.

–Tienes que aprender a hacerlo, antes de que la pierdas.

Después de eso, se quedaron callados. Quince minutos después, estaban en un lujoso restaurante cercano al bufete, observando a la pareja en cuestión. Los amantes estaban pidiendo la comida y brindando con champán caro.

–Le está diciendo que tiene un regalito especial para ella –dijo Lucas, hablando detrás de su vaso de agua.

–Si es su polla, espero que sea más espectacular que su peluquín y que la barriga que tiene. Le van a estallar los botones de la camisa –comentó Joe.

–Será alguna joya.

–¿Qué te apuestas?

–No sé. La comida de hoy.

–Acepto. Pero, si pierdes, voy a pedir el postre más caro de toda la carta.

Lucas vio a la mujer sonreír a su amante y mover la cabeza hacia el pasillo donde estaban los lavabos. Entonces, ella se levantó de la mesa y desapareció por el pasillo.

Mierda. Iba a ser su polla.

Joe cabeceó con incredulidad. El hombre esperó un minuto y fue tras ella.

–Vamos a necesitar un audio como prueba –dijo–. Eso es cosa tuya.

–¿Y por qué?

–Porque yo quiero mi postre –dijo Joe, y alzó la mano para llamar a la camarera.

–¿Y por qué no me ayudas? –preguntó Lucas.

Joe se tocó el auricular que llevaba en el oído.

–Yo soy tu apoyo, tío. Tiramisú, por favor –le dijo a la camarera.

Con resignación, Lucas se levantó y caminó por el pasillo. El servicio de caballeros estaba vacío. Esperó un minuto fuera del servicio de señoras, porque no quería sorprender a ninguna cliente, pero, cuando pasó un minuto y no salió nadie del lavabo, entró sigilosamente.

Uno de los compartimentos estaba cerrado. Por debajo de la puerta se veían unos zapatos de hombre y unos pantalones alrededor de sus tobillos. Eso, sumado a los golpes rítmicos contra la puerta y la voz de un hombre que gemía y jadeaba:

–¡Bill está haciendo un buen trabajo, un trabajo estupendo! ¡Mira cómo lo hace Bill, dile que lo está haciendo muy bien!

–Vaya –le dijo Joe a través de los auriculares–. Se está haciendo su propia evaluación. Ya veremos si le dan un aumento.

No había muchos días en los que Lucas echara de menos trabajar para la Agencia Antidroga, pero aquel era uno de ellos. Varias horas más tarde, le habían entregado las pruebas al director de Recursos Humanos, habían cerrado el caso y habían vuelto a la oficina.

Molly ya había cerrado y se había marchado.

Mierda, pensó Lucas. Aquella noche iba a trabajar al Pueblo de la Navidad. No se molestó en cambiarse de ropa. Volvió a salir y la llamó por teléfono mientras atravesaba el patio.

–Vamos, vamos –murmuró–. Contesta.

Ella no contestó. Entonces, él le envió un mensaje: *¿Dónde estás?*

Vio que le estaba respondiendo, así que se detuvo a esperar. Y ella se lo tomó con tranquilidad. Pasaron tres minutos hasta que se dio cuenta de que Molly dejaba de escribir.

Y, sin embargo, no le envió nada. Él cabeceó y volvió a escribir:

Lucas: Dime que no has ido sola al Pueblo de la Navidad.

Molly: Estoy pasando por un túnel, hay mala cobertura.

–Maldita sea –murmuró Lucas.

–¿Algún problema?

Lucas se giró y vio al viejo Eddie sentado en un banco, delante de la fuente, jugueteando con una moneda que tiraba al aire y volvía a recoger.

–Las mujeres están locas –le dijo.

–Hijo –respondió Eddie, riéndose–, dime algo que no sepa ya.

Le tiró la moneda a Lucas, que la agarró en el aire automáticamente.

–¿Por qué me la das?

–Para que pidas un deseo.

Lucas se echó a reír.

–Si te crees que voy a lanzar una moneda a esa fuente, es que te has vuelto a comer tus *brownies* caseros especiales. Sé lo que ocurre cuando haces eso. Lo he visto en tu nieto Spence.

–Eh, hace mucho que no preparo los *brownies* –dijo Eddie–. Archer fue a ver a mi... eh... proveedor, y le dijo que, si volvía a hacerme una entrega, iba a reubicarlo. Permanentemente. Así que, como estoy sobrio, puedes creerme cuando te digo que esta fuente unió a Spence y a Colbie y le dio una vida con la que él nunca hubiera soñado.

–¿Me dices algo así y esperas que crea que estás sobrio?

Eddie sonrió.

–Estás asustado, y lo entiendo. Yo también lo estaría. La tradición de pedirle el amor verdadero a esta fuente ha diezmando la comunidad de solteros. Tú deja de luchar contra ello, tira la moneda y pide el deseo.

–No, ni hablar –dijo él. Sabía que Molly no se iba a enamorar de él. No se lo iba a permitir a sí misma.

–Si estás tan seguro de que no sirve para nada, ¿por qué no lo intentas de todos modos?

Lucas puso los ojos en blanco, un gesto que le había pegado Molly. Eso hizo que todo fuera mucho más irónico cuando él alzó el puño sobre el agua y cerró los ojos.

Y pidió el deseo...

Abrió la mano, y la moneda cayó al agua con un suave chapoteo. Él la vio descender hasta el fondo y deseó... deseó poder creer en aquella fuente.

Eddie se limitó a sonreír.

–Funciona de una manera misteriosa, ¿sabes? Va a ser muy emocionante ver lo que pasa.

–Sí.

Lucas, que no quería creer en nada, fue al pub y pidió algo de comer para calmar el dolor de estómago que le causaba el hambre, antes de ir en busca de Molly. Sin embargo, se la encontró allí mismo, en la barra, pagando un pedido para llevar.

Algunas de sus amigas también estaban allí, comiendo, charlando y riéndose. Molly lo vio,

tomó su bolsa y se acercó.

–Conque un túnel, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

Él le agarró la mano libre cuando ella empezó a caminar.

–Habla conmigo, Molly.

–De acuerdo –respondió ella–. Yo nunca iría sola al pueblo. No soy idiota, ¿sabes? Pero tengo que hacer un turno esta noche, así que, si estás listo, yo conduzco.

–No es necesario. Tengo el coche aparcado aquí mismo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

–Vaya, así que las mujeres pueden conducir en tu cama, pero no en el trabajo, ¿eh?

Después de aquel día tan odioso, Lucas tuvo por fin ganas de sonreír.

–Ya me has llevado en coche. Cuando fuimos a casa de tu padre.

–Pero esa noche no estábamos trabajando.

–De acuerdo. En primer lugar, déjame decirte que puedes conducir en mi cama cualquier noche de la semana. Pero, cuando tú estás trabajando y eres la que va a ir de incógnito, yo soy el tipo encargado del transporte y las huidas de emergencia. Así que tiene más sentido que yo vaya detrás del volante.

–Está bien –dijo ella.

–¿El qué está bien? ¿Lo de la cama o lo de la carretera?

–Sigue soñando –respondió Molly.

Sí, él no tenía duda de que iba a tener que conformarse con eso, con los sueños. Miró la bolsa de comida que ella llevaba en las manos.

–¿Vas a llevarle la cena a tu padre primero?

–Sí, pero para ti no hay nada.

–Mentirosa –dijo él con otra sonrisa–. No vas a ser capaz de contenerte. Tú tienes el instinto de cuidar a los demás.

Ella lo miró.

–Sí, me imagino que los semejantes se reconocen –dijo y le sorprendió–. Vamos, tú ya sabes que tienes ese rasgo. Cuidas de tu familia. Cuidas de tus compañeros de trabajo. Incluso cuidas de mí.

Él lo pensó y después hizo un gesto negativo con la cabeza. Era posible que Molly tuviera razón.

–Si se lo dices a alguien, lo voy a negar.

–No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo.

Minutos después, Lucas paraba el coche delante de la casa de su padre. Miró el edificio.

–¿Está Joe?

–No, esta noche se queda en casa de Kylie. Van a hacer un maratón de una serie que estaban reservando. Es la única noche que tienen libre los dos a la vez esta semana.

Lucas dio un resoplido.

–¿Por qué resoplas? –inquirió ella–. ¿Es que me ha mentado? Qué cabrón. ¿Qué es lo que van a hacer?

–Me imagino que no están viendo la televisión, sino practicando el sexo salvaje.

Ella lo pensó y suspiró con algo de melancolía.

Lucas le quitó la bolsa de las manos y la metió al coche. Después, aunque el sentido común le decía que no lo hiciera, la empujó contra la puerta.

–Solo tienes que decirlo, y nosotros podríamos hacer lo mismo.

–Creía que habías... terminado –dijo ella.

–Yo, también, pero parece que ni mi cerebro ni mi cuerpo están de acuerdo.

De repente, se oyó el ruido de alguien cargando un rifle, y él se quedó inmóvil. Se giraron hacia el porche y, sí, allí estaba Alan Malone, sentado en su silla de ruedas.

–¿Estás segura de que el rifle no está cargado?

–Sí, al cien por cien. Pero eso no sirve de nada si decide que eres una amenaza, porque en el ejército le enseñaron a matar a una persona con sus propias manos sin despeinarse.

–De acuerdo. Lo tendré en cuenta –murmuró Lucas y apartó las manos de la hija de Alan.

–Hola, papá –dijo Molly al llegar al porche.

–Nena –dijo él sin apartar la vista de Lucas.

–¿Te acuerdas de Lucas?

–Umm...

Su padre levantó el rifle despreocupadamente y comprobó la mirilla.

–Papá, deja de hacer eso. Él sabe que no hay balas en la casa. No le puedes asustar. Y no vamos a quedarnos. Solo te voy a dejar la comida. Pórtate bien, por favor.

Su padre no respondió, pero ella entró en la casa, de todos modos.

–Entonces... –le dijo Alan a Lucas.

–Entonces –respondió Lucas, y se crujió los nudillos mentalmente. Hacía mucho tiempo desde que no tenía que impresionar a ningún padre-. Hace buena noche, ¿eh?

–¿Vas a portarte bien con mi hija?

Vaya. Lucas exhaló un suspiro y miró el rifle.

–No hay nada de eso entre nosotros, señor Malone.

–Soldado, siempre hay algo.

–Me gusta su hija –respondió él con cautela.

–Sí, ya me he enterado de lo mucho que te gusta cuando le has ofrecido sexo salvaje.

Lucas hizo un mohín.

–No, tampoco hay nada de eso.

Al menos, ya no lo había.

–Entonces, ¿qué es lo que hay?

Lucas respiró profundamente, porque todavía no sabía cómo responder a aquella pregunta.

–Me importa mucho.

–Molly le importa a todo el mundo. La cuestión es, ¿vas a protegerla?

Por fin, una pregunta para la que sí tenía respuesta:

–Con mi vida.

Capítulo 20

#ElAmorDeLasLangostas

Después de dejar la bolsa de comida en la mesa de su padre, Molly salió al porche y oyó la respuesta de Lucas.

«La voy a proteger con mi vida...».

Se quedó inmóvil. Tuvo una sensación deliciosa, pero la reprimió sin piedad. Eso había terminado entre ellos.

–Bueno, vamos –dijo con energía, y le dio un beso en la mejilla a su padre–. Te quiero, papá.

Después pasó por delante de Lucas y él tuvo que seguirla.

A los veinte minutos, llegaron al Pueblo de la Navidad.

–Cierra los ojos –le dijo ella, y sacó el traje de elfo del bolso. Lo sacudió–. Se sabe que algo no va bien con un traje cuando lo doblas y cabe en un bolso pequeño.

Lucas soltó un resoplido, pero, cuando ella lo miró, él tenía una expresión seria.

–Estás mirando –dijo Molly.

–Ya lo he visto todo, ¿no te acuerdas?

–No, no lo has visto. La primera vez lo hicimos a oscuras en mi salón. Después, en tu habitación, a oscuras también. No has visto nada. Cierra los ojos.

Él cabeceó y, con una sonrisa, cerró los ojos. Ella no se fiaba, así que siguió mirándolo un largo instante y, al ver que él entreabría un ojo y echaba una miradita, lo señaló y exclamó:

–¡Te pillé!

–No te movías, así que he decidido cerciorarme de que no te estabas escapando sin mí.

–A lo mejor solo estaba siendo sigilosa y silenciosa.

Él se rio.

–Molly, tú eres muchas cosas, y la mayoría, geniales, pero desde que te conozco, tú nunca has sido sigilosa ni silenciosa. Ni una vez.

Ella se sintió insultada, pero su boca se desconectó de su cerebro.

–Me acuerdo de dos veces en las que sí me quedé en silencio.

Sus miradas quedaron atrapadas, y Lucas sonrió con afecto, suavemente.

–Lo siento, pero claro que no estuviste en silencio en ninguna de esas dos ocasiones.

A ella le ardió la cara.

–¡Claro que sí!

–Te concedo que no te pusiste a gritar mi nombre, pero sí lo gimoteabas con la voz entrecortada. Y me suplicaste un poco, también, con mucha dulzura –dijo él. Hizo una pausa, y la sonrisa se le amplió–. Esa fue mi parte favorita.

A ella le tembló el cuerpo. Estúpido cuerpo.

—¡Cierra los ojos!

Él obedeció.

—Y nada de hacer trampas.

—Yo nunca hago trampas.

Molly sabía que era cierto.

Lucas no era un hombre que necesitara hacer trampas en nada. Era honesto y sincero, casi brutalmente. De todos modos, ella lo mantuvo vigilado mientras se ponía rápidamente el traje de elfo para ir al bingo.

—Ya estoy —dijo ella cuando pudo dejar de hacer contorsionismo para ponerse la ropa. Tengo que estar en el bingo. Hay un descanso a las dos horas. Según la señora Berkowitz y la señora White es al mismo tiempo que el descanso de Louise. Ella también era elfo, pero la ascendieron, y ahora trabaja en la oficina. En su descanso, va caminando hasta el bosque y se fuma dos cigarros. Aprovecha hasta el último segundo de sus veinte minutos libres. En ese momento es cuando yo voy a entrar en la oficina a husmear, cuando los ordenadores estarán allí, espero que sin vigilancia.

—Yo voy contigo —dijo Lucas.

Ella asintió. Eso no le causó ninguna sorpresa. Lo que le sorprendió fue que ella supiera que podía contar con él, y lo bien que se sintió al comprobarlo.

Demonios.

Lucas salió del coche y vio a Molly entrar por la puerta principal del recinto, recibiendo los saludos de todo el mundo debido a su traje de elfo.

Él pagó la entrada y, después, siguió a Molly para cerciorarse de que llegaba sana y salva al salón de bingo. Entonces, se puso a recorrer la feria, incluidos todos los puestos, fijándose en quién estaba trabajando. En casi todos los puestos había mujeres, aunque también había algunos hombres elfo. Sus trajes eran de pantalón corto, en vez de vestidos. Por desgracia, se les ajustaban en todos los lugares donde no debían ajustárseles.

Había una novedad desde la última vez que habían estado allí: una zona de venta de árboles de Navidad, atendida por dos adolescentes. Parecía que todos los pagos se hacían en efectivo. Entre los puestos y la zona de venta de abetos había algo también nuevo: una cabina para hacerse fotos con Santa Claus. Estaba vacía. El letrero decía que Santa aparecería a las ocho.

A la misma hora que el descanso de Molly.

Lucas dio una vuelta al tráiler de la oficina y se pasó un rato vigilando. Por la ventana, veía que dentro solo estaban Louise y Santa. A las ocho menos cinco, Santa Claus se levantó, se puso un abrigo rojo y una peluca y salió del tráiler. Bajó las escaleras y pasó por delante de él, que estaba escondido en unos arbustos.

Cuando faltaban dos minutos para las ocho, oyó que Molly llegaba por detrás de él y se ponía a su lado.

—Te pillé —susurró.

—Te he oído venir.

—Muy bien, don Perfecto.

Él la miró.

—Si fuera don Perfecto, todavía te estarías acostando conmigo.

—Nosotros no... —Molly se quedó callada y cabeceó—. No vamos a hablar de esto ahora.

Se sacó el teléfono móvil del sujetador y miró la hora.

—Tenemos que entrar ya.

Él le dio un pendrive nuevo.

–Copia todo lo que encuentres aquí, si puedes.

Ella se lo metió al sujetador.

–Qué escondite más interesante –comentó Lucas.

–Mírame –dijo ella y estiró los brazos–. ¿Ves algún otro sitio donde pudiera esconder algo?

–No. No veía más que curvas cálidas, suaves y perfectas.

–Te doy dos minutos.

–Siete –dijo ella–. Louise no vuelve hasta dentro de diez.

–Que sean cinco.

–De acuerdo –dijo ella. Aceptó con tanta facilidad, que él se dio cuenta de que ella quería los cinco minutos desde el principio–. Espérame aquí.

–Y un cuerno –respondió él.

La tomó de la mano y subió con ella las escaleras, intentando no fijarse en lo largas que parecían sus piernas con aquel traje tan corto y las fundas de zapato de elfo. Tan largas, que podrían rodearle toda la cintura mientras...

–Está abierto –susurró ella. Abrió la puerta y se deslizó al interior del tráiler. Cuando él iba a seguirla, le puso una mano en el pecho–. Es mucho más lógico que esperes fuera. Si nos pillan, será más fácil explicar por qué estoy yo aquí. Lo tuyo no tendría explicación.

A él le importaban poco las explicaciones. Lo único que le importaba era que ella estuviera a salvo.

–Entendido –dijo y le apretó una mano–. Pero solo porque así puedo cubrirte las espaldas y vigilar la puerta al mismo tiempo.

Entonces, le dio un beso rápido que la dejó sorprendida.

–No bajes la guardia –le ordenó.

Ella lo saludó marcialmente.

–Sí, señor.

–Así me gusta –dijo él.

Después, se alejó y desapareció entre los arbustos.

Estuvo esperando entre las sombras, contando los minutos mentalmente. Cuando faltaban tres minutos para que terminara el descanso de Louise, ella apareció y se dispuso a subir las escaleras del tráiler.

Llegaba pronto.

Él se acercó para entretenerla.

–Eh –le dijo–. Justo la persona que estaba buscando. Estás a cargo de los elfos artesanos, ¿no?

Louise se aturulló al verlo, y se puso una mano en el pecho.

–Sí. ¿Cómo sabías que...?

–Pues hay un pequeño altercado en el puesto de medias. Alguien dijo que el género de una de las señoras no valía para nada, y ya te imaginas lo que pasó.

–Seguro que ha sido Eleanor. Es una bruja.

Lucas asintió.

–Bueno, pues va de mal en peor, así que creo que necesitan un árbitro.

–Ya les he dicho que a la siguiente pelea iba a despedirlas a todas y comprar al por mayor y ponerle a todo una etiqueta de artesanía cien por cien.

Se dio la vuelta y salió corriendo por el camino.

Lucas miró el reloj.

Ya se habían cumplido los cinco minutos.

Justo cuando volvía a las sombras, apareció Santa Claus y empezó a subir las escaleras. Entró al tráiler y se quitó el gorro.

Mierda... ¿por qué todo el mundo llegaba pronto aquella noche?

Lucas empezó a subir las escaleras lentamente y se pegó a la pared del tráiler para escuchar lo que ocurría dentro. Santa Claus no había cerrado del todo, así que oyó al tipo acercarse a su escritorio y también pudo verlo por la rendija de la puerta.

—¿Qué haces tú aquí?—le preguntó Santa Claus a Molly.

Ella se había apartado de su ordenador y estaba apoyada, como si nada, en su escritorio, como si lo estuviera esperando. Sonrió con calma, pero Lucas casi podía oír los latidos de su corazón desde allí.

—He dicho que qué haces tú aquí. Los elfos no tienen permitida la entrada.

—Ah—dijo Molly—. Lo siento mucho. No lo sabía.

—A no ser que...—dijo Santa Claus y ladeó la cabeza. La ira desapareció de su voz— que hayas venido por algún motivo. Puede que quieras sentarte en mi regazo y decirle a Santa Claus lo que quieres.

Lucas cabeceó. Dios Santo, las mujeres tenían razón. Los hombres eran unos cerdos. Empezó a acercarse para entrar, pero, por la ventana, vio que Molly lo miraba y negaba ligeramente con la cabeza.

Quería arreglárselas sola.

Santa Claus se acercó a ella y la atrapó entre el escritorio y una mesa en la que había una cafetera, leche y azúcar, además de tazas y una lata de palomitas abierta.

Santa sonrió.

—Me encanta que los elfos guapos se sienten en mi regazo y me susurren sus fantasías.

—Oh—dijo Molly, inclinándose todo lo posible hacia atrás—. Bueno, en realidad, a mí no me van mucho las fantasías.

—¿Seguro?—preguntó él—. Porque a mí, eso se me da muy bien. Dime lo que quieres.

A Molly se le congeló la sonrisa.

—Pues... un poco más de espacio personal estaría muy bien...

Santa se echó a reír.

—Vamos, lo puedes hacer mucho mejor. ¿Te ayudaría saber que estoy especializado en... fantasías sexuales?

Bueno, ya era suficiente. De nuevo, Lucas hizo un amago de entrar en el tráiler, pero oyó que Molly decía:

—Y yo estoy especializada en gestionar estas cosas por mí misma.

Mierda. Estaba hablando con él. No quería que se inmiscuyera. Aunque estaba preparado, decidió concederle un minuto más, como máximo.

Santa se rio de nuevo.

—Así que eres guerrera. Mis favoritas. Estás en edad legal, ¿no? Porque yo ya no voy con menores. Resulta que vas a la cárcel por eso.

Molly puso un brazo entre ellos dos para que no se acercara más.

—Sí, estoy en edad legal, pero no quiero. ¿No está casado? ¿Con su décima mujer?

—Quinta—dijo él—. Estamos recién casados, pero no te preocupes, es comprensiva.

—Me alegro por usted—dijo Molly—. Pero yo no hago nada en la primera cita.

Santa no se dejó amedrentar. Deslizó una mano por su cintura y su cadera hacia abajo, y volvió a subir por dentro del bajo de su vestido. Entonces, Lucas no esperó más. Estaba a punto de enseñarle a aquel tipo cómo había que tratar a una mujer. Entró en el tráiler justo cuando Santa emitía un gruñido de furia.

Su increíble, inteligente y rápido elfo había agarrado la cafetera que tenía a la espalda y le había echado el café ardiendo por la entrepierna.

—¡Ay! —jadeó ella, y se tapó la boca con la mano—. ¡Lo siento muchísimo! No sé cómo ha podido pasar... —dejó la cafetera en la mesa y añadió—: Pensaba servirnos una taza, pero ha debido de tirarme del brazo. ¿Está bien?

—¡No, claro que no estoy bien, joder! —le espetó Santa con los dientes apretados—. ¡Me has quemado la polla!

—No, mire, la cafetera está en el modo Mantener caliente —dijo ella, rápidamente—. ¿Lo ve? Pero, si quiere, puedo llamar a urgencias.

—¡No! —rugió él, que estaba inclinado hacia delante.

—Bueno, pues, entonces... tengo que irme. El descanso ha terminado y...

Santa se abrió la bragueta del pantalón y miró dentro, y Molly aprovechó la ocasión para salir disparada por la puerta. Lucas la agarró de la mano y bajaron corriendo las escaleras. Ella se tropezó un poco en el último escalón, así que él la rodeó con un brazo y la llevó hasta su escondite de los arbustos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, salvo que he estado a punto de que me diera un infarto.

—¿Cuándo te ha tocado?

—No, no me ha tocado nada importante. El infarto me iba a dar cuando he creído que ibas a entrar a matarlo —dijo ella y cerró los ojos—. Se me ha caído el pendrive. Lo estaba sacando del ordenador, y él me asustó. Pero he podido meterlo con un pie debajo del escritorio de Louise.

—Bien pensado.

—Voy a volver cuando acabe mi turno, cuando se haya ido todo el mundo.

—No, tú no vas a volver al bingo —dijo Lucas.

—Claro que sí. Estoy averiguando muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que la reforma del edificio del bingo no ha avanzado nada desde hace una semana. Con tanto trabajo, deberían tener a toda una cuadrilla de obreros en la obra, pero los elfos dicen que no hay más que uno o dos tipos trabajando de vez en cuando, una hora cada varios días. ¿Y sabes otra cosa?

—Santa es el dueño de la constructora.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Los elfos artesanos me adoran.

Ella puso los ojos en blanco.

—Seguro que Santa Claus dio un sobrepago por la obra y después ha limitado el personal para quedarse aún con más dinero.

—He oído que a su quinta esposa le gusta ir de crucero.

—Sí, me imaginaba algo así —dijo él—. Te das cuenta de que se te ha acabado la tapadera, ¿no?

—No, no creo que tenga ningún problema al volver a trabajar aquí —dijo ella—. No me ha pillado.

Lucas le lanzó una mirada de severidad, y ella le devolvió otra mirada con la que le dio a entender que estaba a punto de decir algo que a ella no iba a gustarle.

–Has tenido un encontronazo con un tipo peligroso –dijo él.

A ella se le escapó una carcajada.

–Por si no te habías dado cuenta, todos los tipos de mi vida son peligrosos.

–Mira, esto no lo sabes, lógicamente, pero si le quitas veinte o treinta años a Nick, se parece mucho a Tommy el Pulgares cuando era joven. Sé que Nick no es Tommy porque tiene los dos pulgares, y Tommy perdió uno porque enfadó a alguien hace mucho tiempo. Ese es el motivo por el que él empezó a cortárselos a los demás. Por venganza.

–Entonces, ¿crees que el chófer de Santa es su hermano Tommy?

Lucas se encogió de hombros.

–No he podido verle la cara y llevaba guantes. Además, todo el mundo, incluidas las autoridades, piensan que puede estar muerto.

–Pero tú, no.

–Eso es lo que quiero decir, Molly, que no sé qué creer. Necesito más información. Pero, ahora, tú estás dentro de su radio de atención.

–¿Te has enfadado?

–¿Contigo? No. Pero creo que es muy posible que el hermano de Santa sea Tommy el Pulgares, y es un tipo peligroso. Hacía pedazos a la gente que se enfrentaba a él, Molly. Y algunos de esos pedazos no se encontraron nunca.

Ella tragó saliva y asintió.

–Pero ha estado mucho tiempo escondido. Creo que quiere seguir sin llamar la atención.

–Sí, es verdad –dijo Lucas–. Se cambió de nombre en los noventa, después de declararse en quiebra, y se largó con un millón de dólares de deuda, dejando a mucha gente sin algunas partes del cuerpo. Aunque ahora esté escondido, está en busca y captura en varios estados, así que no creo que haya bajado la guardia. No quiero que se fije en ti.

–Llevo un traje de elfo –dijo ella–. No creo que nadie vaya a sospechar de mí.

–No estoy dispuesto a correr ese riesgo.

–No tienes por qué –respondió Molly con una pequeña sonrisa–. Porque, normalmente, estás pegado a mí cuando estamos aquí.

Él sonrió apagadamente.

–Que no se te olvide que acabas de echarle café ardiendo a Nick en la entrepierna. No va a estar muy contento contigo.

–No estaba ardiendo, solo caliente –dijo ella–. Y es un bobo. Hazme caso, puedo camelármelo otra vez si es necesario.

Él ya lo sabía, y estaba orgulloso de ella. Molly era increíble. Pero aquel asunto era más complicado de lo que ninguno de ellos había pensado.

–Sabes que tenemos que avisar a Archer y a los demás de todo esto –dijo.

–No. Ellos no querían este caso.

–No se trata de eso, ni de demostrar que tú estás a la altura del trabajo, Molly. Se trata de tu seguridad.

A ella se le borró la sonrisa de la cara.

–Si se lo dices, se harán con el caso.

–Nos vendría bien su ayuda.

–De acuerdo. Lo pensaré –dijo ella y se dio la vuelta–. Voy a volver al trabajo.

–Molly...

–O me guardas las espaldas o no –respondió Molly sin mirarlo–. Pero no me detengas.

Así pues, él hizo lo único que podía hacer: guardarle las espaldas.

Dos largas horas más tarde, Molly salió del bingo con cara de agotamiento.

–¿Has recuperado el pendrive? –le preguntó a Lucas a modo de saludo.

–No. A Janet le dio una migraña y está tumbada en el sofá de la oficina. Hay un par de elfos con ella, bebiendo directamente de una botella de whiskey barato. Creo que esta noche no se van a mover de ahí.

–Mierda –murmuró ella.

Sí, era un buen resumen de la situación. Como no podían hacer otra cosa, fueron hacia el coche. Cuando estaban en el interior, a oscuras, él la miró.

–Esta noche has estado increíble.

–Sí. Tan increíble que quieres apartarme del caso.

–No. No voy a hacerte eso. Nunca te haría algo así.

–¿No?

–No. Solo he dicho que ha llegado el momento de pedir refuerzos, Molly. Refuerzos. Nadie te va a apartar del caso.

Entonces, ella le lanzó una sonrisa resplandeciente. Y, al final, él no pudo soportarlo más: la agarró con fuerza y la besó.

–¿Por qué has hecho eso? –le preguntó ella, sin aliento, cuando él volvió a dejarla en el asiento del pasajero y comenzó a salir del aparcamiento.

–No tengo ni la más mínima idea –respondió él, sin apartar la vista de la carretera.

–A lo mejor es porque hoy me las he arreglado a la perfección con Santa –bromeó ella.

–Eso es cierto –dijo él y la miró de reojo mientras hacía un giro–. Me ha excitado.

Ella sonrió con petulancia.

–Y me ha dejado impresionado –añadió Lucas, cabeceando–. Archer y Joe son idiotas. Si te tomaran en serio, tú serías nuestro agente más valioso.

Molly se quedó mirándolo fijamente.

–Eso es lo más sexy que me han dicho en la vida.

–Lo digo en serio. Esto se te da increíblemente bien. Archer tiene que verte en acción.

Molly tenía los ojos brillantes. Lentamente, se mordió el labio.

–Me estás diciendo eso a propósito, para seducirme. ¿Lucas?

–¿Sí?

–Si te digo que me lleves a casa, ¿podemos poner las mismas reglas que la vez anterior?

–¿Te refieres a que no se puede hablar, a no ser que sea para decir cosas excitantes?

–Sí.

Él quería más, mucho más, pero iba a aceptar cualquier cosa que pudiera conseguir de ella. Más tarde se enfrentaría a las consecuencias.

Al ver la respuesta en su mirada, ella sonrió con deseo.

–Llévame a casa, Lucas –susurró.

No tuvo que decirlo dos veces.

Capítulo 21

#MeMatas

A Molly no le sorprendió que Lucas los llevara al Edificio Pacific Pier, a su casa, en vez de a la de ella.

Él tenía la cama más grande.

De camino a casa, había empezado a llover. Él aparcó y se giró hacia ella con una mirada ardiente. Entonces, se besaron. Al principio, fueron roces suaves y ligeros, pero no era suficiente. Ella gimió y le rozó el labio con la lengua, hasta que él la besó profundamente.

Molly cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones. El sonido de la lluvia sobre el coche, el olor de Lucas, el calor que irradiaba su cuerpo, su sabor... Era todo lo que le importaba. No iba a pensar. Solo quería sentir.

Él, como si le hubiera leído el pensamiento y estuviera de acuerdo, emitió un sonido gutural y la abrazó con más fuerza mientras apartaba los labios un centímetro.

–¿Estás segura, Molly? Porque, después de lo de anoche, no creo que debiéramos...

–Shh...

No quería pensar en la noche anterior, ni en lo que iba a suceder después. Le rozó la mandíbula con la boca al mismo tiempo que deslizaba la mano por debajo de la camiseta para acariciarle la piel.

–Estoy segura, sí –susurró ella, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Él la levantó del asiento y la sentó en su regazo. Seguía lloviendo y el viento azotaba el coche. Dentro hacía calor, y las ventanas se habían empañado, así que el mundo real era un borrón. La química y el calor que había entre ellos aumentó cuando él subió el vestido de Molly y tuvo unas vistas privilegiadas de sus bragas de encaje color azul claro.

Con un sonido ronco de puro placer masculino, pasó un dedo por el encaje, y ella le agarró el pelo con los puños para atraer su boca de nuevo y besarlo. Cuando él pasó la barrera de encaje y le acarició suavemente la carne húmeda, ella se arqueó contra su mano y gritó.

Molly solo pretendía hacerle perder el control del que Lucas tanto se enorgullecía, para que sintiera algo de lo que sentía ella, pero fue ella misma quien perdió el control. Lo necesitaba en aquel momento y, por eso, intentó desabotonarle la cintura del pantalón.

Él le agarró la mano.

–Aquí, no.

Ella apoyó su frente en la de Lucas, con la respiración entrecortada.

–¿Por qué no?

–Porque tú te mereces una cama.

–No necesito ninguna cama.

–Pues me alegro de saberlo. Pero, por lo menos, dentro, donde nadie pueda interrumpirnos, porque Molly, esto nos va a llevar un buen rato.

Ella tragó saliva, y él la tomó de la mano y se la llevó a su apartamento.

Estaban empapados al llegar a casa. Molly le pasó una mano por la espalda, hacia abajo, y a él se le cayeron las llaves y soltó un juramento.

Cuando las recogió y se irguió, ella le besó el bíceps con una sonrisa.

Entonces, Lucas abrió la puerta de par en par, la rodeó con un brazo e hizo que entrara en el piso. Cerró con el pie y la llevó a su habitación. La dejó en la cama y se desnudó, y fue hacia la puerta para encender la luz dando un manotazo en el interruptor.

Volvió a la cama y agarró la tela del vestido con los puños para desnudar a Molly de un tirón.

–Espera –dijo ella con un jadeo–. La luz...

–Molly –dijo él y le tomó la cara con las manos–. Quiero verte.

–Sí, bueno... en cuanto a eso...

Él deslizó las manos hacia arriba, por sus muslos.

–Eres preciosa, Molly. Déjame demostrarte lo bella que eres.

–Verás, quería ahorrarme la parte de la exhibición.

Entonces, Lucas tomó sus manos heladas con una pregunta en la mirada, aunque no dijo nada.

Ella exhaló un suspiro.

–Mira, es que tengo... una cosa.

–Una cosa.

–Un complejo.

–Ah, bueno, eso es mejor de lo que pensaba que me ibas a decir. Un complejo es algo que podemos solucionar.

Yo... espera... ¿Qué pensabas que te iba a decir?

–Que no querías que yo me desnudara otra vez.

Ella dio un resoplido.

–¿Te has visto desnudo? Tendría que estar muerta para no querer que te desnudaras.

Él no sonrió. Apretó las manos de Molly contra su pecho.

–Molly.

–Te darás cuenta de que estoy intentando ahuyentarte.

–Sí, pero eso no es tan fácil.

–Sí, ya lo voy entendiendo. Bueno, lo que me pasa es solo que... Tú ya sabes lo que me pasó, y lo de las operaciones.

–Sí, y es un asco que tuvieras que pasar por eso, pero las operaciones sirvieron, ¿no?

–Algunas –respondió ella–. Tuvieron que operarme por delante, por detrás y en el costado. Y tengo cicatrices. Cicatrices feas. Y, no sé si lo sabes, pero si no tienes un porcentaje cero de grasa en el cuerpo, y si tienes un montón de cicatrices, las cosas no quedan bien cuando te curas. Tengo bultos donde no debería haber bultos, y...

–He notado tus cicatrices –replicó él–. No tienen ninguna importancia. Son las señales del recorrido de tu vida. Yo también tengo muchas. Pero eso no cambia el hecho de que tú seas increíblemente sexy y absolutamente perfecta.

–Eso lo dices porque estábamos a oscuras –dijo ella–, y tú estabas muy motivado para llegar a la parte buena.

Él sonrió.

–Sigo muy motivado. Pero, Molly, todo es la parte buena.

Vaya, tenía mucha labia.

–Bueno, pues... esta es la realidad –dijo ella.

–Por fin.

–Así que, cuando he estado en esta situación antes –prosiguió–, la gente se quedaba espantada y no podía... um... terminar, por decirlo de algún modo, y yo lo echaba todo a perder.

Él seguía de rodillas, delante de ella, totalmente, desnudo, pero no se movió. Tal vez, ni pestañeara.

–¿La gente?

–Mi primer novio. Y el segundo.

Había empezado a salir con Ben a los diecinueve años. Ninguno de los dos tenía experiencia, y habían mantenido relaciones sexuales varias veces hasta que hicieron el amor con la luz encendida por primera vez y él pudo verla desnuda. Ella solo había pasado por dos operaciones en aquel momento, pero la reacción de Ben fue cristalina: pasó de la excitación al horror y la pena.

La pena era su kriptonita.

Sin embargo, lo peor ocurrió después, cuando él trató de negar su reacción y se acariciaron de nuevo antes de volver a intentarlo.

Cuatro años más tarde había empezado a salir con su segundo novio, Tim. Ella tenía veintitrés años. Llevaban saliendo seis meses y, durante aquel tiempo, ella se las había arreglado para que siempre se acostaran a oscuras. Seguramente, él notaba las cicatrices al tacto, pero nunca le había dicho nada. Y a ella le gustaba mucho. Probablemente, demasiado. Había bajado la guardia y se había dejado convencer para ir con él en un barco de su familia por el lago Shasta. Al verla en bañador, su mirada se había llenado de horror.

Y, después, de pena.

Había sido mucho más difícil dejar a Tim que dejar a Ben.

Y sería mucho más difícil todavía dejar a Lucas. Tomó aire y le contó lo mínimo sobre su historia con Tim y Ben.

–Son unos imbéciles –declaró Lucas–. ¿Alguien más?

–No. Bueno... Una vez tuve una aventura de una noche, pero no nos... um... desnudamos del todo.

Él sonrió.

–Bien. Ahora, enséñamelo.

Ella siguió mirándolo a los ojos, y se mordió el labio con indecisión.

–Molly, acabo de verte manejar al Santa Claus malvado con facilidad, y tú sola. Eres valiente. ¿De qué tienes miedo?

«Oh, de muchas cosas, de tantas cosas...».

–Bueno –dijo él–. Pues te voy a enseñar yo primero lo mío.

Se señaló una cicatriz en el pectoral izquierdo. Era un bulto arrugado de casi dos centímetros en la piel.

–Es de un balazo que me pegaron cuando trabajaba en la Agencia Antidroga. Acorralé a un tipo muy malo, y eso no le gustó.

Estaba tan cerca del corazón de Lucas, que a Molly casi se le paró el suyo. Se inclinó hacia delante y le besó la cicatriz.

–Vamos, enséñamelo –dijo él, suavemente–. Por favor.

Ella titubeó, pero su cuerpo deseaba el de Lucas, y empujó a su mente. Se sacó el vestido de elfo por los brazos y se lo bajó hasta las caderas, y quedó con un sujetador deportivo de color

negro. Señaló una cicatriz de doce centímetros, en horizontal, a un lado de su cintura, que iba desde la parte delantera de su cuerpo hasta la espalda. No era posible que pasara desapercibida, porque estaba un poco fruncida y metida hacia dentro de la piel; era como si se le hubiera quedado marcada la cintura elástica de un par de medias en la cintura. Sin embargo, en comparación de las otras cicatrices, era la menor.

–Fue por una operación en las vértebras L2 y L4 –dijo.

Él la tomó por las caderas y le besó la cicatriz con delicadeza. Después, se irguió y le señaló una cicatriz de ocho centímetros que tenía en los músculos abdominales.

–Es de una herida de arma blanca que me hicieron trabajando en un caso para Archer. Un tipo se abalanzó sobre mí e intentó destriparme. Casi lo consigo.

Ella pasó los dedos por la señal de la herida que, gracias a la buena forma de Lucas, había cicatrizado muy bien. No tenía ni arrugas, ni bolsas de grasa. Sin embargo, era un recordatorio de lo peligrosa que había sido su vida. Había estado a punto de morir en varias ocasiones. Y no parecía que hubiera permitido que eso le afectara.

Al contrario que a ella.

Cuando le tocó la piel con los dedos, él canturreó de placer, y se le oscurecieron los ojos. Ella se quedó mirándolo, asombrada por ser capaz de provocarle aquella excitación con una simple caricia.

Era emocionante.

Le transmitía una sensación de poder.

Sin perder el contacto visual con él, se tendió en la cama y rodó para tumbarse boca abajo. Apoyó la barbilla en las manos y esperó. En aquella posición no lo veía, pero oyó que él se levantaba y apoyaba una rodilla en la cama.

Sabía lo que estaba viendo él, y cerró los ojos. Era una cicatriz que partía en su nuca y recorría su espina dorsal, y se rompía en dos puntos que señalaban dos operaciones distintas. Como ella aún tenía el vestido en las caderas, él no podía ver por completo el tatuaje, pero veía lo más importante.

Junto a la cicatriz, a lo largo de la marca, tenía la frase que le había tatuado Sadie: *El dolor es inevitable, el sufrimiento es opcional...*

Se quedó inmóvil al notar el roce de sus labios en la nuca, y suspiró de placer cuando Lucas empezó a besarle la espina dorsal.

Cuando comenzó a tirar del vestido para desnudarla por completo, ella se dio la vuelta.

–Espera –le dijo–. Te toca a ti.

–Creo que ya no hay más –dijo él.

–Claro que sí –respondió ella y le puso una mano sobre el corazón–. ¿Qué pasa aquí?

Él le cubrió la mano.

–Se me rompió –reconoció él en voz baja.

–Cuando murió Josh.

Lucas asintió.

–Y Carrie.

Volvió a asentir.

Entonces, Molly se inclinó hacia él y posó los labios en su corazón. Él la apartó suavemente y la tendió sobre la cama, y empezó a besarla para acabar con todas sus dudas.

Hacía mucho tiempo que no permitía que un hombre viera sus defectos. Y no era como si él no los viera, como si no le importaran, sino que consideraba que eran parte de ella, como un todo, y

eso era muy liberador.

–Eres preciosa –murmuró Lucas contra la piel de su cadera, mientras le quitaba el vestido. Cuando terminó, lo tiró hacia atrás, por encima de su hombro, y se colocó entre sus piernas. Se elevó apoyándose en las manos y agachó la cabeza para lamerle la piel de la clavícula.

Ella se arqueó sobre la cama, porque deseaba más, mucho más. Deslizó las manos por su espalda y lo atrajo hacia sí. Necesitaba a Lucas, necesitaba el contacto con su piel, que le transmitía tanto calor y poder. Mientras sentía los latidos constantes de su corazón contra el pecho, alzó las caderas, porque anhelaba tenerlo dentro de su cuerpo.

–Por favor, Lucas –dijo en un susurro–. Por favor, ahora.

Él emitió un gruñido ronco y le concedió aquel deseo, hasta que ella se deshizo de placer debajo de su cuerpo. Y solo cuando ella dejó de estremecerse levantó él la cabeza de su hombro, donde había tenido apoyado el rostro, y la observó. Le apartó el flequillo húmedo de la frente.

–Otra vez –dijo él.

A ella no le gustaba obedecer órdenes, nunca le había gustado, pero nadie le había pedido nada en el dormitorio. Aquello le parecía diferente solo por el sonido de su voz grave, que la excitaba tanto, que estuvo a punto de llegar de nuevo al éxtasis.

Él sonrió con picardía y ralentizó sus movimientos para cerciorarse de que la acariciaba todo lo que podía, y notó que sus músculos se contraían a su alrededor. Ella intentó mantener los ojos abiertos, pero se le cerraban, porque la sensación y la emoción de estar con un hombre de nuevo era embriagadora.

Con aquel hombre.

Lucas entrelazó los dedos con los de ella y colocó sus manos unidas en la almohada, por encima de la cabeza de Molly, y siguió moviéndose cada vez más lentamente, acariciándola con cada centímetro de su piel. Y ella volvió a notar que un orgasmo empezaba a formarse en lo más profundo de su vientre.

Él le acarició la mejilla con la mandíbula. Ella lo agarró por las muñecas y se dio cuenta de que, a pesar de que pareciera que lo tenía todo bajo control, su pulso estaba desbocado. Entonces, lo embistió hacia arriba, y a él se le escaparon sonidos de deseo, sexis y masculinos. Sus movimientos se coordinaron y, en aquella ocasión, llegaron juntos al orgasmo.

Al cabo de unos instantes, cuando recuperó el dominio sobre sí misma, Molly abrió los ojos y se dio cuenta de que Lucas la estaba observando con una sonrisa llena de calidez.

–Eh.

–Eh –respondió ella con la voz temblorosa.

Alzó las manos para retirarse el pelo de la cara y se dio cuenta de que todavía llevaba las orejas de elfo. O, al menos, una de ellas, porque la otra había desaparecido hacía mucho tiempo. Y, pensándolo bien, notó que la tenía debajo del trasero.

Se había estado preocupando de lo que iba a ver Lucas en su cuerpo cuando llevaba puesta una oreja de elfo...

Él se echó a reír suavemente. Le quitó la oreja y la arrojó al suelo, junto a la ropa. Entonces, se tendió boca arriba y la tomó para sentarla sobre su cuerpo, a horcajadas. Empezó a acariciarle las piernas con reverencia.

–Me encanta tener a estas a mi alrededor –dijo con la voz ronca y tiró de ella hacia abajo para besarla.

A Molly se le escapó un jadeo al notar su sexo contra el cuerpo, y sonrió.

–¿Otra vez? –murmuró, esperanzadamente.

–Si quieres...

Oh, claro que quería.

Molly se despertó unas horas después. Todavía era de noche, y seguía lloviendo. Tenía la cabeza apoyada en el pecho de Lucas, donde se había quedado dormida, y notaba su piel cálida en la mejilla. Él tenía una respiración lenta y profunda, y ella notó los latidos de su corazón bajo la mejilla y las yemas de los dedos. Era un corazón fuerte.

En la habitación hacía frío, pero él irradiaba calor. Molly se estrechó más contra él y notó que él respondía en sueños, que su pecho vibraba de satisfacción. Lucas tenía algo que hacía que ella también sintiera un calor en el pecho. Calor y... un nudo en la garganta, un nudo que había sentido desde la noche anterior, porque pensaba que habían terminado en aquel momento.

–Eh –murmuró Lucas con la luz enrojecida y la abrazó–. ¿Estás bien?

–Muy bien.

Lucas le acarició la espalda suavemente, de arriba abajo, hasta que tuvo la palma de la mano sobre una de sus nalgas.

–¿Estás calentita?

–Sí, gracias a mi estufa personal.

Lucas sonrió contra su cuello y empezó a besarla, hasta que llegó a sus labios. El beso fue muy tierno, y él le tomó la cabeza entre las manos.

–¿Lucas? –susurró Molly.

–¿Sí?

–Estoy metida en un lío contigo.

Él la miró a los ojos.

–Eso es mucho mejor que haber terminado conmigo –le dijo.

Ella cerró los ojos y apoyó su frente en la de él.

–Eh –dijo él, suavemente, y esperó a que lo mirara–. Lo que pase en este apartamento se queda en este apartamento –le dijo–. Pero solo si tú quieres.

–No tengo ni idea de qué hacer contigo –respondió Molly–. Lo sabes, ¿no?

–Puede que estés pensándotelo demasiado. A lo mejor deberías ir paso a paso, simplemente. Y estoy seguro de que sabes lo que hacer conmigo en este momento... ¿a que sí?

Ella lo miró a los ojos, que ya no tenían una expresión somnolienta, sino que estaban llenos de deseo.

–Por supuesto que sí –susurró Molly.

Capítulo 22

#Valor

Al día siguiente, Lucas estaba en una reunión de trabajo, pero no podía dejar de pensar en Molly. Hacía mucho tiempo que se había prometido a sí mismo que no volvería a dormir toda la noche con una mujer, pero, con ella, ya lo había hecho un par de veces. Era cierto que, en una de aquellas ocasiones, no estaba sobrio, pero, de todos modos... Aquella última vez no la había llevado a casa hasta por la mañana.

Y ella tampoco le había pedido que la llevara.

Se habían despertado al sonar la alarma. Ella se había girado hacia él y lo había abrazado.

–No te vayas –le murmuró al oído.

Y a él le había parecido un plan perfecto. No ir a ningún sitio.

Sin embargo, Archer había llamado y, a los treinta minutos, el equipo y él estaban en una misión en la que tenían que descender rapelando por el hueco de un ascensor de veinte pisos, en nombre de la seguridad y la investigación.

A mediodía, él se estaba quedando dormido en aquella reunión, a pesar de que estaba tomándose una buena taza de café. Tardó cinco minutos en darse cuenta de que, a su alrededor, todo se había quedado en silencio.

La reunión había terminado.

–¿Algún problema?

Alzó la vista al oír la voz suave de Molly. Ella le sirvió más café mientras él la miraba.

–Estoy cansado –dijo.

Ella se cercioró de que estuvieran solos y respondió:

–Bueno, ese es el precio que hay que pagar por ser un maníaco sexual.

Él soltó un resoplido y la agarró de la mano antes de que ella pudiera alejarse. Molly estaba... resplandeciente. Y sonreía. Y tenía los ojos brillantes. Estaba contenta, algo que no sucedía a menudo antes de las doce.

–¿Cómo es que no parece que estés a punto de asesinar a alguien?

A ella se le suavizó la sonrisa.

–Me parece que las aventuras de una noche me vienen muy bien. ¿Quién iba a pensarlo?

Las aventuras de una noche. Lo cual coincidía con su idea de las cosas. Así pues, ¿por qué se sentía un poco insultado?

–En realidad –respondió, cautelosamente–, ha sido más de una noche.

–Y, en realidad –dijo ella–, no íbamos a pasar ni siquiera una noche juntos.

Molly salió del trabajo para ir al gimnasio. Tenía que hacer una hora de ejercicio para que se le calmaran los calambres de la pierna y la espalda. Normalmente iba antes de la oficina, pero su segundo trabajo de elfo le estaba exigiendo mucha capacidad mental y estaba demasiado cansada como para levantarse tan temprano.

El Santa Claus malvado estaba afectando a su vida.

Además, de todos los orgasmos que había tenido con Lucas...

Bueno, lo cierto era que necesitaba alejarse de la oficina y de él para pensar. Estaba haciendo todo lo contrario de lo que había pensado hacer con Lucas en un principio. Con solo acordarse de la expresión de su rostro aquella mañana, se daba cuenta perfectamente de que aquello no era ninguna aventura de una noche.

Ella le hacía... feliz. Y él le devolvía aquel favor. La hacía muy, muy feliz. Lo cual, al mismo tiempo, era aterrador.

Cuando llegó al gimnasio, se encontró a Caleb pegándole al saco de boxeo. Le estaba golpeando con una combinación de puñetazos y patadas. Y, por su aspecto, llevaba un buen rato así, porque estaba empapado en sudor y tenía una cara muy seria.

Ella no lo molestó. Empezó el calentamiento estirándose y, después, fue a hacer pesas. Estaba en el banco cuando él agarró la barra de las pesas y le ajustó los brazos un poco más alto.

Caleb la observó y asintió con un gesto de aprobación cuando terminó de hacer la serie.

–Gracias –le dijo–. ¿Has terminado de darle la paliza a lo que sea que te ha estropeado el día?

Él la miró fijamente con los brazos cruzados.

–Yo podría preguntarte lo mismo.

Ella suspiró.

–¿Trabajo? –preguntó él–. ¿Vida amorosa?

–Las dos cosas. ¿Y a ti?

–Lo mismo.

–Entonces, ¿los dos estamos jodidos?

A él se le dibujó una pequeña sonrisa en los labios.

–Sin duda.

Fue a su casa para darse una ducha. El cuerpo le vibraba por el ejercicio. Se sentía muy bien, aunque no sabía si era por haber hecho pesas o por cómo había pasado aquella última noche. Miró la hora. Nunca se tomaba mucho tiempo a la hora de comer, pero, aquel día, quería hacerlo. Podía tardar otros treinta minutos, si quería.

Y... Oh, claro que quería. Tomó el teléfono móvil y envió un mensaje:

Molly: Tengo que investigar un poco, y me vendría bien un ayudante. ¿Estás cerca de mi casa?

Lucas: Por favor, dime que «investigar» es un eufemismo.

Molly: Por supuesto que no.

Era un eufemismo.

Él llegó a los diez minutos, y ella todavía llevaba la toalla, después de haberse duchado.

–Oh –murmuró Molly–. No sabía que ibas a llegar tan rápido. No me ha dado tiempo a vestirme.

Él caminó hasta ella y la abrazó, y la besó con fuerza. Bajó las manos hasta que le tomó las nalgas por debajo de la toalla, para tocarle la piel desnuda.

–Mentirosa –le dijo en un tono de acusación–. Estabas esperándome para seducirme con esta toalla que permite un acceso tan fácil.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se frotó contra su erección, ronroneando.

–¿Y está funcionando?

–Molly –dijo él con una carcajada ronca–. Lo único que tienes que hacer es mirarme.

Ella alzó la vista y lo observó atentamente.

–Me alegro de que estuvieras cerca.

–No lo estaba. He infringido el límite de velocidad y otras cuatro leyes para llegar aquí. Tienes un gran poder sobre mí. Úsalo con sabiduría.

–Eso era lo que pensaba hacer –respondió Molly, y apoyó la cabeza en su pecho–. ¿Vas a darme lo que has venido a darme?

Él, con los ojos oscurecidos, enarcó una ceja, y ella trató de no ruborizarse, porque no había nada más sexy que sus ojos cuando la miraba así.

Llegaron hasta el sofá. Ella estaba frenética; tiró de él para que se tendiera sobre su cuerpo y le bajó la cremallera del pantalón.

–¿Tienes un preservativo? –le preguntó con un jadeo.

Él se lo sacó de un bolsillo y rasgó el plástico. Se lo puso y la agarró.

Fue la mejor hora de la comida, la más erótica de toda su vida.

Era casi la hora de salir cuando el teléfono se puso a vibrar sobre su escritorio. Había recibido un mensaje de Louise diciéndole que no la necesitaban en el bingo aquella noche. Todavía lo estaba mirando y preguntándose qué significaba, cuando tuvo una llamada de FaceTime. Era la señora Berkowitz.

Molly pasó el dedo por la pantalla para responder, y vio un par de labios arrugados y pintados de rojo mate.

–¿Molly? –preguntaron los labios–. ¿Eres tú, querida?

–Sí, soy yo. No tiene que sujetar el teléfono tan cerca de la cara, señora Berkowitz. De hecho, la vería mejor si no lo hiciera.

La imagen retrocedió un poco, lo suficiente para que la cara de la señora Berkowitz llenara la pantalla con una sonrisa.

–Ahí estás, querida. Escucha, «algo huele a podrido en Dinamarca» –dijo, e hizo una pausa–. ¿La gente joven ya no lee? Es una cita de Shakespeare, y...

–Sí, ya lo sé –dijo Molly–. He leído *Hamlet*. Anoche mencionó que estaba pasando algo raro. Fui al bingo y estoy de acuerdo, las obras están parad...

–Santa acaba de decir que, como es una noche de entre semana y que va a haber poco movimiento en el pueblo, nos manda a los elfos a Reno, invitando él. Allí hay una especie de convención de Santos y ha alquilado un autobús de lujo para que nos lleve.

–Creía que Santa era un tacaño.

La señora Berkowitz sonrió.

–Ya sabía que eras muy lista. Sí, es demasiado tacaño como para gastarse tanto dinero en nosotras. Además, le oí hablar con alguien por teléfono y decirle que iba a ocuparse de las cosas esta noche y que no se preocupara. Eso suena mal, ¿no crees?

Bueno, no, no sonaba precisamente bien.

–¿Crees que va a hacer que el autobús se salga de una curva de camino a Reno? –preguntó la

señora Berkowitz—. Para librarse de nosotras, quiero decir.

No, Molly no lo creía. Eso serían muchos asesinatos a la vez. Pero, solo por si acaso, preguntó:

—¿A qué hora sale el autobús?

—Dentro de una hora.

—Voy para allá —dijo Molly—. No permitas que salga el autobús hasta que llegue yo. Distrae como puedas al conductor.

—Ponte el traje de elfo, querida. Él sigue pensando que eres un elfo de gorro verde. No sabe que eres investigadora.

Molly pestañeó, porque tuvo un mal presentimiento.

—Nadie debería saberlo —dijo—. Yo no se lo he dicho a nadie del pueblo de la Navidad.

—Muy inteligente por tu parte.

Molly suspiró.

—¿Y usted?

—¿El qué?

—Que si le ha dicho a alguien que yo voy al pueblo por otro motivo que no sea el trabajo —dijo ella, intentando tener paciencia.

—Oh. Bueno, ya sabes que la gente habla...

Molly se frotó una sien, porque estaba empezando a dolerle la cabeza.

—¿La gente como la señora White y usted?

De repente, la imagen de la pantalla se torció y, después, quedó boca abajo.

—¡Perdona! —gritó la señora Berkowitz—. ¡Se me ha caído el teléfono!

La pantalla se enderezó, y la señora Berkowitz pestañeó.

—Ahí estás otra vez. Y tu guapísimo novio, también.

—¿Cómo? Yo no tengo...

Molly se dio la vuelta y se encontró a Lucas apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Llevaba una camiseta negra y unos pantalones de estilo militar, también negros, que le quedaban tan perfectamente como si se los hubieran hecho a medida. Además, iba armado hasta los dientes.

Y no parecía que estuviera muy contento.

Ella volvió a concentrarse en la conversación telefónica. La señora Berkowitz se había alejado de la pantalla, y Molly pudo ver por primera vez el entorno. Su vecina estaba cerca de la oficina de Santa, en el pueblo de la Navidad. El tráiler estaba a unos siete metros, pero el sol del atardecer iluminaba la ventana de la oficina, y Molly vio claramente a una mujer en el interior. La mujer sonrió cuando un hombre se le acercó por la espalda y le besó el cuello.

Era Santa.

Molly intentó averiguar quién era la mujer. No era Louise. Era... Janet, que cerró los ojos con aparente felicidad antes de girarse hacia Santa. Él la empujó contra el escritorio y la besó. Se abrazaron y fueron bajando hasta que desaparecieron de la vista, seguramente, porque se habían tumbado en el suelo para terminar lo que habían empezado.

¿Santa Claus y Janet? Pero... se suponía que el elfo estaba en el equipo de la señora Berkowitz y de la señora White, intentando atrapar a Santa con las manos en la masa.

—¿Janet? —murmuró con incredulidad.

—No, Janet no ha venido —dijo la señora Berkowitz—. Me envió un mensaje diciéndome que no venía a Reno porque tenía otra oferta mejor. No sé qué significa eso, la verdad, porque, a nuestra edad, no recibimos mejores ofertas que un viaje gratis a Reno.

Molly no quería mantener aquella conversación hasta que estuviera en el pueblo de la Navidad, protegiendo a su vecina.

–No se suba a ese autobús –le indicó–. Yo voy inmediatamente para allá –añadió y colgó el teléfono.

Lucas le puso delante la chaqueta abierta para que pudiera meter los brazos por las mangas. Él ya tenía las llaves en la mano.

–¿Qué excusa vas a dar para entrar? –preguntó.

–Voy a decir que no he recibido el mensaje en el que me informaban de que no necesitaban mis servicios esta noche. ¿Has visto lo que se veía por la ventana de la oficina? –le preguntó ella–. Janet y Santa lo están haciendo.

–¿Haciendo qué?

–Haciéndolo.

Él hizo un mohín de disgusto.

–Si esos dos están liados...

–Sí, ya lo sé –respondió Lucas con una expresión muy seria–. Janet está ocultando algo.

–Sí, tal vez nunca estuviera de parte de la señora Berkowitz.

–O tiene el encargo de espiar para Nick –dijo Lucas–. Puede que sea solo un peón, pero que no sepa nada de lo que hace.

–¿Crees eso de verdad?

–Creo que quiero el pendrive –dijo él–. Y quiero mantener una pequeña charla con Janet.

Ella asintió.

–Ese era mi plan.

–Querrás decir «nuestro plan» –respondió él–. Somos socios, ¿recuerdas?

Sí, cada vez le resultaba más difícil olvidarlo...

Mientras iban de camino al pueblo de la Navidad, Lucas se esforzó por mantenerse atento a la carretera y no mirar a Molly, que iba cambiándose de ropa en el asiento para ponerse el traje de elfo. Solo dio un pequeño volantazo al atisbar su tanga de color azul. Se sintió orgulloso por ello.

–Vaya –exclamó ella al inclinarse contra la puerta.

Él hizo un gesto de fastidio y enderezó el volante.

–Sé que ha llegado el día de poner la lavadora cuando he llegado a la parte de tangas del cajón de la ropa interior –murmuró Molly y se agachó para quitarse los calcetines.

Entonces, ambos pezones salieron de las copas de su sujetador, pidiéndole a Lucas toda su atención...

Claramente, Molly quería matarlo.

Debió de escapársele algún sonido, porque ella lo miró, se miró el pecho y puso los ojos en blanco.

–Meteos en vuestro sitio, señoritas –murmuró y se colocó bien el sujetador–. Lo siento.

–No te preocupes. Ya lo he visto todo.

Ella se movió en el asiento como si estuviera molesta.

–Pero esto es... diferente.

Lucas la miró con curiosidad.

–¿En qué sentido?

–No sé –dijo ella sin dejar de retorcerse–. Lo es.

–Estás pensando en hacerlo –respondió él, sonriendo–. Y te estás excitando.

Molly volvió a mirarse el pecho y se dio cuenta de que tenía los pezones endurecidos y se le marcaban en la tela elástica del vestido de elfo.

–Puede que solo tenga fría.

–¿Tienes frío?

–No.

Él se echó a reír suavemente y ella exhaló un suspiro.

–Todo esto es culpa tuya, ¿sabes? Me has convertido en una maníaca sexual.

Él abrió la boca para decir algo, pero sonó el teléfono móvil de Molly.

–Es la señora Berkowitz –dijo ella, y respondió a la llamada–. ¿Señora Berkowitz, está bien?

–¿Por qué Santa Claus siempre baja por la chimenea?

Molly parpadeó.

–¿Qué?

–Es un chiste, querida. ¿Por qué Santa Claus siempre baja por la chimenea?

–Eh... –Molly miró a Lucas y cabeceó–. No lo sé.

–¡Porque la señora Claus le dijo que no podía entrar nunca por la puerta trasera! –gritó la señora Berkowitz, alegremente.

A Lucas se le escapó una risotada.

–¿Ha bebido alcohol? –le preguntó Molly a la señora Berkowitz.

–¡Sí! Hay vino especiado con ron. ¡Está buenísimo! ¡Vamos a bailar, pero algunos de los elfos se preocupan por las caderas y las prótesis, así que solo estamos bebiendo.

–¡Cámbiese al agua! –le ordenó Molly–. Ya casi hemos llegado. ¡Y no monte en ese autobús!

–No, no puedo hacerlo, ¡porque ya estoy en él!

–¿Se está moviendo? –preguntó Molly.

–¡Sí, ponme otro! –gritó la señora Berkowitz–. ¡Y que sea doble!

–Señora Berkowitz –dijo Molly–. Dígame una cosa. ¿Janet está en el autobús con ustedes?

–No, ya te he dicho que nos ha dejado plantadas. Tengo que colgar, querida. Los elfos masculinos nos van a hacer un striptease –dijo. Después, colgó.

Molly se quedó mirando su teléfono con preocupación.

–Si le pasa algo...

–Vamos a cerciorarnos de que no –respondió Lucas–. Agárrate fuerte –dijo y apretó el acelerador. Cinco minutos después estaban en el aparcamiento del pueblo de la Navidad.

Molly se inclinó hacia delante para intentar ver algo entre la niebla.

–No se ve ningún autobús.

Lucas tampoco lo veía. Aparcó y bajaron del coche. Parecía que todo el pueblo de la Navidad estaba vacío. Las luces, apagadas. Oscuro. Silencioso.

Nada bueno.

Molly giró lentamente en círculo.

–Me da muy mala espina –dijo. De repente se quedó inmóvil–. ¡Eh! ¿Qué...?

–Shh –dijo él. Acababa de ver lo mismo que ella, y se la llevó hacia las sombras.

El extremo norte del aparcamiento estaba totalmente lleno de coches, aparcados en la zona más oscura, en dos filas.

Lucas se giró hacia Molly.

–¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas al coche y me dejes investigar a mí solo?

–No, ninguna. Pero, como no estoy interesada en que ninguno de los dos salga herido, te

prometo que si la situación se pone peligrosa, voy a hacer lo que tú digas.

Lucas la miró fijamente.

–¿Toda la noche?

–¡Ya sabes a qué me refiero!

Sí, lo sabía, pero era divertido ver cómo se le llenaba la cabeza de los mismos pensamientos que tenía él. La tomó de la mano y tiró para que se acercara aún más.

–No te muevas de mi lado.

Siguieron entre las sombras, lo cual no fue difícil, porque todo el aparcamiento estaba oscuro.

–Da miedo –susurró ella.

Molly estaba en lo cierto. Aquella feria, a oscuras y vacía, tenía algo de película de terror. No había nadie sacando tickets y la puerta estaba cerrada.

Sin embargo, el aparcamiento estaba lleno.

Lucas miró el vestidito corto de Molly.

–Yo puedo trepar por la puerta, saltar, hacer lo que hay que hacer y volver en cinco minutos.

–No oigo «nosotros» en esa frase.

Mierda. Él la aupó con una pierna y la ayudó a saltar la valla y, por supuesto, le echó un buen vistazo al tanga de seda azul y a su trasero de primera clase.

–¿Acabas de mirarme por debajo de la falda del disfraz? –preguntó ella mientras él saltaba la valla sigilosamente y aterrizaba a su lado.

–Sí. Ya me gritarás luego. Me encantan esas bragas. Después te las voy a quitar con los dientes.

Ella se tambaleó y él la sujetó. Con una sonrisa, la tomó de la mano y se la llevó hacia el tráiler de la oficina. Sin embargo, de repente oyeron unos aplausos que no tenían sentido en aquel recinto vacío.

–¿Qué es eso? –murmuró ella y, a la vez, cambiaron de dirección y fueron hacia el salón de bingo. Las cortinas de las ventanas estaban corridas y, desde fuera, parecía que estaba tan vacío como el resto de aquel lugar.

El aplauso cesó, pero se repitió al minuto siguiente.

–¿Por qué están jugando al bingo a escondidas? –preguntó ella.

Lucas cabeceó y, al instante, se quedó inmóvil, porque oyó llegar a alguien. Sus pasos eran ligeros, despreocupados.

Dos segundos más tarde, apareció un elfo por el camino. Debía de tener unos setenta años, e iba fumando y tosiendo al mismo tiempo.

–Eh, hola, Shirley –dijo Molly–. ¿Trabajas hoy?

Shirley se detuvo en seco y pestañeó.

–Sí. Y tú, ¿por qué no estás en el autobús de camino a Reno, con los demás?

–Yo también trabajo esta noche –respondió Molly, sin darle importancia.

–Ah –dijo Shirley–. No lo sabía. Es que esta noche solo trabajan los elfos... especiales.

–Yo soy uno de los elfos especiales. Entonces, el autobús... ¿va a Reno?

–Sí. Es su extra por haber hecho un buen trabajo.

Molly asintió.

–¿Janet está por aquí? Necesitaba hablar con ella.

–Está por aquí, sí. La última vez que la he visto estaba con Santa. Esta noche están muy ocupados, como puedes imaginarte. Yo no me acercaría mucho.

–Claro –dijo Molly–. Nada de acercarse. Bueno, y ¿dónde quieres que vayamos?

A Lucas no le sorprendió que Molly se manejara tan bien, pero estaba impresionado. Ojalá que

Archer y Joe pudieran verla en acción. Dejarían de cortarle las alas.

–Bueno, llegáis muy tarde –dijo Shirley, y miró a Lucas–. Y tú no llevas el disfraz.

–Sí, lo siento –dijo Molly–. Es que hemos discutido.

–Cariño, no deberías discutir con un hombre como este.

Molly miró a Lucas, y él enarcó las cejas. Entonces, ella entrecerró los ojos ligeramente.

–Estábamos discutiendo por dinero. Creo que yo debería poder hacerme la cera cuando quisiera, y él es muy tacaño con la tarjeta de crédito.

–Las chicas necesitan hacerse la cera –le dijo Shirley a Lucas–. Supongo que tú eres el guarda que no estaba donde debía estar, en la puerta trasera. El jefe ha estado despotricando un buen rato por eso. Pero tienes que ponerte el traje. Si no, se va a cabrear mucho.

–Lo ha echado a la lavadora y le ha encogido. ¿No tienes alguno de sobra? Habrá alguno en la oficina, ¿no? –preguntó Molly, y miró a Lucas un instante.

Shirley asintió y le hizo un gesto a Lucas para que la siguiera. Él miró a Molly para transmitirle el mensaje de que no cometiera una locura.

Ella le guiñó un ojo.

Dios. La quería. La quería mucho.

Shirley lo llevó a la oficina, que estaba vacía, y se puso las manos en las caderas.

–Me pregunto dónde guarda Louise los trajes de hombre.

Lucas miró al suelo, debajo del escritorio de Louise, y vio que el pendrive todavía estaba allí, en una esquina.

–Eh... ¿En ese armario? –dijo, señalando a algo que parecía un armario de almacenaje.

Shirley se encogió de hombros y se encaminó hacia allí.

Lucas se agachó y tomó el pendrive, y se lo metió al bolsillo justo cuando Shirley lo miraba.

Lucas adoptó una expresión de aburrimiento y miró la hora.

Shirley le dio dos trajes. Uno era para niños, y el otro, para un hombre de estatura media. Estupendo.

–Date prisa –le dijo Shirley–. Llegas tarde, y el jefe odia eso.

Después, le dio la espalda.

–¿Qué haces?

–Esperar a que te cambies.

Él tomó el disfraz, pero no había ocurrido ningún milagro durante los últimos treinta minutos. El traje de elfo masculino era de la misma tela y color que el femenino, pero, por lo menos, en vez de ser un vestido diminuto, era un traje de pantalón corto. Muy corto. La parte superior no era ajustada, y le llegaba un poco más allá de la cintura del pantalón corto más ridículo del mundo.

Le quedaban como si fuera a hacer una audición para los programas de lucha libre de los años ochenta. Se metió el arma en la parte trasera de la cintura, y eso hizo que se le ajustara aún más en la parte delantera. Estaba intentando recolocarse la entrepierna en el pantalón cuando señora Berkowitz se dio la vuelta y se quedó decepcionada al descubrir que él ya estaba completamente vestido.

–Vaya –dijo después con un asentimiento– Te queda muy bien. Bueno, vayámonos antes de que al jefe le dé un infarto.

–¿Dónde está?

Ella lo miró con extrañeza.

–En el salón de bingo, con todos los demás. Alguien tiene que vigilar a los elfos. A él le gusta hacerlo personalmente con todos –respondió y salió delante de él.

Al oír aquel «personalmente», a Lucas se le encendieron todas las alarmas, pero asintió y la siguió, caminando como si hubiera estado montando a caballo durante doce horas.

No sabía si Nick o su hermano Tommy el Pulgares sospechaban algo de Molly, pero no iba a correr ningún riesgo. Rebuscó el teléfono en el bolsillo del pantalón para avisarla de que ya tenía el pendrive y decirle que saliera de allí inmediatamente, pero no tenía el móvil. Se lo había dejado en el coche. Había un teléfono y un ordenador portátil en uno de los escritorios. No sabía de quién eran, y no le importó. Se alegraba de que el dueño no tuviera contraseña para entrar en el sistema y, de ese modo, él pudiera llamar a Molly.

Que no respondió.

Capítulo 23

#FraseSubordinada

Molly estaba al fondo de la sala de bingo, observándolo todo con asombro. Habían retirado las lonas que tapaban la parte que, supuestamente, estaba en obras.

Pero no habían hecho ninguna renovación, sino que aquella zona se había convertido en un casino, con mesas de juego y de apuestas.

Y, por la expresión de los jugadores y de los encargados de cada una de las mesas, las partidas de cartas eran muy serias.

De las vigas colgaban guirnaldas, tiras de luces y muérdago, y había varios árboles decorados junto a las paredes. Por los altavoces sonaban villancicos a todo volumen. Había varios elfos recorriendo el salón con bandejas de bebidas, y todo el mundo reía, hablaba y brindaba.

Nadie se fijó en Molly.

Ella buscó con la mirada a Janet, a Santa Claus y a su hermano.

Nada.

El teléfono vibró dentro de su sujetador. Lo sacó y miró la pantalla.

Un número desconocido. Ja. Buen intento, pero ella no respondía a las llamadas de la gente que no conocía. Apretó la opción de *Ignorar* y se paseó por la habitación. La gente hacía apuestas muy fuertes. Sacó de nuevo el teléfono y le envió a Lucas un mensaje: *El bingo se ha convertido en un casino ilegal. Creo que vamos a necesitar refuerzos.*

Se sintió muy orgullosa de sí misma, como si fuera una investigadora profesional, y volvió a meterse el teléfono en el sujetador mientras alguien se le acercaba por la espalda.

–No vas a ganarte ninguna propina si te quedas ahí parada –le dijo Shirley–. Muévete. Ve a la barra, toma una bandeja y empieza a servir. ¿Es que quieres que el jefe se dé cuenta de que no estás trabajando? Créeme, la respuesta a esa pregunta es «no».

–Entendido –dijo Molly, y echó a andar hacia la barra mientras le enviaba otro mensaje rápido a Lucas: *¿Dónde estás?*

Cuando llegó a la barra, saludó al camarero. Él también llevaba un traje de elfo, aunque de pantalón corto, y no parecía que le gustara mucho.

–Eh, hola –le dijo ella–. ¿Qué tal?

–¿Que qué tal? Tengo las pelotas apretadas en esta mierda de pantaloncitos. Son tan ajustados que me van a salir almorranas. Y parece que tengo bultos por todas partes, así que ya me puedo olvidar de ligar algo esta noche. Toma –dijo, y empujó una bandeja hacia ella–. Por ahora estamos sirviendo ponche de huevo con bien de alcohol. Si quieren cerveza o vino, son cinco pavos la copa. Los cócteles valen ocho. Solo se puede pagar en efectivo. Al jefe no le gusta que las chicas anoten los pedidos. Quiere que los memoricéis, así que hazlo bien.

Muy bien. Tomó la bandeja de ponches de huevo y se puso a caminar por la sala. Los ocupantes de la primera mesa la llamaron haciéndole gestos con la mano y tomaron todas las bebidas de su bandeja, así que le ahorraron el trabajo de pensar qué tenía que hacer con ellas. Se dio la vuelta para ir hacia el fondo de la sala, con intención de escapar y buscar a Lucas. Sin embargo, justo en aquel momento, vio al hermano de Santa saliendo por un estrecho pasillo. Ella sabía que había varias habitaciones pequeñas que se utilizaban como almacenes.

Pasó por delante de ella y se dirigió hacia una de las mesas de juego. Ella fingió que estaba ocupada hasta que él se alejó y, después, entró al pasillo.

Había dos puertas, y las dos estaban cerradas. Miró hacia atrás para asegurarse de que no la estaba viendo nadie y, después, se sacó dos horquillas del pelo para abrir la cerradura.

Un minuto después, cuando ya casi lo había conseguido, alguien le puso la mano en un hombro. Instintivamente, hizo algo que le había enseñado Caleb en el gimnasio: se giró y dio una patada muy fuerte.

Pero no golpeó a nadie, porque la persona que estaba allí se agachó y se irguió a la velocidad de la luz, la hizo girar y la sujetó contra su pecho.

Lucas.

Molly se dejó caer sobre él, y él la hizo girar de nuevo para mirarla a la cara.

Ella iba a decir algo, pero, al verlo bien, se quedó boquiabierta.

Lucas llevaba un traje de elfo, y nadie, en toda la historia, había llevado un traje de elfo como él. Molly no tenía palabras.

–¿Qué es esto? –le preguntó él, al oído, en un susurro–. ¿Es que sabes artes marciales?

–Un poco. Lo siento, he estado a punto de darte una buena patada.

–No digas eso –respondió Lucas–. Si este traje no me estuviera cortando la circulación, estaría erecto. Si sabes esos movimientos, ¿por qué le echaste café ardiendo a Santa en el regazo, en vez de haberle pateado?

Ella se encogió de hombros.

–Me parecía mejor lo del café en la entrepierna. Eh, ¿sabes que estás buenísimo de elfo?

Él hizo un mohín.

–No quiero hablar de esto. Nunca. No has contestado al teléfono. Tengo el pendrive. Vamos a salir de aquí y pedir refuerzos...

–Sí, por favor –dijo ella–. En cuanto entre en esta habitación. Tengo un presentimiento...

–Está bien –dijo él, y miró hacia el pasillo–. Ve.

Ella se giró para seguir forzando la cerradura.

–Pensaba que ibas a ponerte en plan cavernícola y a sacarme de aquí a la fuerza.

–Tienes un presentimiento –respondió él, y a ella se le hinchó el corazón–. Y, en cuanto a lo del cavernícola, ya jugaremos a eso después.

A ella se le cayó la horquilla, pero ya había conseguido abrir la cerradura.

–Bien hecho –dijo él.

–No es la primera vez.

Él soltó un resoplido y abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras. Le hizo un gesto a Molly para que entrara también, cerró la puerta y, con la linterna del teléfono móvil, iluminó partes de la habitación y emitió un silbido en voz baja.

Había dos mesas muy largas. En una descansaban dos bolsas grandes de lona, una llena y la otra, vacía. En la otra mesa había fajos de billetes envueltos y un registro contable en papel, lleno de números. Lucas lo hojeó y agitó la cabeza.

–Ingresos por fecha. Ingresos enormes en metálico. Ya hay uno de esta noche aquí escrito: cinco de los grandes... –se quedó callado, abrió la bolsa y la encontró llena de dinero en efectivo. Miró la otra bolsa, la que estaba vacía–. Aquí va a volver alguien enseguida –dijo–. Tenemos que largarnos.

–De acuerdo –dijo Molly, mientras sacaba fotos con el móvil–. Un minuto más y...

–¿Qué demonios...? –exclamó una mujer.

Era Janet. Estaba en el hueco de la puerta, pero no iba vestida de elfo, sino que llevaba un disfraz de la señora Claus, rojo y blanco. Tenía su acostumbrada sonrisa dulce y cálida, pero los estaba encañonando con una pistola pequeña y de aspecto letal.

–Vaya, vaya –dijo mientras cerraba la puerta–. ¡Vosotros dos sois una pesadez!

Lucas trató de sacar el arma que llevaba en la cintura del pantalón, pero Janet le pegó un tiro en la pierna. Lo más surrealista de todo fue que no hubo ningún sonido; la pistola llevaba silenciador. Lucas cayó al suelo.

–Molly –dijo entre dientes–. Sal corriendo.

No tenía ni la más mínima intención de dejarlo allí. Cayó de rodillas junto a él y miró a Janet con asombro.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó con la voz temblorosa.

–Maldita sea, Janet –gruñó Santa, al entrar en la habitación con su hermano, Tommy el Pulgares–. Te dije que dejaras en paz a estos dos, que no iban a dar más que problemas.

–Y yo te respondí que iba a encargarme de ellos –replicó Janet.

Tommy dio un suspiro y sacó una pistola muy grande. Apuntó a Molly a la cara.

–Quietecita.

Molly se quedó inmóvil.

El hermano de Santa Claus le lanzó una mirada asesina a Janet.

–¿Me estás tomando el pelo? No voy a volver a la cárcel por vuestra culpa –dijo y miró a su hermano–. ¿Y por qué necesitas tú a tantas mujeres en tu vida?

–Nadie va a ir a la cárcel, Tommy –dijo Janet.

–¿De verdad? Porque ese al que acabas de disparar es policía.

–No, es especialista en seguridad e investigador –dijo Janet.

Molly aprovechó aquella discusión entre los dos ancianos mafiosos para meter la mano lentamente por debajo de Lucas, para intentar alcanzar su pistola. Lo cual era mucho más difícil de lo que parecía en las películas.

–¡Peor me lo pones! –gritó Tommy–. Ya no podemos dejar que se vayan, porque te han descubierto, vieja loca. Y me vas a incriminar a mí también.

–No, de verdad, no sabemos nada –dijo Molly. Se puso de rodillas con la pistola de Lucas escondida a la espalda–. Podéis dejarnos marchar.

Tommy puso los ojos en blanco con resignación y le dio un golpe en la cara con la pistola. Ella vio las estrellas. Lucas se puso de pie y trató de echar mano de su arma, pero a ella se le había caído con el golpe. Ella se percató del momento exacto en el que Lucas se daba cuenta de que los dos estaban desarmados y de cómo cambiaba de táctica. Sin pestañear, le dio un puñetazo a Santa Claus en la cara.

Todo sucedió a cámara lenta. Molly cayó al suelo a la vez que Santa Claus, y empezó a sumirse en la oscuridad justo cuando Tommy apuntaba a Lucas y apretaba el gatillo. No ocurrió nada.

Se quedaron mirándose los unos a los otros, y Lucas aprovechó el desconcierto para tirarse por su arma. Sin embargo, Tommy agarró un trozo de tubería metálica de una de las baldas del

almacén y se la lanzó a Lucas a la cabeza.

Molly gritó y, al instante, se quedó inconsciente.

Capítulo 24

#NenaHaceFríoFuera

Molly despertó y jadeó.

A Lucas le habían pegado un tiro.

Intentó no dejarse dominar por el pánico. Al tratar de sentarse, se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda. Todavía estaban en la habitación que servía de almacén. Lucas estaba tendido a pocos metros, tan inmóvil, que a ella se le detuvo el corazón. Él también tenía las manos atadas a la espalda, y la cabeza y la pierna ensangrentadas.

Se puso de rodillas y se arrastró hacia él. Tenía un corte muy profundo en la sien.

–Por favor, que no te haya pasado nada –susurró, aunque sabía que no estaba bien. Ni siquiera sabía si respiraba–. Oh, Dios, Lucas, no te mueras.

Se inclinó hacia él y, por fin, comprobó que su pecho subía y bajaba con la respiración.

A Molly se le escapó un sollozo de alivio.

«Vamos, domínate y actúa rápidamente», se dijo. Le dio un empujón a Lucas con el hombro.

Él no se movió.

Ella lo empujó con más fuerza.

No obtuvo respuesta alguna.

–Tienes que despertarte –le rogó–. Te necesito. Te quiero y te necesito, y no me había dado cuenta hasta este momento, así que, si puedes...

Se quedó callada porque, de repente, se había dado cuenta de que había una tercera persona en la habitación.

Santa Claus.

Estaba tendido boca arriba, con un agujero de bala entre las cejas. Todavía tenía una expresión de espanto.

Y entendía aquel sentimiento. Janet, tan mona, dulce y cálida, también conocida como la señora de Santa Claus, los había despachado a todos.

Se oyeron unos aplausos al otro lado del pasillo. Seguramente, la velada de bingo ya estaba terminando, así que iba a aparecer alguien con las últimas ganancias de la noche.

Y para terminar lo que habían empezado.

Se inclinó sobre Lucas e intentó despertarlo.

–Por favor, despierta –murmuró, posando la mejilla en la de él, que estaba helada.

Lucas gruñó suavemente, pero no despertó. Había perdido mucha sangre y necesitaba que lo atendieran los médicos, pero como ella tenía las manos atadas a la espalda, no podía ayudarlo. Apoyó suavemente la cabeza en su hombro y sollozó una vez más.

–Por favor, no te mueras.

Más aplausos.

Ella se puso de pie y se giró para tratar de abrir la puerta.

Estaba cerrada con llave.

Había una ventana, pero, por desgracia, estaba a bastante altura. Era alta y estrecha, para dejar pasar la luz y el aire, no para escapar por ella. Molly fue empujando una de las mesas con la cadera y, cuando por fin consiguió pegarla a la pared, intentó subir apoyando el trasero en el borde. Sin embargo, tenía el muslo entumecido y no podía elevarse lo suficiente. Lo intentó con la otra pierna, pero la pierna débil le falló y cayó al suelo.

Se dio un golpe muy fuerte.

Movió la cabeza para aclarársela. Después, rodó por el suelo para poder meter las piernas bajo el cuerpo y levantarse, y acabó cara a cara con el difunto Santa Claus. Dio un grito de horror, se apartó y, mientras tragaba saliva, pensó que tenía que sobreponerse a los dolores y los calambres, porque, eh, todavía estaba viva.

Y esperaba con toda su alma que Lucas también siguiera vivo.

Se irguió y, por pura fuerza de voluntad, consiguió subir a la mesa. Ponerse en pie sobre ella fue más difícil, porque le dolía mucho la pierna. Ignoró aquel dolor, se estiró todo lo que pudo y miró la ventana. Necesitaba abrirla con las manos.

—Mierda.

Bajó de la mesa y miró a su alrededor frenéticamente en busca de algo afilado que pudiera cortar las ataduras. Se fijó en la vieja estantería de metal que había junto a la pared. Tenía una de las esquinas oxidada y dentada. Pensó que el tétanos era preferible a morir a manos de la señora de Santa Claus, así que se acercó y comenzó a mover las ataduras contra la esquina. Sin embargo, lo hizo con tanta prisa, que se hizo un corte en una mano.

Con un grito ahogado de dolor, volvió a colocar las manos y siguió raspando las ataduras. Al cabo de un rato que se le hizo eterno, consiguió liberarse.

Le caía la sangre por los dedos, pero ignoró el corte que tenía en la mano y corrió hacia Lucas. Seguía vivo, pero inconsciente. Buscó su teléfono móvil en los bolsillos, pero no lo tenía, así que decidió cachear a Santa Claus en busca del suyo.

—Eras un imbécil —le susurró, al encontrar el móvil en uno de sus bolsillos—, pero lo siento mucho.

Utilizó la opción de llamadas de emergencia para llamar a la policía. Después, quiso llamar a Joe, pero no sabía cuál era la contraseña de Santa Claus. Sin embargo, había la opción de utilizar la huella dactilar para desbloquear el teléfono, así que, con cuidado, tomó el dedo pulgar de Santa Claus y lo colocó en la pantalla.

—Esto también lo siento —le dijo, y llamó a Joe.

Él descolgó rápidamente y respondió con la voz entrecortada.

—¿Quién es?

—Te necesito.

El tono de molestia de su hermano se convirtió en uno de preocupación.

—Molly... ¿dónde estás?

—En el Pueblo de la Navidad, en Soma. Ya he llamado a la policía, pero te necesito.

—Llama a Archer —le dijo a quien estuviera con él—, y dile que mande a todo el mundo al Pueblo de la Navidad de Soma lo antes posible.

Molly sabía que, seguramente, estaba hablando con Kylie, porque él ya se estaba poniendo en marcha. Así era Joe; capaz de mover cielo y tierra cuando ella lo necesitaba.

–Molly –dijo Joe con el ruido de un motor de fondo–. Háblame.

Abrió la boca, pero, de repente, empezó a oír las voces del salón de bingo. La gente empezaba a levantarse; parecía que la velada había llegado definitivamente a su final y que empezaban a marcharse. Volvió a subir a la mesa, dejando una huella de sangre que hizo que tragara saliva. Miró por la ventana. La altura hasta el suelo no era nada comparada con los tres pisos con los que había tenido que enfrentarse la última vez que había estado en aquella situación, pero el cerebro le jugó una mala pasada. La caída le pareció de unos cincuenta metros.

No importaba. Aquella era la única salida para Lucas y para ella.

–Molly –le dijo Joe de nuevo, con la voz muy tensa–. ¿Qué ocurre?

–Date prisa –susurró ella–. Estamos en el salón de bingo. Por la ventana sur.

Volvió a bajar de la mesa, apretando los dientes a causa del dolor de la pierna, y fue hacia Lucas. Se metió el teléfono en el sujetador sin cortar la conexión, para que Joe pudiera oírlo todo. Metió las manos por debajo de los brazos de Lucas y tiró de él. A pesar de que era delgado y musculoso, pesaba muchísimo. Entre jadeos, consiguió llevarlo hasta la ventana.

–Lucas –le dijo, zarandeándolo–. Demonios, tienes que despertarte. Pesas una tonelada y...

Él entreabrió un ojo.

–¿Me acabas de llamar gordo?

A ella se le escapó una carcajada de alivio. Lucas pestañeó y se fijó en la sangre de Molly. De repente, despertó del todo e intentó incorporarse, a pesar de las ataduras de las manos.

–Estás herida –dijo–. Cuánto has sangrado...

–No, la sangre es casi toda tuya –dijo ella–. Santa Claus está muerto y Janet ha desaparecido con Tommy, pero van a volver enseguida. Tenemos que salir por la ventana ahora mismo.

–Molly, dime qué está pasando –dijo Joe, desde el interior de su sujetador–. Me faltan diez minutos para llegar. ¿Qué ocurre?

–A Lucas le han disparado y le han dado un golpe en la cabeza con una tubería –dijo–. La señora de Santa Claus se volvió loca. Date prisa –añadió.

Después, tomó una silla, preguntándose por qué no se le había ocurrido antes, y la acercó a la mesa. Se giró hacia Lucas y lo empujó hacia la silla.

–Súbete a la mesa. Vamos a salir por la ventana.

Lo sujetó para mantenerlo erguido y subió con él. Después, se inclinó para subir la silla a la mesa.

–Agáchate –le dijo a Lucas. Y, cuando él lo hizo, ella lanzó la silla contra la ventana.

El cristal se rompió, y la silla cayó al suelo. Molly intentó convencerse de que el estruendo no había sido tan grande.

Habían quedado dardos de cristal en la ventana. Lucas estaba apoyado en la pared, más inconsciente que consciente, pero se irguió y se quitó la camiseta. Al sentir el roce de la tela con la herida, se estremeció de dolor. Le dio la camiseta a Molly y ella se envolvió la mano para quitar el resto de los cristales. Después, tiró de Lucas hacia la ventana.

–Tú, primero.

Él se agachó y le dio un empujón con el hombro, levantándola con una reserva de fuerza que ella ni se imaginaba.

–No –jadeó Molly–. Primero tú...

Él no le hizo caso. La empujó hacia la ventana.

Durante un segundo, ella se quedó colgada del alféizar. Aunque los pequeños trozos de cristal que no había podido quitar se le clavaban en las manos, ni siquiera lo sentía. Estaba concentrada

en el suelo. Aunque la caída solo era de unos tres metros, se le había quedado el cuerpo inmovilizado de terror. Bueno, no exactamente inmovilizado, porque temblaba como una hoja.

–Molly.

Ella alzó la cabeza y miró a Lucas.

–Escúchame –dijo él–. Nos has salvado. Lo has conseguido. Eres increíble, pero tenemos que seguir. Ahora están confiados, no piensan que podamos escapar, no sospechan nada. Pero no van a seguir así. Tenemos ventaja y debemos conservarla.

–No puedo saltar.

–Sí puedes. Relaja los brazos y agáchate hasta que los brazos y las piernas estén completamente extendidos. Solo son tres metros. Te prometo que es fácil.

–Pero tú estás herido, y no vas a poder usar las manos...

–Yo voy a ir justo detrás de ti, no lo dudes.

Ella siguió mirándolo y, a pesar de la urgencia, él asintió con paciencia, sin demostrar un ápice de irritación.

–Mantén el cuerpo relajado –le dijo–. No bloques las rodillas. Puedes –le repitió, observándola con calma.

Entonces, oyeron la cerradura, y el miedo que Molly sintió por él superó con mucho el miedo que tenía a saltar por otra ventana.

–¡Prométeme que vas a saltar detrás de mí!

–Te lo prometo.

Ella respiró profundamente, relajó el cuerpo y se tiró.

Capítulo 25

#FastídateElfo

Lucas estaba tendido en una camilla, rodeado de gente que le atendía hablándole en jerga médica y pinchándole con una aguja muy larga. Él odiaba las agujas. Intentó sentarse, pero tenía una máscara de oxígeno en la cara. Se la apartó de golpe.

–Molly.

Alguien le puso una mano en el pecho, pero no era ella. Era Joe. Y no para reconfortarlo, sino para impedirle que se moviera.

–Tenemos a la señora Santa Claus y a Tommy el Pulgares esposados –dijo Joe inmediatamente, porque sabía que la única forma de calmarlo era darle aquella información–. Santa Claus está en una bolsa para cadáveres. Los elfos llegaron sanos y salvos a Reno.

Hablaba con tirantez y tenía una mirada intensa. Estaba muy enfadado. Y tenía motivos, porque no le habían dicho nada de lo que estaba sucediendo.

–Molly –dijo Lucas de nuevo, apartándole las manos al enfermero que trataba de ponerle de nuevo la máscara de oxígeno–. ¿Dónde está?

–También la están atendiendo. Tiene algunas heridas, cortes y magulladuras, pero no tiene heridas de bala, lo cual, supongo, es gracias a ti –dijo Joe. Entonces, su tono se suavizó–. Gracias, tío, por protegerla esta noche y salvarle el pellejo.

Lucas hizo un gesto negativo con la cabeza.

–No, te equivocas. Fue ella la que me salvó el pellejo a mí. Yo me quedé inconsciente con el disparo. Molly... ha luchado como una profesional y, aunque consiguieran reducirla, después fue capaz de quitarse las ataduras, subirme a la mesa, arrastrarme hasta la ventana y sacarnos de ahí. Deberías haberla visto –dijo–. No fue fácil para ella, pero lo consiguió. Ha llevado este caso como lo hubiéramos hecho cualquiera de nosotros. Tal vez, mejor que los demás.

Joe asintió, aunque tenía una expresión preocupada.

–Te van a llevar al Hospital General...

–No, no necesito ir al hospital.

–Sí –dijo Archer, acercándose y colocándose junto a Joe–. Tienes una bala en el muslo, y no sé si van a tener que darte veinticinco puntos en la herida de la cabeza. Y, de paso, podrían hacerte la lobotomía, porque no llamaste a tu equipo. Ya hablaremos de eso después, cuando no haya peligro de que se te salga el cerebro por el agujero.

Estupendo. Estaba impaciente.

–Pero, si no os llamé yo, ¿por qué habéis venido?

–Nos llamó Molly. Parece que es más lista que tú. Por cierto, bonito traje.

Lucas se miró. Todavía llevaba el traje de elfo. La mitad, en realidad, porque solo tenía puestos

los pantalones cortos.

Archer miró a Joe.

–Hazle una foto para tener material de chantaje en el futuro.

Joe se dio unos golpecitos en el bolsillo del pantalón.

–Ya se la he hecho.

–Voy a darte el alta –le dijo el médico de urgencias a Molly.

Ella iba a levantarse, pero él la detuvo.

–Pero solo si me prometes –añadió– que te lo vas a tomar con calma durante unos días, para que se te curen las heridas antes de volver a trabajar.

–No pasa nada. Mi trabajo no es... –respondió ella, pero se quedó callada. Iba a decir que su trabajo no era peligroso, pero eso sería mentir–. Sí, voy a descansar –le prometió. Y eso no sería mentir, porque gracias a una pastilla grande de color rosa, tenía una agradable sensación de entumecimiento–. ¿Dónde está Lucas?

–Está saliendo de la operación.

–Quiero verlo –dijo Molly.

En aquella ocasión, consiguió sentarse, aunque tuvo que disimular el dolor que le causó el movimiento.

–Tienes que moverte despacio –le dijo el médico–. En cuanto a Lucas, alguien te avisará cuando puedas entrar a verlo.

Cuando se fue, Molly miró a Joe, que estaba sentado en una silla en un rincón, con cara de contrariedad. No se había movido de su lado, pero tampoco le había dicho ni una palabra.

–Voy a ir a verlo –dijo ella con terquedad.

Él se pasó una mano por la cara.

–¿Tienes la menor idea de lo que ha pasado esta noche?

–Sí, Joe –dijo ella moviendo la mano vendada–. Tengo una idea muy aproximada, porque lo he visto todo desde la primera fila.

Él se apoyó en el respaldo con un profundo suspiro.

–Me has quitado diez años de vida.

–Bienvenido al club –replicó ella–. ¿Te acuerdas de que el año pasado te hirieron en el trabajo y hasta que no pasaron dos días de tu ingreso en el hospital no supimos si te ibas a salvar? Yo estaba sentada donde tú estás ahora, así que lo entiendo muy bien. Y que conste que lo que ha pasado esta noche no tiene ni comparación con todo lo que yo he vivido cuando he estado en tu lugar.

Joe hizo un mohín.

–Mira... Ya lo sé, ¿de acuerdo? Y lo siento.

Ella se quedó mirándolo, esperando a que continuara. Al ver que Joe se quedaba callado, movió la cabeza.

–¡Vaya! Una disculpa sin añadir un «pero» al final. ¿Te ha dolido?

–Está bien, sí. Me lo merezco. He sido... duro contigo.

–No, duro, no –replicó ella–. Imposible.

–Estoy trabajando en ello –respondió él, y ella lo miró con incredulidad–. Claro que sí. Te lo prometo –le aseguró Joe–. Pero vamos a tener una discusión, y no quiero discutir de esto contigo hasta que estés bien del todo. Vamos a tener una conversación distinta. Lucas.

Vaya.

–Pues resulta –dijo ella, encogiéndose de hombros– que no estoy de humor para conversaciones.

–Es una pena. No sé qué está pasando exactamente entre vosotros dos, pero...

–Lo que está pasando es que él se llevó un balazo que iba dirigido a mí –dijo ella–. Y que le dieron con una tubería de acero en la cabeza, cosa que también era para mí, y no me voy a marchar de aquí hasta que me cerciore de que está bien.

Se bajó de la cama, agarrándose a la barandilla, y Joe se acercó a ella en un instante y le puso las manos en los brazos. Le había llevado el bastón, cosa que no pensaba usar.

–Quiero saber lo que está pasando.

–Te lo acabo de decir.

–No me refiero al caso que, por cierto, no deberías haber aceptado por tu cuenta. Me refiero a lo que pasa entre mi mejor amigo y compañero de trabajo y tú.

Aquella pregunta hizo que Molly recordara con nitidez lo que había sentido la noche anterior, durmiendo entre sus brazos: felicidad. Satisfacción.

Plenitud.

Y, aunque él no había hablado mucho, ella había visto la mirada de sus ojos aquella mañana. Lo había sentido en sus caricias y lo había oído cuando él pronunciaba su nombre.

Las cosas habían cambiado.

No sabía cuándo, ni cómo, pero él se había enamorado de ella.

Y, por increíble que pudiera parecer, ella también se había enamorado de él.

–Molly.

Ella movió la cabeza. Apartó la cortina que rodeaba su cama y miró la sala de urgencias, que estaba decorada con guirnaldas y tiras de luces navideñas. Miró los demás cubículos de las camas. Muy bien. Uno, dos, tres:

–¡Lucas! –gritó, sin preocuparse por el hecho de montar un escándalo.

–Demonios, Molly –le dijo Joe, entregándole el bastón sin miramientos–. Por lo menos, apóyate en esto mientras estás gritando como una loca.

Ella agarró el odiado bastón y se apoyó.

–¡Lucas!

Archer asomó la cara por una de las cortinas, que estaba al otro lado de la sala, y se quedó mirándola.

Antes, Archer la intimidaba. Era un tipo imponente, con los ojos oscuros y un pensamiento también oscuro. Hasta que Elle había conseguido atravesar sus defensas, su vida, en general, era oscura. Joe le había conseguido el trabajo, pero ella había tenido que demostrar su valía ante Archer. Había empezado de recepcionista, respondiendo al teléfono y gestionando los horarios. Poco a poco se había ganado la confianza de Archer y, ahora, él permitía que dirigiera la oficina y su mundo. Aquello era un gran cumplido, y a ella le encantaba el trabajo, además de la oportunidad.

Sin embargo, como Archer sabía bien, llevaba un tiempo queriendo algo más. Tenía la sensación de que, con aquel caso de Santa Claus, había demostrado de lo que era capaz, y él ni siquiera lo sabía. Era frustrante. Al estar frustrada y, tal vez, un poco colocada con los analgésicos, dejó de funcionarle el filtro interno.

–Quiero verlo –dijo.

Archer salió del cubículo y se mantuvo firme, mientras ella caminaba hacia él con cara de

pocos amigos.

–Apártate –le dijo.

–Molly...

Ella lo rodeó y abrió la cortina.

Al ver que la cama había desaparecido, se le paró el corazón. Todo se paró a su alrededor. Se quedó muda. No podía ver nada.

Archer soltó un juramento y la sujetó. La obligó a sentarse en la silla del cubículo y cerró la cortina.

–Lo han operado para sacarle la bala. Ahora le están haciendo un TAC. Lo van a traer dentro de unos minutos, y vivo, te lo prometo. Tú deberías estar en tu cama.

–Me han dado el alta.

–¿Dónde está tu hermano?

Joe entró al cubículo.

–Aquí –dijo–. A Molly no se le da bien esperar pacientemente.

–Ya, ya lo sé –respondió Archer, y los dos se quedaron mirándola.

Estaban enfadados porque ellos no les habían informado de la situación. Sin embargo, eso era culpa suya.

–Eh –dijo ella–. Lo único que he hecho es resolver el caso y pillar al culpable. Bueno, más bien, a los culpables: Santa Claus, su señora y el hermano mafioso de Santa Claus. Deberíais estar dándome palmaditas en la espalda y preguntándome si quiero ir a tomar una cerveza después del trabajo, como cuando vosotros termináis bien una misión.

Los dos se quedaron boquiabiertos.

–De acuerdo, de acuerdo. No sabíais que yo estaba haciendo el trabajo, así que puede que me esté pasando un poco. Así que podríais decirme algo como «Eh, pues te las has arreglado muy bien, Molly. Bienvenida al equipo».

Archer exhaló un suspiro de frustración.

–En primer lugar –dijo–, tienes razón. No nos dijiste que estabas con un caso. No nos avisaste cuando empezó a complicarse. Lucas, tampoco. Vamos a empezar por ahí.

Vaya. No era así como ella esperaba que fueran las cosas.

–Intenté que tú lo aceptaras –dijo, pero Archer la interrumpió.

–Y yo te dije que no estabas preparada.

–Bueno, pero yo no estuve de acuerdo.

–De eso se trata, Molly –replicó él en un tono autoritario–. Tú no puedes permitirte el lujo de no estar de acuerdo conmigo en el trabajo. Soy tu jefe.

–Eso lo sé. Y eres un jefe increíble. Pero solo eres mi jefe durante la jornada de trabajo. Después, lo que yo haga no es asunto tuyo.

Archer miró a Joe.

Joe hizo un gesto de exasperación con las manos.

–Mira, si te crees que vas a conseguir que tenga un poco de sentido común, estás equivocado. ¿Por qué crees que se me ocurrió la idea de poner a Lucas a vigilarla?

–Espera –preguntó Molly, lentamente–. ¿Qué?

Joe se quedó callado.

Molly lo señaló.

–Repite eso.

–Demonios –murmuró Joe y se pasó una mano por la cara.

–¿Le pedisteis a Lucas que me vigilara? ¿Cuándo?

Joe suspiró.

–¿Y qué importa?

–Oh, Dios mío, Joe –dijo ella, horrorizada–. ¿Desde el principio? ¿Lo dices en serio?

–Estaba intentando protegerte.

Ella se puso furiosa y se sintió muy dolida. Se volvió hacia Archer.

–¿Le tienes mucho cariño? Porque estoy pensando en matarlo.

–Esto fue cosa mía, no suya. Yo fui el que se empeñó en que Lucas se cerciorara de que rechazabas el caso de los elfos. Al ver que no lo hacías lo dejé en ese puesto para que no te pasara nada.

Ella pestañeó unas cuantas veces, pero no, no estaba dormida, soñando. Aquello estaba sucediendo de verdad. Se puso de pie para marcharse, pero, al darse cuenta de que estaba temblando, volvió a sentarse. Justo en aquel momento, Archer recibió un mensaje.

–Está en recuperación. Podemos ir a verlo ya –dijo Archer, y todos recorrieron el hospital. Encontraron a Lucas en otro cubículo.

Estaba despierto, pero no tenía buena cara.

–¿Estás bien? –le preguntó Molly. Necesitaba saber cómo estaba antes de matarlo a él también. Él asintió.

Por supuesto. Típico de los hombres. Estaba bien, aunque se le estuvieran cayendo pedazos del cuerpo.

–Lucas, ¿estás seguro?

–Deja de hablarle así. Claro que se va a poner bien.

Lucas no apartó los ojos de Molly.

–Me has salvado la vida –le dijo. Su tono era de sorpresa, y ella se enfadó de nuevo.

Al ver que entrecerraba los ojos, él sonrió. Fue una sonrisa cansada y llena de dolor, pero en sus ojos había otras muchas cosas, tantas, que ella sintió que se le aceleraba el corazón.

–Has estado increíble, Molly –dijo, suavemente, y la tomó de la mano–. Eres una profesional.

Ella se ruborizó de orgullo, hasta que se acordó de todo y se zafó de su mano, aunque, en realidad, lo que quería hacer era acariciarle la frente y besársela para quitarle todo el dolor.

–Te pusieron a espiarme –le dijo, señalando a Archer y a Joe–. Y no me lo dijiste –añadió, y se volvió hacia ellos dos–. Y yo no os hablé de lo del caso porque sabía que me apartaríais y os haríais cargo de él.

–Vaya –dijo una mujer–. ¿Cómo?

Todos se dieron la vuelta y vieron a Sadie y a Elle en la puerta.

Elle se cruzó de brazos y miró a Archer.

Archer no dejó traslucir ninguna reacción, pero empezó a temblarle el párpado izquierdo.

–¿Qué estás haciendo tú aquí?

–Asegurarme de que mis amigos están bien –respondió Elle.

Se acercó a Molly y la abrazó. Sadie se sentó al otro lado, y Molly tomó aire profundamente. Agradecía aquella muestra de apoyo, pero le dolían las heridas y la cabeza. Y el corazón. Eso era lo que más le dolía. Estaba enfadada con los tres hombres, y no sabía por qué todo el mundo pensaba que tenían que cuidarla. Ya había demostrado lo que podía hacer, demonios.

Lucas la miró.

–Todo el mundo fuera –dijo.

A ella la tomó de la mano. Al principio, Molly intentó zafarse, pero él no se lo permitió. No

quería montar una escena, así que esperó a que todo el mundo fuera saliendo del pequeño cubículo.

–Estamos ahí fuera, si nos necesitas –le dijo Sadie.

A ella se le formó un nudo en la garganta, pero no apartó los ojos de Lucas.

–Gracias –dijo.

–Justo aquí fuera –repitió Sadie.

Después, Molly y Lucas se quedaron a solas.

–Molly –dijo Lucas–, yo...

–Me mentiste.

–No. Omití.

–Es lo mismo.

–No es lo mismo –repuso él–. Cuando Archer se dio cuenta de que ibas a aceptar este caso a pesar de lo que él te había dicho, me pidió que te protegiera.

–¿Y siempre haces todo lo que te dice Archer?

Él hizo un gesto de dolor cuando ella se liberó y dio un paso atrás.

Archer asomó la cabeza al cubículo. Claramente, todos estaban escuchando la conversación, aunque eso no era de extrañar.

–Ni siquiera estamos en horas de trabajo –le ladró a Archer–. Así que ahora no eres mi jefe y puedo mandarte que salgas de aquí sin que me despidas.

–Molly...

–¡Que salgas! –repitió ella, y miró a Joe, que también había asomado la cabeza–. Tú, también.

–No os preocupéis, yo lo soluciono –les dijo Lucas a sus amigos.

Archer sacó la cabeza.

Joe se quedó mirando a Lucas.

–¿Seguro?

–¡Oh, por Dios! –gritó Molly.

Joe se escabulló.

Lucas le tendió la mano a Molly, pidiéndole en silencio que se acercara a él.

Sin embargo, ella se cruzó de brazos.

–Molly.

–Te pidieron que me protegieras, y tú aceptaste, pero no me lo dijiste.

–No fue exactamente así.

–Pues entonces, Lucas, dime cómo fue exactamente.

–Archer te dijo que no quería que aceptaras el caso.

–Porque pensaba que no había caso.

–Porque está hasta arriba de trabajo hasta dentro de dos meses –replicó Lucas–. Porque, pensara lo que pensara del caso, no quería tomarlo porque en este momento no tiene la capacidad para dar lo mejor de su empresa, y esa es su prioridad.

Ella apartó la mirada.

–Y, sí –continuó él en voz baja–. Yo intenté convencerte de que no aceptaras el caso. Pero, cuando conocí a los elfos, me di cuenta de que tenían razón y de que estaba ocurriendo algo.

–Y entonces fue cuando Joe y Archer te pusieron en el caso conmigo –dijo ella–. Puedo entenderlo, por muy estúpido que fuera por su parte. Pero tú... –añadió, cabeceando–. Tú estabas trabajando, y yo creía que estábamos...

Cerró los ojos y le dio la espalda.

–Molly. Y lo estábamos.

–No, no es verdad. Solo éramos compañeros de trabajo, y ¿sabes una cosa? Como es lo que le hemos dicho a todo el mundo, podemos seguir así.

–Sabes que hay mucho más que trabajo entre nosotros dos, Molly.

–¿De verdad?

–Tú me quieres.

Ella se quedó inmóvil y se giró rápidamente hacia él.

–Sí –dijo él–. Te oí decírmelo en ese almacén.

Detrás de la cortina se oyeron un montón de susurros, como si sus amigos fueran un montón de niños en los bancos del final de la iglesia.

–¿Le dijo que lo quería?

–¿Qué demonios ha estado pasando mientras estaban trabajando en el caso?

Molly abrió la cortina, y todas las caras que estaba pegadas a ella retrocedieron. Todos se chocaron unos contra otros y se movieron como si estuvieran muy ocupados.

–Marchaos –les ordenó Molly.

Y, como si fueran uno, dieron varios pasos atrás.

–No es posible –dijo Molly, después de cerrar de nuevo la cortina–. Estabas inconsciente.

–No todo el rato. A veces recuperaba el conocimiento. Pero oí que me decías que me quieres, y me pediste que no me muriera con tanta dulzura que supe que tenía que sobrevivir solo para poder decírtelo yo también a ti: Te quiero, Molly.

A ella se le aceleró el corazón.

–Me quieres, pero me mentiste. El amor no miente, Lucas.

Él no sonrió, no pestañeó. Se quedó mirándola fijamente a los ojos. Sonrió suavemente y, al ver aquella sonrisa, a Molly le resultó difícil seguir alejada de él.

–Sabes que no se me da bien esto –dijo Lucas con cara de preocupación–. No tengo práctica.

–Yo tampoco –replicó ella–. Pero yo no te mentí. Nunca te mentiría.

Se dio cuenta de que iba a destruir aquello, pero no pudo contenerse, seguramente porque una pequeña parte de sí misma sentía alivio de que hubiera una vía de escape.

–Molly...

–Tengo que irme.

–Espera –dijo él–. ¿Y yo?

–Tú haz lo que quieras.

–No. No te vayas. Yo no puedo seguirte...

–No necesito que me sigas –dijo ella mientras se alejaba–. Cuídate, Lucas.

Y, con un esfuerzo, se marchó.

Capítulo 26

#LoÚnicoQueQuieroPorNavidadEsATi

Lucas vio salir a Molly del cubículo y tuvo miedo. Intentó sentarse, pero no pudo incorporarse antes de que todos los demás volvieran a entrar en su habitáculo.

–Mira –le dijo Archer–, incluso yo sé que, cuando una mujer dice «Haz lo que quieras», no puedes hacer lo que quieras.

–Y, entonces, ¿qué haces?

–Te quedas quieto. No parpadees. No respires. Hazte el muerto.

Lucas cerró los ojos. En realidad, ya se sentía como si estuviera medio muerto. Si eso valía...

Apareció una enfermera y, al ver la cantidad de gente que había en el cubículo, soltó un jadeo.

–Esto es un hospital, no una fiesta –dijo con sequedad.

–Es las dos cosas –respondió Elle–. Bueno, más que una fiesta, es un funeral, porque el bobo de nuestro amigo acaba de estropear las cosas con el amor de su vida. Ya sé que nos dijeron que solo podemos estar aquí de dos en dos, pero va a hacer falta que estemos todos reunidos para hacerle entender que tiene que enmendar su error.

La enfermera miró a Lucas.

–¿Lo ha estropeado?

–Sí.

–Hombres –dijo ella, cabeceando. Después, sacó un estetoscopio para escuchar su respiración y lo miró con seriedad.

Seguramente, estaba oyendo cómo se moría su corazón.

–Tiene que descansar –dijo, y se giró hacia Elle–. Siento interrumpir la sesión, pero tendrán que arreglar su problema más tarde. Ahora necesita tranquilidad.

Cuando la enfermera echó a todo el mundo, Lucas se sintió aliviado. Sin embargo, al poder pensar con calma, se dio cuenta de que Molly se había ido de verdad y de que, a juzgar por su mirada, no iba a volver.

Lo cual hacía de él un verdadero idiota.

Se despertó a causa de un molesto pitido que le dio a entender que seguía en el hospital. Se incorporó para sentarse, conteniendo el dolor y las náuseas.

Tenía una infección en la pierna, y lo habían dejado ingresado en vez de darle el alta. Llevaba dos días en el hospital, con fiebre y pocos momentos de lucidez. Había soñado que Molly estaba allí, a su lado, todo el tiempo, tomándolo de la mano o apartándole el pelo de los ojos. Estaba seguro de que la había oído murmurar «idiota» en un tono afectuoso. Sin embargo, siempre que

había abierto los ojos, se había encontrado la silla vacía.

–¿Algún problema? –le preguntó Joe, que acababa de llegar.

–Me pareció que oía...

–¿El qué?

–No, nada.

Joe puso una bolsa de viaje sobre la cama.

–He pensado que querrías algo de ropa para que no se te vea el trasero –dijo.

Lucas se quitó la bata del hospital.

–Ojalá no vuelva a ver ninguna bata de estas en toda la vida –respondió.

Con cuidado, bajó los pies al suelo y se puso los pantalones vaqueros que le había llevado Joe, sin ponerse ropa interior, porque no sabía cuántas fuerzas tenía y quería invertirlas bien.

–Dime lo que ha pasado con el caso.

–¿Por qué me lo ocultaste? Entiendo que Molly lo hiciera, pero tú, no, Lucas.

Lucas tomó aire profundamente.

–Es buena, Joe. Se merecía intentarlo con este caso. Y yo no podía decidir llamarte o no, porque ella tiene su propio parecer. Y no solo eso, sino que, como ya te he dicho, es muy buena. Vas a tener que aceptarlo. Y, ahora, cuéntame qué ha pasado.

Joe pensó durante unos segundos y, después, asintió con resignación.

–Resulta que Santa Claus les había dicho a los elfos la verdad con respecto a una cosa: el Pueblo de la Navidad no estaba haciendo mucho dinero. Uno o dos de los grandes por semana. Sin embargo, los beneficios del casino ilegal eran de diez a doce mil de los grandes, y eran tan tontos que metían en la contabilidad los beneficios ilegales para lavar el dinero a través del negocio legal. Arreglaron los libros, pero no contaban con una cosa.

–Con Molly –dijo Lucas.

–Exacto, con Molly –dijo Joe–. Tommy el Pulgares y Janet van a juicio por blanqueo de capitales, conspiración para cometer el delito de blanqueo de beneficios de juegos de azar ilegales, pertenencia a organización criminal y un montón de otras cosas muy divertidas, incluyendo un asesinato. Santa ya está a tres metros bajo tierra.

Lucas asintió y tomó una camiseta.

–Bueno –dijo Joe, mientras él empezaba a ponérsela.

–Mi hermana y tú.

Lucas metió los brazos por las mangas y se bajó la camiseta antes de mirar a Joe.

–Sí. Molly y yo.

–Entonces, lo admites. Te has estado acostando con mi hermana cuando se suponía que tenías que estar protegiéndola.

–La estaba protegiendo –dijo Lucas–. Y no es una simple cuestión de acostarme con ella.

Joe enarcó una ceja.

–No, claro que no –insistió Lucas–. Con ella es diferente.

–¿Tan diferente que, al final, has hecho el imbécil y te ha dejado?

–¿De verdad quieres hablar de eso? –preguntó Lucas–. Porque, ¿quién tiene la culpa de que esté enfadada porque yo le haya mentado? Me enamoré de ella, Joe. No quería, pero es la verdad, aunque ella no se lo crea. Tú también te enamoraste de Kylie hace unos meses, mientras la estabas protegiendo, así que, por favor, dime que esto que ha sucedido está mal.

Joe suspiró. Se pasó una mano por la cara, un gesto con el que admitía su culpabilidad.

–Por si te has confundido con los detalles, Molly te ha dejado.

Lucas asintió.

–Lo voy a arreglar.

Joe lo miró fijamente, y Lucas supo que solo había dos salidas: o seguían siendo amigos y compañeros, o dejaban de serlo.

Joe volvió a suspirar.

–Molly ha estado aquí.

–¿Cómo?

–Te has despertado buscándola, ¿no? Porque estaba aquí. Ha estado aquí casi todo el tiempo. Yo he intentado convencerla de que se fuera, pero ella no quería separarse de ti hasta saber con certeza que estabas fuera de peligro.

A Lucas se le encogió el corazón.

–Voy a arreglar las cosas, Joe. Voy a volver con ella.

Joe soltó un resoplido.

–Que tengas suerte. Es muy difícil que Molly cambie de opinión.

Lucas metió los pies en las zapatillas de deporte.

–Lo voy a conseguir –dijo, y se puso en pie–. ¿Y tú y yo? ¿Estamos bien?

–¿De verdad crees que vas a poder arreglarlo con Molly?

–Tengo que creerlo.

Joe se quedó mirándolo un instante. Después, asintió.

–Entonces, sí, estamos bien.

Dos días después, Lucas apareció en la oficina. Tampoco tenía el alta en aquella ocasión, pero también corría el peligro de volverse loco si se quedaba en casa sin tener nada que hacer.

Sobre todo, cuando lo que necesitaba estaba allí.

Se acercó al mostrador de Molly. Ella alzó la vista y lo miró y, por un instante, él vio tantas emociones en sus ojos, que se quedó sin respiración. Sin embargo, Molly bajó la cabeza.

–Todavía no puedes venir a trabajar –dijo ella–. El médico ha dicho que no puedes apoyar la pierna.

–Sí, ya lo sé.

–Y, sin embargo, estás apoyándola. ¿Dónde están tus muletas?

–Probablemente, en el mismo sitio que tu bastón.

Ella suspiró y volvió a teclear a la velocidad de la luz. Sin embargo, Lucas sabía que toda su atención estaba centrada en él.

Bien, porque tenía algo que decirle.

–Estabas buscando una forma de huir y, en cuanto encontraste la más mínima excusa, saliste corriendo. Dime que no.

Ella abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Respiró profundamente y respondió:

–No, no puedo decirte que no, porque es lo que hice. Pero, si te sirve de algo, me arrepiento y lo siento mucho.

Él asintió y aceptó la respuesta, porque Molly nunca mentía. Sintió esperanzas por primera vez desde hacía varios días, y puso un iPad delante de ella.

–¿Qué es esto? –preguntó ella con desconfianza.

–¿Por qué no lo miras?

En vez de eso, Molly se levantó y rodeó el mostrador para acercarse a él. Cojeaba mucho, y

Lucas la agarró.

Ella permitió que la abrazara, y él exhaló un suspiro que había estado conteniendo desde la última noche del salón de bingo, en la que Molly había resultado herida estando bajo su protección.

–Estás temblando –murmuró ella, y se apartó para mirarlo a la cara–. ¿Estás bien?

A él se le formó un nudo en la garganta. Molly también había pasado por un infierno y, sin embargo, quería saber si él estaba bien. Le pasó una mano por la espalda y le acarició el pelo, y la atrajo hacia sí.

–Ahora estoy mejor –le dijo, preguntándose si le iba a permitir que siguiera abrazándola así el resto de su vida–. Apagaste el teléfono y no me abriste la puerta. Cuando fui a casa de tu padre, me amenazó con volarme las pelotas desde la silla de ruedas.

A ella se le escapó un jadeo.

–¡No!

–Sí. Y yo arriesgué las pelotas pidiéndole que te convenciera para que me llamaras.

Molly volvió a apartarse para mirarlo.

–Solo me contó esa parte.

–Pero no me llamaste.

Ella se mordió el labio.

–Estuve a punto, pero necesitaba pensar.

–¿En qué?

–En las relaciones. En cómo las destruyo cuando estoy asustada. El hecho de que me mintieras...

Él la tomó de la mano y tiró de ella hasta que lo miró a los ojos.

–Ya hemos hablado de esto –le dijo en voz baja–. No te mentí. Nunca te voy a mentir. Me callé la verdad, porque, en ese momento, tenía mis razones. Pero me arrepiento mucho.

Ella siguió mirándolo, sin decir lo que pensaba.

–Sigue.

–Es cierto que me pidieron que cuidara de ti, y yo lo hice encantado. No consideraba que fuera una traición, sino un trabajo...

Ella tomó aire bruscamente.

–Cosa que duró aproximadamente dos segundos –dijo él–, hasta que me di cuenta de que de verdad tenías un caso, y de que no ibas a dejarlo hasta que hubieras arreglado la situación para la señora Berkowitz y sus amigas. Eso fue lo que me asustó más.

–Yo creía que no te asustabas de nada.

–Pues te equivocas. Me asusto de muchas cosas, y una de ellas es que tú puedas resultar herida. Otra de las cosas que más me asusta es perderte.

–Lo entiendo –respondió ella, y él se sorprendió–. Has sufrido muchas pérdidas. Carrie y Josh. Pero, Lucas, yo no soy ellos. Soy... yo.

–Sí, lo sé –dijo él y apoyó su frente en la de ella–. Y yo estaba digiriendo todo eso, pensando en lo mucho que había reprimido mis emociones, en lo mucho que me había encerrado en mí mismo... Todo eso empezó a acabarse para mí esa primera noche, cuando me desperté contigo encima, como si fueras una manta.

Ella entrecerró los ojos.

–Eso no fue así.

Él alzó una mano como si fuera a hacer un juramento.

–Completamente cierto.

Molly se ruborizó.

–Lo que tú digas. Eres como una estufa cuando duermes, y tenía los pies fríos.

Él sonrió. Sabía que Molly no tenía los pies fríos. Sin embargo, la sonrisa se le borró rápidamente.

–Tienes mucha gente que te quiere mucho, Molly.

Ella puso los ojos en blanco.

–Algunos de ellos son sobreprotectores. Joe y yo vamos a resolver eso los dos juntos, aunque, seguramente, nos va a costar. Y dime algo que yo no sepa.

–Que soy una de esas personas. Lo de proteger y defender está en mi naturaleza, y no pienso disculparme por ello. Pero sí quiero pedirte perdón por no comprender lo fuerte e increíble que eres. No necesitas que nadie te cubra las espaldas, Molly, pero yo siempre estaría a tu lado si has terminado de destruir lo nuestro.

Ella lo miró fijamente. No estaba enfadada ni lejana, como antes, pero tampoco parecía que estuviera convencida del todo.

–Mira el caso que te he traído –le dijo él, señalándole el iPad con un gesto de la barbilla.

Ella activó la pantalla y fue pasando las páginas del índice.

–Esto es un caso de custodia infantil que ha salido mal. Nosotros no aceptamos este tipo de casos.

–No –dijo Archer que, en aquel momento, salía del despacho del fondo. Asintió para saludar a Lucas, y prosiguió–: Pero nuestra nueva investigadora, sí.

Molly tomó aire y miró a Lucas con los ojos llenos de esperanza.

–¿Nueva investigadora?

–Sí –dijo Lucas–. Nuestra experta residente.

–¿Experta en qué?

–En todo.

Molly miró a Archer.

Él asintió y se marchó para dejarlos a solas.

–Me has conseguido un caso –susurró ella.

Lucas negó con la cabeza.

–No, tú has conseguido un caso. Te lo has ganado.

–Pero tú has tenido que ir a argumentarlo delante de Archer, o no habría sucedido.

En realidad, había tenido que enfrentarse duramente a Archer, que no dudaba de las capacidades de Molly, pero se sentía preocupado por el hecho de que se convirtiera en uno de los miembros del equipo. Sin embargo, al final, Archer había preferido darle una oportunidad a Molly antes que perderla, y eso era lo más importante.

–Has hecho esto por mí, aunque te dé miedo que yo salga por ahí a investigar.

Él asintió.

A ella se le empañaron los ojos y se le llenaron de amor y de algo más. Aquella mirada curó el corazón herido de Lucas.

–¿Por qué? –le preguntó ella.

–Ya sabes por qué –respondió él.

Molly ignoró la respuesta por el momento, y fue pasando las páginas del expediente del caso

que le habían asignado por mediación de Lucas.

No tenía ninguna duda de que había habido una pelea.

Solo por eso, ya se habría enamorado de él...

Siguió leyendo y, a medida que leía, iba dándose cuenta de que el caso era muy malo, y se sentía más y más feliz.

Lucas, al ver aquello reflejado en su cara, se echó a reír.

–Eres una mujer perversa, Molly. Me encanta. Te quiero.

Ella se quedó muy quieta y lo miró con el corazón en un puño.

–Dilo otra vez –susurró.

–Molly Michelle Malone, te quiero de una manera absurda.

A ella se le escapó un jadeo.

–Joe es un bocazas.

–Pues sí.

–¡Eh! –exclamó Joe a su espalda.

Molly y Lucas se dieron la vuelta y constataron que Joe y el resto del equipo estaba escuchando la conversación. Reyes los estaba enfocando con el móvil y retransmitiéndole el momento por FaceTime a su novia, que parecía que estaba comiendo tacos en la furgoneta de Ivy en el patio del edificio. Reyes cabeceó.

–Detesto perderme el comienzo de una discusión de pareja y no saber de qué lado tengo que ponerme.

–Del lado de la mujer. Siempre. Es lo más seguro –dijo Max–. El viejo Eddie me dijo que Lucas pidió un deseo a la fuente, y yo no me lo creí.

Lucas les dio la espalda a todos y le dijo a Molly:

–Tenemos unos amigos que son idiotas.

–Sin duda –respondió ella.

Aunque todavía se sentía recelosa, también tenía otras emociones. Algo como la esperanza y un tímido entusiasmo...

–¿Pediste un deseo a la fuente?

–Sí, por pura desesperación.

–De acuerdo –dijo ella y asintió–. Bueno, en primer lugar...

–Oh, mierda –dijo Reyes–. Ha llegado su hora.

Lucas se giró y lo miró.

–Lo siento –dijo Reyes–, pero cuando una mujer dice «en primer lugar», deberías echar a correr, porque significa que tiene información, datos, cifras, y está a punto de destruirte.

Archer tiró de Reyes hacia atrás y lo puso al final del grupo. Después, les hizo a Molly y a Lucas un gesto para que continuaran.

–En primer lugar –dijo Molly y se mordió el labio–. ¿Seguro que estás conforme con esto? –le preguntó a Lucas, señalándole el caso que aparecía en la pantalla del iPad.

–Por supuesto que sí.

–Solo quería cerciorarme, porque es parte de mí. Y, para que yo pueda estar contigo, tienes que aceptarme por completo.

–A mí me encantas por completo –respondió él con una sonrisa. Después, se puso serio e hizo una pausa–. Entonces, ¿quieres estar conmigo?

Su preocupación hizo que ella también sonriera.

–Sí, mucho.

–Madre mía.

Al oír su respuesta, a Molly se le escapó una carcajada.

–Sí, yo también reaccioné así en un primer momento –dijo. De repente, tuvo un ataque de timidez–. Este sería un buen momento para que tú me dijeras que también quieres estar conmigo.

Él la estrechó contra sí y la abrazó.

–Quiero estar contigo, sí. Lo deseo más de lo que nunca haya deseado nada –dijo, y se inclinó para besarla–. ¿Tienes la menor idea de lo mucho que te quiero?

Así, entre sus brazos, Molly tenía una ligera idea, pero hizo un gesto negativo con la cabeza.

–A lo mejor deberías demostrármelo.

Él sonrió e inclinó la cabeza, y...

–¡Eh! –gritó Joe desde el pasillo–. Hay público, ¿sabéis?

–Archer –dijo Lucas, sin apartar la vista de Molly–. Sobre esos días libres para que pudiera recuperarme por completo...

–Tómatelos –dijo Archer–. Los dos. Fuera de aquí, es una orden.

–¿Lo has oído? –le preguntó Lucas a Molly–. Una orden.

Ella sonrió.

–Es una orden que vamos a cumplir.

Él sonrió y la besó. Todo estaba en aquel beso: su promesa, su esperanza, su amor. Todo lo que ella había deseado tanto sin saberlo.

Epílogo

Un año después

Molly movió la mano para despedirse de todo el mundo en el pub y atravesó el patio hacia casa de Lucas.

Hacia casa de los dos. Así era como la denominaba él, y como le había pedido que la considerara. Estaban compartiendo sus dos casas, y estaban buscando algo para alquilar entre los dos.

Ella nunca se había sentido tan feliz.

Dejó el bolso y las llaves en la consola de la entrada. Si no se hubiera tomado dos margaritas y no estuviera pensando en cuándo iba a llegar Lucas de aquel trabajo que ya lo había tenido tres días fuera de casa, se habría dado cuenta de que había otro llavero en la bandeja.

Y de que las luces estaban encendidas. Molly se dio la vuelta para admirar su precioso árbol de Navidad iluminado cuando, de repente, alguien la agarró y se la echó al hombro.

–¡Lucas! –exclamó ella. Le dio unos azotes en el trasero mientras él se dirigía a la habitación–. ¡Me has dado un susto!

Un momento... Él no llevaba camisa y, con un zumbido de satisfacción, ella le lamió un omóplato.

Él emitió un gruñido grave y sexy y, al instante, la arrojó sobre su enorme cama. Se tendió sobre ella y la besó hasta que la dejó sin aliento.

–Sabes a margarita de fresa –le dijo–. ¿Has salido con las chicas?

–Sí –dijo Molly. Con una sonrisa, escondió la cara en el hueco de su cuello.

Lucas acababa de salir de la ducha, y su olor hizo que ella sintiera un enorme deseo. Le besó el pecho y siguió hacia arriba, por su garganta. Terminó besándole los labios.

Él sonrió y comenzó a desnudarla y a acariciarla. Estaba a punto de deslizarse dentro de su cuerpo cuando alguien llamó a la puerta.

–No –dijo Molly, intentando que él volviera a besarla–. Llevo días soñando con esto. Días, Lucas. Lo necesito.

–Ummm... Yo también he estado soñando con esto, lentamente, con gran detalle –dijo y se inclinó para besarla de nuevo. Sin embargo, volvieron a llamar a la puerta y él exhaló un suspiro de frustración–. No se van a ir.

–Llévate la pistola –dijo él–. Mátales rápidamente y vuelve.

Él se estaba riendo mientras se ponía el pantalón.

–No se te olvide darte prisa –insistió ella cuando él salía del dormitorio.

Molly estaba pensando en cómo iba a conseguir que dejara de reírse y empezara a gemir cuando él volvió junto a la cama, con una bolsa colgada del hombro y un bebé en los brazos.

–Era Finn –dijo con una sonrisa–. ¿Se te había olvidado decirme alguna cosa?

Finn estaba en la barra del bar, atendiendo a las chicas y quejándose de lo mucho que necesitaba llevarse a Pru a pasar una noche juntos, cuando ella abrió la boca y se comprometió a cuidar al bebé durante las próximas veinticuatro horas. Después de todo, ¿qué podía salir mal en veinticuatro horas?

–¡Se me había olvidado que esta noche estoy de niñera! –exclamó, y se dio una palmada en la frente–. ¡Mierda!

La pequeña Penelope se fijó en Molly con una sonrisa de bebé, y dejó caer un hilillo de baba en el hombro de Lucas. Después, se puso a gritar de alegría y a botar en sus brazos por estar con dos de sus personas favoritas.

Lucas sonrió y le besó los ricitos.

–Preciosa –le dijo–. ¿Quién es mi niña preferida?

Penelope se derritió contra él, y Molly tuvo ganas de hacer lo mismo.

–Tienes muy buen aspecto así –le dijo, suavemente.

Él la miró.

–¿Cómo?

–Con un bebé.

Él no se rio ni hizo ninguna broma.

–Quieres uno –dijo.

Realmente, Molly nunca lo había pensado, pero, en aquel momento, se había dado cuenta de que quería intentarlo. Con Lucas.

Él le dio a la niña con una sonrisa.

–¿Adónde vas?

–Un minuto.

Entonces, entró en su armario.

–¿Lucas?

–Un minuto –repitió él.

Ella suspiró y se puso a hacerle cosquillas a Penelope.

–Los hombres son bichos raros –le dijo.

Penelope se echó a reír.

Cuando Lucas volvió, se sentó a su lado en la cama, y le entregó un estuche de terciopelo negro.

–Feliz Navidad, Molly –le dijo.

Ella se quedó mirándolo.

–¿Esto es...?

Él sonrió.

–Supe que eras para mí desde la primera noche que dormiste conmigo.

Ella habría puesto los ojos en blanco, pero le latía el corazón con tanta fuerza, que no pudo concentrarse. Penelope, al darse cuenta de que estaba perdiendo la atención de los adultos, le dio unas palmaditas a Molly en las mejillas. Ella le tomó las manitas al bebé mientras seguía mirando a Lucas.

–No pensaba que fuéramos a llegar tan lejos...

–Quería darte tiempo –dijo él–, pero también quiero que sepas que eres mi corazón y mi alma. Mi vida entera –añadió, cabeceando–. He intentado luchar contra ello, pero perdí la batalla hace tiempo. Te quiero, Molly. ¿Quieres casarte conmigo?

–¿Me lo estás pidiendo para poder tener un bebé tan mono como Penelope?

Penelope sonrió al oír su nombre, dejó escapar una flatulencia y vomitó un poco en el pecho de Molly.

Lucas se echó a reír, tomó a la niña en brazos y le dio a Molly una toallita limpiadora de la bolsa del bebé. Se le daba muy bien, pensó Molly, y abrió el estuche.

Al ver el anillo con el brillante, se le escapó un jadeo.

–Te lo pido –dijo Lucas mientras la niña apoyaba la cabecita en su hombro y empezaba a dormirse– porque no me imagino la vida sin ti. Con bebé o sin bebé... No podría vivir sin ti.

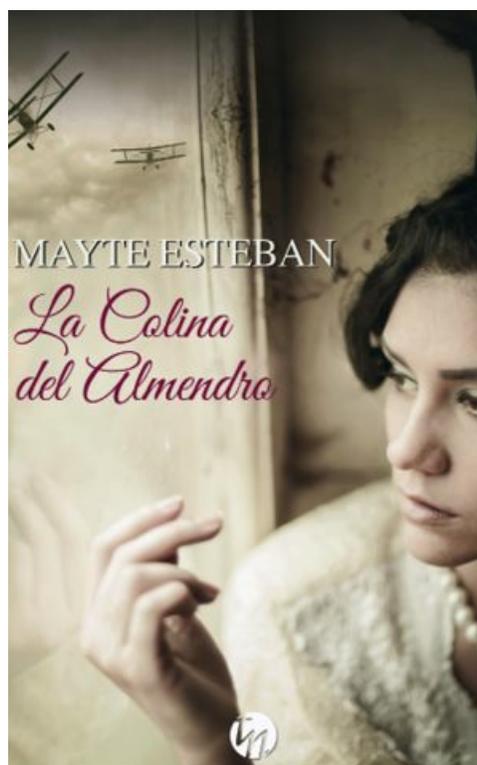
A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, y sintió que se le hinchaba el corazón mientras se ponía el anillo.

–Es perfecto –susurró.

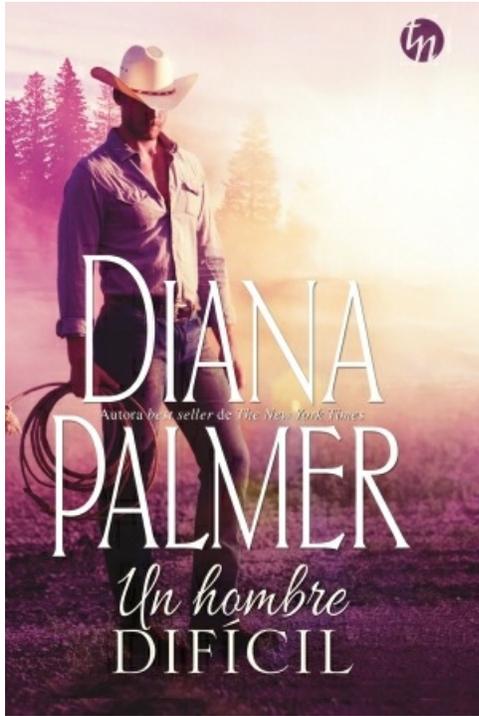
Lucas se inclinó y la besó junto a la cabecita de Penelope. Sonrió.

–Sí. Lo nuestro es perfecto.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

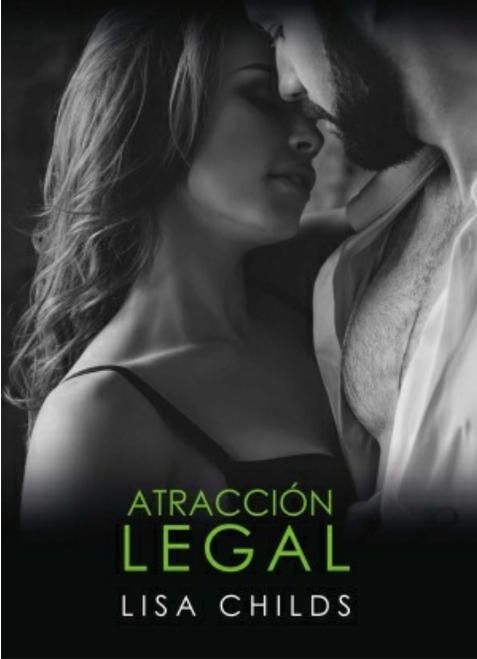
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

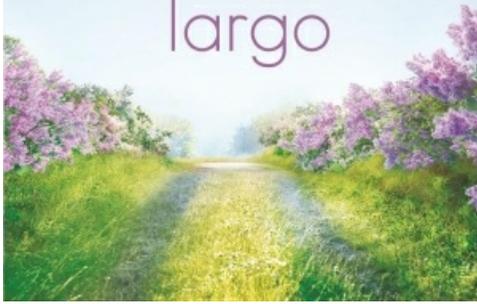
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



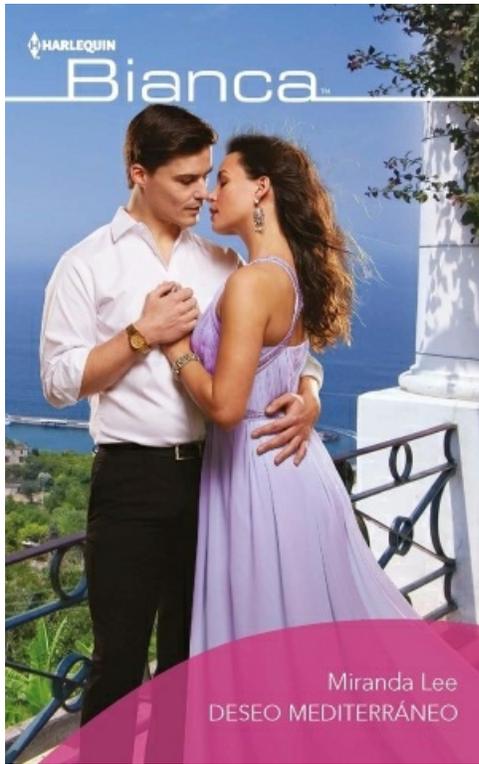
El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)